

EL COSTUMBRISMO REGIONAL DE VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

by

Eduardo Betoret-París

Licenciado en Derecho, Universidad de Valencia, Spain, 1945

A.M., University of Kansas, 1952

Submitted to the Department of  
Romance Languages and Literatures  
and the Faculty of the Graduate  
School of the University of Kansas  
in partial fulfillment of the  
requirements for the degree of  
Doctor of Philosophy.

Advisory Committee:

Redacted Signature

Redacted Signature

Redacted Signature

December, 1956

## RECONOCIMIENTO

Agradezco al Dr. William H. Shoemaker su amable dirección, valiosas sugerencias y útil criticismo en la preparación de esta tesis.

DEDICATORIA

A Consuelo y a Pepita, y a la memoria de mi padre.

## ÍNDICE

CAPÍTULO	PÁGINA
RECONOCIMIENTO . . . . .	i
DEDICATORIA . . . . .	ii
ÍNDICE . . . . .	iii
I. INTRODUCCIÓN. . . . .	1
II. BOSQUEJO BIOGRÁFICO . . . . .	10
A. Niñez . . . . .	12
B. Juventud . . . . .	16
C. Madurez . . . . .	24
III. DEMARCACIONES GEOGRÁFICAS DE LA REGIÓN VALENCIANA . . . . .	31
1. La ciudad de Valencia . . . . .	32
2. Huerta de Valencia . . . . .	48
3. Ribera del Júcar . . . . .	56
4. Albufera . . . . .	65
5. Costa y mar . . . . .	74
6. Poblaciones . . . . .	84
Comentarios . . . . .	90
IV. OTRAS REGIONES . . . . .	95
1. Baleares . . . . .	95
2. Cataluña . . . . .	104
3. Andalucía . . . . .	106
a. Sevilla . . . . .	106
b. Jerez de la Frontera . . . . .	109
4. Vascongadas . . . . .	112
5. Castilla la Nueva . . . . .	119
a. Madrid . . . . .	120
b. Toledo . . . . .	128
Comentarios . . . . .	130
V. COSTUMBRES VALENCIANAS . . . . .	139
A. FIESTAS . . . . .	139
1. Naturales o primitivas . . . . .	139
a. Míticas . . . . .	139
b. Estacionales . . . . .	143
c. Agrícolas o ganaderas . . . . .	146

2. Sociales . . . . .	149
a. Religiosas . . . . .	149
1. Relacionadas con la vida y muerte de Jesucristo	149
Navidad . . . . .	149
Cuaresma . . . . .	152
Semana Santa . . . . .	153
Pascua . . . . .	155
Corpus . . . . .	156
2. En honor de la Virgen . . . . .	161
3. Advocaciones particulares . . . . .	162
b. Críticas . . . . .	169
1. Purificación por agua o fuego ( <u>Fallas</u> ) . . . . .	169
2. Carnaval . . . . .	172
 B. COSTUMBRES FAMILIARES . . . . .	 176
1. La familia . . . . .	176
2. Nacimiento . . . . .	179
3. Noviazgo, amores y amoríos . . . . .	182
4. Matrimonio . . . . .	190
a. Antes de la boda . . . . .	191
b. La boda . . . . .	192
5. La muerte . . . . .	196
 C. COSTUMBRES SOCIALES . . . . .	 218
1. Derecho consuetudinario . . . . .	218
2. Tipos profesionales . . . . .	227
 VI. COSTUMBRES DE OTRAS REGIONES . . . . .	 239
1. Baleares . . . . .	239
2. Cataluña . . . . .	249
3. Andalucía . . . . .	249
4. Vascongadas . . . . .	259
5. Castilla la Nueva . . . . .	260
 VII. LENGUAJE . . . . .	 264
A. Valenciano . . . . .	264
Lista de nombres propios valencianos . . . . .	286
B. Otros lenguajes . . . . .	287
1. Catalán . . . . .	287
2. Mallorquín-ibicenco . . . . .	287
3. Andaluz . . . . .	290
4. Caló . . . . .	292
5. Vascuence . . . . .	293
 VIII. CONCLUSIONES . . . . .	 297
 NOTAS . . . . .	 325
 BIBLIOGRAFÍA . . . . .	 358

## I. INTRODUCCIÓN

Por su carácter de península situada en el Suroeste de Europa, España ha sido el punto de encuentro y fusión de muy distintos pueblos y culturas. Mientras otros países de Europa han servido de camino para el éxodo de estos pueblos, en España no sólo se quedaron sino que al contacto con los habitantes que les precedieron se españolizaron.

Por la naturaleza montañosa del suelo hispano ha sido difícil en el pasado la comunicación de la gente que habitaba sus distintas comarcas, y, por otra parte, los invasores que se han sucedido en el curso de la historia no la han ocupado uniformemente, haciéndose sentir más su influencia en unas regiones que en otras.

Se considera a los romanos y a los árabes entre los pueblos que más honda influencia han dejado en España. Pero esta influencia no ha sido uniforme en toda la Península, notándose más en el Levante y Sur.

En el período de la Reconquista, a medida que los cristianos avanzaban desde el Norte iban formando reinos independientes, y aunque al final de la Reconquista los Reyes Católicos unificaron políticamente a España, persistieron las diferencias regionales, que en gran parte han llegado a nuestros días.

El concepto de la Historia ha cambiado con el tiempo y se considera a Voltaire el primero en desplazar su centro de gravedad, pasando de la Historia-Batalla, de la Historia-Reyes, de la Historia-Matrimonios reales, etc. a una Historia integral más humana, interesándose por las costumbres, agricultura, comercio, artes, letras, ciencias, etc. del país de que se trate. Así mismo considera necesaria la Geografía cuando el historiador quiere ser completo y claro.<sup>1</sup>

Sin embargo, aun admitiendo esta ampliación en el alcance de la Historia, nos hemos de valer de las obras de los dramaturgos y novelistas contemporáneos del período que se quiera conocer, pues la Historia formal consigna poco o casi nada de las costumbres públicas o domésticas de los personajes modestos cuyo conjunto forma el alma colectiva de pueblos y naciones. "Ni Herodoto, ni Tucídides, ni Jenofonte, en sus historias, pintan caracteres, ni describen sitios y costumbres, ni reflejan ideas y sentimientos, como aquel rico contenido de todo ello que atesora la novela de aventuras que se llama 'La Odisea', y nadie pensará que en la Historia de Juan de Mariana, esté mejor reflejada el alma española que en la sin par novela de Cervantes."<sup>2</sup>

Algunos autores, como Balzac, se dieron cuenta de que a la sociedad se la ha de considerar como un todo, y por su parte dicho novelista en sus distintas obras nos presenta numerosas facetas de esta sociedad y él mismo se considera como el secretario de ella. En España otro tanto hizo Pérez Galdós.

Las obras de ciertos novelistas son indispensables para formarnos una idea cabal de la sociedad en una época determinada debido a las limitaciones de la Historia, aun después de la mayor amplitud de miras de que la dotó Voltaire.

No sabemos que se haya hecho un estudio de la obra literaria de Blasco Ibáñez desde el punto de vista del costumbrismo regional para mejor comprender la sociedad de su tiempo y para apreciar mejor el arte de Blasco, considerando el uso que hace de los elementos costumbristas. Así como en pintura es muy fácil exagerar los tonos o usar con exceso de un color, en literatura es fácil también abusar del color local, de las costumbres y de lo pintoresco, conociéndose al artista por la

habilidad con que maneja y combina estos diversos elementos, lo que determina en gran parte su éxito en producir una obra de arte de valor universal y duradero.

Un aspecto de este estudio es un análisis crítico del costumbrismo en el arte de Blasco, su papel funcional o decorativo, su influencia y efecto en el argumento, en los personajes y en el desenlace, y su aportación al valor artístico de las obras. En vez de dedicarle una parte o capítulo, hemos creído preferible discutir cada aspecto según aparece, anotando inmediatamente las observaciones o deducciones que de ellos se desprenden.

Para este estudio nos ha sido de gran utilidad el estar familiarizados con la región valenciana por haber nacido y vivido en ella, y habernos interesado por muchos años, de forma especial, su geografía y costumbres peculiares. Con este interés inicial, hemos leído y estudiado todas las novelas y cuentos de Blasco Ibáñez, así como cuantas obras hemos podido de los críticos que han escrito sobre él, y obras relacionadas, bien sobre costumbres, geografía o lenguaje. Hemos pasado todo un verano visitando de nuevo los lugares de la Península que sirven de escenario a sus obras, y nos hemos entrevistado con familiares, amigos íntimos y personas que conocieron bien a Blasco, y con descendientes de personas en quienes se inspiró el novelista al crear sus personajes.

En el bosquejo biográfico del autor tratamos de relacionar su vida y sus obras, mostrando la influencia del ambiente en que se crió y se formó sobre sus creaciones, y el conocimiento personal y directo que tenía de cuanto trata en sus novelas o cuentos, bien sea el aspecto geográfico, las costumbres y actividades de la gente de la región, del lenguaje de sus habitantes o de los personajes que desfilan por sus pá-



ginas.

En obras de ambiente regional, la geografía tiene una importancia excepcional porque sirve para caracterizar e individualizar las varias regiones. Como Blasco no sólo elige por escenario de sus mejores obras la región valenciana, sino que partes de ella son como protagonistas de las mismas--la huerta, de La barraca; la Albufera, de Cañas y barro; el mar, de Flor de Mayo--hemos creído indispensable dedicar un capítulo al aspecto geográfico de la región, subdividiéndolo de acuerdo con sus partes componentes, estudiando el uso artístico y novelístico que el autor hace del mismo, cómo lo presenta, y su influencia o relación con los personajes, el argumento o el desenlace. En el capítulo siguiente se estudian las demás regiones españolas que trata en sus obras, comparándolas con la valenciana.

El capítulo V se dedica a las costumbres valencianas. Blasco es muy prolijo en el uso de éstas. Es difícil en extremo hacer una clasificación perfecta de las que describe o menciona, pues hay algunas que eluden toda clasificación, mientras que otras participan de varios o de todos los caracteres o rasgos de las de otras secciones o apartados.

A pesar de esta dificultad, creemos que es indispensable al menos intentar una clasificación y, aun sirviéndonos de guía el "Cuestionario" del Ateneo de Madrid y el Manual de Folklore, de Hoyos, en gran parte ha de predominar al hacerla un criterio subjetivo.

Se hacen tres grandes grupos que se titulan: A. FIESTAS, B. COSTUMBRES FAMILIARES y C. COSTUMBRES SOCIALES. Sabemos que las fiestas entran en muchas costumbres. Pero son un elemento tan destacado en la caracterización de las regiones y aun comarcas españolas que creemos que merecen un epígrafe especial.

La misma dificultad que en la clasificación de las costumbres se encuentra al tratar de clasificar las fiestas, pues muchas de éstas son comunes a varios de los grupos en que podamos dividir las.

En la época de Blasco, como hoy día, casi todas las fiestas tienen un carácter religioso. Con la venida del cristianismo la mayoría de las fiestas y prácticas religiosas se cristianizaron, y este aspecto religioso se encuentra hoy en casi todas las fiestas, por lo que éstas podrían incluirse en el apartado fiestas religiosas. Sin embargo, usamos esta denominación en el sentido restringido que luego explicaremos.

Un primer grupo de fiestas puede ser las Naturales o primitivas, entre las que consideramos las Míticas, que en su origen tenían un "concepto y finalidad precatoria, votiva o de acción de gracias que íntegramente se han trasladado, como fondo de la propia religiosidad prehistórica, al dominador grupo de las fiestas religiosas."<sup>3</sup> Estas fiestas sirven muy bien para distinguir el carácter y psicología regionales, pues mientras en el Norte de España, país esencialmente brumoso, tienen un carácter de fuego y luz, en Levante, de extraordinaria luminosidad, adquieren una modalidad ruidosa, con disparos de tracas y cohetes en sus distintas variedades. También pertenecen a este grupo las que se relacionan con el agua, bien sea para pedir su caída o detener su acción, pues no tiene otro carácter la rogativa de San Bernardo de Alcira en Entre naranjos. No hay duda de que esta manifestación puede considerarse como fiesta si aceptamos el criterio del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano: "En el cristianismo, además de las fiestas que se celebran para reconocer y acatar el supremo dominio de Dios sobre las criaturas, para aplacar la severidad de su justicia, invocar su misericordia, impetrar su gracia y hallar remedio en las humanas necesidades, existen otras . . ."<sup>4</sup>

Restos de culturas precristianas y de la dominación árabe son las fiestas estacionales, y puede considerarse como una derivación de éstas la feria de julio, que hoy no es más que un recurso de los comerciantes valencianos para retrasar la salida de los veraneantes y prolongar su estancia en la capital otro mes.

Derivadas de las míticas son las agrícolas o ganaderas que se celebran en todos o en casi todos los pueblos al final de la recolección, y en cierto modo tienen en el fondo la misma finalidad deprecativa.

Un segundo grupo lo constituyen las sociales, posteriores en el tiempo a las primitivas o naturales. En éstas consideramos las esencialmente religiosas, en España católicas por completo, y destacan entre ellas las relacionadas con la vida y muerte de Jesucristo, como la Navidad, Cuaresma, Semana Santa y Pascua, y también están las que se celebran en honor de la Virgen, y las que se centran en advocaciones particulares. Las críticas, relacionadas con las de purificación por agua o fuego, como las renombradas "fallas", y las de Carnaval, por el uso de disfraces de intención crítico-satíricas.

Las fiestas se componen de varios elementos, como los juegos, que pueden ser competiciones entre personas que muestren el ingenio, como en los versolaris del país vasco, o los "juegos florales" de Levante; o la destreza derivada del trabajo, como los aizcolaris y los barrenadores vascos, o entre animales, como los concursos de arrastre de grandes pesos por bueyes. Otras veces tienen una expresión rítmica, como las danzas--cháquera vella del Palmar, la curta y la llarga de Ibiza. Algún juego especial puede evolucionar y convertirse en una fiesta o espectáculo en sí, como las corridas de toros, tan características de

España y a las que Blasco dedica toda una novela, Sangre y arena, en la que se presentan todos los aspectos de la llamada fiesta nacional, desde la cría de los toros hasta la muerte de un torero en la plaza.

Hay aspectos que son muy difíciles de encuadrar en la clasificación de las costumbres y por eso en las fiestas que lo requieren consideramos la comida como parte integral de las mismas, y los cantos, bailes y los trajes populares que se usan especialmente en tales ocasiones.

El grupo de las COSTUMBRES FAMILIARES se inicia con el estudio de la familia, sus tipos y formas peculiares, relaciones entre sus miembros, su representación, etc.

En la familia es donde se desarrolla generalmente la vida del individuo, así que agrupamos las costumbres según los distintos momentos o etapas de la vida. Lógicas agrupaciones de costumbres son las que tratan del nacimiento (incluyendo gestación, parto, bautizo y padrino); noviazgo, amores y amoríos; el matrimonio, que comprende las costumbres anteriores a la boda, como las capitulaciones matrimoniales y la dote; en la boda se comprenden el cortejo nupcial, la ceremonia civil o religiosa, el indumento de la novia, comida de bodas, regalos, cantos y música de boda, el baile, las bodas de viudos y de viejos y las encerradas como protesta y crítica; en la muerte se agrupan las prevenciones para ella, las testamentarias, el entierro, las prácticas posteriores al entierro, el culto de los muertos y los cementerios.

En el grupo de las COSTUMBRES SOCIALES se encuentran las que dan lugar al derecho consuetudinario, en sus diferentes aspectos de la propiedad, las servidumbres, las herencias, el derecho penal y las venganzas.

Otro aspecto de las costumbres sociales lo constituyen los tipos

profesionales, los modos de vivir extrasociales o antisociales, con los cazadores furtivos, bandidos y salteadores, "roders", etc.; y los tipos más o menos trashumantes, como los gitanos.

El estudio de los tipos profesionales como un aspecto de las costumbres sociales ofrece una buena oportunidad para hacer al mismo tiempo un estudio sociológico de la evolución de la sociedad valenciana y de la ocupación o profesiones de sus habitantes a través de la historia, marcando de forma paralela la evolución psicológica que acompaña estos cambios.

Al capítulo dedicado a las costumbres valencianas sigue otro con las costumbres de otras regiones, sirviendo de fondo o guía la clasificación precedente, y en él se tratan las Baleares, Andalucía, las Vascongadas y Castilla, no habiendo lugar para incluir a Cataluña, pues no aparece en las obras de Blasco ninguna costumbre de esta región.

El lenguaje es otro de los elementos costumbristas que caracterizan a las diversas regiones. Al localizar Blasco la acción de sus novelas en distintas partes del país usa algunas palabras y expresiones de estos lugares. Dedicamos el capítulo VII a las lenguas y dialectos peninsulares empleados por el autor en sus obras, subdividiéndolo en valenciano, mallorquín e ibicenco, andaluz y vascuence, con algunas referencias al lenguaje de los gitanos, particularmente los que viven en las Cambroneras de Madrid, seguido de un vocabulario de nombres propios valencianos. No se incluye el vocabulario general de cada lengua o dialecto porque en las novelas se da la traducción o explicación de cada palabra o frase no castellana usada, mientras que no se identifican los nombres propios valencianos. Al tratar del lenguaje lo consideramos, no sólo como un elemento regional, sino que analizamos la función artística que cumple en las obras de nuestro autor.

En este estudio tratamos de descubrir y poner de relieve las características psicológicas de los distintos grupos que corresponden a sus manifestaciones externas, para ver de llegar por este medio al regionalismo interno o psicológico. En las CONCLUSIONES se hacen resaltar en forma sumaria los resultados obtenidos.

De las obras escritas por Blasco, sólo tratamos aquí de las que contienen aspectos regionales costumbristas; tampoco consideramos las repudiadas por él, obras de juventud.

La novela básica para el conocimiento de la mayoría de las costumbres de la ciudad de Valencia es Arroz y tartana. Para las de la Huerta, La barraca. Las costumbres de la gente marinera se presentan en Flor de Mayo, y los pescadores del lago de la Albufera en Cañas y barro. Entre naranjos presenta la vida de los habitantes de la Ribera del Júcar, centrada en Alcira. En Mare Nostrum, El Papa del Mar y A los pies de Venus aparecen aspectos de la zona costera del Este y se hacen muchas referencias a aspectos valencianos y catalanes. En Los muertos mandan se presenta la vida de las Baleares, particularmente Ibiza y Mallorca. En la producción de Blasco, La bodega y Sangre y arena son esenciales para el conocimiento de las costumbres andaluzas. La horda es la novela de los bajos fondos de Madrid, y la misma ciudad aparece en La maja desnuda, La reina Calafia y Sangre y arena. La catedral es la novela de Toledo. En El intruso se presenta parte de las Vascongadas, especialmente Bilbao y alrededores.

En Luna Benamor se añaden detalles de la zona Sur de Andalucía. Los seis cuentos publicados en el mismo volumen también tienen datos útiles para nuestro propósito. Excepto "Un silbido" y "Un funcionario", usamos los quince cuentos restantes de La condenada, y los trece que componen la colección de Cuentos valencianos.

## II. BOSQUEJO BIOGRÁFICO

Muchas biografías se han escrito de Blasco Ibáñez, mas al parecer casi todas han sido facilitadas, inspiradas o censuradas por el propio biografiado. La que, a nuestro parecer, da detalles más completos, interesantes y objetivos de la niñez y juventud del autor, hasta que terminó sus novelas valencianas, es la de Just Gimeno.<sup>1</sup> En ella reprocha a Camille Pitolllet haber dejado en olvido en su libro<sup>2</sup> el período de la vida de Blasco que comprende sus años de colegio, sus compañeros de juego y estudio, los amigos de su familia, sus maestros, etc., que tanta influencia tuvieron en sus obras posteriores,<sup>3</sup> a lo que el autor francés contesta, tratando de justificarse, que Just ". . . n'aurait sans doute pas exprimé ce blâme, s'il eût su qu'à deux reprises Blasco nous menaçait d'arrêter l'impression de notre volume, aux ateliers de sa maison de Valence, parce que nous enfreignons ses consignes et touchions, en passant, un mot rapide sur des sujets par lui déclarés tabous . . ."<sup>4</sup> Un poco antes dice que R. Martínez de la Riva y Emilio Gascó Contell en sus obras<sup>5</sup> no hacen más que repetir con otras palabras lo que él ha escrito, pero añade que ". . . ce que dit M. Gascó des origines de Blasco est plus complet que ce que nous avons pu relater, Blasco s'étant opposé à ce que nous nous étendions le moins du monde sur cette période de sa vie, comme sur ses premières oeuvres littéraires."<sup>6</sup> Al parecer Just Gimeno gozó de una libertad, al componer su libro, que no tuvieron los biógrafos anteriores, pues nos facilita datos sobre Blasco que no encontramos en los demás.

Número

*M.*

Valencia.=Nacimiento de

*Vicente Blasco*

El día *veinte y nueve* *Guero*  
á la hora de la *noche*  
en la calle de *Jaboneria*  
número *2* cuarto  
es hijo *legítimo*

Padres.

Pueblo de su naturaleza.

Provincia.

*Manuel Blasco* *Aguilar* *Huelva*  
Su profesion *Comercio*  
*Francisco Blasco* *Calatayud*  
Abuelos paternos.

*Francisco Blasco* *Aguilar* *H*  
*Encarnación con Huelva*  
Abuelos maternos.

*Manuel Blasco*  
*Vicente Martí* *Calatayud* *H*  
Se bautiza en la parroquia de *Santos Juanes*

Inscripción de nacimiento de **Blasco Ibáñez**, que figura en el libro Registro Civil, del año 1867, que se conserva en el Archivo Municipal de Valencia



### A. Niñez

Vicente Blasco Ibáñez nació en la ciudad de Valencia en el mes de enero de 1867. En su partida de nacimiento encontramos varios errores e inexactitudes:

En primer lugar, dice que nació el veintinueve, cuando en realidad nació el veintisiete, domingo. El día siguiente, lunes, fué festivo para los juzgados de Valencia y le inscribieron el 29, martes, y por error consta como nacido dicho día.<sup>7</sup>

No nació en la calle de la Jabonería, sino de la Jabonería Nueva, nombre que luego se cambió por el de Flor de Mayo como homenaje al autor de la novela del mismo título.<sup>8</sup>

El pueblo de naturaleza del padre era Aguilar de Alfambra.

La profesión de su padre era comerciante, y no cocinero.<sup>9</sup>

Calatayud es provincia de Zaragoza, no de Teruel, como se dice en dos lugares.<sup>10</sup>

El apellido de la abuela materna es Martínez, y no Martí.<sup>11</sup>

Sus padres, Gaspar Blasco y Teruel y Ramona Ibáñez Martínez, ambos de procedencia aragonesa, se habían casado un año antes y con algunos ahorros que tenían compraron junto al Mercado el establecimiento de especias en donde nació nuestro autor.

Gaspar Blasco, siendo todavía niño, entró de aprendiz en una tienda del Mercado, después de haber intentado sin éxito acomodarse en Segorbe y Castellón de la Plana. Su vida en estos primeros años fué la de los aprendices y dependientes de los comercios del Mercado. Entró en relaciones con la que luego sería su esposa y sus anhelos de ser propietario de una tienda se vieron satisfechos gracias a la ayuda finan-

ciera que le prestó doña Vicenta Martínez, tía de la novia, a la que en reconocimiento de su protección hicieron madrina del primer hijo que les nació, el futuro novelista. Éste fué bautizado en la valencianísima iglesia de los Santos Juanes, una de las joyas arquitectónicas de la plaza del Mercado, y le pusieron el nombre de su madrina.<sup>12</sup>

La niñez de Blasco Ibáñez se desarrolló en este ambiente, donde se encuentran en germen todas las grandes novelas de su período valenciano. La pintura de los comerciantes, pequeños rentistas, burgueses y en general de la mesocracia valenciana se hace en Arroz y tartana, por las páginas de la cual desfilan muchos personajes que él conoció en su infancia o que su padre o los amigos de su padre le dieron a conocer en sus conversaciones, bien ajenos, seguramente, al destino o a la influencia que aquellas narraciones habían de tener. También ha nacido aquí Flor de Mayo, la novela de la gente del mar, con sus mujeres que, como los campesinos de La barraca y los pescadores de la Albufera, van a vender al Mercado.

La primera escuela a la que asistió Blasco estaba situada en la calle de Calabazas, o de Guerrero, pero a los pocos meses sus padres lo cambiaron a un colegio particular dirigido por don Joaquín Gimeno, donde a la vez que hizo rápidos progresos se dió a conocer como revoltoso e indisciplinado. Además de los castigos que recibía por esto en el colegio, su madre le imponía otros en su afán de corregirle, sin que al parecer tuviera mucho éxito. Tal vez recordando a este maestro de su infancia dió el nombre de don Joaquín al que nos presenta en La barraca.

Como la situación económica de sus padres mejoraba, lo llevaron a

las Escuelas Pías, a donde asistían los hijos de los comerciantes más importantes del Mercado. Pero también aquí fué objeto de muchos castigos debido a su carácter, hasta que finalmente lo expulsaron por su actitud en la iglesia, primer indicio de su indiferencia, si no hostilidad, hacia el clero.

En el año 1871, Gaspar Blasco compró la casa número 5 de la plaza de San Gil, separada por una manzana de la del Mercado, a donde luego fué a vivir toda la familia,<sup>13</sup> en parte por dejar más sitio para la expansión de la tienda y también para gozar de mayores comodidades. Sin embargo, Blasco Ibáñez siguió frecuentando el Mercado y sus alrededores, donde las fachadas de las casas conservaban todavía las señales de los furiosos tiroteos del año 69, e incluso quedaban sin reparar muchas casas destrozadas por el bombardeo de la artillería del gobierno, pues el barrio del Mercado fué el centro de la resistencia liberal. El recuerdo de aquellos días y los del movimiento cantonal estaba fresco en la memoria de todos, y estas narraciones excitaban la fogosa imaginación de Blasco.

En el colegio de don Joaquín Gimeno hizo amistad Blasco Ibáñez con Ricardo Asensi, tres o cuatro años mayor que él, hijo de un republicano destacado que poseía una biblioteca en consonancia con sus ideales políticos. Blasco iba con frecuencia a casa de su amigo, donde podía escuchar y admirar a personas para él verdaderos héroes, que profesaban unas ideas políticas y religiosas muy distintas de las de su familia--que era carlista--y leer libros que le hubieran prohibido en su casa, como una Historia de Espartero, La Historia del levantamiento, guerra y revolución del Conde de Toreno, Los Mártires de la República,

escrita por una sociedad de escritores republicanos, etc.

La influencia de estas lecturas en la formación espiritual de Blasco, robustecida más tarde por la de Víctor Hugo, que en aquel tiempo le era totalmente desconocido, unida a la del ambiente en que transcurrió toda su infancia y gran parte de su juventud, explican el doble carácter--literario y político--de la personalidad de nuestro autor.<sup>14</sup>

Cuando Ricardo Asensi y su padre vendieron su casa y sus muebles para trasladar su residencia a Francia, regalaron a Blasco muchos libros de su biblioteca, entre ellos Pablo y Virginia, de Saint Pierre; la Historia de los Girondinos, de Lamartine; Corina, de madame d'Staël y Adolfo, de Benjamín Constant, que Blasco escondió y de esta forma los fué leyendo varias veces.<sup>15</sup>

Este fué el origen de los primeros libros y de las primeras lecturas que tan decisiva influencia habían de tener en el futuro del novelista. Gascó Contell escribe, refiriéndose al padre de Blasco, que "En su casa había muchos libros, muchísimos, unos regalados por su pariente don Mariano Cabrerizo, y otros adquiridos por don Gaspar, que fué siempre gran lector."<sup>16</sup> Nos parece muy acertado el comentario, un tanto irónico, que C. Pitollet pone al párrafo acabado de transcribir: "Le pauvre Gasparét avait bien autre chose à faire qu'à lire quand naquit Visantico,"<sup>17</sup> dando a entender la falsedad de la afirmación.<sup>18</sup>

Los negocios de los padres de Blasco eran muy prósperos y cuando reunieron ahorros de alguna consideración traspasaron la tienda a sus hermanos y fueron a vivir a la casa de la plaza de San Gil que habían adquirido antes.<sup>19</sup> Algunos episodios de la vida de sus padres parecen haberle inspirado otros semejantes de Arroz y Tartana, donde Melchor Peña también adquiere Las Tres Rosas para casarse<sup>20</sup> y a los pocos años la traspasa porque a su esposa, doña Manuela, le parece que han ahorra-

do bastante<sup>21</sup> y se trasladan a un lugar--una plazuela--que si bien nuestro autor no dice específicamente cuál es, por los datos es evidente que se trata de la de San Gil, pues con los de ésta coinciden.<sup>22</sup> E incluso encontraremos relación en los nombres si consideramos que tanto Gaspar como Melchor son los de dos reyes magos.

Los padres de Blasco le llevaron al Colegio Valentino, establecido en la plaza de la Pelota y dirigido por un sacerdote catalán. Allí conoció al hijo de Teodoro Llorente. Blasco tenía su pupitre lleno de novelas que solían circular entre sus amigos y empezó a escribir a mano un periódico compuesto de unas cuantas hojas de papel de barba que contenían noticias del colegio y de la ciudad, y donde escribía narraciones de aventuras y prodigios de otros tiempos, tema corriente de la literatura de su tiempo que él conocía por sus lecturas. Todo esto causaba la admiración de sus condiscípulos y le hizo famoso entre ellos. Aquí podemos ver el antecedente de sus empresas posteriores: la fundación del diario El Pueblo y de la editorial Prometeo.

## B. Juventud

Siendo difícil señalar una fecha concreta que marque la separación entre la niñez y la juventud, aceptaremos el comienzo de los estudios del bachillerato como principio de la nueva etapa.

Blasco estudió el bachillerato en el Instituto de su ciudad natal, instalado en el mismo edificio donde hoy está el Instituto "Luis Vives," que anteriormente fué convento de jesuitas y antes aún Seminario de Nobles, en donde los hijos de la nobleza valenciana aprendían el arte de la danza y de tocar la guitarra.<sup>23</sup> En estos tiempos la huerta empezaba casi en las mismas tapias del Instituto y el futuro novelista prefería

vagar por la huerta acompañado con frecuencia de su amigo Gustavo Sor-ní, aficionado a escribir poesías y sobrino del Ministro de Ultramar durante la primera República. Solían pasar muchas horas en una alquería próxima, propiedad de un viejo veterano de la Libertad--Vicentet de Carpesa--oyéndole contar hechos que luego aprovecharía en su libro Romeu el Guerrillero, y visitando los cafetines o tabernas de la huerta cercanos a la ciudad donde eran frecuentes las riñas entre los valientes y matones de oficio, que también incluiría en alguna de sus novelas o cuentos, como la lucha en la taberna de Copa, en La barraca, entre Batiste y Pimentó.<sup>24</sup> En estas correrías tuvo ocasión de oír muchas veces a una mendiga, medio ciega y bastante vieja, que por unos céntimos cantaba, acompañándose con una guitarra, largas historias de santos y que sabía muchas historias y refranes. "Blasco era un bon client de la vella"<sup>25</sup> y también sacó partido de lo que le oyó contar.

Es característico este rasgo de la vida de Blasco, que prefería las correrías por la huerta a las explicaciones de clase y al estudio mantenido y constante, a pesar de su amor a los libros probado por las numerosas bibliotecas particulares que poseyó en puntos muy distintos. Encontró la mejor fuente de inspiración en la realidad de la vida y sus libros del período valenciano están basados en sus experiencias personales. Pero estas correrías por la huerta y su despego hacia las cosas de la iglesia le ocasionaron muchos disgustos con su madre, que desaprobaba su conducta.

Por esta época, siendo todavía estudiante del Instituto, quiso ser marino, quizás influido por las lecturas de viajes, peligros y aventuras a que era muy aficionado. Además, Blasco se sentía cada vez más ganado por los ideales republicanos y veía en la Marina un elemen-

tó de libertad, como demostró el almirante Topete en la revolución del 69. La oposición de sus padres hubiera significado bien poco si no hubieran tenido el apoyo del director del Instituto, que logró convencerle de que su puesto no estaba en la Armada, donde los marinos, todos hijos de la nobleza, le harían la vida imposible en el caso de que lograra ingresar, como ya había algún precedente. Este desengaño le afirmó más en sus ideas republicanas, a la vez que le estimuló a dedicarse más a sus aficiones literarias.

Junto con un grupo de amigos pensó publicar un periódico que había de defender el programa republicano de Pi y Margall, pero no contaban con dinero suficiente, pues todos, incluso Sorní y Rafael Altamira, eran hijos de familia y no disponían de recursos propios. Sin cejar en su intento, Blasco y Sorní fueron a tratar con el encargado de una vieja imprenta donde se tiraban periódicos de tendencia republicana para saber el presupuesto mínimo para iniciar la publicación. Aunque las condiciones que les ofrecieron eran inmejorables, la dificultad financiera seguía sin solución cuando Blasco conoció a Constantino Llombart, poeta de singulares méritos que fué cronista del alzamiento cantonal de 1873 y, además, fundador de "Lo Rat Penat". Llombart iba a publicar entonces un semanario titulado El Turia y ofreció a Blasco y a Sorní la colaboración en aquel periódico.

Blasco empezó a tomar parte cada vez más activa en la vida pública valenciana, significándose por sus ideas avanzadas que en varias ocasiones le colocaron frente a Teodoro Llorente, que seguía una política conservadora. Sin embargo, se guardaron siempre mutuo respeto y estimación. El consejo de Llorente era que Blasco debía dedicarse sólo a la literatura y comentó muy elogiosamente, en Las Provincias y en

La España Moderna, varias de las novelas del período valenciano. El último día del año, Blasco fué en compañía de sus amigos a casa del viejo poeta valenciano a saludarle y a brindar por su felicidad. Se cuenta que Llorente contestó con otro brindis, diciendo:--Brindo, hijo mío, por que tengas muchos enemigos. Llorente había comprendido el carácter de Blasco y sabía que había de vivir en constante peligro. Mientras tuviera enemigos demostraría que venía manteniéndose fiel a su destino; el día que se terminaran, sería la señal de su decadencia. Y Blasco, como si obedeciera al conjuro del poeta, tuvo y tiene, hasta después de su muerte, muchos y muy apasionados enemigos.

Hacia el año 1880 el padre de Blasco compró unas tierras en la parte alta de Burjasot, muy cerca de los famosos Silos, desde donde se divisaba el magnífico panorama de la vega valenciana. Edificó allí una casa de campo donde pasaba toda la familia algunas temporadas. Vemos aquí de nuevo la correspondencia entre algunos episodios de las novelas de Blasco y los de la vida real que los inspiraron.<sup>27</sup> Esta casa puede ser la misma que aparece en Arroz y tartana perteneciendo a doña Manuela, y a donde va a pasar las Pascuas con sus hijos y los amigos, ocasión que aprovecha Blasco para describirnos de forma admirable el paisaje que desde allí se contempla.<sup>28</sup>

Estando en Burjasot escribió Blasco su primer libro: un folleto de treinta páginas, con cubiertas de papel que se vendía a veinte céntimos. El editor de la novelita, titulada Carmen, anuncia en ella la próxima publicación de Leyendas y tradiciones, escritas bajo la influencia de Walter Scott y Fernández y González, y de otras más de distintos escritores, entre los que cita a Rafael Altamira, si bien éste no había dado todavía los títulos de lo que pensaba publicar.<sup>29</sup>



Esta primera obra de Blasco fué muy mal acogida por sus padres, mayormente porque al mismo tiempo se enteraron de la participación de su hijo en mítines de carácter republicano. Convencidos de que sería vano cuanto intentaran para disuadirle, y de que el comercio no era la actividad más conveniente para su temperamento, decidieron hacerle abogado, puesto que también demostraba tener condiciones de orador. Blasco recibió sin protestas la decisión de sus padres, no porque sintiera entusiasmo hacia la carrera de Derecho, sino porque los estudios en la Universidad supondrían la liberación de la celosa vigilancia de sus padres, que acabarían dejándole seguir su vida. Su propósito era hacerse novelista y tribuno del pueblo.<sup>30</sup>

Pero no olvidó sus aficiones a la música ni al mar. Con frecuencia llegaba en sus paseos hasta el puerto, donde hizo muchos amigos como antes en Valencia, en la huerta y en Burjasot. Un día habló en un casino republicano federal de la calle de la Reina, y su discurso entusiasmó a los oyentes, casi todos gente marinera. Al terminar, uno de ellos, apodado Callao, le invitó a acompañarle al día siguiente al mar. Blasco se embarcó y durante dos días estuvo haciendo la vida de los marineros. Al regreso soplaba fuerte viento de Levante y el mar se alborotó, haciendo difícil y peligrosa la entrada en el puerto. Esta experiencia la utilizó, sin duda, al describir el regreso de las barcas sorprendidas por la tempestad en Flor de Mayo.<sup>31</sup> En otra ocasión acompañó a los contrabandistas de tabaco en uno de sus viajes a Argelia para conocer directamente los riesgos y la manera de introducir este género en la Península en contra de las disposiciones del gobierno.<sup>32</sup>

Blasco llegó a la Universidad para estudiar la carrera de Derecho

precedido del renombre de escritor y de revolucionario, ¡y no tenía más que 15 años! Seguía detestando el estudio paciente y metódico y pasadas las primeras semanas de clase desaparecía de la Universidad, prefiriendo pasear por la huerta como en los tiempos del Instituto o visitar el estudio de algún amigo pintor, donde se reunía con otros artistas. También visitaba las bibliotecas y tomaba parte en mítines republicanos. Poco antes de finalizar el curso, contando con su prodigiosa memoria se aprendía las asignaturas y pasaba con facilidad los exámenes. Cuando excepcionalmente aparecía por el claustro se consideraba de mal agüero: alguna revuelta se preparaba.

Por aquel tiempo corrió su primera aventura importante. Deseoso de vivir de su pluma, resolvió escaparse a Madrid aunque allí tuviera que soportar penalidades. Sus padres celebraban el día 8 de diciembre de 1883, con una paella en su casa de Burjasot, la terminación de las obras de una casa que habían mandado construir en la plaza del Horno de San Cristóbal. A esta paella estaba invitada la familia de Blasco, los albañiles que habían hecho el edificio y tenía que asistir el propio Blasco. Pero éste, pretextando que iría más tarde se dirigió a la estación, desde donde les mandó una esquela notificándoles que se iba a Barcelona. En vez de tomar el tren, se hizo conducir en una tartana a la estación de Catarroja, donde sacó billete para Madrid. Con esta artimaña consiguió despistar a sus padres, que al recibir la nota suspendieron inmediatamente la fiesta y fueron también a la estación de Valencia, donde comprobaron que se habían vendido varios billetes para Barcelona, pero ninguno para Madrid.

Permaneció en la Corte hasta el 2 de febrero del año siguiente, hospedándose en una pensión de estudiantes de la calle de Segovia. Su vida en este período fué muy dura, fracasando en sus propósitos de ser

admitido como redactor en algún periódico republicano. Leyó mucho en las bibliotecas y fué por breve tiempo secretario del entonces viejo y decadente Fernández y González; se cuenta<sup>33</sup> que en alguna ocasión, habiéndose quedado dormido mientras le dictaba, Blasco continuó la narración o el diálogo comenzado, aceptando luego el viejo escritor sin modificar lo que había escrito su joven secretario.

Con la ayuda del periodista Peris Mencheta consiguió la madre de Blasco localizarle cuando salía de dar un mitin en un casino republicano y se preparaba a tomar parte en otro de más importancia en conmemoración del 11 de febrero, fecha de la proclamación de la primera República. Los dos juntos regresaron a Valencia. Por algunas semanas asistió regularmente a clase, pero cuando se produjo la revuelta estudiantil de 1884 para defender la libertad de Cátedra, Blasco fué uno de los principales organizadores y el primero en firmar la protesta contra el gobierno, seguido de los hermanos Morote, Rafael Altamira, Martí Grajales y otros.

Los obreros de Valencia estaban divididos en socialistas y anarquistas, lo mismo que ocurría con los de Madrid y Barcelona, pero predominaban los segundos. Blasco hizo una gran campaña entre ellos y consiguió convencer a muchísimos, nutriendo las filas del partido republicano con obreros ácratas. Los pocos que siguieron firmes en sus ideas fueron luego, en las luchas con Soriano, los más implacables enemigos de Blasco.

Ha sido puesta de relieve la pasión de Blasco por la música, especialmente por la de Beethoven y de Wagner.<sup>34</sup> Esta afición se refleja en su obra, como puede verse en el capítulo VI de Arroz y tartana, con el desarrollo de la "sinfonía de colores", o Entre naranjos, a través de Leonora.<sup>35</sup> Se cita como anécdota<sup>36</sup> que durante su escapada a

Madrid, queriendo Sorní dar a otro amigo sus señas y no recordándolas, terminó diciéndole:--lo mejor es que lo busques donde representen ópera o se den recitales de buena música. Consecuente con este gusto acudía por la noche después de cenar al café de España donde podía satisfacer sus aficiones musicales. A la peña, tan distinta de las usuales tertulias literarias de café que Blasco detestaba, acudían artistas, como Sorolla cuando estaba en Valencia.

En este tiempo la actividad literaria de Blasco era ya extraordinaria. Escribía el folletín de El Correo Valenciano, en el que aparecieron Fantasías, El conde Garcí-Fernández, Romeu el Guerrillero, El adiós de Schubert, Mademoiselle Norma y Caerse del Cielo, cada uno de los cuales suponía una mejora sobre los anteriores y que eran celebrados por Llorente con grandes elogios. Enviaba, además, algunas crónicas a revistas de Madrid y también solía publicar algún trabajo en el almanaque de Las Provincias. Al iniciarse la publicación de La Bandera Federal, Blasco cesó de colaborar en El Correo para asumir un papel importante en este nuevo periódico republicano. Y alterna sus actividades de escritor con las de agitador político. Escribe y obra. Deja los libros y la pluma para acudir a un mitin o capitanear una manifestación. Por esta época conoció a Senent, con quien estuvo asociado en varias empresas editoriales.

A fines de 1889, por haber arengado a las masas reunidas en la plaza de la Libertad--luego de Emilio Castelar--fué perseguido por orden del Gobernador y tuvo que esconderse en el Grao y de aquí huir a París, donde permaneció año y medio y tuvo ocasión de conocer a Ruiz Zorrilla y sus amigos. Volvió a Valencia acogiéndose a una amnistía.

C. Madurez.

Como hemos hecho en la sección precedente, elegimos un acontecimiento destacado que delimite los dos últimos períodos en que hemos dividido, un tanto arbitrariamente, la vida de Blasco. Este acontecimiento puede ser su matrimonio con doña María Blasco del Cacho, celebrado en 1891.<sup>37</sup>

Empezó entonces a escribir unos largos folletines en los que se hacía una ardorosa propaganda de sus ideas políticas y religiosas, y que le publicaba un editor de Barcelona. Son de esta época la Historia de la Revolución Española, ¡Viva la República!, Los fanáticos y La araña negra. Esta última serie, escrita bajo la influencia de Eugenio Sue, tuvo gran resonancia entre las clases populares de Valencia y dió mucho renombre al autor. En estos libros Blasco abandonaba los temas históricos de su adolescencia para dedicarse con ardor a la defensa de sus ideales.

También por este tiempo estrenó un drama en el teatro Apolo titulado El juez, representado por la compañía de Wenceslao Bueno, de la que era galán joven Fernando Díaz de Mendoza. Se dice que tuvo éxito, pero su autor no pudo gozar de los aplausos del público porque esa misma noche falleció su madre y tuvo que abandonar el local antes de que terminara la representación. No volvió a escribir nada más para el teatro.<sup>38</sup>

Se puso de acuerdo con Senent para fundar una editorial que había de publicar obras de propaganda republicana y librepensadora. Se llamó "La propaganda democrática", estableciéndose en la calle de Cadirers. Lo primero que salió de las prensas de la nueva editorial fueron las obras de Voltaire traducidas por Blasco, con un prólogo de Víctor Hugo y una semblanza por Condorcet. Pero Blasco necesitaba algo más;

necesitaba sobre todo un periódico, y con el mismo Senent decidieron fundar El Pueblo, que instalaron en la calle de Don Juan de Austria.

Hacia los años 1894 y 1895 empezó a escribir sus famosos cuentos valencianos y sus novelas de la tierra, que fueron publicándose en el folletín de El Pueblo alternando con otros cuentos y novelas de Daudet, Maupassant y de Zola. En muchos de sus cuentos Blasco pinta la Valencia de aquellos días, con sus matones, sus cafetines y tabernas, sus callejones mal empedrados y sus municipales, la astuta y desconfiada gente de la huerta y los pequeños burgueses. Muchos de ellos fueron inspirados por la crónica de sucesos que diariamente aparecía en el periódico y que la imaginación de Blasco transformaba en pequeñas historias, en las que el pueblo reconocía inmediatamente a los protagonistas.

Por este tiempo publicó los Cuentos valencianos y La condenada, otra colección de cuentos. Poco después Arroz y tartana, basada en gran parte en sus recuerdos de la infancia. Luego Flor de Mayo, donde la técnica de Blasco se hace más sobria, más ágil, sin que pierda en color ni en calidad. Estas novelas se escribieron en pleno combate político. Todas las semanas iba a tomar parte en algún mitin de propaganda republicana. Son frecuentes las multas que no se sabe cómo se han de pagar. La situación económica es verdaderamente ruinoso; hay días que se cree que al siguiente no saldrá el periódico. Todas las novelas valencianas, excepto Entre naranjos (y Sónnica la Cortesana, novela arqueológica sobre los últimos días de Sagunto, en el siglo III A. C., por lo que para nuestro propósito no consideraremos como "valenciana"), se escribieron en estas condiciones.

En 1895, al estallar la insurrección cubana, Blasco comenzó una campaña en El Pueblo pidiendo la autonomía de Las Antillas, como la

pedía Pi y Margall, y que terminara aquella guerra que tenía todo el carácter de una guerra civil, y, en todo caso, que fueran a filas tanto los pobres como los ricos, y no sólo los primeros, como venía ocurriendo. Todos los días publicaba un artículo defendiendo estas ideas, que ocasionaron algunas manifestaciones tumultuosas y choques con la fuerza pública en Valencia, a consecuencia de las cuales Blasco tuvo que esconderse en casa de un correligionario del Grao, aguardando el momento de poder escapar al extranjero. Para entretener la espera escribió un cuento que tituló "Venganza moruna" y que poco más tarde había de convertirse en La barraca. Del Grao pudo pasar a Francia y de aquí a Italia, donde escribió en forma de crónicas, que iban apareciendo en El Pueblo, su primer libro de viajes, Tres meses en el país del arte. En Roma se encontró con antiguos amigos, como los hermanos Benlliure; también conoció a un pintor aragonés, criado en Valencia, que luego le sirvió para uno de los personajes de La maja desnuda.

A su regreso de Italia fué encarcelado y condenado a varios años de cárcel por un tribunal militar. Estuvo preso más de un año, mezclado y haciendo vida común con los presos. Cuando salió y a fin de que estuviera a cubierto de nuevas persecuciones, el pueblo valenciano le eligió diputado, cargo que ostentó durante seis legislaturas más, cansándose al fin y negándose a continuar.

Escribió La barraca, aprovechando y ampliando el cuento "Venganza moruna." Era la novela que había de darle fama universal. Todo lo que cuenta en ella lo había vivido, así como han existido la mayoría de cosas y personas que desfilan por todas las obras valencianas:

Copa el tabernero, que ya aparece en Arroz y tartana,<sup>39</sup> es un tabernero con hechos de valiente que Blasco conoció siendo pequeño.

La barraca del tío Barret es una barraca que hubo en la huerta de Patraix y donde sucedió algo de lo que cuenta Blasco en su libro.

Pimentó vivía, en efecto, en la huerta de Alboraya. "Tiene muchos puntos de contacto con un arrendatario que tenía [la suegra de Blasco]. Como era viuda y vivía sola con [su hija, la futura esposa del novelista], que entonces era una niña, se aprovechaba de su miedo sacando la navaja para picar el tabaco y cuando ella le preguntaba si pensaba pagar, él salía con ¡Pera qué son les caenes?... ¡Pera els homens!..."<sup>40</sup>

Blasco, siendo muchacho, conoció al tío Tompa, el viejo pastor, antiguo guerrillero de la partida del Flare. Don Joaquín, el maestro, iba a la Malvarrosa a enseñar a leer al casero de la villa del autor.<sup>41</sup>

Leonor, de Entre naranjos, era una tiple de ópera valenciana, "muy atractiva y guapa," apellidada Vercher.<sup>42</sup>

El desorejado barquero que inicia el primer capítulo de Cañas y barro, existió también y murió hace poco. "Cañamel se llamaba en la vida real Sucre [azúcar], y era dueño de la mejor tienda del Palmar."<sup>43</sup>

La barca-taberna de Flor de Mayo "estaba donde hoy se encuentran los Astilleros, cerca de Las Arenas."<sup>44</sup>

La falla que se describe en Arroz y tartana se plantó en 1890 en la plaza de San Gil, frente a la casa de los padres de Blasco. Fue la primera falla artística que se hizo en Valencia. El ministro de Hacienda que tocaba el violón era Moret.<sup>45</sup>

El banquero Morte, de Arroz y tartana, "fue una persona real que en aquella época fascinó a los valencianos hasta el punto de que lo creyeron infalible en los negocios. Se llamaba Mora. El año 1882, en el mes de febrero, quebró su banco a consecuencia de sus jugadas de Bolsa y Mora tuvo que huir sin saberse nada de él. . . causando la ruina de muchísimas familias."<sup>46</sup>



La mayoría de ellos son personajes que nuestro autor conoció en sus largas excursiones por la huerta, de que nos habla en el prefacio "Al lector" de Flor de Mayo.<sup>47</sup> Hablan como ellos y trabajan y piensan y sienten como ellos. Un aire de humanidad cruza las novelas desde las primeras a las últimas páginas.<sup>48</sup>

Escribió después Cañas y barro, la novela de la Albufera y sus pueblos, donde se mezcla el tipo de campesino con el de pescador y cazador, de hábitos nómadas. Antes estuvo viviendo por algún tiempo en la gran laguna valenciana la vida de la gente pescadora, con sus mismas correrías y riesgos, y tomando parte en los episodios de caza y pesca que allí describe.<sup>49</sup>

Blasco se construyó el hotelito o quinta de la Malvarrosa, a donde trasladó su biblioteca y los objetos de arte que poseía, y en donde se reunía con sus amigos los artistas del café de España. Aquí escribió Entre naranjos y otros libros. Poco después, deseoso de más amplios espacios donde moverse, partió de este rincón valenciano para intentar atrevidas empresas, como la colonización de una parte de la Argentina. Al estallar la primera guerra mundial tomó decidido partido por los aliados y su novela Los cuatro jinetes del Apocalipsis le dió fama universal. Con la fama le llegó la fortuna y ya rico dió la vuelta al mundo y viajó varias veces por Europa y América, llevando a todas partes su españolismo indiscutible hasta su muerte, ocurrida en Menton (Francia) el 28 de enero de 1928.

El 26 de octubre de 1933 sus restos, colocados en un arcón de caoba en forma de libro con la inscripción Los muertos mandan en el lomo, regalo de su ciudad natal, fueron embarcados en Menton en el crucero español Jaime I y escoltados por un destructor francés y dos españoles. Desembarcados el 29 de octubre en el puerto de Valencia en presencia del

Presidente y Gobierno de la República, Presidente de la Generalidad de Cataluña, otras autoridades e inmenso gentío, fueron expuestos durante una semana en el salón columnario de la Lonja y trasladados el 5 de noviembre al cementerio municipal de Valencia, pasando antes por delante de su casa natalicia y del periódico El Pueblo. Descansan hoy en la sección civil del mismo cementerio.<sup>50</sup>



Nicho, en el Cementerio de Valencia, donde reposan los restos de Vicente Blasco Ibáñez.

### III. DEMARCACIONES GEOGRÁFICAS DE LA REGIÓN VALENCIANA

La Región Valenciana, conocida también por el Reino de Valencia, está situada en la parte oriental de la Península Ibérica y se extiende a lo largo de la costa del Mar Mediterráneo formando una faja de terreno larga y estrecha, excepto su parte central donde se ensancha un poco. Además del mar, limita al Norte con Cataluña (Tarragona), al Noroeste con Aragón (Teruel) y al Oeste con Castilla la Nueva (Cuenca) y Murcia (Albacete y Murcia). Administrativamente se divide en tres provincias, que de Norte a Sur son Castellón, Valencia y Alicante.

La provincia de Valencia, además del mar por el Este y de sus dos provincias hermanas por Norte y Sur, limita con las de Teruel, Cuenca y Albacete y presenta una forma bastante irregular, debida a la especie de isla que proyecta hacia el Noroeste, denominada Rincón de Ademuz, comarca entre Cuenca y Teruel.

El relieve de la Región Valenciana es más intrincado que el de las demás, salvo en alguna parte de España. Todos los confines presentan un laberinto de montañas capaces de desorientar a los geógrafos, excepto las llanuras alicantinas, las de la Plana castellonense y de las huertas valencianas, que el mar limita por el Este.<sup>1</sup>

En estas últimas sitúa Blasco Ibáñez la acción principal de sus novelas y cuentos regionales, y en ellas hemos de distinguir varias partes correspondientes a las cuatro primeras secciones de que nos vamos a ocupar.

## 1. La ciudad de Valencia

La ciudad de Valencia, capital de la provincia, se halla situada a unos 3 kilómetros del Mediterráneo y en el centro del golfo que lleva su nombre. Asentada en una llanura feracísima, el Turia la atraviesa y la divide en dos partes desiguales, quedando a la derecha el núcleo principal de la población. Derribadas en 1865 las murallas que como apretado cinturón de piedra impedían su expansión, desde esa fecha ha ido creciendo sin cesar en todas direcciones, saltando a la orilla izquierda del río y extendiéndose por los suburbios. En la época en que Blasco Ibáñez escribió sus novelas regionales--1894 a 1902--la ciudad, si bien estática en el casco delimitado por la línea que formaban las antiguas murallas, iba devorando los campos circundantes, como se deduce de la explicación que da nuestro autor sobre los antecedentes de su obra maestra, La barraca: "Era la historia de unos campos forzosamente yermos, que vi muchas veces, siendo niño, en los alrededores de Valencia, por la parte del cementerio; campos utilizados hace años como solares para la expansión urbana."<sup>2</sup>

Esta expansión urbana todavía no ha cesado, pero lo que da un nuevo valor a la obra de Blasco desde el punto de vista que explicamos en la INTRODUCCIÓN<sup>3</sup> es que desde entonces se han iniciado en gran escala unas obras de transformación del antiguo casco que modifican profundamente tanto su fisonomía como su estructura. En 1927 se inauguró el modernísimo mercado central construido en el mismo lugar que ocupaba el antiguo, pero su mayor capacidad requirió el derribo de varios edificios. Otras modificaciones han seguido, especialmente desde 1939, fin de la última guerra civil española, como la construcción de la Avenida del Oeste que partiendo de la antigua Puerta de San Vicente va a terminar en el puente

de San José, y que al ser tangente a la plaza del Mercado ha ocasionado unos derribos y nuevas edificaciones que alteran el aspecto de esta zona tan típica de la antigua Valencia.<sup>4</sup>

Sin embargo, ninguna de estas modificaciones posteriores nos interesa en este trabajo, limitado en esta sección a la Valencia que de su tiempo presenta Blasco.

"Valencia, población eminentemente marítima y agrícola, ha tenido como lógico centro de su vida el mercado,"<sup>5</sup> que ha venido a ser una de las plazas más típicas de Valencia. La víspera de Navidad el mercado tiene un aspecto tan extraordinario como característico, pues la gente acude a proveerse de lo necesario para preparar la comida especial del día siguiente, que forma parte destacada de la conmemoración navideña. No es, pues, simple coincidencia que Blasco Ibáñez empiece Arroz y tartana, novela que destina a pintar la vida, costumbres y lugares de su ciudad natal, presentando un lugar y una escena tan representativos.

Siguiendo su ejemplo, iniciaremos por esta misma plaza nuestra correría por la ciudad.

La forma de la plaza es irregular, "larga, ligeramente arqueada y estrecha en sus extremos, como un intestino hinchado."<sup>6</sup> El centro lo ocupa el mercado, en el que se distinguen varias secciones--mercadillo de las flores, pescadería, puestos al aire libre, etc.--que nuestro autor pone cuidadosamente de relieve en el capítulo I de Arroz y tartana, novela que si en opinión de algunos críticos resulta a veces pesada por sus minuciosas descripciones de edificios públicos y de casas, reproduce con singular eficacia la vida burguesa de una población provinciana;<sup>7</sup> a nuestro entender, son precisamente esta minuciosidad y esta eficacia en la reproducción tanto de los detalles como del conjunto lo que da a la obra de Blasco el valor que nos proponemos destacar.

Se vale de doña Manuela para hacer un rápido bosquejo de la plaza, presentado en pocas páginas lo más característico. A una parte está

la iglesia de los Santos Juanes, con su terraza de oxidadas barandillas, teniendo abajo, casi en los cimientos, las lóbregas y húmedas covachuelas donde los hojalateros establecen sus tiendas desde fecha remota. Arriba, la fachada, de piedra lisa, amarillenta, carcomida, con un retablo de gastada escultura, dos portadas vulgares, una fila de ventanas bajo un alero, santos barroqueños al nivel de los tejados, y, como final, el campanil triangular con sus tres balconcillos, su reloj descolorido y descompuesto, rematado todo por la fina pirámide, a cuyo extremo, a guisa de veleta y posado sobre una esfera, gira pesadamente el pájaro fabuloso, el popular pardalot, con su cola de abanico.<sup>8</sup>

Este edificio, donde fué bautizado Blasco, es por su capacidad y suntuosidad el primer templo de Valencia después de la Catedral, y lo emplea nuestro autor como elemento artístico, para hacer más repugnante la hipocresía de ciertos individuos--como don Manuel Fora, el Fraile<sup>9</sup>--y, recogiendo la tradición asociada a la famosa águila de bronce que le sirve de veleta, para iniciar y terminar la historia de un comerciante típico de origen aragonés encarnado en don Eugenio García, fundador de Las Tres Rosas.

Al lado opuesto se encuentra la Lonja de la Seda, uno de los más bellos edificios de la arquitectura civil europea. No cabe mejor descripción de la fachada que da al mercado que la de Blasco:

La torre del reloj, cuadrada, desnuda, monótona, partiendo el edificio en dos cuerpos, y éstos, exhibiendo los ventanales con sus bordadas pétreas; las portadas que rasgan el robusto paredón, con sus entradas de embudo, compuestas de atrevidos arcos ojivales, entre los que corretean en interminable procesión grotescas figurillas de hombres y animales en todas las posiciones estrambóticas que pudo discurrir la extraviada imaginación de los artistas medievales; en las esquinas, ángeles de pesada y luenga vestidura, diadema bizantina y alas de menudo plumaje, sustentando con visible esfuerzo los escudos de las barras de Aragón y las enroscadas cintas con apretados caracteres góticos de borrosas inscripciones; arriba, en el friso, bajo las gárgolas de espantosa fealdad que se tienden audazmente en el espacio con la muda risa del aquelarre, todos los reyes aragoneses en laureados medallones, con el casco de aletas sobre el perfil enérgico,

feroz y barbudo; y rematando la robusta fábrica, en la que alternan los bloques ásperos con los escarolados y encajes del cincel, la apretada fila de almenas cubiertas con la antigua corona real.<sup>10</sup>

Frente a la Lonja está el Principal, "pobrísimos edificio, mezquino cuerpo de guardia."<sup>11</sup> Estos son los edificios más destacados del mercado, pero hay muchos más, que le dan su aspecto inconfundible: "en torno de la plaza, cortados por las bocacalles, grupos de estrechas fachadas, balcones aglomerados, paredes con rótulos, y en todos los pisos bajos, tiendas de comestibles, ropas, drogas y bebidas, luciendo en las puertas, como título del establecimiento, cuantos santos tiene la corte celestial y cuantos animales vulgares guarda la escala zoológica."<sup>12</sup> Una de éstas es la tienda de Las Tres Rosas, que Blasco toma como síntesis del comercio valenciano y nos describe con detalle.<sup>13</sup> Pudo haberle servido de modelo la tienda de especias donde empezó el aprendizaje su propio padre, entrando de criadico, o la que adquirió para casarse, sin más que cambiar la clase de mercancía vendida, pues todas tienen básicamente la misma distribución interior.

Una plaza como la del Mercado, donde con frecuencia hay una aglomeración enorme de gente, ha de tener numerosos y fáciles accesos. De éstos se mencionan tres: la calle de las Mantas, parecida a "un portalón de galera antigua, empavesada con telas ondeantes y multicolores que las tiendas de ropas cuelgan como muestras de los altos balcones,"<sup>14</sup> la de San Fernando<sup>15</sup> y la del Trench.<sup>16</sup> Pero además hay muchas bocacalles que "vomitaban gentío dentro de la plaza"<sup>17</sup> sin que se digan sus nombres.

Pero Blasco no se limita a describirnos la plaza del Mercado de su tiempo, sino que nos habla de varias transformaciones valiéndose de uno de sus personajes más representativos:

Don Eugenio era, sin darse cuenta, el cronista de cuantas modificaciones y adelantos había experimentado aquella



plaza, en la que nació a la vida del comercio y debía desarrollarse toda su existencia. Vió cómo una revolución echaba abajo los conventos de la Magdalena y la Merced; cómo un motín quemaba el Mercado Nuevo, que era de madera, y cómo las tiendas agrandando cada vez más sus puertas, saneando sus interiores, atraían al público con grandes escaparates, y en materia de alumbrado pasaban del aceite al petróleo y de éste al gas.<sup>18</sup>

El mercado es el centro de la vida económica de la comarca, como hemos apuntado antes, y así aparece en muchas de las novelas y cuentos del autor valenciano.<sup>19</sup> A veces sirve como inventario de lo que produce la región valenciana, cosechas--frutas, verduras o flores--bien sean animales terrestres o productos del mar. También se emplea para darnos a conocer mejor la psicología de los personajes y la de las masas, la organización laboral, económica, de policía, etc. Y es un elemento costumbrista que nos permite conocer la clase media valenciana, que desempeña un papel muy importante en la vida social de la región.

Pero no es la del Mercado la única plaza que se menciona. En el mismo capítulo I vemos como doña Manuela y su cochero "atravesaron una profunda portada semejante a un túnel" y entraron en el Clot o Plaza Redonda, "que parecía un circo con su doble fila de tablones," para adquirir el pavo, "protagonista de la gastronómica fiesta"<sup>20</sup> navideña. Esta plaza redonda es como una sección de la del Mercado, unida a ésta por la calle del Trench, donde se vende la volatería--gallos, gallinas, palomos, patos, pavos, perdices, etc.--y es famosa por ello. Don Juan queriendo ponderar lo espacioso que es su palomar le dice a su sobrino Juanito que en él "se criarían perfectamente todos los animales de pluma que entran en la plaza Redonda durante medio año."<sup>21</sup>

Presenta, además, la plaza de la Constitución, o de la Virgen, en momentos distintos, pero muy típicos. Primero, en la festividad de San Vicente con la dramatización de los famosos milacres, uno de los cuales se representaba en el altar levantado en ella.<sup>22</sup> Luego, en el día de la

Virgen de los Desamparados, cuando "la multitud, oprimida en la mezquina rotonda [del templo], esparciase por la plaza hasta la fuente, adornada con un ridículo templete que parecía de confitería."<sup>23</sup> Por último, el día del Corpus con las rocas, carrozas tradicionales que habían de figurar en la procesión. Este día, "la vela del Corpus, con sus anchas listas azules y blancas, sombreaba desde los altos mástiles la plaza de la Virgen."<sup>24</sup>

Vemos también la plaza de San Francisco el día de la primera corrida de toros de la temporada, donde "por la mañana arremolinábase la gente, con empujones y codazos, en torno de los revendedores que . . . voceaban las de sol y sombra . . ."<sup>25</sup> Esta plaza está enclavada en el lugar que ocupó el antiguo convento de los Franciscanos, y recibió luego el nombre de Emilio Castelar. Una continuación de ella en dirección a la del Mercado tenía el nombre de Bajada de San Francisco, que Blasco dice que ese mismo día "era un torrente por el que rodaban sin cesar las oleadas de gentío."<sup>26</sup> Durante la República, esta sección recibió el nombre de Avenida de Blasco Ibáñez, en honor del novelista, rotulándola con una lámpara que se descubrió solemnemente el día 14 de abril de 1932. Otras dos plazas llevaron también anteriormente su nombre: la de la Reina, en 1906, cuando se le declaró hijo predilecto de la ciudad, y la de Cajeros, en mayo de 1921.<sup>27</sup>

La plaza de la Reina se menciona<sup>28</sup> porque la atraviesan Juanito, su novia y Micaela cuando van a visitar a don Ramón para entregarle los ahorros de las dos mujeres. No se describe ni se dan detalles.

Doña Manuela convenció a su esposo y le hizo traspasar la tienda a su dependiente Antonio Cuadros. Ellos se fueron a vivir a "una gran casa cerca del mercado."<sup>29</sup> Poco después nos dice Blasco que "por la plazuela de las de Pajares desfilaron los de Medicina y Derecho"<sup>30</sup> con ocasión del Carnaval. Más adelante se nos dan más detalles de la plazuela

referidos a su vecindario, que sabemos que era "bullicioso y alegre: gente de pura sangre valenciana, que vivía estrechamente con el producto de sus pequeñas industrias, pero a la que nunca faltaba humor para inventar fiestas."<sup>31</sup> Y la fiesta que elige Blasco para relacionarla con esta plazuela no puede ser más valenciana: las Fallas. Tanto los datos que se dan en Arroz y tartana sobre esta plazuela como los de su vecindario coinciden con los de la plazuela de San Gil, a donde se trasladaron los padres de nuestro autor, por lo que se deduce que la tuvo presente al escribir su primera novela valenciana, ya que tantos recuerdos de su infancia se encuentran en sus obras.<sup>32</sup>

Sólo en otro lugar se hace referencia a una plazuela sin designarla por su nombre. Es la que encuentra Nelet en su primer viaje a Valencia en busca de estiércol, en "El femater". En ella "jugaban al toro un grupo de pelones de largas blusas y grueso bolsón de libros, retardando el momento de entrar en la escuela."<sup>33</sup> En estas dos últimas plazoletas podemos considerar compendiadas las numerosas de su tipo esparcidas por la ciudad.

Pero todas no son así, como la Glorieta y su adyacente el Parterre, verdaderas plazas-jardín. A la primera se refiere Blasco en Flor de Mayo, cuando el Retor espera a su hermana Roseta que trabaja en la fábrica de tabacos, antigua Aduana y actualmente palacio de Justicia. Este edificio es el más notable de la plaza y nuestro autor lo describe al atardecer:

Eran las seis. El sol daba un tinte anaranjado a la crestería del enorme caserón suavizando la sombra verdinegra que las lluvias depositaban en los respiraderos de sus buhardillas. La estatua de Carlos III, en lo más alto del edificio, bañábase en un ambiente azul y diáfano, y por los balcones enrejados escapábase un rumor de colmena laboriosa, gritos, canciones ahogadas y el ruido metálico de las tijeras, cogidas y abandonadas a cada instante.<sup>34</sup>

La segunda es un delicioso jardín. Está a continuación de la Glorietta y forma como un apéndice suyo. Tiene cuatro estanques circulares, grupos de árboles exóticos y muchas flores. En el centro se eleva el monumento ecuestre a Jaime el Conquistador. En la novela Entre Naranjos cruzan esta plaza Rafael Brull y don Andrés, cuando este último quiere impedir la fuga del diputado:

Cabizbajo, aterrado por la imagen de aquella escena después de su huida, Rafael no sabía por dónde marchaban. Le sorprendió de pronto un perfume de flores. Atravesaban un jardín, y al levantar la cabeza vió brillando al sol la arrogante figura del conquistador de Valencia sobre su nervudo caballo de guerra.<sup>35</sup>

Así mismo las calles están muy bien representadas en cuanto al número y a la variedad. Además de las que anunciamos arriba, verdaderas vías comerciales, representativas de aspectos diversos de la ciudad --la de las Mantas, rústica; la de San Fernando, urbana--<sup>36</sup> se da el nombre de muchas más. Unas son populares, como la de Gracia, donde vivían Tonica y Micaela en "un piso tercero de una casa vieja y pequeña,"<sup>37</sup> y la de Ausías March, donde vivía la modista de Amparito Pajares.<sup>38</sup> Otras son señoriales, como la de Caballeros, que arranca de la plaza de la Virgen y pasa por ella la cabalgata del Corpus.<sup>39</sup> Algunas tienen un carácter intermedio, como la de Serranos, con "un alumbrado macilento, que en vez de luz parecía esparcir tinieblas;" en ella trabajaba Tonica.<sup>40</sup> Las hay que albergan mujeres de vida alegre, como la del Puerto.<sup>41</sup> Otras se dedican a ciertas especialidades mercantiles, como la de las Platerías, donde la sifá Tomasa, en "La cencerrada", había comprado el famoso aderezo que ahora luciría Marieta.<sup>42</sup> Algunas se citan relacionadas con proezas de matones o valientes, así la de las Barcas, la de Borrull, la de Cuarte o la subida de la Morera. Y todavía se hace mención de otras muchísimas sin dar los nombres.<sup>43</sup>

En ocasiones se refiere a barrios enteros, dándonos a conocer, al mismo tiempo, peculiaridades al relacionarlos con los personajes o con el argumento de sus obras. Así vemos que ". . . Al llegar Juanito al barrio de las Escuelas Pías entró en una calle estrecha donde estaba el caserón de sus abuelos . . ." <sup>44</sup> Su abuelo era don Manuel Fora, alias el Fraile, a quien ya conocemos por su hipócrita religiosidad y avaricia <sup>45</sup> y en quien Blasco personifica a los industriales del ramo de la seda que tan famosa hicieron a la ciudad del Turia. Es, pues, este barrio de las Escuelas Pías la residencia de los comerciantes e industriales ricos.

El del Carmen tiene carácter más popular, y sabemos que Rafael Pajares, primo y entonces pretendiente de Manolita, "tenía cierto arreglo en el barrio del Carmen con carácter permanente y hasta se susurraba si había una criatura de por medio." <sup>46</sup>

El de peor reputación de Valencia es "el barrio de Pescadores, habilitado por malas mujeres" que eran las mejores parroquianas del tío Pael lla. <sup>47</sup> En una escalerilla de "los sucios callejones" buscó refugio la desdichada Rosario, hija del tío Barret, donde es descubierta por la valerosa Pepeta en uno de sus diarios recorridos por la ciudad vendiendo leche. <sup>48</sup> Es también escenario de las majezas de algunos guapos. <sup>49</sup>

Estos son los barrios que podríamos llamar intramuros, o situados en el antiguo casco delimitado por las murallas. También se mencionan los que se han ido formando en la expansión natural de la ciudad al desaparecer el cerco que la oprimía, como el Arrabal, Arrancapinos, el Ensanche, Monteolivete, Ruzafa, además de los marítimos, de los que trataremos luego.

Los paseos y jardines también merecen la atención de Blasco. Se ha hecho referencia antes a la Glorieta y al Parterre. <sup>50</sup> La Alameda, que juega un papel muy importante en Arroz y tartana, es un paseo situado en

la orilla izquierda del Turia, entre los puentes del Real y del Mar, célebre por los festejos que en ella se celebran, como la feria de Julio y la batalla de flores.

Blasco nos la presenta en períodos distintos para que la conozcamos en sus varios aspectos. A veces nos da una descripción general en la que encontramos sus elementos más destacados:

Las largas filas de rosales, los macizos de plantas, toda esa jardinería mutilada y corregida por las tijeras del hortelano, reverdecía con el soplo cálido de la tarde y se cubría de flores, uniendo sus simples perfumes a la estela de esencias que dejaban las señoras tras su paso . . . . . Las torres de los guardas erguían sus caperuzas de barnizadas tejas por encima de los árboles, y a los dos extremos del paseo empequeñecidas por la distancia, destacábanse sobre el verde fondo las monumentales fuentes con sus figuras mitológicas ligeras de ropa.<sup>51</sup>

En los días laborables es un paseo tranquilo, y nos la presenta relacionada con don Eugenio, el viejo fundador de Las Tres Rosas, que "en los días que hacía buen tiempo paseaba por la Alameda con un par de curas tan viejos como él . . ."<sup>52</sup> En otras ocasiones es el bullicio lo que domina: "Era domingo, y la animación ruidosa y expansiva de los días festivos inundaba la acera izquierda del paseo . . ."<sup>53</sup> Doña Manuela "se consideraba feliz pudiendo pasear en berlina por la Alameda"<sup>54</sup> pero este paseo diario era un martirio para su esposo, que se encontraba desplazado entre personas de rango social más elevado. Aquí acuden los nuevos ricos en su afán de exhibirse, relacionarse y también de aprender gestos y actitudes que practicar entre sus nuevas relaciones.<sup>55</sup> Durante el Carnaval, la cuadrilla de estudiantes "dirigíase a la Alameda, pasaba el puente del Real envuelta con el gentío, y así que estaban en el paseo iban unos hacia el Plantío para dar bromas insufribles . . ."<sup>56</sup>

Juanito nos servirá de cicerone para verla en otro momento destacado: la feria de Julio. El joven acaba de descubrir el deshonor de su madre

y en su paseo maquinal cruza de noche el puente del Real.<sup>57</sup> Nos enteramos de los varios elementos que componen la masa heterogénea: soldados, huertanos, labradoras, señoritos, floristas, etc. Hasta el tablado de los bailes populares, a la entrada del paseo, se mantiene la masa compacta.<sup>58</sup> En el otro extremo estaban los restaurantes al aire libre, las buñolerías, las rifas, los vendedores de sandías y los barracones de espectáculos. El estado anímico de nuestro guía ofrece un trágico contraste con el ambiente que le rodea. No pudiéndolo soportar sale deprisa: "Juanito, con los nervios excitados, acabó por huir, refugiándose en los jardincillos a la inglesa que la gente llama El Plantío."<sup>59</sup>

Las Alameditas de Serranos son dos paseos junto al río, por la parte de la ciudad, a ambos lados de la Puerta de Serranos, que llegan desde el puente de la Trinidad hasta el de San José. Se construyeron hacia 1830. El que hay entre el puente de San José y la Puerta de Serranos es el más grande y el mejor cuidado; tiene macizos de jardinería, un paseo de tilos y otro de plátanos, pinos canadienses y de Alepo, eucaliptos y un estanque. Es el paseo habitual de don Eugenio, y Blasco lo describe dándonos a conocer, además, sus concurrentes ordinarios:

Una ancha faja de jardín en la orilla del río, exuberante de vegetación, pero tan sombría que justificaba su título vulgar de Paseo de los Desesperados. La concurrencia era la de siempre. Algunas madres de la vecindad, con su tropel de muñecos voceadores, y grupos de curas y aficionados a la clase sacerdotal, destacando sobre el verde la mancha negra de sus trajes . . .<sup>60</sup>

A ciertas horas se convierten estas Alamedas en una especie de comedor al aire libre, que usan tanto el seminarista Visantet como las familias de albañiles.<sup>61</sup> Y los jueves por la mañana, especialmente, se transforman en barbería donde se afeitan los que, como Batiste en La barraca, quieren asearse antes de entrar en la ciudad o asistir al famoso mercado de animales del cauce del río.<sup>62</sup>

En varios momentos nos hemos referido a las murallas que, más que defender, aprisionaban a la ciudad y eran un obstáculo para su crecimiento. Fueron derribadas en 1865 y por su valor arquitectónico se conservaron dos de sus puertas, que figuran entre los más hermosos ornamentos de la bella capital levantina: la de Serranos y la de Cuarte.

La Puerta de Serranos es uno de los más nobles y típicos monumentos y tan famosa casi como el Miguelete. Fué construida frente a la antigua Puerta de Roterros o de Roceros, que se cita ya en la Crónica del Cid, comenzando las obras en 1393 y terminando en 1398. La Puerta de Cuarte, de fecha posterior a la de Serranos y menos monumental, es, no obstante, de mucha belleza y grandiosidad. Sustituyó a un modesto portal en 1444. Planeada a semejanza de la de Serranos y tan sólida como ella, sus muros son fundamentalmente de mampostería, en vez de cantería, carece de los adornos góticos de su modelo, si bien son más altas sus torres. Se dedica a prisiones militares. En el exterior ostenta aún las huellas del ataque de la artillería de Moncey. De las demás puertas desaparecidas, merece mención la de San Vicente, donde estuvo colgada la cabeza de Guillén Sorolla. Fué destruida con las murallas.

Otro elemento destacado de Valencia es el río Turia, que llega sin agua a la ciudad debido a que la toman siete acequias que fertilizan su vega. Sin embargo, debido a su régimen torrencial en ciertas épocas se producen avenidas peligrosas que en el pasado causaron serios daños. A fin de prevenirlas y evitar sus devastadores efectos se decidió construir unos pretilos de piedra a lo largo del cauce que además de proteger, hermosearan esta parte de la ciudad. Los pretilos forman una unidad armónica con los cinco bellos y espaciosos puentes que cruzan el cauce del río.



Estos aspectos de la ciudad aparecen en las obras de Blasco. Cuando Juanito huye horrorizado al descubrir la bajeza moral de su madre, deambula por las calles de Valencia hasta dar en las Alamedas de Serranos,<sup>63</sup> donde se encuentran "las ochavadas torres que asomaban sobre la arboleda sus arcadas ojivales, sus barbacanas y la corona de sus almenas . . ."<sup>64</sup> "Salió rápidamente del paseo, siguiendo el pretil del río. Caminando junto a la carretera polvorienta, sin ver otras caras que las de los carreteros que marchaban perezosamente tras sus vehículos, o las de los guardas de consumos sentados ante sus garitas, Juanito se encontraba mejor."<sup>65</sup> Siguió caminando maquinalmente. Al poco rato,

Levantó la cabeza y vió que se había separado del pretil, siguiendo por el camino de ronda. Ante él alzaban sus pesadas moles cilíndricas las dos torres de la Puerta de Cuarte, con la rojiza costra acribillada por los profundos agujeros de las granadas francesas y las de las insurrecciones republicanas.

Contemplaba fijamente los tragaluces angostos y enrejados de los calabozos donde estaban los presos militares. . . Permaneció largo rato mirando fijamente aquellos colosos de argamasa. . .<sup>66</sup>

En este recorrido sigue exactamente el antiguo trazado de las murallas, que iban por la orilla del río hasta el camino de ronda, hoy calle de Guillem de Castro. En la descripción nos dice el aspecto externo de las torres, las cicatrices que como viejo veterano de guerra ostentan con orgullo, el destino que tienen y la clase de obra de albañilería de que están hechas.

Nuestro joven sigue adelante. Poco después casi es atropellado a la entrada del camino del cementerio, que parte del lugar que ocupó la antigua puerta de San Vicente, punto que todavía sirve hoy para despedir el duelo.

Cuando consiguió reanudar su camino no pudo ir muy lejos. "Frente a él perfilábase sobre el cielo pálido azul la Plaza de Toros, con su contorno de circo romano. Entre ella y el joven estaba el paso a nivel de

la vía férrea, donde comenzaba a palpitar, lanzando mujidos, una bestia de hierro."<sup>67</sup> Aquí describe Blasco algo que no existe actualmente, pues al retirarse la estación ha desaparecido el paso a nivel que cortaba la actual calle de Játiva.

En este punto inicia el regreso el hijo de doña Manuela y recorre en sentido inverso el mismo itinerario hasta llegar a las Alamedas de Serranos. Siguió el pretil del río hasta el puente del Real, desde donde le seguimos ya en su paseo por la Alameda en un día de feria. Con esto Blasco nos da prácticamente el perímetro de la antigua Valencia demarcado por las murallas, y si bien no lo cierra completamente, da los dos puntos que sirven para terminar el trazado: la Plaza de Toros y la antigua Aduana, que une la actual calle de Colón, la que indudablemente hubiera recorrido Juanito de no interponerse el paso a nivel.

Todas las calles, plazas y edificios que menciona Blasco en sus novelas y cuentos valencianos, referidos a la capital, se hallan situados en el casco antiguo circunscrito por la línea de las murallas. Y si una excepción puede marcarse en cuanto a las calles--la de Borrull, lugar donde se localiza la acción del cuento "¡Cosas de hombres!"<sup>68</sup>--tal vez sea porque arrancaba de las mismas murallas y puede representar los barrios que iniciaron la expansión.

Del río se dan numerosas referencias. Unas veces sirve de paseo a la enamorada pareja de Juanito y Tónica, que siguen por el pretil, camino de Monteolivete: "deteníanse a contemplar los incidentes del tiro de palomo establecido en el cauce del río, pedregoso, inmenso, surcado por unas cuantas venillas de agua, que se cruzaban caprichosamente, formando verdes archipiélagos,"<sup>69</sup> espectáculo con el que estaba familiarizado el joven por haberle servido de distracción muchos años antes.<sup>70</sup> Otras ve-

ces, es la escena del típico mercado de animales que tienen lugar todos los jueves por la mañana, en el cauce, en las inmediaciones de las torres de Serranos. El río presenta su aspecto habitual: "El cauce del Turia estaba, como siempre, casi seco. Algunas vetas de agua, escapadas de los azudes y presas que refrescan la vega, serpenteaban, formando curvas e islas en un suelo polvoriento, ardoroso, desigual, que más parecía de desierto africano que lecho de un río."<sup>71</sup> También sirve de campo de instrucción de los soldados<sup>72</sup> y de escenario de una bella tradición valenciana, explicada en "El dragón del Patriarca."<sup>73</sup> Blasco no deja de referirse al aspecto del río que hizo necesaria la construcción de los pretiles, las famosas avenidas ocasionadas por las precipitaciones atmosféricas en la zona montañosa: "Había llovido fuerte allá por las montañas de Teruel; el río arrojaba en el mar su agua arcillosa y fría, y todo el golfo teñíase de un amarillo rabioso, que a lo lejos debilitábase hasta tomar tonos de rosa."<sup>74</sup>

De los cinco puentes monumentales que unen ambas orillas del río, Blasco menciona cuatro que, citados por el orden siguiendo el sentido de la corriente, son el de San José,<sup>75</sup> el de Serranos,<sup>76</sup> el del Real<sup>77</sup> y el del Mar.<sup>78</sup> No se nombra el de la Trinidad, a pesar de ser el más antiguo de todos--data de 1402<sup>79</sup>-- y tal vez sea por este mismo motivo. Al construir los otros puentes posteriormente sirvieron necesidades de tráfico más apremiantes que el antiguo, por lo que éste quedó en cierto modo desplazado de las vías generales de comunicación y menos utilizado que los demás. Este puente tenía dos edículos, con los Santos alcireños Bernardo y Marís y Gracia, que fueron derribados por haber sufrido deterioros durante la guerra de la Independencia. Seis años después de Arroz y tartana escribió Blasco Entre naranjos, y como si quisiera compensar

esta desatención dedica al puente de Alcira, ornamentado con las figuras del "patrón de Alcira y sus santas hermanas,"<sup>80</sup> varios párrafos. Sin embargo, en muchos pasajes de sus obras se refiere en general a los puentes de Valencia,<sup>81</sup> y aquí podríamos considerar incluido el de la Trinidad.

En cuanto a los edificios, se hace referencia a los más importantes. De los religiosos, la Catedral aparece como el punto alrededor del cual se aglutinan otras edificaciones para formar los barrios "tranquilos, soñolientos y como muertos" que constituyeron el núcleo primitivo de la ciudad.<sup>82</sup> En tiempo de Blasco es el lugar a donde acuden a oír misa de doce las familias de la alta sociedad y las que pretenden entrar a formar parte de ella, como la de Pajares de Arroz y tartana.<sup>83</sup> También la presenta relacionada con una institución única de Valencia, el Tribunal de las Aguas, que se reúne todos los jueves en una de sus puertas:

La Puerta de los Apóstoles, vieja, rojiza, carcomida por los siglos, extendiendo sus roídas bellezas a la luz del sol, formaba un fondo digno del antiguo tribunal: era como un dosel de piedra fabricado para cobijar una institución de cinco siglos.<sup>84</sup>

Sigue luego una descripción detallada del aspecto de la puerta y del estado de las esculturas y elementos decorativos, explicando el desgaste de las piedras, de las aristas y de los follajes, no como consecuencia del simple paso del tiempo, sino debido a la actividad y al carácter de los valencianos.<sup>85</sup> Adyacente a la Catedral está su famosa torre del Miguelete, que es uno de los puntos más característicos de la ciudad y al que Blasco se refiere en muchos pasajes.<sup>86</sup>

Siguen en importancia a la Catedral la iglesia de los Santos Juanes, a la que vimos ya cómo se refería en Arroz y tartana,<sup>87</sup> y la capilla de la Virgen de los Desamparados, que también aparece mencionada.<sup>88</sup> Se leen referencias a otros dos edificios religiosos destacados: el Seminario<sup>89</sup> y el Colegio del Patriarca.<sup>90</sup>

Los edificios públicos de carácter civil se hallan muy bien representados. Además de los citados en las páginas anteriores--La Lonja, la Aduana antigua, la Plaza de Toros, etc.--nos encontramos con la Audiencia, instalada entonces en la Generalidad, el Ayuntamiento, la Universidad, la Facultad de Medicina y el Hospital, el cementerio, casas de socorro, Monte de Piedad, la Bolsa, la cárcel, casa de Expósitos, la Hacienda y los cuarteles. De los edificios se cita el más bello, el "gran palacio de Dos Aguas, cerrado, silencioso, dormido como los dos gigantes que guardan su portada, desarrollando bajo la lluvia de oro del sol la suntuosidad recargada y graciosa del estilo rococó."<sup>9</sup> También se refiere a varios establecimientos, unos en general, como chocolaterías, cafés o tiendas, y otras veces por su nombre, como el hotel Roma, el café de España, la posada de las Tres Coronas o la taberna de Chulla.

## 2. Huerta de Valencia

La huerta valenciana es la llanura comprendida entre el mar y el arco montañoso que apoyado en Cullera y Sagunto la cerca por las demás partes. En este sentido lato la considera Blasco cuando refiriéndose a Dimoni dice que "desde Cullera a Sagunto, en toda la valenciana vega no había pueblo ni poblado donde no fuese conocido."<sup>92</sup> Pero en esta amplia zona pueden distinguirse varias secciones, como la Huerta de Valencia en sentido estricto, la Ribera del Júcar y la Albufera.

La Huerta de Valencia es la comarca determinada por la parte baja del Turia. Forma un llano de unos veintisiete kilómetros de largo entre Puzol y Catarroja, situadas al Norte y al Sur, respectivamente, y unos once de anchura entre Manises y la playa de la Malvarrosa. La tie-

rra se cultiva con gran esmero y su excepcional fertilidad le permite mantener una densidad de población muy elevada. La ciudad de Valencia se halla casi en el centro y en ella se polariza la actividad de la región en sus distintos aspectos. Alrededor hay entidades de población que van perdiendo su autonomía y quedan integradas como barrios de la ciudad a medida que ésta en su incesante crecimiento las absorbe.

Uno de los elementos indispensables de la agricultura de esta zona, que permite mantener el alto grado de fertilidad de la tierra, es el agua. Siendo la comarca rica en sol y escasa en lluvias, tiene que depender de los regadíos que se organizaron en tiempo inmemorial de una forma que pueden tomarse como modelo.<sup>93</sup> Las aguas del Turia se recogen en siete acequias principales que a su vez alimentan a otras y de este modo se van subdividiendo en tantos brazos como permite el caudal y exigen las necesidades del riego. Cada acequia dispone de su junta de gobierno, cuya presidencia se confiere a un síndico--elegido entre los viejos huertanos más expertos en las prácticas del riego--y reunidos los síndicos de todas las acequias forman el famoso Tribunal de las Aguas. En las márgenes de las acequias hay cañaverales que a la vez que protegen contra la erosión, proveen cañas para usos muy diversos.

Además del río Turia atraviesan la huerta los barrancos de Carraxet y de Torrente, ambos paralelos al río, el primero al Norte y el segundo al Sur.

En el verdor de la huerta destacan los puntos blancos de sus alquerías y barracas, viviendas típicas de la región, nota alegre en un ambiente de laboriosidad y rico colorido. No hay la misma densidad de alquerías en toda la huerta y en términos generales puede decirse que se

halla en razón directa de la proximidad de la capital, disminuyendo en la zona próxima a la Albufera, quizá porque la formación de estos terrenos es posterior.<sup>94</sup>

En una zona tan densamente poblada, los núcleos de población y las viviendas rurales se comunican por una estrecha red de sendas y caminos, muchas veces flanqueados por acequias y altas márgenes.

Blasco dedica a esta huerta la novela que le hizo famoso: La barraca. Nos la presenta al romper el alba en un día de otoño:

El espacio se empapaba de luz; disolvíanse las sombras, como tragadas por los abiertos surcos y las masas de follajes. En la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas, semejantes a enormes pañuelos verdes, y la tierra roja, cuidadosamente labrada.<sup>95</sup>

En este primer contacto con la huerta, vemos que se trata de tierra roja, cuidadosamente labrada y muy fértil, a juzgar por los abiertos surcos y las matas de follaje, las filas de moreras y frutales y los grandes cuadros de hortalizas. Esta nota de la fertilidad de la tierra se encuentra en toda la novela. Cuando todavía vivo el tío Barret contemplaba en época de cosecha "los cuadros de distinto cultivo en que estaban divididas sus tierras, no podía contener un sentimiento de orgullo, y mirando los altos trigos, las coles con su cogollo de rizada blonda, los melones asomando el verde lomo a flor de tierra o los pimientos y tomates medio ocultos por el follaje, alababa la bondad de sus campos y los esfuerzos de todos sus antecesores al trabajarlos. . ." <sup>96</sup>

Un poco más adelante se muestra más específico al nombrar algunos de los frutales. Es en el mes de junio:

Los árboles mostraban sus ramas cargadas de frutos. Doble-gábanse los nispereros con el peso de los amarillos racimos cubiertos de barnizadas hojas; asomaban los albaricoques entre el follaje como rosadas mejillas de niño; registraban los muchachos

con impaciencia las corpulentas higueras, buscando codiciosos las brevas primerizas, y en los jardines, por encima de las tapias, exhalaban los jazmines su fragancia azucarada, y las magnolias, como incensarios de marfil, esparcían su perfume en el ambiente ardoroso impregnado de olor de mies.<sup>97</sup>

Encontramos como nueva nota los jardines que con sus flores perfuman el ambiente, tan característicos que han hecho que se conozca esta comarca como el jardín de España.

Sigue inmediatamente la siega del trigo:

Las hoces relampagueantes iban tonsurando los campos, echando abajo las rubias cabelleras de trigo, las gruesas espigas, que, apopléticas de vida, buscaban el suelo, doblando tras ellas las delgadas cañas.<sup>98</sup>

Sin embargo, con la recolección no termina el trabajo. Hay que extraer de la tierra todo el rendimiento posible y hacerle dar hasta cuatro cosechas anuales. Batiste "dos días antes había plantado en ellos maíz y judías, como muchos de sus vecinos, pues a la tierra no hay que dejarla descansar."<sup>99</sup> En la mayoría de los casos el trabajo no es una maldición, especialmente cuando se ve recompensado con prodigiosas cosechas. En la huerta "todo era alegría y trabajo gozoso."<sup>100</sup>

Nuestro autor no sólo nos describe la huerta haciendo resaltar sus elementos componentes sino que registra los sonidos característicos en el crepúsculo, enlazando los nocturnos con los que se oyen al amanecer:

Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella noche de otoño, que, con lo tibio de su ambiente, parecía de primavera, lanzaban el gorgojo final como si los hiriese la luz del alba con sus reflejos de acero. De las techumbres de paja de las barracas salían las bandadas de gorriónes como un tropel de pilluelos perseguidos, y las copas de los árboles empezaban a estremecerse bajo los primeros jugueteos de estos granujas del espacio, que todo lo alborotaban con el roce de sus blusas de plumas.

Apagábanse lentamente los rumores que habían poblado la noche: el borboteo de las acequias, el murmullo de los cañaverales, los ladridos de los mastines vigilantes.

Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto del gallo de barraca en barraca. Los



camparios de los pueblecitos devolvían con ruidoso badajeo el toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia, esfumadas por la distancia. De los corrales salía un discordante concierto animal: relinchos de caballos, mugidos de vacas, cloquear de gallinas, balidos de corderos, ronquidos de cerdos; un despertar ruidoso de bestias que, al sentir la fresca caricia del alba cargada de acre perfume de vegetación, deseaba correr por los campos.<sup>101</sup>

En esta descripción se personifica la huerta, que "despertaba . . . y sus bostezos eran cada vez más ruidosos," y se personifican los gorriiones, que parecen "un tropel de pilluelos." Se incluyen sensaciones olorosas, el alba cargada de acre perfume de vegetación, que debemos unir al olor de mies y a la fragancia azucarada de los jazmines y al perfume de las magnolias que hemos anotado antes. Y también varios de los elementos peculiares de la huerta, como las barracas de techumbres de paja, las acequias con su borboteo y de los murmulantes cañaverales. Los pueblecitos están muy cerca para devolver por sus campanarios el toque de misa que lanzaban las torres de Valencia.

La barraca del tío Sento, de "Golpe doble," puede considerarse como típica,

con sus paredes de deslumbrante blancura, la montera de negra paja con crucecitas en los extremos, las ventanas azules, la parra sobre la puerta como verde celosía, por la que se filtraba el sol con palpitations de oro vivo; los macizos de geranios y dompedros orlando la vivienda, contenidos por una cerca de caña; y más allá de la vieja higuera, el horno de barro y ladrillos, redondo y achatado como un hormiguero de África.<sup>102</sup>

Las acequias se hallan citadas a lo largo de toda la novela y la insistencia con que se las nombra es prueba de la importancia del papel que desempeñan en la vida de la región. En las acequias tienen lugar escenas culminantes de la acción de un patetismo impresionante, como la muerte del usurero don Salvador a manos del tío Barret<sup>103</sup> y la lucha a escopetazos entre Pimentó y Batiste, cuando éste regresaba de cazar en el barranco de Carraixet.<sup>104</sup> Los cañaverales que crecen en las márgenes de las

acequias son lugares ideales para las emboscadas tan frecuentes en el tiempo de la acción de estas novelas.

La Fuente de la Reina es escenario también de una riña importante.

Así presenta Blasco este lugar:

La Fuente de la Reina era el orgullo de toda aquella parte de la huerta, condenada al agua de los pozos y al líquido bermejo y fangoso que corría por las acequias.

Estaba frente a una alquería abandonada, y era cosa antigua y de mucho mérito, al decir de los más sabios de la huerta: obra de los moros, según Pimentó; monumento de la época en que los apóstoles iban bautizando pillos por el mundo, según declaraba con majestad de oráculo el tío Tomba. . .

. . . La Fuente de la Reina era una balsa cuadrada, con muros de piedra roja, y teniendo su agua mucho más baja que el nivel del suelo. Descendíase al fondo por seis escalones, siempre resbaladizos y verdosos por la humedad. En la cara del rectángulo de piedra fronterizo a la escalera destacábase un bajo relieve con figuras borrosas que era imposible adivinar bajo la capa de enjalbegado.

Debía de ser la Virgen rodeada de ángeles: una obra del arte grosero y cándido de la edad media: algún voto de los tiempos de la conquista; pero unas generaciones picando la piedra para marcar mejor las figuras borradas por los años, y otras blanqueándola con escrúpulos de bárbara curiosidad, habían dejado la losa de tal modo, que sólo se distinguía un bulto informe de mujer, la reina, que daba su nombre a la fuente: reina de los moros, como forzosamente han de serlo todas en los cuentos del campo.<sup>105</sup>

La única alteración de Blasco es colocar la fuente al frente de una alquería abandonada, cuando en realidad está en la parte posterior. Además de presentar un elemento local típico, Blasco da diferentes hipótesis de los huertanos sobre el origen y significado de la losa que da nombre a la fuente y a la alquería. La riña nos da a conocer un poco mejor la psicología general de la huerta y de algunos personajes de La barraca y el ir a buscar agua a la fuente es también un elemento costumbrista.

Continuando la descripción del amanecer en la huerta encontramos otros rasgos de interés:

Animábanse los caminos con filas de puntos negros y movibles, como rosario de hormigas, marchando hacia la ciudad . . .

La vida que con la luz inundaba la vega, iba penetrando en el interior de barracas y alquerías.

Chirriaban las puertas al abrirse, veíanse bajo los emparrados figuras blancas que se desperezaban con las manos tras del cogote, mirando el iluminado horizonte. Quedaban de par en par los establos, vomitando hacia la ciudad las vacas de leche, los rebaños de cabras. . . .

En las puertas de las barracas saludábanse los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a trabajar los campos . . . .

Por los ribazos laterales [del camino de Alboraya], con un brazo en la cesta y el otro balanceante, pasaban los interminables cordones de cigarrerías e hilanderas de seda, toda la virginidad de la huerta, que iban a trabajar en las fábricas . . . .<sup>106</sup>

La ciudad es el centro de las actividades de la comarca. La huerto no sólo le manda por las innumerables sendas y caminos sus productos, y las vacas y los rebaños de cabras que se crían en los establos de las barracas y alquerías la proveen de leche, sino que sus muchachas mantienen en actividad las fábricas y talleres. A su vez, en la ciudad encuentran los huertanos lo que no da el campo. Los que se quedaban trabajando saludaban a los que iban hacia la ciudad y si el que pasaba "era íntimo, se le encargaba la compra en Valencia de pequeños objetos para la mujer o para la casa."<sup>107</sup> También Batiste adquirió en la ciudad cuanto necesitaba para restaurar la barraca y el mobiliario, y reemplazar al Morrut cuando murió. Y vimos en las tiendas del mercado de Arroz y tartana cómo los mejores clientes eran los habitantes de la huerta.

Las montañas que rodean la vega, apoyadas en el mar en Cullera y Sagunto, las presenta Blasco en varios pasajes. En el amanecer que abre el primer capítulo de La barraca, "las montañas del fondo y las torres de la ciudad iban tomando un tinte sonrosado,"<sup>108</sup> espectáculo parecido al que ve Batiste cuando pasea su desesperación, después de la sentencia del Tribunal, por el camino de Valencia,<sup>109</sup> y el Retor desde su barca.<sup>110</sup>

En Arroz y tartana se da una visión panorámica de la comarca, vista desde Burjasot, cerca de los Silos. Los elementos que principalmente componen el escenario son "la vega y el Mediterráneo, los montes y el cielo." Es la vista general que contemplan los invitados de doña Manolita los días de Pascua desde su hotelito--"aquella ratonera brillante y frágil"--y se aprecian aspectos que ya se han mencionado, como la densidad de población determinada por el número y la proximidad de los pueblos y caseríos, la división del campo en innumerables parcelas y la cordillera que cierra la vega y muere en Sagunto. Blasco, como en una cinta cinematográfica, nos presenta el mismo objeto muchas veces enfocado desde distintos puntos que se completan y dan mayor sensación de realidad y vida a lo que quiere que conozcamos:

Bastábales volver un poco la cabeza, y su vista caía sobre la inmensa vega, silenciosa y esplendente, con sus tonos verdes de infinitos matices que deslumbraban abriantados por el sol de la primavera, los pueblos y caseríos, compactos y apiñados, hasta el punto de parecer de lejos una sola población, matizaban de blanco y amarillo aquel gigantesco tablero de damas, cuyos cuadros geométricos, siendo todos verdes, destacábanse unos de otros por sus diversas tonalidades; a lo lejos, el mar, como una cenefa azul, corriase por todo el horizonte con su lomo erizado de velas puntiagudas como blancas aletas; y volviendo la vista más a la izquierda, los pueblo cercanos: Godella, con su oscuro pinar, que avanza como promontorio sombrío en el oleaje verde de la huerta; y por encima de esta barrera, en último término, la sierra de Espadán, irregular, gigantesca, dentellada, mostrando a las horas de sol un suave color de caramelo, surcada por las sombras de hondonadas y barrancos, decreciendo rápidamente antes de llegar al mar y ostentando en la última de sus protuberancias, en el postrer escalón, el castillo de Sagunto, con sus bastiones irregulares semejantes a las ondulaciones de una culebra inmóvil y dormida bajo el sol.<sup>111</sup>

A continuación, valiéndose de Andresito, da una interpretación personalísima de los colores de la vega relacionándolos con la música. Es el famoso pasaje de la "sinfonía de colores" en el que se combinan armoniosamente las notas de los jardincillos con los tejados y paredes, las acequias con los cañares y los campos de hortalizas con los cami-

nos. Al fondo está el mar, uniéndose en el confín con el cielo. Es la nota colorista que deleita la vista como las de antes lo hacen con el oído o el olfato, tocando el resorte de todas las sensaciones y haciendo gala de su portentosa imaginación.

Allí estaba la sinfonía, una verdadera pieza clásica con su tema fundamental . . .

Primero, las notas aisladas e incoherentes de la introducción eran las manchas verdes de los cercanos jardincillos, las rojas aglomeraciones de tejados, las blancas paredes, todas las pinceladas de color sueltas y sin armonizar por hallarse próximas. Y tras esta fugaz introducción, comenzaba la sinfonía, brillante, atronadora.

El cabrilleo de las temblonas aguas de las acequias, heridas por la luz, era el trino dulce y tímido de los violines melancólicos; los campos, de verde apagado, sonaban para el visionario joven como tiernos suspiros de los clarinetes, las mujeres amadas, como los llamaba Berlioz; los inquietos cañares, con su entonación amarillenta y los frescos campos de hortalizas, claros y brillantes como lagos de esmeralda líquida, resultaban sobre el conjunto como apasionados quejidos de la viola de amor o románticas frases del violonchelo; y en el fondo, la inmensa faja de mar, con su tono azul esfumado, semejaba la nota prolongada del metal, que, a la sordina, lanzaba un lamento interminable. . .

El paisaje entonaba una sinfonía clásica, en la que el tema se repetía hasta lo infinito. Y este tema era la eterna nota verde, que tan pronto se abría y ensanchaba, tomando un tinte blanquecino, como se condensaba y oscurecía hasta convertirse en azul violáceo. . .

Los caminos, con su serpenteante blancura, eran los intervalos de silencio. El tema, el color verde, crecía en la intensidad al alejarse hacia las orillas del mar; llegaba el período brillante, a la cúspide de la sinfonía; y lanzándose en pleno cielo, aclarándose en un azul blanquecino, marchaba velozmente hacia el final, se extinguía en el horizonte pálido y vago como el último quejido de los violines . . .112

### 3. Ribera del Júcar

El Júcar es el otro río que junto con el Turia riega la rica vega de la provincia de Valencia. Nace en Cuenca y luego de atravesar varios núcleos montañosos se interna en la feraz llanura conocida por la Ribera y desemboca en el mar en las cercanías de Cullera, formando una boca que en otro tiempo servía de puerto para invernar a las armadas de Ara-

gón.<sup>113</sup> Su caudal es grande pero, algo semejante a lo que ocurría con el Turia, disminuye notablemente en la parte baja a causa de las sangrías que recibe por los riegos.

La Ribera es, pues, la zona que riega el Júcar en la última parte de su curso y es una de las comarcas más definidas y mejor conocidas de la Región. Exactamente se puede hablar de "las Riberas," porque hay dos, la Alta y la Baja, según su proximidad a la Albufera y al mar. La Ribera se extiende de Catarroja a Játiva de Norte a Sur, y del mar al valle de Cárcer, de Este a Oeste. La "Ribera Baja" enlaza con la Huerta de Valencia y va hasta cerca de Alcira; la "Ribera Alta" se comunica y enlaza con la Baja y llega hasta Játiva.

El terreno es extraordinariamente fértil y se cultiva con tanta meticulosidad como la Huerta de Valencia, dándose toda clase de frutos y productos de huerta, pero en general podemos decir que lo dominante en la Ribera Baja es el arroz y en la Alta las frutas, especialmente la naranja. En una comarca tan rica hay poblaciones relativamente grandes y hermosas, como Sueca, Sollana, Algemés y Cullera, en la Baja, y Carlet, Alberique, Carcagente y Alcira en la Alta. En el campo hay innumerables alquerías y villas.

Alcira se considera la capital de la Ribera. Es una bella y progresiva población de más de veinte mil habitantes según el censo de 1920,<sup>114</sup> situada a unos 28 kilómetros de Valencia. Es cabeza de partido y tiene estación de ferrocarril en la línea de Madrid a Valencia por Albacete. Haciendo honor a su nombre--contracción del árabe algecira-- la parte vieja de la ciudad se levanta en una isla que forma el Júcar y uno de sus brazos, y la nueva se extiende por el llano luego de haber saltado en obstáculo fluvial. Esta situación le ocasiona peligros y zo-

zobras periódicamente debido a las crecidas que experimenta el río cuando hay lluvias torrenciales, especialmente en las zonas montañosas. Las inundaciones de Alcira se han hecho tristemente famosas en la región.

Inmediata a Alcira está la colina o montañeta de San Salvador, desde donde se contempla el magnífico panorama de la Ribera, limitado por el mar y las montañas.

Históricamente, Alcira es la antigua Suero y conserva el gran puente romano por donde pasaron las legiones de César durante la guerra contra Pompeyo. Cerca de la población y en la falda de un alto cerro hay las ruinas del monasterio de Nuestra Señora de la Murta, uno de los más florecientes, en su tiempo, de la orden de San Jerónimo, del que hoy sólo queda un torreón y restos del claustro y de la iglesia.

En esta comarca, que para Blasco va "~~desde Valencia hasta Játiva~~", en toda la inmensa extensión cubierta de arrozales y naranjos que la gente valenciana encierra bajo el vago título de la Ribera,<sup>115</sup> se sitúa la acción principal de Entre naranjos. Aquí se amplía el escenario de las novelas anteriores, la ciudad de Valencia y su huerta en sentido estricto, para comprender toda la vega valenciana, así como la visión de la sociedad valenciana, pasando de la pequeña burguesía de la capital y huertanos de los alrededores, a la vida rural, con su caciquismo y costumbres típicas.

En las líneas que acabamos de transcribir se hace referencia al nombre y extensión de la comarca y a sus dos cultivos más característicos, los arrozales y los huertos de naranjos. Anteriormente, en diferentes lugares de Arroz y tartana, se menciona el huerto que posee Juanito en Alcira.<sup>116</sup> Estos naranjales aroman el ambiente y son la nota característica de la comarca. Cuando Rafael Brull, diputado por Alcira, llega a la

capital de su distrito, en vez de dirigirse al Casino donde le esperan sus correligionarios,

embriagado cada vez más por la luz meridional y aquellos perfumes primaverales en pleno invierno, torció por una callejuela, dirigiéndose al campo.

Al . . . verse en plena campiña, respiró con amplitud, como si quisiera encerrar en sus pulmones toda la vida, la frescura y los colores de su tierra.

Los huertos de naranjos extendían sus rectas filas de copas verdes y redondas en ambas riberas del río; brillaba el sol en las barnizadas hojas.<sup>117</sup>

El campo de la Ribera es siempre bello, pero en la primavera toma un aspecto encantador. Blasco incluso lo personifica, haciéndole "estremecerse bajo los primeros besos de la primavera." Los naranjos, con sus hojas siempre verdes, añaden a los adornos de las naranjas la nueva flor de azahar, que si es un regalo para la vista, no lo es menos para el olfato, con su aroma inimitable.

El campo parecía estremecerse bajo los primeros besos de la primavera. Cubriáanse de hojas tiernas los esbeltos chopos que bordeaban el camino; en los huertos, los naranjos, calentados por la nueva savia, abrían sus brotes, preparándose a lanzar, como una explosión de perfume, la blanca flor de azahar.<sup>118</sup>

En plena primavera, el embriagador perfume lo invade todo:

Comenzaban a florecer los naranjos. La primavera hacía densa la atmósfera. El azahar, como olorosa nieve, cubría los huertos y esparcía su perfume por los callejones de la ciudad. Al respirar se mascaban las flores.<sup>119</sup>

Para Rafael no era una novedad el espectáculo. Todos los años presenciaba la germinación primaveral de aquella tierra cubriéndose de flores, impregnando el espacio de perfume . . .

Los naranjos, cubiertos desde el tronco a la cima de blancas florecillas con la nitidez del marfil, parecían árboles de cristal hilado . . . Las ondas de perfume, sin cesar renovadas, extendíanse por el infinito con misterioso estremecimiento, transfigurando el paisaje, dándole una atmósfera sobrenatural.<sup>120</sup>

El perfume del azahar tiene un efecto decisivo en la conducta de los personajes, determina sus acciones e influye, por lo tanto, en el argumento de la obra. Leonora, con su franqueza habitual, le dice a Rafael



lo que les ocurre: "--Diga usted sencillamente que es una víctima de esta noche peligrosa; yo también lo soy."<sup>121</sup> Y unas líneas más abajo explica con más detalle el efecto que le produce el aroma:

--¡Qué noche!... Estoy ebria sin haber bebido. Los naranjos me emborrachan con su aliento. Hace una hora sentía que mi habitación daba vueltas, que la cabeza se me iba; la cama me parecía un barco en plena tempestad. He bajado, como otras veces, y aquí me tiene usted hasta que el sueño pueda más que la hermosura de la noche.<sup>122</sup>

El azahar hace el papel de Celestina, pues no sólo reúne a los amantes sino que es el causante de la entrega de Leonora, que sin él hubiera seguido resistiendo con éxito los requerimientos de Rafael.

Alcira ocupa en esta novela--Entre naranjos--un lugar parecido al de la ciudad de Valencia en Arroz y tartana, pero observamos una diferencia fundamental. Mientras se citan por sus nombres y se describen calles, paseos, monumentos y edificios de la capital de la provincia, de Alcira sólo se hace mención de alguna calle o plaza relacionada con algún edificio, que tampoco se describe, como la plaza de la iglesia; así, en siete páginas distintas<sup>123</sup> se cita el Ayuntamiento, pero ni se describe ni se localiza. Lo mismo se hace con la casa o caserón señorial de los Brull, del que sólo se dice que "un préstamo a un mayorazgo derrochador le hizo dueño del caserón señorial, que desde entonces pasó a ser de la familia Brull."<sup>124</sup> Se citan el casino y los cafés, pero sin dar ningún detalle que nos permita formarnos una idea de cómo son, excepto que sirven de lugar de reunión a personas afiliadas a cierto partido político. Y lo mismo se puede decir de la escuela,<sup>125</sup> la estación del ferrocarril,<sup>126</sup> la chocolatería,<sup>127</sup> el Hostal Gran,<sup>128</sup> el Juzgado Municipal, la Notaría o el Registro de la Propiedad.<sup>129</sup> Por excepción, se da el nombre de una, "la plaza llamada del Prado, donde todos los miércoles se verificaba el gran mercado del distrito,<sup>130</sup> con su anexo el Alborchí o mercado de los cerdos.<sup>131</sup>

Esto puede deberse a dos motivos. Por una parte puede ser consecuencia de las críticas<sup>132</sup> que se hicieron a Blasco por el exceso de detalles en las descripciones tanto del mercado de Valencia como de lugares y edificios, y su semejanza con pasajes de Zola y Balzac. En segundo lugar, Blasco no conocía a Alcira tan bien como a Valencia, y aunque estuviera muchas veces en la capital de la Ribera, probablemente ni recordaba ni le interesarían nombres ni detalles que nada añadirían a la calidad artística de la obra, por lo que escribe a base de lo que recordaría un visitante, no un nativo o un vecino de la localidad.

De la actividad industrial, relacionada con la cosecha principal de la comarca, se hace breve referencia a propósito de don Matías, futuro suegro del protagonista, que "tenía en los alrededores de Alcira almacenes enormes como iglesias, donde ejércitos de muchachas empapelaban, cantando, las naranjas y cuadrillas de carpinteros martilleaban día y noche en la blanca madera de las cajas de exportación."<sup>133</sup>

El río Júcar es tan importante para Alcira como el Turia para Valencia. En varios lugares se encuentran mencionados algunos aspectos del río y de la ciudad de acuerdo con las notas al principio de esta sección. Por mediación del protagonista sabemos detalles interesantes:

Llegó Rafael al puente del Arrabal, una de las dos salidas de la vieja ciudad, edificada sobre la isla. El Júcar peinaba sus aguas fangosas y rojizas en los machones del puente . . .

Después se fijó en el puente: en su puerta ojival, resto de las antiguas fortificaciones; en los pretilos de piedra amarillenta y roída, como si por las noches vinieran a devorarla todas las ratas del río, y en los dos casalicios que guardaban unas imágenes mutiladas y cubiertas de polvo . . .<sup>134</sup>

Se ve el emplazamiento de la ciudad vieja sobre la isla que forma el Júcar y que el antiquísimo puente muy bien puede corresponder al de la Trinidad, de Valencia, pues las imágenes mutiladas y cubiertas de polvo corresponden al patrón de Alcira y sus santas hermanas.<sup>135</sup>

A continuación se nos presenta un aspecto de la ciudad nueva:

Rafael . . . pasó el puente y entró en el Arrabal, la ciudad nueva, anchurosa y despejada, como si las apretadas casas de la isla, cansadas de la opresión, hubiesen pasado en tropel a la ribera opuesta, esparciéndose con el alboroto de colegiales en libertad.<sup>136</sup>

Las inundaciones no podían quedar excluidas, y Blasco da una descripción detallada en varias impresionantes páginas,<sup>137</sup> en las que en algún pasaje personifica el río y la ciudad, como anteriormente hizo con la huerta, el campo y los naranjos: "El río era el amigo de Alcira; se guardaban el afecto de un matrimonio que, entre besos y bofetadas, llevase seis o siete siglos de vida común."<sup>138</sup> En el relato de las inundaciones se nos muestra el carácter de los alcireños a través de ciertas prácticas religiosas que más tienen el carácter de manifestaciones supersticiosas. También se toma como un medio para aproximar a los protagonistas, que el perfume del azahar convertirá en amantes. Otra pequeña isla servirá para sus expansiones amorosas.<sup>139</sup>

Si junto a Rafael abandonamos la ciudad y salimos al campo, encontraremos que "a un lado alzabase la colina de San Salvador, con su ermita en la cumbre rodeada de pinos, cipreses y chumberas."<sup>140</sup> Desde esta excepcional atalaya se puede contemplar el soberbio panorama de la Ribera:

En el inmenso valle, los naranjales como un oleaje aterciopelado; las cercas y vallados, de vegetación menos oscura, cortando la tierra carmesí en geométricas formas; los grupos de palmeras agitando sus surtidores de plumas, como chorros de hojas que quisieran tocar el cielo, cayendo después con lánguido desmayo; villas azules y de color de rosa entre macizos de jardinería; blancas alquerías casi ocultas tras el verde bullón de un bosquecillo; las altas chimeneas de las máquinas de riego, amarillentas como cirios con la punta chamuscada; Alcira, con sus casas apiñadas en la isla y desbordándose en la orilla opuesta, toda ella de un color mate de hueso, acribillada de ventanitas, como roída por una viruela de negros agujeros. Más allá, Carcagente, la ciudad rival, envuelta en el cinturón de sus frondosos huertos; por la parte del mar, las montañas angulosas, esquinadas, con aristas que de lejos semejan los fantásticos castillos imaginados por Doré; y en el extremo opues-

to, los pueblos de la Ribera Alta flotando en los lagos de esmeralda de sus huertos, de lejanas montañas de un tono violeta, y el sol que comenzaba a descender como un erizo de oro, resbalando entre las gasas formadas por la evaporación del incesante riego.

Rafael, incorporándose, veía por detrás de la ermita toda la Ribera Baja; la extensión de arrozales bajo la inundación artificial; ricas ciudades, Sueca y Cullera, asomando su blanco caserío sobre aquellas fecundas lagunas que recordaban los paisajes de la India; más allá, la Albufera, el inmenso lago, como una faja de estaño hirviendo bajo el sol; Valencia, cual un lejano soplo de polvo, marcándose a ras del suelo sobre la sierra azul y esfumada. Y en el fondo, sirviendo de límite a esta apoteosis de luz y color, el Mediterráneo, el golfo azul y temblón, guardado por el cabo de San Antonio y las montañas de Sagunto y Almenara, que cortaban el horizonte con sus negras gibas como enormes cetáceos.<sup>141</sup>

En esta descripción, lo primero que resalta es su belleza y la maestría con que está hecha. Se ha comparado a Blasco con Sorolla,<sup>142</sup> y a juzgar por muchos pasajes de las obras de nuestro autor no carace de fundamento la comparación. Muchas veces Blasco parece que no haga más que explicar el proceso de composición de un cuadro por el genial pintor de la luz. En breves palabras traza el bosquejo del paisaje, que luego completa con nuevos toques, nuevas aplicaciones de color. Como Sorolla, Blasco no dibuja, pinta, aplica el color a brochazos. Y cuando el original es la huerta de Valencia o la Ribera del Júcar, resultan las inimitables piezas que rezuman poesía, colorido, vida y belleza.

En el trozo que comentamos se encuentra como elemento básico los naranjales, que antes nos ha dicho que son de color verde,<sup>143</sup> y ahora amplía diciendo que parece un "oleaje anterciopelado." Esta tonalidad general verde se rompe por "las cercas y vallados, de vegetación menos oscura, cortando la tierra carmesí en geométricas formas," con lo que se dan unas pinceladas de otro color. Con una feliz imagen introduce un elemento común en la comarca, las palmeras. Nuevas pinceladas, ahora de azul y rosa, con el variado colorido de la jardinería y el blanco de las alquerías, que se suaviza con el verde de algún bosquecillo.

Otra imagen introduce un elemento típico, las máquinas de riego, frecuentes y necesarias aquí ya que las acequias no cubren el terreno con tanta precisión como en la Huerta de Valencia. Alcira y Carcagente, representantes de la Ribera Alta, flotando, como los demás pueblos, en el tono esmeralda, resaltando sobre el violeta de las lejanas montañas, y todavía añade el oro y las gasas, tal vez blanquecinas o doradas por la luz del sol poniente, ocasionadas por el incesante riego.

En la Ribera Baja, el blanco caserío de Sueca y Cullera--y aunque él no lo diga, el de los restantes pueblos que desde la montaña del Salvador se dominan--alternando con las fecundas langunas, que lógicamente deben de reflejar la tonalidad del cielo; el color blanquecino --estaño--de la Albufera, con el "soplo de polvo" que parece Valencia desde la distancia, proyectados sobre la sierra de un azul esfumado, con un fondo azul intenso--el Mediterráneo--y manchas negras--las montañas de Sagunto y Almenara--. El conjunto, el mismo Blasco lo dice, "una apoteosis de luz y color," y bien pudiera añadir "digna de la paleta de Sorolla."

No cabe presentación más artística de los elementos que forman la vega valenciana. Y para ser completa no faltan ni las referencias a los restos históricos:

Mirando Rafael en una hondonada las torres del ruinoso convento de la Murta, casi ocultas entre los pinares, evocaba la tragedia de la Reconquista; lamentaba la suerte de aquellos guerreros agricultores, cuyos blancos alquiceles aun parecían flotar entre los naranjos, los mágicos árboles de los paraísos de Asia. 144

#### 4. Albufera

La Ribera del Júcar en su unión con la Huerta de Valencia cerca del mar ofrece un hundimiento bastante considerable del terreno que se extiende desde el Saler hasta cerca de Sueca, con una anchura de más de una lengua; depresión que, ocupada por las aguas, constituye el famoso lago de la Albufera. Al parecer, este lago existió en épocas remotas --Plinio lo cita con el nombre de "Estanque ameno"-- a bastantes kilómetros tierra adentro de la actual orilla del mar, y fué originado, indudablemente, por la desembocadura del río Júcar.<sup>145</sup>

Se encuentra a unos 10 kilómetros de Valencia, extendiéndose entre el Mediterráneo, del que le separa la Dehesa, estrecha faja de pequeños montes de arena en los que abundan los pinos, y los pueblos de Alfafar, Masanasa, Albal, Benetúser, Catarroja, Silla, Sollana, Sueca, El Perelló, El Saler y la hasta hace pocos años isla del Palmar, situada en el lago, hoy unida a tierra por un estrecho istmo. Abarca actualmente una superficie de 45 kilómetros cuadrados, pero se va reduciendo lenta, segura e ininterrumpidamente debido al relleno de los bordes para formar nuevos campos para el cultivo del arroz. Tiene profundidades de un metro en la orilla y de tres a cinco en el centro, pero esto no es uniforme, pues en algunas zonas el fondo llega tan cerca de la superficie que las brozas y carrizales desarrollados han formado islas más o menos grandes llamadas matas, refugio preferido de las aves. El nivel de sus aguas es algo más elevado que el del Mediterráneo y comunica con éste por medio de los desagües del Perelló y Perellonet. Las poblaciones limítrofes al lago--como Catarroja y Silla--tienen cada una su canal por el que se comunican con él, y un lugar de estos canales, donde se amarran las barcas, recibe el pretensioso nombre de "puerto".

Hay en la Albufera abundancia y variedad de peces, de cuya explotación vive una larga colonia de pescadores repartida entre los arrabales de Catarroja y El Palmar, que se rige por estatutos con privilegios especiales. Pero lo que constituye la principal fuente de riqueza y atracción es la caza de aves acuáticas. Desde las más remotas regiones de Europa y Asia llegan a la Albufera en tránsito hacia los cálidos lagos de África ecuatorial, millares de aves palmípedas y zancudas. Al encontrar en el lago y en las marjales agua fresca y limpia--que ha sido embalsada de propósito--y arroz del que cae de los tallos al ser segadas las plantas, se quedan, haciendo posible las famosas tiradas, que comienzan el primer sábado de septiembre y duran hasta el 13 de marzo, con una interrupción para dar lugar a las tiradas de los vedados artificiales. Los puestos para cazar se hallan situados en las matas, que se otorgan mediante subasta al mejor postor; luego, los que más pagaron eligen la mata que creen cobija mayor abundancia de caza. Esta elección se repite la víspera de cada tirada, que generalmente son los sábados, por el orden anterior. La subasta de los puestos proporciona a los Ayuntamientos crecidos ingresos.

Al conquistar el rey Don Jaime I el reino de Valencia reservóse para sí la posesión de la Albufera y su Dehesa, posesión que desde entonces ha pasado por varias vicisitudes hasta que en 1927 se concertó entre el Estado y el Ayuntamiento de Valencia la venta de ambas propiedades por un importe total de un millón de pesetas, pagaderas en plazos iguales en veinte años, pasando, por tanto, a propiedad de la ciudad de Valencia en 1947.

Dos privilegios históricos son dignos de mención porque todavía están en uso. Data el primero del tiempo de Martín el Humano, Rey de Valencia, y el segundo de Doña Catalina, Reina-Gobernadora durante el rei-

nado de Carlos II. En ambos se autoriza tirar gratis en la Albufera, el día de San Martín y el de Santa Catalina, a todos aquellos que lo deseen.<sup>146</sup>

En la novela de la Ribera, Entre naranjos, se da una visión de la Albufera desde la "montañeta" de San Salvador, de Alcira, que, si bien lejana, nos indica su situación en el extremo de la Ribera Baja lindante con la Huerta de Valencia y próxima a la capital.<sup>147</sup> En Arroz y tartana se mencionan los pajarracos de la Albufera que se emplean para el tiro de palomo en el cauce del río Turia.<sup>148</sup> En Flor de Mayo se hace referencia a sus habitantes al describir las vendedoras de la Pescadería, donde al lado opuesto de las del Cabañal había otras mujeres vestidas de igual modo que éstas, pero de aspecto más miserable:

Eran las pescaderas de la Albufera, las mujeres de un pueblo extraño y degradado que vive en la laguna sobre barcas chatas y negras como ataúdes, entre espesos cañares, en chozas hundidas en los pantanos, y que encuentran la subsistencia en sus fangosas aguas. Eran las hembras de la miseria, con el rostro curtido y terroso, los ojos animados por el extraño fulgor de unas eternas tercianas y oliendo sus ropas, no al salobre ambiente del mar, sino al tufo del légamo de las acequias, al barro infecto de la laguna, que al removerse despide la muerte.<sup>149</sup>

Por este párrafo sabemos que los habitantes del lago forman un pueblo extraño, que viven en chozas--barracas--entre espesos cañares, y que usan barcas chatas y negras como medio de locomoción por las acequias de fangosas e infectas aguas que ocasionan un paludismo eterno --tercianas--entre sus desdichados habitantes.

Pero una faceta tan destacada de la zona valenciana como es la Albufera, con una población tan peculiar de pescadores y cazadores, merecía más de Blasco, en su afán de mostrarnos todos los aspectos de su patria chica, y le dedicó una de sus obras maestras, Cañas y barro, que disputa a La barraca la primacía entre sus mejores novelas.

El primer capítulo describe el viaje de la barca-correo desde El



Palmar hasta el Saler y tiene la particularidad de presentarnos a todos los personajes importantes de la obra. Pero además tiene para nosotros el valor de hacernos conocer los aspectos y vistas principales de la Albufera. La barca casi llena está a punto de salir:

Afluían las mujeres al canal, semejantes a una calle de Venecia, con las márgenes cubiertas de barracas y viveros donde los pescadores guardaban las anguilas.

En el agua muerta, de una brillantez de estaño, permanecía inmóvil la barca-correo: un gran ataúd cargado de personas y paquetes, con la borda casi a flor de agua.<sup>150</sup>

Primera referencia al aspecto de los canales que comunican las poblaciones circundantes con el lago. Completa la barca, se inicia el viaje: "El barquero apoyó su larga percha en el ribazo, y la embarcación comenzó a deslizarse por el canal,<sup>151</sup> donde vemos que el impulso inicial y la navegación por gran parte de los canales se debe al empuje del hombre.

Al salir del canal, la barca-correo comenzó a deslizarse por entre los arrozales, inmensos campos de barro líquido, cubiertos de espigas de un color bronceado . . . En medio de esta vegetación acuática, que era como una prolongación de los canales, levantábanse a trechos, sobre isletas de barro, blancas casitas rematadas por chimeneas. Eran las máquinas que inundaban y desecaban los campos, según las exigencias del cultivo.

Los altos ribazos ocultaban la red de canales, las anchas carreras por donde navegaban los barcos de vela cargados de arroz.<sup>152</sup>

Enlazando con los canales están los campos de arroz, cultivo predominante de la Ribera Baja, según vimos,<sup>153</sup> y que tan apropiado es para esta clase de terreno pantanoso. A medida que se penetra en la Albufera, la tierra cede lentamente lugar al agua, sin que se pueda marcar una línea divisoria exacta que delimite el terreno, que se resiste a desaparecer y prolonga su existencia en los carrizales e islas, densos al principio, pero que se aclaran según se va avanzando:

Habían entrado en el lago, en la parte de la Albufera obstruida de carrizales e islas, donde había que navegar con cierto cuidado. El horizonte se ensanchaba. A un lado, la línea oscu-

ra y ondulada de los pinos de la Dehesa que separa la Albufera del mar . . . Al lado opuesto, la inmensa llanura de los arrozales, perdiéndose en el horizonte por la parte de Sollana y Sueca, confundiendo con las lejanas montañas. Al frente, los carrizales e isletas que ocultaban el lago libre, y por entre los cuales deslizábase la barca, hundiendo con la proa las plantas acuáticas, rozando su vela con las cañas que avanzaban de las orillas. Marañas de hierbas oscuras y gelatinosas como viscosos tentáculos subían hasta la superficie, enredándose en la percha del barquero, y la vista sondaba inútilmente la vegetación sombría e infecta, en cuyo seno polulaban las bestias del barro.<sup>154</sup>

Blasco nos muestra una de las zonas en las que la poca profundidad del agua y el crecimiento de las plantas acuáticas se combinan para facilitar la formación de isletas y carrizales. También nos presenta una perspectiva de la Ribera desde un ángulo opuesto al de antes, la colina del Salvador, confirmando nuestra apreciación de que el mismo objeto --la vega valenciana en sentido amplio-- se presenta desde distintos planos o puntos de vista.<sup>155</sup> Esta visión rápida de la Dehesa nos la completará después.

La barca penetraba en el lago. Por entre dos matas de carrizales, semejantes a las escolleras de un puerto, se veía una gran extensión de agua tersa, reluciente, de un azul blanquecino. Era el lluent, la verdadera Albufera, al lago libre, con sus bosquecillos de cañas esparcidos a grandes distancias, donde se refugian las aves del lago, tan perseguidas por los cazadores de la ciudad. La barca costeaba el lado de la dehesa, donde ciertos barrizales cubiertos de agua se iban convirtiendo lentamente en campos de arroz.<sup>156</sup>

Al internarse en el lago, las isletas y carrizales, refugio predilecto de las aves, se espaciaban notablemente debido a la mayor profundidad. Y aquí vemos referido un nuevo aspecto de la Albufera, su constante achicamiento por el avance de la tierra transportada penosamente desde largas distancias, ciertos barrizales cubiertos de agua convirtiéndose lentamente en campos de arroz. En el párrafo siguiente vemos cómo se realiza este trabajo:

En la pequeña laguna cerrada por ribazos de fango, un hombre de musculatura recia arrojaba capazos de tierra desde su bar-

ca . . . Se le había metido entre ceja y ceja ser propietario, tener sus campos de arroz, no vivir de la pesca . . . y solo --pues su familia únicamente lo ayudaba a temporadas, cansándose ante la grandeza del trabajo--, iba rellenando de tierra, traída de muy lejos, la charca profunda . . . 157

Este proceso de transformación de la Albufera, amenguándola, produce reacciones distintas en los personajes, que nos sirven para conocerlos mejor. A Tonet,

le gustaba batallar con el lago, convertir en tierra laborable lo que era agua, hacer surgir cosechas donde coleaban las anguilas entre las hierbas acuáticas. Además, en su ligereza de pensamiento, sólo veía los resultados sin fijarse en el trabajo.

En cambio, al tío Paloma,

el proyecto le había puesto de igual humor que al dedicarse su hijo por primera vez al cultivo de la tierra. ¡Otros que querían achicar la Albufera convirtiendo el agua en campos! ¡Y eran de su familia los que cometían tal atentado! ¡Bandidos!... 158

Blasco toma, por una parte, esta lucha titánica del hombre contra la Naturaleza, y del presente--personificado en el tío Toni--contra el pasado y la tradición--simbolizados por el viejo tío Paloma--para dar mayor intensidad dramática al relato de la novela y, además, por una de sus intuiciones geniales,<sup>159</sup> consigue un final lleno de patetismo al hacer servir de tumba de Tonet unas tierras que su padre rescataba pulgada a pulgada para que fueran la base de la prosperidad económica de su hijo y su redención de la esclavitud que supone la vida de los pescadores del lago.

Continúa el viaje de la barca:

Ya estaban en la verdadera Albufera, en el inmenso lluent, azul y terso como un espejo veneciano, que retrataba invertidos los barcos y las lejanas orillas con el contorno ligeramente serpenteado.

La barca deslizábase a lo largo de la dehesa y pasaban rápidamente ante ella las colinas areniscas, con las chozas de los guardas en su cumbre; las espesas cortinas de matorrales; los grupos de pinos retorcidos, de formas terroríficas, como manajo de miembros torturados. 160

No sólo nos explica qué se encuentra en la Dehesa, sino que vemos el efecto que causa. Esta visión de la Naturaleza que sobrecoge y aterra está de acuerdo con la impresión que produce en Tonet y Neleta el atardecer que se extraviaron en la Dehesa, y en otras ocasiones:

Tonet y Neleta, siempre que penetraban en la dehesa, se sentían dominados por la misma emoción. Tenían miedo, sin saber a quién . . . Cuando entraban en la selva en los días de invierno, los matorrales escuetos y secos, el frío levante que soplaba del mar helándoles las manos, el aspecto trágico de la dehesa a la luz gris de un cielo encapotado, hacían que recogiesen apresuradamente sus fajos de leña en los mismos linderos, huyendo en seguida hacia el Palmar.<sup>161</sup>

El día que se perdieron llegaron hasta cerca del mar, donde se transforma el aspecto del paisaje:

Se hundían en los matorrales de las hondonadas hasta verse en una lobreguez de crepúsculo . . . El viento del mar, en las grandes tempestades, martirizaba este lado de la selva, dándole un aspecto lúgubre.

Los muchachos retrocedieron. Habían oído hablar de esta parte de la dehesa, la más salvaje y peligrosa. El silencio y la inmovilidad de los matorrales les causaba miedo.<sup>162</sup>

Pero consecuente con su tendencia a presentarnos el mismo paraje desde distintos ángulos, nos muestra otros aspectos de la Dehesa que impresionan placenteramente y que unidos a los anteriores, nos ayudan a formarnos una idea más completa del lugar.<sup>163</sup>

Nos aproximamos al final del viaje:

Terminaba el lago. Otra vez la barca penetraba en una red de canales, y lejos, muy lejos, sobre el inmenso arrozal, se destacaban las casas del Saler, el pueblecito de la Albufera más cercano a Valencia, con el puerto ocupado por innumerables barquichuelos y grandes barcas que cortaban el horizonte con sus mástiles sin labrar, semejantes a pinos mondados. . . La barca deslizábase con menos velocidad por las aguas muertas del canal.<sup>164</sup>

Donde ya se aprecian las casas del Saler, con su "puerto" ocupado por numerosas embarcaciones de varias clases. Estos canales son las vías que utilizan las barquichuelas para el transporte de personas o mercancías. Y también son el camino que siguen las anguilas, que huyen en masa, ate-

rorizadas, las noches de tormenta:

De cuando en cuando, los del correo veían abrirse en los ribazos anchas brechas, por las que se esparcían sin ruido ni movimiento las aguas del canal, durmiendo bajo una capa de verdura viscosa y flotante. Suspendidas de estacas, cerraban estas entradas las redes para las anguilas.<sup>165</sup>

Esta modalidad de pesca, els redolins, que consiste en cerrar con redes los pasos de las anguilas, es una peculiaridad del Palmar y Blasco no pierde la oportunidad de describirnosla, dándonos a la vez precisos detalles sobre la organización de la comunidad de pescadores, tomando como pretexto el antagonismo entre los habitantes de la isla y los pescadores residentes en Catarroja, con lo que también nos cuenta la historia de la Albufera desde la conquista de Valencia por Jaime I hasta primeros del siglo actual, según se contiene en los libros de la comunidad de pescadores del Palmar y recordaba el tío Paloma:

Primero, el privilegio del glorioso San Jaime, el que mataba moros, pues el barquero, en su respeto por el rey conquistador, que regaló el lago a los pescadores, creía poca cosa la realeza y lo quería santo. Después venían las concesiones de don Pedro, doña Violante, don Martín, don Fernando, todos reyes y unos benditos siervos de Dios, que se acordaban de los pobres; y quién el derecho a cortar troncos de la dehesa para calar las redes; quién el privilegio de aprovecharse de las cortezas del pino para teñir el hilo de las mallas, todos regalaban algo a los pescadores. Aquellos eran otros tiempos. Los reyes, excelentes personas, con la mano siempre abierta para los pobres, se contentaban con el quinto de la pesca; no como ahora, que la hacienda y demás invenciones de los hombres se llevaban cada tres meses media arroba de plata por dejarlos vivir en un lago que era de sus abuelos.<sup>166</sup>

Ya próximos al Saler, finaliza el viaje casi de la misma forma que empezó:

Estaban próximos al Saler. Sobre los tejados de las barracas erguía entre dos pilastras el esquilón de la casa de la demaná, donde se reunían cazadores y barqueros la víspera de las tiradas para escoger los puestos . . .

Cesaba la brisa; la vela caía desmayada a lo largo del mástil, y el desorejado empuñaba la percha apoyándose en los ribazos para empujar la embarcación.<sup>167</sup>

Pero antes de terminar todavía menciona Blasco un espectáculo interesantísimo: las famosas tiradas de la Albufera, que describirá con detalle unas páginas más adelante:

Las grandes tiradas de la Albufera ponían en conmoción todas las escopetas valencianas. Eran fiestas antiquísimas. . . Cuando la Albufera era de los reyes de Aragón y sólo podían cazar en ella los monarcas, el rey don Martín quiso conceder a los ciudadanos de Valencia un día de fiesta, y escogió el de su santo. Después, la tirada se repitió igualmente el día de Santa Catalina. En estas dos fiestas toda la gente podía entrar libremente en el lago con sus ballestas, cazando los innumerables pájaros de los carrizales; y el privilegio, convertido en tradición, venía reproduciéndose a través de los siglos. Ahora, las tiradas gratuitas tenían un prólogo de dos días, en los cuales se pagaba al arrendatario de la Albufera por escoger los mejores puesto, viniendo a ellas los tiradores de todos los pueblos de la provincia.<sup>168</sup>

En "El dragón del Patriarca" ya se hace referencia a la gran extensión del lago en los primitivos tiempos de la ciudad al decir que "la Albufera, inmensa laguna casi confundida con el mar, llegaba hasta las murallas . . ." <sup>169</sup> Luego ha sufrido un proceso de transformación, reduciéndose, que sólo ha dejado como rastros de su primitiva superficie los largos canales "de muertas aguas" que comunican las poblaciones limítrofes con lo que va quedando del lago. En Blasco encontramos descrita la forma en que esta evolución tiene lugar y bajo qué penosas circunstancias se realiza. Tenemos, pues, la explicación de estas transformaciones materiales o geográficas que constituyen lo que pudiéramos llamar su historia o pasado físico. También nos cuenta la evolución desde el punto de vista humano, hablándonos de sus primeros ocupantes <sup>170</sup> y de las reglas y privilegios por los que éstos se han guiado, de sus costumbres y organización, lo que constituye el aspecto histórico del lago en sus dos manifestaciones, pesqueras y cinegéticas. Nos describe el presente de esta porción de la región valenciana con toda exactitud, fijándola tal como era a principios del siglo actual, como nos confirman los comentarios del Alcal-

de del Palmar, según escribe el Dr. J. O. Swain: "Don Vicente [Alcalde del Palmar] never loses an opportunity to praise Blasco Ibáñez and the novel Cañas y barro. His comments are all to the effect that everything is just as the author described it."<sup>171</sup> Y también podemos ver el futuro en los mismos tipos que nos presenta, dispuestos a mantener la lucha por la supervivencia en un medio tan difícil.

Los parajes y las costumbres intervienen e influyen en el argumento de la obra y en el desarrollo de la acción. Basta recordar cómo el haber dado a luz Neleta durante una de las tiradas más importantes tuvo como consecuencia que Tonet no llevara a cabo los planes según lo que tenían acordado y esto trajo como resultado el abandono del hijo en una de las matas. También este hecho ocasiona indirectamente la muerte de Sangonera al sustituir a Tonet y devorar la comida de don Joaquín. Y el querer complacer a este último para borrar la mala impresión que le causó su estreno como cazador condujo al descubrimiento del cadáver del recién nacido y al subsiguiente suicidio de Tonet, hechos ocurridos en los carrizales.<sup>172</sup>

## 5. Costa y mar

La región valenciana extiéndese, como hemos visto,<sup>173</sup> a lo largo de la costa del Mar Mediterráneo, forma el golfo más importante del litoral español de dicho mar, el Golfo de Valencia, que se extiende desde el Cabo de San Antonio, al Sur, hasta el de Oroposa, al Norte, entre los cuales mide 78 millas de abra y se interna 25.<sup>174</sup> El Cabo de Oroposa, situado en la provincia de Castellón, a unos 20 kilómetros al Norte de la capital, es un promontorio que con sus escabrosidades rompe la suavidad de las playas contiguas. El Cabo de San Antonio, en la de Alicante, es una mole alta, cortada a pique, notable por su horizontalidad y muy saliente hacia

el Este, que arranca del pie mismo del Mongó, cerro pequeño de 750 metros de altitud, desde cuya cumbre se domina todo el contorno.

En general, toda la costa que comprende el Golfo de Valencia es una playa limpia y abordable, si se prescinde del Cabo de Cullera, que es un promontorio peñoso.<sup>175</sup> El mismo Cabo de Canet, casi en el límite de las provincias de Castellón y Valencia, es una punta baja y arenosa.

Frente al puerto de Castellón, a unas 28 ó 30 millas de distancia, se encuentran las islas Columbretes, pequeño archipiélago de origen volcánico.

En el centro del golfo, a unos 3 kilómetros del casco de la capital, están los barrios o poblados marítimos, formados por el Grao, Nazaret y Cabañal, que se comunican con la ciudad por el magnífico camino del Grao. En frente del Grao se halla el puerto, compuesto de dos muelles o diques, el de Levante y el de Poniente. La playa próxima al muelle de Levante es la del Cabañal, que corre casi de Sur a Norte, y la pegada al de Poniente es la de Nazaret o del Lazareto, así llamada porque en ella se hacía la cuarentena.<sup>176</sup> El pintoresco poblado de Nazaret, algún día barrio pesquero del Grao y actualmente playa balneario, se halla muy frecuentado en verano por los bañistas, pero no tanto como el Cabañal, verdadera población veraniega y marinera, con la playa cubierta de barcas de pesca en su prolongación hacia la Malvarrosa.

El Golfo de Valencia se halla muy combatido por los vientos del primer cuadrante, que cuando se convierten en temporales ocasionan una acumulación de aguas que, no teniendo más salida que por el Cabo de San Antonio, producen una corriente temible para quienes se hallen ensacados en dicho golfo, y que hace muy difícil la entrada en el puerto de Valencia.<sup>177</sup>

A la gente de mar que se gana la vida explotando la pesca del Golfo de Valencia dedica Blasco una de sus bellas novelas regionales, Flor de



Mayo, que es también la novela de las costas valencianas, en donde como ha hecho con las otras comarcas de la región, nos da a conocer con su maestría característica esta zona tan pintoresca e interesante del país, añadiendo algunos detalles y observaciones en otras novelas y cuentos.<sup>178</sup>

Del Golfo de Valencia se da una descripción muy completa entre Mare Nostrum y Flor de Mayo. Cuando el Tritón se encontraba desorientado y vacilante por las calles de Valencia

emprendía instintivamente el camino del puerto, en busca del mar, su eterno amigo . . . En esas excursiones lo acompañaba muchas veces su sobrino. . . En pie en los últimos peñascos de la escollera, tendía la vista sobre la inmensa llanura, describiendo a su sobrino los misterios ocultos en el horizonte. A su izquierda--más allá de los montes azules de Oropesa que limitaban el golfo valenciano . . .

Si se volvían los ojos hacia la derecha se veía

. . . una mole que avanzaba en el mar, azulada por la distancia, despegada de la tierra a la simple vista, como un islote enorme. Era el promontorio coronado por el Mongó, el gran promontorio Ferrario de los geógrafos antiguos, la punta más avanzada de la Península en el Mediterráneo inferior, que cierra por el Sur el golfo de Valencia.

Tenía la forma de una mano cuyas falanges fuesen montañas; pero le faltaba el pulgar. Los otros cuatro dedos se tendían sobre las olas, formando los cabos de San Antonio, San Martín, La Nao y Almoraira.<sup>179</sup>

Más adelante el doctor lleva a su sobrino a pasar unas vacaciones a su casa de la Marina. Por las tardes hacían excursiones:

El Dotor [el Tritón] conocía los mismo las alturas del promontorio que sus profundidades. Por senderos de cabra salvaje subían a las cumbres desde las que se alcanzaba a ver la isla de Ibiza. A la salida del sol, la lejana tierra balear parecía una llama color de rosa surgiendo de las olas. Otras veces caminaban casi a ras del agua. El Tritón mostró a su sobrino cavernas olvidadas, en las que se introducía el Mediterráneo con lentas ondulaciones. Eran a modo de cuadras marítimas, donde podían anclar los buques, permaneciendo ocultos a todas las miradas. Allí habían escondido muchas veces sus galeras los berberiscos para caer inesperadamente sobre un pueblo cercano.<sup>180</sup>

El Retor, desde la Garbosa en su viaje a Argel para traer tabaco de contrabando, ve esta parte Sur del golfo valenciano desde el mar:

Muy entrada la noche, navegaba la Garbosa en agua del cabo de San Antonio . . .

Destacábase el cabo con su gigantesca cortadura recta, trabajada y bruñida por las tempestades, y detrás, tierra adentro, erguíase, en ascensión interminable, el sombrío Mongó, como un borrón sobre la inmensidad azul.

El faro brillaba sobre la oscura masa como inflamado ojo de un cíclope acechando a los navegantes.

Era flojo el viento de la costa, y la Garbosa había invertido todo el día en atravesar el golfo.<sup>181</sup>

Por los anteriores párrafos sabemos la situación y naturaleza del Cabo de San Antonio y su conexión con el Mongó, punto de referencia que se usará muchas veces, como verdaderamente ocurre en la realidad. Vemos una vez más la técnica de Blasco. También nos enteramos de que el Cabo de Oropeza es el extremo Norte del golfo, así como el de San Antonio lo es por el Sur, y que su faro es importante para la navegación. El cabo es excelente hito para hallar la ruta de Argel:

El camino era fácil, recto como una carretera. Al llegar al cabo, ¡caña al Sudeste!, y no había más que dejar a la Garbosa que siguiese su camino, si el viento era favorable.<sup>182</sup>

Al regreso, una escampavía de Valencia los estaba esperando frente al Cabo de San Antonio para atraparlos e incautarse del cargamento. El Retor inició la fuga hacia el Nordeste y buscó protección en las islas Columbretes, "refugio de los hombres honrados que tienen que huir en el mar por ser protectores del comercio."<sup>183</sup> Junto con la Garbosa visitamos el pequeño archipiélago:

La Columbreta mayor, cráter apagado y roído por las olas, herradura de altas rocas que en uno de sus extremos sustenta la torre con las habitaciones de los fareros, y en cuyo seno ábrese una pequeña bahía de agua tranquila, siempre que no sopla el Levante.

La isla es un murallón encorvado, sin un solo palmo de tierra llana; una alta faja de rocas carbonizadas y yermas, suelo maldito esterilizado por el ambiente salitroso, en el que no crece ni un mal arbusto y donde ruedan las piedras, empujadas por los alacranes, junto a los esqueletos de los pescados que las olas arrojan a prodigiosa altura en días de tempestad. Más allá, esparcidas por el inmenso mar hasta considerable distancia, están las Columbretas menores: la Foradada, surgiendo de las olas como el arco de un templo submarino, y las restantes, mogotes rec-

tos, colosales e inabordables, como los dedos de un coloso prehistórico sepultado en las misteriosas profundidades.<sup>184</sup>

Queda patente su carácter volcánico y lo estéril y montañoso del suelo, sólo habitado por las familias de los fareros y los escorpiones. Y lo variable del estado del mar, que ofrece sus aguas tranquilas en la pequeña bahía cuando no sopla el Levante, pero que en días de tempestad las olas llegan a prodigiosa altura. Las Columbretes sirven de refugio, en ocasiones, a los contrabandistas y también de escala a los pescadores; por este segundo motivo las visitaría, probablemente, el Retor con anterioridad, pues en el pasaje acabado de transcribir se muestra plenamente familiarizado con ellas.

La extremidad Norte del golfo se halla mencionada otra vez en relación con el contrabando, pues por boca del tío Mariano se nos dice que "el mes anterior habían apresado cerca del cabo de Oropesa tres barcas que venían de Marsella con cargamento de telas."<sup>185</sup>

El Retor, típico hombre de mar, conoce perfectamente el golfo. "Todo le era familiar en este paisaje: las colinas del Puig, enormes tumefacciones de una playa baja que invade el mar en sus ratos de cólera. . ." <sup>186</sup> Sentados el Retor y Tonet a la sombra de un laúd viejo encallado en la arena de la playa del Cabañal, "una población de casas blancas de un solo piso, de calles anchas, rectas y ardientes de sol, semejante a una pequeña ciudad americana," <sup>187</sup> mientras tratan del viaje a Argel contemplan el paisaje:

Nadie. La playa estaba desierta. No se veía una sola persona en toda la extensión de arena donde en verano son plantadas las barraquetas para los bañistas de Valencia. Más allá estaba el puerto, erizado de mástiles embanderados, vergas entrecruzadas, chimeneas rojas y negras, grúas que parecían horcas. Avanzaba mar adentro la escollera de Levante, como un muro ciclópeo de rojos bloques aglomerados al azar por una trepidación del suelo. Amontonábanse en el fondo los edificios del Grao, las grandes casas donde están los almacenes, los consignatarios, los agen-

tes de embarque, la gente de dinero, la aristocracia del puerto. Después, como una larga cola de tejados, la vista encontraba tendidos en línea recta, el Cabañal, el Cañamellar, el Cap de Fransa, masa prolongada de construcciones de mil colores, que decrecía según se alejaba del puerto. Al principio eran fincas de muchos pisos y esbaltas torrecillas, y en el extremo opuesto, lindante con la vega, barracas blancas con la caperuza de paja torcida por los vendavales.<sup>188</sup>

En casi todos los párrafos que hemos reproducido se pone de manifiesto la naturaleza arenosa de la costa del golfo. En este último, además, vemos que la playa sirve para plantar las casetas de los bañistas y veraneantes de Valencia. También se nos dice el aspecto del puerto y de la escollera de Levante, próximo a la playa del Cabañal, que hemos de ver asociada a momentos culminantes de la novela. Del Grao se nos presenta el aspecto y la función, explicándonos los servicios que en él están instalados y la clase de gente que lo habita. La descripción del puerto se completa en Mare Nostrum, con ocasión de una de las visitas del Tritón acompañado de su sobrino, en donde además se explican las mercancías que salen y entran por este puerto, el primero en importancia de España por el valor de las exportaciones, presentándolo en plena actividad.<sup>189</sup>

En la playa del Cabañal se levanta un edificio que cobija a los fieles y sufridos auxiliares que hacen posible, en este tiempo, varar las barcas en la playa:

La playa estaba en reposo. La Casa dels bous, donde rumiaban en sus establos los enormes bueyes para el arrastre de las barcas, alzaba su cuadrada mole, con tejado rojizo y azules cuadrados en sus paredes, sobre filas de barcas puestas en seco.<sup>190</sup>

La modalidad de pesca conocida por la pesca del bou aparece en Flor de Mayo y consiste en una pareja de barcas que, apartadas la una de la otra, tiran de una red, arrastrándola por el fondo. Como las barcas son de regular tamaño, se emplean para sacarlas a la playa y volverlas al mar parejas de bueyes, bous en valenciano. Del animal pasó el nombre a la em-

barcación que arrastraba--barca del bou--; de aquí a la clase de pesca--pesca del bou--y, por último, a la clase de pescados cogidos por este sistema. El Retor dedica su flamante "Flor de Mayo" a esta modalidad de pesca, y contrata otra barca para que haga pareja con ella.<sup>191</sup>

La continuación Sur del puerto, o sea Nazaret, se menciona en varios lugares. En Flor de Mayo se presenta siempre relacionada con la peligrosa corriente del golfo que, dificultando la entrada en el puerto, arroja las embarcaciones a encallar contra la playa. Después de una de las terribles tempestades que desenaja el viento de Levante, amaneció un día tranquilo:

El sol asomó su hipócrita cara tras la línea tranquila del mar, matizada a trechos por las espumas de la noche anterior. . . . Y lo primero que doraron sus rayos en la playa de Nazaret fue el casco roto de un bergantín noruego encallado la noche anterior, hundido en la arena, mostrando a flor de agua sus costados despanzurrados, hechos astillas, y los palos rotos tremolando todavía jirones de velas.<sup>192</sup>

En la última parte del viaje a Argel antes referido, el Retor, temiendo que la escampavía de Valencia fuese a buscarlos a las Columbretas, decidió abandonar el refugio y dirigirse a casa, a pesar del mal tiempo y del estado agitado del mar. A la una de la madrugada se encontraban frente al Cabañal, pero había que tomar una decisión rápida: "Demasiado conocía él aquella costa. Permanecer allí aguantando era ir antes de dos horas, arrastrado por el mar y el viento, a estrellarse contra la escollera de Levante o a encallar frente a Nazaret."<sup>193</sup>

En la escena final del último capítulo de la novela, la Flor de Mayo "por una casualidad no chocó contra la escollera . . . [pero] iban rectamente hacia Nazaret, a perecer en el arenal donde tantos barcos se habían hundido."<sup>194</sup>

En "La apuesta del 'esparrelló'" se presenta a Nazaret como una pla-

ya con blancas casuchas que habitan pescadores, aspecto que se confirma y amplía en "El sapo," incluyendo el ser residencia veraniega.<sup>195</sup>

El camino del Grao, que comunica los poblados marítimos con el casco de la población, es recorrido todos los días, bien a pie o en tartana, por las pescaderas del Cabañal que van a la Pescadería del Mercado, deteniéndose antes en el fielato de Consumos junto al puente del Mar.<sup>196</sup> También lo recorren el Retor y su hermana la víspera de iniciarse la pesca del bou, que sería la inauguración de la nueva barca. Aquél esperó a la muchacha a la salida del palacio de la Aduana y por el puente del Mar tomaron el camino hacia el Cabañal. En el trayecto, Roseta dió a su hermano el primer aviso sobre la infidelidad de su esposa, pero el engañado marido no lo tomó en serio. Se nos dice que a la mitad del camino está la cruz de término y junto a ella una fuente. Poco después los hermanos llegaron al Grao y atravesaron sus calles en dirección al Cabañal. De lo que hablaban mientras recorrían este camino se acordó el Retor en momentos muy dramáticos de su vida.<sup>197</sup>

El Retor no era el único conocedor del golfo:

En su tripulación figuraba un marinero al que oía como un oráculo: el tío Batiste, el pescador más viejo de todo el Cabañal . . . Le había enganchado el patrón, no por lo que pudiera ayudar a la maniobra con sus débiles brazos, sino por el exacto conocimiento que tenía de la costa.

Desde el cabo de San Antonio hasta el de Canet, era el golfo de Valencia a modo de una gran plaza, en la que no había bache o agujero que no conociese el tío Batiste. Si él pudiera cambiarse en un esparrelló, nadaría por abajo, sabiendo siempre donde se encontraba. La superficie del mar, muda para otros, la leía con la mayor facilidad, adivinando su fondo.

Sentado sobre la cubierta de la barca parecía sentir todas las ondulaciones del suelo submarino. Le bastaba una ojeada para saber si estaban sobre los profundos algares, sobre fang o sobre las colinas misteriosas llamadas los pedrusquets, que evitan los pescadores por miedo a que se enrosquen en ellas las redes y se hagan trizas. Sabía pescar en los tortuosos callejones de mar profundo abiertos entre los Muralls de Confit, la Barreta de Casaret y la Roca de Espioca. Arrastraba las redes por estos laberintos sin tropezar con las traidoras puntas ni con los

algares, que cargan la malla hasta romperla, no sacando nada de provecho.<sup>198</sup>

En donde incluso se nos dan detalles de la naturaleza del fondo del golfo, que corresponden exactamente con la realidad.<sup>199</sup>

La continuación norte de la zona costera del golfo de Valencia aparece en El Papa del Mar, en el viaje que Rosaura hace para visitar a Claudio Borja en Peñíscola. Va en automóvil por carretera, deja Cataluña:

Entraba en el reino de Valencia, jardín del Mediterráneo . . . Los naranjos estaban en flor. Bosques de algarrobos, oliendo a miel calentada, compartían con las viñas el terreno aun no invadido por los naranjales. Pasaron por una ciudad de casas blancas y azulés, con bellas iglesias. Tenía un aspecto de vida fácil, de cosechas ricas y abundante dinero. Varios buques de vela estaban anclados en su puerto. Era Vinaroz. Poco después atravesaron otra población de aspecto semejante . . . Estaban en Benicarló . . .

Vieron a lo lejos, unido a la costa como un buque encallado, blanco y enorme, el promontorio de Peñíscola, . . . coronado de torres y murallas. El caserío, oprimido por los círculos de piedra, iba escalonándose hasta la cuspide. . .<sup>200</sup>

Se nota por la vegetación la entrada en la región valenciana, en donde predomina el cultivo del naranjo. Parte destacada de esta zona es Peñíscola, sobre una enorme roca coronada por el histórico castillo que Benedicto XIII, el Papa Luna, hizo famoso. Un istmo arenoso convierte esta roca en península, ocupada hoy por un pueblo de pescadores. Blasco nos la describe con detalle, como hace con todos los puntos de interés:

Al salir a la costa, frente al promontorio de Peñíscola, se lanzó a todo correr por la playa y el istmo arenoso . . . A ambos lados de la lengua arenisca estaban puestas a secar grandes redes, marcándose sobre el suelo amarillento la trama de sus hilos color vino.

[Ya dentro de la población] Pasó junto a una charca azul rodeada, en parte, de muros. Era El Bufador. Ahora sus aguas dormían tranquilas, libres del soplo tempestuoso del peñón, que las eleva en forma de surtidor por encima de las casas cercanas. El pavimento de las calles era de losa resbaladiza . . .

En la entrada del castillo tuvo que pedir al rústico emisario de la autoridad el apoyo de su mano callosa. El suelo de la poterna y de la antigua plaza de armas estaba tan pulido por el roce, tan lavado por las lluvias, que parecía de

crystal mate y azulado. Era preciso buscar las grietas donde se mantenía la tierra y crecían pequeñas hierbas para que los pies no resbalasen. . .

Dejaron atrás un vasto espacio rodeado de murallas, al que daban las puertas de antiguas dependencias de la fortaleza. . .<sup>201</sup>

Llegados a lo alto del castillo, desde sus muros almenados se extasían en la contemplación del horizonte y de la costa:

Respiró con deleite al salir a los paseos almenados, viendo la extensión ilimitada del Mediterráneo. Borja señaló las dos líneas de la costa que se perdían en el infinito a ambos lados del castillo. La de su derecha, baja, verde, toda de viñas, algarrobos, olivos y naranjales, iba hacia Castellón y Valencia. A su izquierda, los caseríos blancos de dos ciudades: Benicarló y Vinaroz. . .<sup>202</sup>

A continuación nos da el aspecto de la roca, desde lo alto, en que tenían "...debajo los muros inferiores de la fortaleza, la montaña vertical sobre el mar, los peñascos salientes del promontorio, batidos por las rítmicas ondulaciones azules."<sup>203</sup>

Torreblanca y su playa es el eslabón que enlaza esta parte de la costa con el cabo de Oropesa, extremidad Norte del golfo. En "El último león" se la menciona: "Un día los piratas berberiscos de Bujía desembarcaban en Torreblanca, más allá de Castellón, y robaban la iglesia, llevándose la Custodia."<sup>204</sup> Con esto se completa toda la costa por el Norte hasta Cataluña.

La prolongación del golfo por el Sur aparece en Mare Nostrum, en el último viaje del barco de Ferragut, poco antes de ser torpedeado por un submarino:

Al salir el sol, una mancha vertical de color de rosa, igual a una lengua de fuego, apareció sobre la línea del mar. Era la alta montaña del Mongó, el promontorio Ferrario de los antiguos. Al pie de sus abruptos acantilados estaba el pueblo. . . Así debieron de verlo de lejos los griegos de Marsilia, exploradores del Mediterráneo desierto, al llegar sobre sus naves, que saltaban la espuma como caballos de madera. . .

El sol de otoño enrojecía las amarillentas montañas del litoral, secas y olorosas, cubiertas de hierba de bravos perfumes que se esparcían a largas distancias. En todos los repliegues



de la costa--pequeñas ensenadas, lechos de torrentes secos o escotaduras entre dos cumbres--surgían blancas agrupaciones de caseríos. . .

. . . En todos los puntos salientes del litoral surgía una torre chata y rojiza, último vestigio de la guerra milenaria del Mediterráneo.

. . . Fué esfumándose a sus espaldas el promontorio Ferrario, hasta no ser más que una sombra en el horizonte. Desfiló ante el vapor toda la costa de la Marina; luego, el cabo Huertas, el lejano puerto de Alicante y el cabo de Santa Pola. . .<sup>205</sup>

Torrevieja, todavía más al Sur, en los confines con la costa de Murcia, aparece relacionada con sus famosas salinas en "¡Hombre al agua!" y Flor de Mayo.<sup>206</sup>

## 6. Poblaciones

La región valenciana tiene una gran densidad de población que se agrupa desigualmente según las zonas. En el litoral los municipios están mucho más próximos y la población relativa es mayor que en la zona montañosa del interior, donde los pueblos están más separados.

Este aspecto regional queda también reflejado en la obra de Blasco. Menciona en sus novelas y cuentos las tres capitales de provincia y los pueblos más importantes de cada una.

Todos los nombres que cita son exactos, así como es exacta su situación geográfica y el punto de vista del autor respecto a los habitantes, sus ocupaciones y su psicología colectiva. Al mencionar los pueblos lo hace poniendo de relieve sus características, actividades y cualquiera otra razón que los destaque.

El Palmar es una isla (hoy península) de pescadores, antagónica de los que viven en las afueras de Catarroja y se dedican a la misma profesión; Torrente era el centro de los escoberos que iban al Palmar a hacer provisión de palmitos; el Cabañal y Nazaret son centros pesque-

ros y de bañistas; el Saler es notable por la elección de puestos para las famosas tiradas de la Albufera, así como los pueblos que rodean este lago; Silla, Sollana, Sueca y Cullera están en el centro de la zona arroceras; Alboraya, famosa por sus chufas y Benimaclet por las fresas; Burjasot, notable por sus Silos y como lugar de excursiones y meriendas, especialmente en la temporada de Pascua; Alberique, por sus ricos panquemados; Alcira y Carcagente, son centros naranjeros de la Ribera; Utiel, renombrado por su vino y Liria por su vino fuerte y sus famosos cayados; Manises, Paterna y Alcora, son famosos por su cerámica; Játiva, por ser la cuna de los Borgias y "donde los árabes españoles fabricaron el primer papel conocido en Europa." Gandía, de gran importancia histórica, situada en valle feraz; Sagunto, límite de la vega valenciana y principio de la zona de secano, renombrada por su historia.

En la provincia de Castellón, Vinaroz y Benicarló, ricas poblaciones en los límites con Cataluña; Peñíscola, sobresaliente por sus langostinos y notable historia; Morella, centro de la resistencia carlista y capital del Maestrazgo, si bien Blasco da este carácter también a San Mateo, tal vez por la importancia religiosa en la época del "Cisma de Occidente," al vivir allí el cardenal De Foix.<sup>207</sup> Alcalá de Chivert, cuna del cabecilla carlista Cucala; Torreblanca, con la leyenda de la Custodia rescatada a los piratas de Bujía; Oropesa y su cabo, límite Norte del Golfo de Valencia; Almenara, en los límites de Valencia y Castellón.

En la provincia de Alicante, Alcoy, notable por su industria; Elche, en extenso palmeral centro de la producción de dátiles; Denia, histórica población y puerto refugio de pescadores; Jijona, famosa por sus turrones; Torrevieja, con sus productivas salinas por evaporación.

Situando en el mapa las poblaciones directamente nombradas por Blas-

co se ve que corresponden con los centros de población y reflejan las mayores aglomeraciones de habitantes. En varias ocasiones se refiere a pequeñas comarcas densamente pobladas como La Plana de Castellón, los pueblos de la Ribera y de la Marina.

En ocasiones, cierta población es el escenario casi exclusivo de alguna novela o cuento, como Valencia de Arroz y tartana o Alcira de Entre naranjos. En tales casos lo indicamos así sin detallar las páginas. Por otra parte, la ciudad de Valencia se nombra tantas veces en los cuentos y novelas de la región que es impracticable reseñar las páginas.

Para facilitar la comprobación y por creer que puede ser de utilidad en un estudio futuro del aspecto geográfico o del escenario, a continuación se incluye la lista, por orden alfabético, de los pueblos que se mencionan en las obras valencianas de Blasco, con indicación de las páginas en que aparecen. Para la interpretación de las abreviaturas véase NOTAS, páginas 325-326.

## A

ALBERIQUE. AT 337.

ALBORAYA. AT 287; B 483, 487-8, 496, 503, 506-7, 513-16, 518, 521, 526, 552, 554; CV 'p. del c.' 79; MN 1061.

ALCALÁ DE CHIVERT. PM 1038.

ALCIRA. EN (la mayor parte de la novela); AT 300, 322, 330, 338, 340, 347, 366.

ALCORA. PM 1038.

ALCOY. AT 273.

ALICANTE. MN 1230; C 'b. aband.' 120.

ALMENARA. EN 581.

## B

BELLÚS. CV 'tumb. A.B.' 83-86 (todo).

BENICARLÓ. PM 1005, 1019, 1022, 1031.

BENICÓFAR. CV 'd' 26-29.

BENIMACLET. B 494, 503; CV 'n. de b.' 52-62 (todo).

BENIMUSLIM, BENIMUSLÍN o BENIMUSLEM. CV 'c' 33-44 (todo).

BÉTERA. FM 442.

BURJASOT. AT 330-31, 337; CV 'gua. val.' 65-66.

C

CABAÑAL. FM 400-402, 406-9, 413-30, 432, 438, . . . (casi toda la novela);  
CB 868; MN 1024; C 'l. de m.' 109-110.

CAMPANAR. C 'p' 142-43 (todo).

CANALS. PV 1061.

CARCAGENTE. EN 580.

CARLET. EN 564, 568, 596.

CASTELLÓN. PM 1032-33; PV 1044.

CATARROJA. CB 820, 837, 843, 845, 847, 854, 858-59, 865, 868-70, 872,  
875, 878-79, 882, 884, 886, 888, 904.

CUARTE (Llano de). AT 295.

CULLERA. FM 408, 469, 473; EN 581; CB 843; CV 'd' 25.

CH

CHELVA. CV 'cap.' 48.

D

DENIA. FM 408; EN 568; MN 1024.

E

ELCHE. AT 266.

G

GANDÍA. FM 408; MN 1033; PV 1054.

GODELLA. AT 332.

GRAO (Villanueva del). FM 424, 436, 451, 476; MN 1050, 1063.

## J

JÁTIVA. EN 568; MN 1019; PV 1061.

JIJONA. AT 270, 296.

## L

LIRIA. AT 371, 384; B 545; MN 1059; CV 'c' 34.

## M

MANISES. B 545; CB 845; PV 1050, 1087, 1203.

MASANASA. CB 837.

MORELLA. PM 999, 1038.

## N

NAZARET. FM 407, 440, 476; CV 'ap. del esp.' 44-45; LB 's' 474-78 (todo).

## O

OROPESA. FM 427; MN 1023.

## P

PAIPORTA. CV 'f' 73-75, 77-78 (casi todo).

PALMAR (EL). CB 817-927 (toda la novela).

PATERNA. PV 1087.

PEÑÍSCOLA. PM 938, 969, 976, 996, 1004-1006, 1018-1033; PV 1055.

PERELLÓ (EL). CB 820.

PUIG (EL). FM 469; MN 1061-62.

## R

RIOLA. EN 578

## S

SAGUNTO. AT 332, 337; FM 423, 469; B 497-98, 527, 546; CV 'd' 25.

SALER (EL). CB 820, 872.

SAN MATEO. PM 1028.

SILLA. CB 820, 842.

SOLLANA. CB 819, 849, 918.

SUECA. EN 581; CB 819, 824, 843, 849, 908.

## T

TORRE NUEVA. CB 852, 860.

TORREBLANCA. LB 'últ. l.' 465-66.

TORRENTE. FM 442; CB 832, 858, 882.

TORRESALINAS. C 'b. aband.' 119-122.

TORREVIEJA. FM 417; C 'h. al a.!!' 104.

## U

UTIEL. CV 'f' 71.

## V

VALENCIA. (Aparece extensamente en las novelas y cuentos regionales).

VINAROZ. PM 1019, 1023, 1031.

## Comentarios

A pesar de su reducida extensión, la vega valenciana es una y varia a la vez. Formando una unidad geográfica, pueden distinguirse en ella secciones que son distintas entre sí. A lo largo de este capítulo hemos visto como la Huerta de Valencia es diferente de la Ribera del Júcar y aun dentro de esta última se pueden individualizar dos sectores; la zona de la Albufera no se parece a las demás y diversa a todas las anteriores es la faja de la costa. La ciudad de Valencia forma un núcleo que sólo tiene en común con las divisiones anteriores su carácter de centro de la actividad de la comarca, de consumidor de los productos que las demás le mandan y de abastecedor de lo que necesitan.

En la obra de Blasco se encuentran recogidos estos aspectos, pues mientras en unas partes se refiere a la vega como una unidad, ha dedicado a las comarcas que la forman novelas distintas en las que se ponen de relieve sus peculiaridades.

Blasco nació en Valencia en una tienda al lado del Mercado central. Allí se educó y allí transcurrió su vida hasta que en busca de más amplios horizontes para sus actividades salió de la ciudad. Conoce, pues, perfectamente, la capital levantina y al escribir de ella y de sus clases sociales populares no hace más que darnos sus experiencias personales. Leyendo las páginas de sus obras valencianas pasamos por sus plazas y calles, recorreremos sus paseos y jardines, cruzamos sus puentes y visitamos sus monumentos y edificios importantes. No se descuida lo que tenga algún valor o significación.

En Arroz y tartana se refleja el espíritu de la clase media ciudadana, verdadera columna vertebral de la sociedad valenciana. Pero tan exacta como esta pintura es la presentación de la ciudad misma, completada en

las otras obras. Sin ser una "guía de la ciudad", pone de relieve lo más notable de ella y nos da una visión general o particular, según los casos, unas veces por medio de barrios enteros, subrayando lo que los caracteriza; otras, por sus calles, plazas, jardines y paseos; en ocasiones, son los edificios los que atraen su atención cuando por su significación o valor histórico o arquitectónico lo merecen; e incluso los locales sirven para este objeto.

Presenta todas las plazas importantes, dando a veces detallada descripción de las mismas y de los edificios que las componen y nos conduce al mismo lugar en tiempos distintos para que conozcamos aspectos diversos relacionados con festividades o manifestaciones costumbristas de interés, en las que podemos ver al pueblo en acción, uno de los temas preferidos de Blasco. Unas, como la del Mercado y la Redonda, se distinguen por su febril actividad comercial. Otras, como la de San Francisco, la ocupa el gentío dispuesto a divertirse. Algunas sirven de campo de juego a los chiquillos, que improvisan corridas de toros en vez de ir a la escuela, o se levantan en ellas satíricas fallas. Y no faltan las que, como la Glorieta y el Parterre, con sus jardines son como los pulmones de la ciudad al purificar y aromar el aire.

Lo mismo sucede cuando se trata de calles o de paseos. Nos da los nombres de las más representativas. Y nos lleva, tanto por calles como por paseos, en distintos momentos para que los conozcamos en sus aspectos más característicos y que mejor representan su propio carácter y el de la ciudad.

Pero Blasco hace mucho más. Estas plazas, calles o paseos están siempre relacionados con las personas, bien sean los protagonistas, los personajes secundarios o la masa, y son medios utilísimos para conocer los distintos tipos o grupos que componen el pueblo valenciano, para un estudio de la



psicología de las masas y del carácter de los personajes y mostrarnos, a la vez, la organización laboral, económica, de policía, etc., de la población.

Se entretiene en la descripción de los edificios que lo merecen, pero además del efecto estético que con esto produce usa los edificios para otros fines, asociándolos a instituciones seculares privativas de la región, como la puerta de los Apóstoles, de la Catedral, y el Tribunal de las Aguas; o por contraste entre su función y los individuos que los usan nos muestra rasgos del carácter de éstos, como la iglesia de los Santos Juanes y el usurero el Fraille; o recoge tradiciones a ellos asociadas y que integra en el argumento valiéndose de algún personaje representativo, como la leyenda del Pardalot y don Eugenio García. El conjunto de los edificios que se incluyen en estas obras de Blasco nos habla de actividades culturales, mercantiles, comerciales, de beneficencia, sanitarias, económicas o industriales y nos permite conocer muchos aspectos de la vida de la ciudad.

Durante sus años de estudiante en el Instituto y en la Universidad, Blasco era más aficionado a corretear por la huerta y a visitar las alquerías, las tabernas y los cafetines cercanos a la ciudad que las aulas. Se relacionó y se mezcló con las clases populares, pescadores del Cabañal, de la Albufera o huertanos. Ha vivido las peripecias de sus novelas, y en muchas ocasiones ha hecho la vida de sus personajes antes de trasladar al papel sus experiencias, pescando y cazando en la Albufera, embarcándose con los contrabandistas, asistiendo a la pesca del bou y corriendo el riesgo de los temporales en el mar, por lo que la exactitud de lo que describe es extrema, tanto al hablar de la ciudad como de las distintas secciones que comprende la campiña.<sup>208</sup> Producto de ello son las magníficas páginas de este grupo de novelas, con episodios de un realismo y vitalidad

sorprendentes, bien sean de La barraca--mercado de animales en el cauce del río, barbería al aire libre, Tribunal de las Aguas, taberna de Copa, etc.--de Flor de Mayo--llegada de las pescaderas al fielato de consumos, contrabando, regreso de las barcas al puerto--de Cañas y barro--El Palmar, la Dehesa, caza y pesca--o de Entre naranjos--inundación de Alcira, los naranjales.

Una madrugada de otoño nos lleva a la Huerta de Valencia para que presenciemos el incomparable espectáculo del amanecer. Un día de Pascua nos traslada a los Silos de Burjasot y nos presenta el maravilloso panorama que desde allí se divisa. Al principio de la primavera nos hace contemplar el mismo paisaje desde la montañeta de San Salvador, de Alcira. El mismo tema, la vega valenciana, nos lo presenta en épocas distintas y desde lugares diversos para que los conozcamos en sus varios aspectos. Sirviendo de fondo los montes que circundan la vega y el Mediterráneo, hace resaltar los cultivos y productos característicos de la región, los árboles, los edificios--barracas y alquerías--y las aglomeraciones urbanas, las acequias y los caminos.

En varios pasajes de sus obras, Blasco personifica la naturaleza y nos la presenta de acuerdo con el carácter de las distintas secciones, dando una atmósfera apropiada al conjunto. Unas veces es apacible, otras poética, otras triste y hasta lúgubre, imponente o aterradora. Influye en los personajes y en el argumento de las obras. Las descripciones de la naturaleza son modelos acabados en el género y en ellas se registran todas las sensaciones, desde el variado matiz de colores y la riqueza de formas que corresponde a la vista, la polifonía recogida por el oído, los aromas y olores que impresionan el olfato, hasta las táctiles de humedad o térmicas. Evoca maravillosamente la atmósfera física, bien sea de la Albufe-

ra, de la Huerta, de la Ribera o de la costa.

Además de fijar el presente con la máxima fidelidad y exactitud, se refiere al pasado, al aspecto histórico o a la tradición, bien sea de la capital en su conjunto, de parte de ella, como las murallas o los barrios antiguos, o de puntos específicos, como la plaza del Mercado. Y otro tanto puede decirse cuando se trata de las comarcas que forman la vega y de la Albufera. Incluso dedicó una novela a la historia de la región representada en su ciudad antigua más famosa: Sagunto.<sup>209</sup>

Menciona también en sus novelas y cuentos las tres capitales de las provincias valencianas y las poblaciones más importantes de cada una. Todos los nombres que cita son exactos, así como su situación geográfica. Al mencionar los pueblos lo hace poniendo de relieve sus características, actividades y cualquiera otra razón que los destaque. Así mismo es exacta su apreciación de los habitantes, sus ocupaciones e incluso su psicología colectiva.

Blasco, enamorado de su tierra natal, nos habla de ella con entusiasmo. Como filial homenaje nos la presenta en sus variados aspectos, en distintos momentos y desde diversos puntos de vista para que conociéndola podamos comprender su espíritu e interpretar mejor al pueblo que ocupa el escenario donde sitúa la acción de sus mejores obras.

#### IV. OTRAS REGIONES

##### 1. Baleares

En Los muertos mandan Blasco nos lleva a las Islas Baleares, presentándonos primero la capital, Palma de Mallorca. Valiéndose del protagonista, Jaime Febrer, nos enseña una vista de la ciudad desde una pequeña galería de su viejo palacio, que puede representar las numerosas casas solariegas que se encuentran en la ciudad:

A la derecha estaba el puerto, repleto de mástiles y amarillas chimeneas; más allá, avanzaba en las aguas de la bahía la masa oscura de los pinos de Bellver, y sobre su cumbre erguía-se el antiguo castillo, redondo como una plaza de toros, con su torre del homenaje suelta, aislada, sin otro lazo de unión que un gallardo puente. Abajo extendiase el rojo caserío moderno del Terreno, y más allá, al extremo del cabo, el antiguo Puerto Pi con su torre de señales y las baterías de San Carlos. . .

La catedral destacaba sobre el azul del cielo sus botareles y arcadas, como un navío de piedra con la arboladura desmochada que hubiesen arrojado las olas entre la ciudad y la costa. Más allá del templo, el antiguo alcázar de la Almudaina mostraba sus rojas torres morunas. En el palacio del obispo brillaban como laminas de acero enrojecido los cristales de los miradores, cual si reflejasen un incendio. Entre este palacio y la muralla del mar, en un profundo foso lleno de hierba, por cuyos muros trepaban guirnaldas de rosales, amontonábanse numerosos cañones . . .<sup>1</sup>

En esta vista general se nos dan los rasgos más salientes de la población, que se extiende alrededor del puerto y que está como protegida por el antiguo castillo de Bellver, en lo alto de una colina inmediata, por cuyas faldas se desparrama El Terreno, pintoresco caserío. De los edificios notables se ve la Catedral y el antiguo alcázar de la Almudaina. Las murallas y los cañones evidencian su carácter de plaza fuerte. Anteriormente nos habla de "La Lonja de Palma, gallardo edificio gótico vecino al mar . . . [con] el inmenso salón columnario . . . [donde] los fustes salomónicos . . . se perdían en la penumbra de las bóvedas . . ."<sup>2</sup>

El viejo palacio de Jaime puede servir de ejemplo de este tipo de viviendas, no escasas en la capital de la isla, moradas en tiempos pasados de esa nobleza activa, mezcla de navegantes, guerreros, comerciantes y diplomáticos que daba tono a la sociedad de la isla. Estos viejos caserones señoriales, cuyo carácter se va perdiendo rápidamente, dan un sello inconfundible a la ciudad. Es el propio descendiente de esta familia patricia quien contempla su mansión:

El antiguo palacio de los Febrers ocupaba toda una manzana; pero había ido empequeñeciéndose con el paso de los siglos y los apuros de la familia . . . [pero] . . . ¡Qué hermosa todavía, a pesar de sus amputaciones y su vejez! . . .

La piedra del zócalo, agujereada y combada hacia dentro por el roce de personas y carruajes, estaba partida por varios tragaluces con rejas a ras del suelo. La parte baja del palacio mostrábase roída, lacerada y polvorienta, como unos pies que hubiesen caminado durante siglos.

A partir del entresuelo, piso con entrada independiente . . .<sup>3</sup>  
 . comenzaba a desarrollarse el esplendor señorial de la fachada.

Sobre el portalón se encuentran escudos con las armas de las familias que los edificaron y ocuparon. La monotonía de los muros exteriores se rompe con ventanas de adornos pétreos, que varían en los distintos edificios.

En la parte más alta de la fachada extendíase una fila compacta de ventanillas con adornos góticos . . . y sobre ellas, el alero monumental, el alero grandioso, como sólo se encuentra en los palacios de Mallorca, extendiendo hasta el promedio de la calle su ensamblaje de maderos tallados, ennegrecidos por el tiempo y sostenidos por vigorosas gárgolas.

Por toda la fachada extendíanse, formando cuadriláteros, listones de madera carcomida con clavos y abrazaderas de hierro oxidado. Eran restos de las grandes iluminaciones con que la casa conmemoraba ciertas fiestas en sus tiempos de esplendor.<sup>4</sup>

El caserón de enfrente representa otra de las casas señoriales y los dos edificios juntos delimitan la calle y nos dan su aspecto:

La casa de enfrente era un palacio viejo como el suyo; un caserón de pocos huecos. Frente a su ventana se extendía un muro de color indefinido, con profundos desconchados y restos de antiguas pinturas, pero tan próximo por la estrechez de la calle, que parecía tocarse con la mano.<sup>5</sup>

De los edificios religiosos sólo se nombra la iglesia de Santa Eulalia, además de la Catedral.<sup>6</sup> De los otros, sabemos que hay un casino donde se juega por las noches hasta muy tarde, y en donde Jaime perdió "la noche anterior, todo cuanto poseía--unos centenares de pesetas . . ." <sup>7</sup> pero ni se dan detalles de su emplazamiento ni se describen.

De las calles nos da a conocer la principal, a donde llega el protagonista después de contemplar su casa:

Se dirigió hacia el Borne, ancha avenida que es el centro de Palma, antiguo torrente que en otros tiempos separaba la ciudad en dos villas y dos bandos enemigos: Can Amunt y Can Avall. . .

Al entrar en el Borne atrajo su atención la inmovilidad de varios paseantes que bajo la sombra de los copudos árboles contemplaban a unos campesinos detenidos ante el escaparate de una tienda . . . [que] era una tienda de armas.<sup>8</sup>

En esta calle hay diversos cafés con terrazas donde alrededor de las mesas se forman tertulias de grupos de amigos por las tardes para charlar,<sup>9</sup> y también hay alguna confitería.<sup>10</sup> En "la calle de la Platería, a la que se llamaba por antonomasia la calle" hay las tiendas de los joyeros chuetas.<sup>11</sup>

No se dan otros nombres de calles pero se refiere a alguna, como la de la casa de Jaime:

La calle estaba solitaria. Al final de ella, junto a las tapias del jardín de los Febrers, veíase la muralla de la ciudad, y abierto en esta muralla un portalón con barrotes de madera en su arco, iguales a los dientes de una boca enorme de pescado. En el fondo de esta boca temblaban, verdes y luminosas, las aguas de la bahía.

Anduvo Jaime algunos pasos por las azuladas piedras de la calle, falta de aceras . . .<sup>12</sup>

Después de visitar a su tía Juana, Febrer "vagó hasta pasado mediodía por las calles poco frecuentadas inmediatas a la Almudaina y la catedral."<sup>13</sup> Es notable que las pocas calles a que se refiere Blasco, excepto la del Borne, que en realidad es un paseo, sean estrechas, poco frecuentadas o solitarias, y sólo una vez, y en términos generales,

alude a "la ciudad de los vivos, en sus plazas y sus amplias calles," y aun lo hace como contraste con el cementerio.<sup>14</sup>

Sólo una vez se refiere al barrio de los nobles o de la catedral<sup>15</sup> y en otra ocasión al de los chuetas y al de Calatrava.<sup>16</sup>

Es el mismo Febrer quien nos lleva a la campiña. En su visita al chuetas Valls en Valldemosa, ve el campo mallorquín en primavera después de mucho tiempo.

¡No ocurrírsele nunca asomar la cabeza fuera de Palma para ver el campo, de un verde tierno, con sus acequias susurrantes; el cielo, de suave azul, en el que flotaban islotes de blancos vellones; las colinas, de un verde oscuro, con sus molinillos de viento braceando en la cumbre; las sierras abruptas, de color de rosa, cerrando el fondo: todo el paisaje risueño y rumoroso que había asombrado a los navegantes antiguos, haciéndoles llamar a Mallorca la isla Afortunada!...<sup>17</sup>

En el interior de la isla hay diversos valles pintorescos y fértiles, con cultivos de naranjos y otras plantas mediterráneas. El valle de Sóller y el de Valldemosa los toma como representativos:

Las montañas, oscuras de pinares y moteadas de blancas casitas, tenían las cumbres envueltas en turbantes de vapores. Abajo, en torno a la villa y prolongándose por todo el valle hasta el mar invisible, estaban los huertos de naranjos. La primavera estallaba sobre este suelo feliz con una explosión de colores y perfumes. Las plantas salvajes crecían entre los peñascos coronados de flores; los árboles tenían los troncos vestidos de serpenteante verdura; las pobres casas de los payeses ocultaban su miseria ruinosa bajo sábanas de rosales trepadores.<sup>18</sup>

Valldemosa, con su famosa cartuja, refugio por algún tiempo de Jorge Sand y Chopin, se evoca, con esta pareja famosa, al visitar Jaime al rico chuetas. Antes de llegar

El terreno subía; comenzaban los campos pedregosos de secano, las primeras estribaciones de la sierra. El camino iba serpenteando entre arboledas. Pasaban ya ante las ventanillas del carruaje los primeros olivos.<sup>19</sup>

Estos olivos, los almendros en flor al terminar el invierno, los pinos y

las palmeras es lo más destacado de la vegetación balear. Salvado el cinturón montañoso que rodea el valle, se puede ver éste:

Valldemosa se presentó de pronto a su vista sobre la cumbre de una colina rodeada de montañas. La torre de la cartuja, con adornos de azulejos verdes, elevábase sobre la frondosidad de los jardines de las celdas.<sup>20</sup>

La antigua cartuja no tiene mucho de particular, excepto su situación:

. . . edificio sin bellezas arquitectónicas sin otro encanto que el de su antigüedad medieval; pero enclavado entre montañas, por cuyas laderas se derrumban bosques de pinos, teniendo como suaves cortinas que amortiguan el ardor del sol plantaciones de almendros y palmeras, entre cuyo ramaje alcanzan los ojos la verde llanura y el lejano mar. Era un monumento casi en ruinas, un convento de melodrama, lúgubre y misterioso.<sup>21</sup>

Aunque a Blasco no le interesa el aspecto turístico de la isla,<sup>22</sup> no deja de mencionar sus maravillosas cuevas valiéndose de Jaime, que le explica a Miss Gordon cosas sobresalientes de su país,

de las curiosidades de la isla, de la caverna de Artá, trágicamente grandiosa, caótica, como una antesala del infierno; de las cuevas del Dragón, con sus bosques de estalactitas luminosas, cual un palacio de hielo, y sus lagos milenarios y dormidos, de cuyo profundo cristal parecía que iban a surgir mágicas desnudeces semejantes a las de las hijas del Rin que guardaban el tesoro de los Nibelungos.<sup>23</sup>

De los restantes pueblos de la isla sólo se citan dos, Alaró y Buñola, cuando se aprestaban a defender a Sóller, "la más rica población de la isla,"<sup>24</sup> del inminente ataque de los turcos.

De Mallorca nos traslada Blasco a Ibiza con el protagonista. La población más importante es la capital:

La ciudad de Ibiza, tranquila y soñolienta como un pueblo del interior de la Península, parecía una capital remota.<sup>25</sup>

Esta ciudad se halla dividida en dos partes:

la ciudad alta, la Real Fuerza de Ibiza, población muerta, separada del barrio de la Marina por una gran muralla del tiempo de Felipe II, con los intersticios de la piedra arenisca cubiertos de verdes y ondeantes alcaparros. Estatuas romanas sin cabeza decoraban en tres hornacinas la puerta que comunicaba la ciudad con el arrabal. Más allá,



las calles tortuosas empezaban a empinarse hacia la cumbre, ocupada por la catedral y el castillo: pavimentos de piedra azul, por cuyo centro corrían en pendiente las inmundicias; fachadas de nítida blancura, marcando borrosamente bajo su enjalbegado escudos nobiliarios y la labor de antiguos ventanales; un silencio de cementerio a orillas del mar, interrumpido solamente por el lejano rumor de la resaca y el zumbido de las moscas amontonándose en el arroyo.<sup>26</sup>

El aspecto de la ciudad cambia según el humor y el estado anímico del protagonista. Por la mañana, al llegar,

Ibiza le pareció una gran ciudad, a él que había corrido toda Europa. Las casas en fila, las aceras de ladrillos rojos, los balcones con persianas, todo lo admiró con la simpleza de un salvaje del interior que llega a una factoría de la costa. Detúvose ante algunas ventanas convertidas en escaparates, examinando los géneros expuestos con la misma delectación que había contemplado en otra época las lujosas vitrinas de los bulevares o del Regent's Street.

Una platería de un chueta le retuvo largo tiempo. . . .  
Luego, en otra tienda, adquirió un cuchillo . . .<sup>27</sup>

Después de algunas horas empieza a cansarse:

A mediodía, Febrer, aburrido de sus paseos sin objeto por la Marina y las empinadas callejuelas de la antigua Real Fuerza, entró en una pequeña fonda, la única de la ciudad, situada junto al puerto . . .

Por la tarde tiene otra opinión de la ciudad:

Aquella misma tarde salió de la ciudad. Nada quedaba en él del optimismo de pocas horas antes. Las calles de la Marina eran nauseabundas; un olor infecto se escapaba de las casas; en el arroyo zumbaban enjambres de insectos, saltando de los charcos al sonar los pasos del transeúnte.<sup>28</sup>

Además de los edificios mencionados, hay en Ibiza un seminario, "casa larga, de blancas paredes, con las ventanas cubiertas de réjas lo mismo que una cárcel," cuyo emplazamiento no da el autor, limitándose a decir que "en una de estas calles había visto Febrer el Seminario," y que según Blasco, "en toda la isla no existía otro centro de enseñanza que el Seminario."<sup>29</sup>

Excepto la capital, puede decirse que

Los pueblos no existían. Eran caseríos desparramados en muchos kilómetros, sin más núcleo que la iglesia y las casas del cura y el alcalde. La única población era la capital, la llamada en los antiguos documentos "Real Fuerza de Ibiza," con su barrio anexo de la Marina.<sup>30</sup>

La isla estaba dividida desde antiguo en cuarterones o parroquias correspondientes a las entidades de población, "todos con nombres de santos." De ellos nombra San José--donde se desarrolla casi toda la acción--, San Juan y San Antonio, y deja sin mencionar a Santa Eulalia, si bien podemos considerar que la incluye al referirse a los cuarterones o parroquias en general.

El de San José,

Lo formaban seis u ocho casas con la alcaldía, la escuela y la taberna en torno del templo. Éste erguía soberbio y poderoso, como nexo de unión de todo el caserío, esparcido por valles y montes en algunos kilómetros a la redonda.<sup>32</sup>

El campo está salpicado de alquerías blancas pudiendo servirnos de ejemplo Can Mallorquí:

Al pie de la colina extendíanse algunos campos roturados recientemente. . . Más allá comenzaban las plantaciones de almendros, con su follaje de un verde fresco, y los añosos y retorcidos olivares, que extendían su leña con ramilletes de hojas de plateado gris. La casa, el Can Mallorquí, era una vivienda casi árabe, un grupo de construcciones cuadradas como dados, de techo plano y deslumbrante blancura. Conforme aumentaban las necesidades y la expansión de la familia se iban levantando nuevas construcciones blancas. Cada dado era una habitación, y todos juntos formaban una casa, que más bien parecía un aduar, no adivinándose exteriormente cuáles servían para la vida de los habitantes o cuáles para las bestias de labor.<sup>33</sup>

En otra ocasión aparecen "como unos dados blancos escapados del cubilete de una roca vecina al mar."<sup>34</sup>

También aparece una ermita situada en una altura de la costa. Es la de la Virgen de los Cubells, centro de devoción popular a donde van la mujer y la hija de Pep a rezar.<sup>35</sup>

Alrededor de las costas del archipiélago hay muchos islotes y peñascos, que dejan entre sí y la costa de las islas mayores muchos canales y freos, sitios de abundante pesca. Junto a la costa de Ibiza, en el Suroeste, está el Vedrá. Jaime está pescando con el viejo Ventolera y a sus espaldas

extendíase con grandes sinuosidades de puntas salientes y profundas escotaduras la costa bravía de Ibiza. Ante él erguíase el Vedrá, peñasco aislado, mojón soberbio de trescientos metros de altura, que en su aislamiento aún parecía más enorme. . . Más allá . . . las costas de Ibiza, rojas y escuetas, parecían irradiar fuego.<sup>36</sup>

Blasco da a continuación una detallada descripción del aspecto y naturaleza de este islote montañoso, con sus cabras salvajes y colmenas en las inaccesibles cuevas.

Terminada la pesca, regresan a casa:

Salieron del canal, dejando atrás el Vedrá y siguiendo la costa de Ibiza . . . Doblaron un cabo y apareció una nueva sección de la costa. Sobre un montículo de peñas rojas, cortado a trechos por manchas oscuras de matorrales, destacábase una torre ancha y amarilla, un cilindro achatado, sin mas huecos por la parte del mar que una ventana, negro agujero de contornos irregulares. En el coronamiento de la torre, una tronera que había servido en otros tiempos para un pequeño cañón recortaba su tajadura sobre el azul del cielo. A un lado del promontorio, cortado a pico sobre el mar, descendía el terreno, cubriéndose de verde con arboledas bajas y frondosas, entre las cuales asomaba la mancha blanca de un exiguo caserío.

La embarcación hizo rumbo a la torre y al llegar cerca de ella desvióse hacia una playa inmediata, tocando su proa en el fondo de grava . . .<sup>37</sup>

Existe la torre del Pirata, que tiene el aspecto que explica Blasco, pero se encuentra en la costa enfrente del Vedrá, y para ir a ella desde el islote no hay que seguir la costa ni doblar ningún cabo. Blasco ignora por completo el Vedranell, islote rocoso más pequeño que el Vedrá y situado entre éste y el acantilado que tiene en su alto la torre famosa.

El aspecto de esta costa nos recuerda la de los cabos de San Antonio y La Nao, de la que parece una continuación mar adentro, con los acantilados eternamente batidos por el mar que va venciendo a la roca poco a poco formando cuevas utilizadas con frecuencia por los contrabandistas:

La costa de roca, que parecía cortada a pico sobre las aguas, estaba quebrantada por el embate de éstas durante siglos y siglos. Las olas, como furiosos toros azules, topaban entre espumarajos de rabia contra la peña, abriendo cóncavas oquedades, cuevas profundas que se prolongaban hacia lo alto en forma de grietas verticales. Esta labor secular iba royendo la costa, arrebatándole su coraza de piedra, lámina por lámina.<sup>38</sup>

Descripción que se completa con la de la costa del Vedrá:

Los peñascos de la orilla del agua eran abordables. Penetraba el mar entre ellos, sumiéndose en las bajas arcadas de cuevas submarinas, refugio en otros tiempos de corsarios y depósito ahora de los contrabandistas algunas veces.<sup>39</sup>

Entre Ibiza y Formentera hay un cordón de islotes:

Llegó el invierno. El mar batió furioso, en ciertos días, las cadena de islas y peñascos que forma entre Ibiza y Formentera una muralla de rocas aportillada por estrechos y freos. . .

Entre la isla del Espalmador y la de los Ahorcados, donde se abre el paso para los grandes buques, deslizábanse éstos, teniendo que luchar con el ímpetu sordo de las corrientes y los dramáticos y ruidosos golpes de agua. Las embarcaciones de Ibiza y Formentera tendían la lona de su velamen para navegar al abrigo de los islotes.<sup>40</sup>

De las islas mayores del archipiélago balear se citan Mallorca, Menorca, Ibiza y Formentera, y aunque no menciona a Cabrera, nombra otros islotes más pequeños, como Vedrá, Espalmador y Ahorcados. Su interés se centra, evidentemente, en las islas de Mallorca e Ibiza, y más especialmente en las gentes y sus costumbres, según anticipa Blasco en el Prólogo de la novela.

## 2. Cataluña

Blasco concede escasísima atención al aspecto geográfico de Cataluña. Nombra a Tarragona con motivo del viaje que Rosaura hace por la costa del Mediterráneo siguiendo a Borja a Peñiscola en El Papa del Mar. Pasa la noche en un hotel de esta ciudad, hotel que estaba adosado a un antiguo convento convertido en cuartel.<sup>41</sup> Tortosa se menciona en la misma ocasión: "Más allá de Tortosa cambió el aspecto de paisaje. Ya no eran viñas y olivares, como en el campo de Tarragona, alrededor de arcos y tumbas romanas."<sup>42</sup> Poco después cruza el río Ebro.<sup>43</sup>

Manresa se cita por don Pedro el catedrático, que enseñaba Retórica y Latín en el Instituto.<sup>44</sup>

Los Blanes, familiares maternos de Ulises Ferragut, son de Cataluña. Un tío era el "propietario de una gran tienda de ferretería situada en una de las calles húmedas, estrechas y repletas de gentío que desembocaban en la Rambla."<sup>45</sup>

Cuando Ulises, capitán ya del Mare Nostrum durante la guerra, pasea por la Rambla observa aspectos característicos de este famoso paseo barcelonés ocupado casi constantemente por nutrida muchedumbre como los puestos de las floristas, árboles y pájaros:

Empezaba la buena estación. Los árboles añosos de la Rambla se cubrían de hojas, y en sus frondas nacientes chillaban miles de pájaros con la tenacidad ensordecedora de las cigarras, persiguiéndose de tronco en tronco, dejando caer sobre la muchedumbre que circulaba por abajo el olvido casi líquido de sus flojos intestinos.<sup>46</sup>

Se mencionan los dos extremos de las Ramblas: la plaza de Cataluña<sup>47</sup> y el monumento de Colón, frente al que anclaban los grandes transatlánticos.<sup>48</sup>

Ferragut ve desde su casa un edificio barcelonés único que se des-

cribe, el que parece que no le inspira gran entusiasmo:

En su casa lo primero que veía al despertar era un edificio catalán, rico y monstruoso, semejante a los palacios que dibujan los hipnotizados en sus ensueños: una amalgama de flores persas, columnas góticas, troncos de árboles, con cuadrúpedos, reptiles y caracoles entre follajes de cemento. El adoquinado le enviaba por sus respiraderos la fetidez de unas alcantarillas solidificadas por la escasez de agua; los balcones esparcían el polvo de las alfombras sacudidas; el palacio-quimerá se tragaba con una insolencia de rico novel todo el cielo y el sol que correspondía a Ferragut.<sup>49</sup>

Los dos montes que dominan a Barcelona y el puerto aparecen también: Montjuich que sirve de fondo a la vista que se ve desde el barco<sup>50</sup> y el Tibidabo, a cuyo pie habían surgido nuevos barrios ocupados por "tenderos y fabricantes [que] querían tener una casa de placer--llamada torre tradicionalmente--para descansar los domingos y hacer alarde al mismo tiempo de su prosperidad."<sup>51</sup>

Del puerto, donde está atracado el Mare Nostrum, se da una visión nocturna cuando Ulises va a ser atacado al retirarse a su barco:

Los reverberos trazaban en el suelo amplios redondeles de púrpura. Más allá se extendían las tinieblas, cortadas por siluetas de ébano que unas veces eran barcos, y otras, callejones de fardos, colinas de carbón. El agua negra reflejaba las serpientes rojas y verdes de las luces de los buques.<sup>52</sup>

Pero esta descripción podría referirse a cualquier puerto, y nada hay en ella que identifique al puerto catalán.

Se dan referencias muy escasas e incompletas de la costa catalana.

Ulises

Luego conoció a los otros tíos maternos en un pueblo inmediato al cabo de Creus. Este promontorio, con sus costas bravas, le recordó el otro donde vivía el Tritón. También aquí habían fundado una ciudad los primeros nautas helénicos; también arrojaba el mar ángoras, estatuillas y hierros petrificados.<sup>53</sup>

en que se hace una alusión al pasado y se compara con los cabos que limitan por el Sur el golfo valenciano.

### 3. Andalucía

#### a. Sevilla

Con Sangre y arena Blasco nos traslada a Sevilla y sus alrededores. Doña Sol, Gallardo y otros invitados parten por la mañana hacia la dehesa de Tablada para el derribo de reses: "Galoparon por las afueras de Sevilla, a lo largo del río; dejaron atrás la Torre del Oro; siguieron avenidas de umbrosos jardines con amarilla arena . . ." <sup>54</sup> Desde esta dehesa se ve el panorama:

En el término opuesto del dilatado horizonte, sobre un fondo azul, en el que flotaban nubes algodonadas, veíase Sevilla, con su caserío dominado por la imponente masa de la catedral, y la maravillosa Giralda, de un rosa tierno bajo la luz de la tarde. <sup>55</sup>

En esta descripción de Sevilla y sus alrededores se encuentra lo más destacado: la catedral con la Giralda, la Torre del Oro al lado del Guadalquivir y umbrosos jardines.

Aprovechando la procesión de Semana Santa nos evoca otras partes de Sevilla de noche:

El río seguía susurrando bajo los puentes; . . . los naranjos, incensarios de la noche, abrían sus mil bocas blancas, esparciendo en el ambiente un olor de carne voluptuosa; las palmeras mecían sus surtidores de plumas sobre las almenas morunas del Alcázar; la Giralda, fantasma azul, remontábase devorando estrellas, ocultando un pedazo de cielo tras de su esbelta mole. . . <sup>56</sup>

El sentimiento por la muerte de Jesús se transmite a las cosas, que al personificarse adquieren vida y alma:

. . . los templos lo decían con su oscuro silencio y los velos lóbregos de sus puertas. . . Y el río seguía suspirando con idílico susurro . . . y las palmeras mecían sus capiteles sobre las almenas con un vaivén de indiferencia; y los naranjos exhalaban su perfume de tentación . . . y la torre, azulada por la noche, perdíase en el misterio de las alturas, pensando tal vez con la simpleza de alma de las cosas inanimadas, que las ideas de los hombres cambian con los siglos, y los que a ella

la sacaron de la nada creían en otras cosas.<sup>57</sup>

Además del Alcázar aparecen templos y se hace una referencia sutil al pasado de la población ocupada por otros pueblos de distintas creencias.

En el centro de la ciudad está la calle de las Sierpes, estrecha, animada por los cafés y clubs elegantes y centro del comercio, concurrida por "lo mejor de la ciudad."<sup>58</sup>

Con motivo de la procesión de Semana Santa

La calle de las Sierpes estaba convertida en un salón, con los balcones repletos de gentío, focos eléctricos pendientes de cables entre pared y pared, y todos los cafés y tiendas iluminados, con las ventanas obstruidas de cabezas, y filas de sillas junto a los muros, en los que se agolpaba la gente subiéndolo sobre los asientos . . .<sup>59</sup>

A la entrada de la calle de las Sierpes se halla la de la Campana,<sup>60</sup> centro de reunión de los taurófilos populares y parada de los "macareños" de dicha procesión, que avanza por calles en que había varias tabernas.<sup>61</sup>

La calle donde vivía doña Sol era "tranquila, de casas señoriales con panzudas rejas y grandes miradores."<sup>62</sup>

En referencias generales se mencionan "las callejuelas de azul empedrado y blancas paredes" que cruzan los garrochistas<sup>63</sup> y que seguía el penitente descalzo,<sup>64</sup> o "los callejones transversales, oscuros y solitarios, [por donde] venían bocanadas de brisa primaveral cargadas de perfumes de jardín de olor de naranjo, de aroma de las flores alineadas en tiestos tras rejas y balcones."<sup>65</sup>

Las plazas están representadas con tanta escasez como las calles. Sólo se menciona la plaza Nueva, en donde el marido de la señora Angustias la invitaba a unas cañas de manzanilla los días de toros baratos.<sup>66</sup> La de San Francisco, donde en las grandes fiestas de Semana Santa el



hijo de la señora Angustias ofrecía bandejas de caramelos a las señoras sentadas.<sup>67</sup> La plaza de San Fernando, hasta donde llegaba Gallardo en sus paseos las temporadas que pasaba en casa sin torear.<sup>68</sup> La del Mercado y la plazuela donde está la parroquia de San Lorenzo.<sup>69</sup>

De paseos sólo se nombran las Delicias, por donde los días de gran fiesta paseaban el señó Juan y su familia,<sup>70</sup> y la Alameda de Hércules, punto de reunión de ciertos pillos amigos del Zapaterín.<sup>71</sup>

El barrio de la feria es donde se crió Gallardo y se construyó la casa nueva al triunfar como torero, y aparece mencionada en varios lugares pero no se dan detalles de cómo es.<sup>72</sup> Otro tanto puede decirse de los de la Macarena y de Triana, también barrios populares.<sup>73</sup>

El campo sevillano se presenta cuando los personajes principales llegaron a Tablada:

El Guadalquivir extendía su corriente a lo largo de la dehesa. En la orilla de enfrente alzabase en cuesta San Juan de Aznalfarache, coronado por un castillo de ruinas. Las casas de campo mostraban su blancura entre las masas de gris plata de los olivares.<sup>74</sup>

Por medio del Zapaterín Blasco nos muestra uno de los numerosos cortijos sevillanos, con pequeña plaza de toros para la tiente de las reses bravas:

. . . el enorme cortijo, con sus extensos olivares, sus campos de granos, sus molinos, sus prados que se perdían de vista, en los que pastaban miles de cabras y rumiaban, inmóviles, con las piernas encogidas, toros y vacas.<sup>75</sup>

Es el cortijo La Rinconada, que cuando triunfe el Zapaterín comprará para satisfacer sus ansias de ser propietario. Esta vista del campo andaluz se completa con el escenario donde el marqués de Moraima adquirió su experiencia campestre:

. . . la llanura andaluza, desierta, inmensa, de dilatados horizontes, como un mar de tierra en el que eran los toros

a modo de adormecidos tiburones que marchaban lentamente entre las oleadas de hierbajos.<sup>76</sup>

b. Jerez de la Frontera

En tres lugares distintos da una vista general de la ciudad, pero no hay nada que la individualice, diferenciándola de otras poblaciones. Al amanecer "De la bruma de la noche surgía a lo lejos la ciudad, con la apiñada arboleda del Tempul y las aglomeraciones del blanco caserío."<sup>77</sup> Al atardecer se podía ver "la ciudad que destacaba su blanco caserío, la arboleda de sus jardines sobre el cielo rosa y oro de la puesta del sol."<sup>78</sup> Al anochecer "Jerez, como una gran mancha negra, recortaba las líneas de sus torres y tejados sobre el último resplandor del crepúsculo . . ."<sup>79</sup> Pero hay centenares de poblaciones a las que se podrían aplicar estas descripciones.

A excepción de la calle Larga, que además de estar en el centro de Jerez<sup>80</sup> nos dice que es

. . . la principal de la ciudad; una vía ancha con casas de deslumbrante blancura.

Las portadas señoriales, del siglo XVII, estaban enjalbegadas cuidadosamente lo mismo que los escudos de armas de la clave. Los escarolados y nervios de la piedra labrada ocultábanse bajo una capa de cal. En los balcones, verdes, mostrábanse a aquellas horas de la mañana cabezas de mujeres morenas, de rasgados ojos negros, con flores en el pelo. . . . las amplias aceras limitadas por dos filas de naranjos agrios. Los principales casinos de la ciudad, los mejores cafés, abrían sus ventanales de vidrios sobre la calle<sup>81</sup>

lo que se corrobora un poco más adelante al referirse a ". . . las numerosas Sociedades de recreo que ocupaban casi todos los bajos de la calle Larga . . ."<sup>82</sup> Pero excepto por esto, no podría identificarse Jerez por la referencia a ninguna otra calle.

Se cita la plaza Nueva, sin que se nos diga cómo es, sino la gente

que la ocupa. Montenegro

En la plaza Nueva, pasó entre los grupos que se estacionan allí habitualmente; corredores de vinos y de ganado; vendedores de cereales, obreros de bodega sin colocación, gañanes enjutos y tostados que esperan a que alguien alquile sus brazos inactivos, cruzados sobre el pecho.<sup>83</sup>

Allí va también el señor Fermín todas las madrugadas "a formar grupo con los jornaleros que esperaban trabajo."<sup>84</sup> Le interesa más a Blasco la función y los grupos que la ocupan que su aspecto o los edificios que la forman. En una plazoleta se encuentran ~~Las~~ bodegas de Dupont,<sup>85</sup> y en otras se halla la cárcel, paso de las procesiones y lugar de ejecución de condenados en tiempos pasados.<sup>86</sup>

En el campo andaluz se distinguen el llano y el monte. Los cultivos principales son la vid, los olivos y el trigo. En las extensiones sin cultivar los pastos mantienen abundante ganadería. Las propiedades son enormes, acumuladas en pocas manos y los pueblos están muy distantes unos de otros.

Fermín y Salvatierra dan un largo paseo:

Los dos salieron de la ciudad, y después de seguir las cercas de las pequeñas viñas con sus casitas de recreo entre grupos de árboles, vieron extenderse ante sus ojos las planicies de Gaulina como una estepa verde. Ni un árbol, ni un edificio. La llanura esparcíase hasta las montañas, que, esfumadas por la distancia, cerraban el horizonte. . .

. . . Esparcidos a largas distancias, apenas si se destacaban como negras verrugas los chozones y ranchos de los pastores, hechos de ramaje y tan bajos de techumbre que parecían viviendas de reptiles. . .

. . . Unos alambres interminables iban de poste en poste, casi a ras de tierra, marcando los límites de la llanura . . . y en estos cercados de término indefinido, que no podían abarcarse con los ojos, movíanse los toros con paso tardo, o permanecían inmóviles en el suelo . . .

. . . La ciudad era la urbe del tiempo romano, rodeada de leguas y más leguas de terreno, sin un pueblo, sin una aldea, sin otras aglomeraciones de vida que los cortijos . . .<sup>87</sup>

Valiéndose de Zarandilla contrasta las campiñas de Levante y los campos andaluces, especialmente cerca de Jerez:

Las campiñas de Levante, las vegas de Valencia y de Murcia, siempre verdes, pobladas como ciudades, viéndose desde cada pueblo los campanarios de otros lugares vecinos; teniendo cada campo su vivienda rústica, y en ella una familia tranquila y bien alimentada, sacando su alimentación de pedazos de terreno tan pequeños, que él, en su hipérbole andaluza, los comparaba con pañuelos de bolsillo. Los hombres trabajaban lo mismo de noche que de día, ayudados por sus familias, en un noble aislamiento, sin la emulación de grupo ni el miedo al aperador. El hombre no era un esclavo en cuadrilla; rara vez se conocía allí el bracero a jornal. Cada uno cultivaba lo suyo, y los vecinos se ayudaban en las faenas difíciles. El labrador trabajaba para él, y si el campo tenía un amo, éste limitábase a cobrar el arrendamiento, procurando, por la fuerza de la costumbre y por miedo al compañerismo de los pobres, no aumentar los antiguos precios.<sup>88</sup>

La campiña andaluza tiene un aspecto muy distinto:

Inmensos campos cuyo término perdíase en el horizonte; surcos que se juntaban y confundían a lo lejos como las varillas de un abanico, sin que ningún límite los cortase. Cuanto se abarcaba con la vista: tierras llanas o colinas, bancales labrados o manchones para el pasto, todo era de un amo. . . Y la soledad por todas partes: ni un pueblo, ni otra vivienda que el cortijo. Había que caminar horas y más horas hasta el límite de otras propiedades.

. . . ¡Ni un campanario, ni una aglomeración de casas blancas como en los países donde existían verdaderos labradores! ¡Aquí sólo se veían siervos trabajando una tierra odiada que jamás podía ser suya; preparando unas cosechas de las que no tocarían un solo grano!<sup>89</sup>

Blasco, a la vista del problema, no se limita a destacarlo y a evadirlo con lamentaciones nostálgicas e impotentes, sino que apunta soluciones basadas en experiencias de otras regiones:

Que aquella inmensidad de tierra se repartiese entre los que la trabajaban; que los pobres supieran que del surco podían sacar algo más que un puñado de céntimos y los tres gazpachos, ¡y ya se vería si los del país eran holgazanes! . . . que tuviesen su parte de tierra y la cuidarían peinándola y acicalándola a todas horas como a una hija, y antes que clarease el día estarían ya en ella con la herramienta en la mano. En medio de la noche se levantarían para las faenas urgentes; aquellas llanuras serían un paraíso, y cada pobre tendría su casita, y los lagartos no irían arrastrando su lomo rugoso y polvoriento días y días sin tropezar con una vivienda humana.<sup>90</sup>

Para el monte se sirve de Rafael, el antiguo contrabandista:

La sierra era el escenario de su aventurera juventud, y al volver al cortijo recordaba con entusiasmo las montañas cubiertas de acebuches, alcornoques y encinas; las profundas cañadas con espesuras de lentiscos; las altas adelfas orlando los riachuelos, . . . y en el fondo, sobre las cumbres, las ruinas de alcázares moriscos; el castillo de Fátima, el castillo de la Mora Encantada.<sup>91</sup>

Estas ruinas son como un enlace con el pasado, que recuerda otros pueblos y otras civilizaciones florecientes en los mismos lugares.

#### 4. Vascongadas

Las provincias Vascongadas forman una región muy definida. De las tres provincias que la componen, Vizcaya es la más poblada e importante. Su capital, Bilbao, está situada a orillas del río Nervión, a unos 11 kilómetros del mar y unida a éste por la ría de su nombre. ~~Bilbao~~ además, el centro de una zona minera y tiene extraordinaria importancia por la industria metalúrgica.

Blasco coloca la acción de una de sus novelas de tema religioso-social, El intruso, en Bilbao y sus alrededores y hace frecuentes referencias a otras poblaciones de la región.

Nos da una primera vista de Bilbao cuando el doctor Aresti baja de las minas para visitar a su primo, el potentado Sánchez Morueta. ~~El tren~~ que lo conduce, luego de atravesar un túnel se detiene en una de las estaciones céntricas. El doctor observa la población:

A un lado estaba la Bilbao nueva, el Ensanche, el antiguo territorio de la República de Abando, con sus calles rectas, de gran amplitud y joven arbolado, sus casas de siete pisos y sus plazas de geométrica rigidez. Al otro lado del puente, la Bilbao tradicional, la Bilbao de los chimbos, de los hijos del país, que habían conocido la llegada de las gentes del interior, atraídas por la prosperidad de la minas, y que formaban ahora más de la mitad del vecindario. Allí estaban las famosas Siete Calles, núcleo de la antigua villa; las iglesias viejas, el comercio rancio y las fortunas modestas

y morigeradas de los tiempos primitivos. En el Ensanche er-  
guía sus torres de un gótico de confitero la iglesia de los  
jesuitas, con su residencia anexa. En torno de ella se ali-  
neaban con rigidez geométrica los hoteles y caserones de los  
nuevos capitalistas, enriquecidos fabulosamente por las minas  
de la noche a la mañana.<sup>92</sup>

En esta descripción se contrastan las dos Bilbaos, la tradicional  
y la nueva, con su aspecto, calles y edificios, y ya se hace una rápi-  
da referencia a la sociedad de la villa y a sus medios de vida.

Mucho más adelante, pero con motivos muy distintos, el doctor vuel-  
ve a la misma estación, sube la larga escalinata y ve "... las Siete Ca-  
lles, lo más típico y tradicional de la población . . ." <sup>93</sup> que con el  
Arenal van a ser muy pronto el escenario de las violencias y choques de  
los dos bandos antagónicos.<sup>94</sup>

Aresti atraviesa el puente y entra en el Arenal, que tiene

A un lado, el teatro Arriaga, reflejando en las aguas del Ner-  
vión su arquitectura pretenciosa, cargada de cariátides y es-  
tatuas; al otro, el paseo, con sus filas de plátanos, por en-  
tre cuyas copas asomaban los mástiles y chimeneas de los bu-  
ques atracados a la orilla.<sup>95</sup>

En el que vemos la extraña combinación de mástiles y chimeneas de buques  
asomando entre las copas de la filas de plátanos. Como hemos observado  
en otras ocasiones, Blasco nos presenta en la misma página las calles  
en plena actividad, con el gentío y los grupos formados por personas  
de análogos gustos u ocupaciones similares, como bolsistas, curiosos o  
pilluelos pregonando los diarios recién llegados de Madrid. Una obser-  
vación notable es la separación de hombres y mujeres en las calles y  
plazas de Bilbao: "Cada sexo por su sitio. El hombre, a los negocios,  
y la mujer, sola a la iglesia o a hacer visitas, como única diversión."<sup>96</sup>

Para llegar a la oficina de su primo, Aresti sigue a lo largo del  
muelle y observa los barcos en él atracados, muy bajos por efecto de la

marea, y el aspecto de las aguas de la ría, enrojecidas por los residuos de las minas.

Sánchez Morueta tiene su hotel en las Arenas, situado en la orilla derecha de la ría, entre Bilbao y el mar. Desde allí su hija contempla el paisaje con la carretera de las Arenas a orilla del Nervión:

La ría brillaba bajo la caricia del sol. Más allá del puente de Vizcaya, cuya plataforma iba y venía pendiente de su manojito de cables, transportando carruajes elegantes, carretas de bueyes y pasajeros llegados en el tren de Portugaleta, extendíase el abra, moviendo sus aguas de un azul plumizo. El mar libre chocaba en la línea del horizonte contra la muralla del rompeolas, . . . .97

Debido al humo de las instalaciones metalúrgicas no se distingue Bilbao, pero sí que se ve el puente colgante que permite atravesar la ría.

Se da una descripción del amanecer de Bilbao, con las locomotoras silbando a punto de partir hacia los pueblos limítrofes, los establecimientos de la gente pobre abriendo sus puertas, las iglesias llamando a los fieles, el movimiento y los gritos de las "cargueras" de los barcos, carros, vendedoras de panecillos, criadas con la cesta al brazo que pasaban por el Arenal hacia el mercado de San Antón:

El Nervión mostrábase entre los jirones de la bruma amontonada en su profundo cauce, con una brillantéz azulada de acero. Dos fajas anchas de barro marcaban en sus malecones el descenso de la marea. Apagábanse en la parte alta de la ría las luces de los anguleros, que parecían durante la noche una procesión de invisibles penitentes.<sup>98</sup>

Con ser magistral la descripción de este amanecer, no iguala a la del despertar de la huerta de La barraca, ni por su colorido, combinación de sensaciones e imágenes excelentes ni por su fuerza expresiva. Blasco sin duda ha visto más veces el amanecer de la huerta que el de Bilbao, y ha quedado más impresionado por el de su tierra natal.

La ría y los alrededores de Bilbao por la parte del mar aparecen descritos en el viaje de Aresti a la villa, en el que se notan los torreones gemelos de los altos hornos de fundición, los descargaderos que eran "a modo de baluartes que, arrancando de la montaña, llegaban hasta la ría, elevados algunos metros sobre el nivel de los campos."<sup>99</sup> Los vapores descargando la hulla inglesa y cargando hierro: "Las dos riberas de la ría estaban en continua función, vomitando y absorbiendo: entregando el mineral de sus montañas y apoderándose del carbón extranjero."<sup>100</sup>

Contrasta el espectáculo que se ve por las ventanillas de los dos lados del tren: febril actividad industrial en ambas orillas de la ría y reposado trabajo agrícola en la otra parte, realizado en su mayor parte por mujeres "con la falda atrás y las piernas desnudas" encorvadas sobre el surco y con vacas rumiendo tranquilamente sobre el verde del prado; en el borde de unos arroyos de líquido rojo como si fuese sangre unas mujeres lavaban sus trapos. El color rojo se debe a los lavados del mineral.<sup>101</sup>

La ría, importante arteria de comunicación, se ve continuamente atravesada por pequeños remolcadores tirando de un rosario de gabarras, balandros y grandes vapores que iban a pegarse imperceptiblemente a los descargaderos. Y coronando a la moderna Bilbao, sirviéndole de dosel,

. . . los humos multicolores de sus fábricas: negros, de espesos vellones, como rebafios de la noche; blancos, ligeramente dorados por la luz del sol; azules y tenues como la respiración de un hogar campesino; amarillos rabiosos, con un chisporroteo de escorias minerales. La blanca vedija del vapor, signo de actividad, repétíase por todo el paisaje como una nota característica del panorama bilbaíno, avanzando por las quebraduras de la montaña donde están las vías férreas del mineral, resbalando por las dos orillas de la ría tras de las chimeneas de los trenes de Portugaleta y Las Arenas, ondeando sobre el casco de los remolcadores y las máquinas giratorias de las grúas.<sup>102</sup>



Vasconia es una región muy accidentada, con altas montañas que todavía parecen más gigantescas por su proximidad al mar. En el panorama que contempla la hija de Sánchez Morueta desde su hotel de Las Arenas aparece este aspecto del paisaje:

El horizonte cerrábase en el fondo con un escalonamiento de montañas. La joven conocía los nombres de todas estas cumbres. Las había visto durante muchos años, . . . unas veces brumosas y delineando apenas su contorno sobre el cielo, otras veces rojas, con las manchas de sombra de sus barrancos y oquedades, destacándose sobre la inmensidad azul. Las más próximas, que parecían poder tocarse con la mano, eran Luchana y el Pico de Banderas. Después sobresalían sobre ellas, a una enorme distancia, en pleno riñón de Vizcaya, los gigantes del país, el Mañaría y el Gorbea, y entre los dos, como una giba inaccesible cubierta de nieve, la Peña de Amboto, misteriosa y legendaria, en la que se desarrollaban los cuentos más tenebrosos de la imaginación vasca.<sup>103</sup>

Son como telones en distintos planos sobre los que se localizan las poblaciones y que dan el ambiente físico que cambia en distintas épocas según las condiciones climatológicas y que se perciben a veces con mayor detalle. Aquí se hace también referencia a los cuentos tenebrosos, maleficios y supersticiones de las regiones norteñas de España, con seres como "la dama de Amboto, especie de hada maléfica, hija de un Jaun, de un caudillo legendario, que vivía como encantada en lo alto del peñasco . . ."<sup>104</sup>

Siendo esta parte del país tan montañosa es natural que existan puntos ventajosos desde los que se domine un extenso y pintoresco panorama. Blasco los aprovecha para desde ellos darnos vistas generales que nos ayuden a comprender el paisaje, la naturaleza del terreno, los accidentes geográficos y la situación de las poblaciones. Desde el porche de la iglesia de Begofña se ve parte de la villa de Bilbao "unida a un trozo del Nervión y a las montañas de las Encartaciones, con sus cumbres rojas de tierra removida."<sup>105</sup>

Otro de estos puntos es la cantina de Tocino, junto a Labarga, uno de los barrios de Gallarta, situado en plena explotación minera:

Desde aquella altura abarcaba la vista toda la tierra de las Encartaciones y, además, el abra de Bilbao, la ría. Portugalete. Los pueblos aglomerados en las orillas del Nervión parecían formar una sola urbe. En último término, entre montañas, se adivinaba la villa heroica e industrial: el humo de las fundiciones y fábricas se confundía con el cielo plomizo. A la entrada de la ría, el alto puente de Vizcaya destacábase como un arco triunfal de negro encaje.<sup>106</sup>

En esta descripción se encuentra la importante zona minera de las Encartaciones, la típica ría de Bilbao con el característico puente a la entrada, los pueblos que son como una prolongación de Bilbao hasta el mar y que en fecha no lejana, cuando sean incorporados a esta villa, la colocarán por su número de habitantes entre las primeras de España. Y por último la industrial villa, coronada de humo y rodeada de montañas, que tan notable parte representó en las pasadas contiendas civiles. Blasco indudablemente con el adjetivo heroica se refiere a su resistencia a las tropas carlistas que la sitiaron en las guerras civiles del siglo pasado.

Desde otro punto cercano al anterior, pero un poco más bajo, ve el mismo panorama:

Por la parte del mar, el Serantes, que guarda la desembocadura de la ría de Bilbao, recortaba sobre el cielo plomizo su mole coronada por un castillete abandonado. A sus pies extendía el Cantábrico una ancha faja oscura, cortada a trechos por otros montes más bajos, o se metía en triángulos tierra adentro, formando ensenadas y rías. . .

. . . Una aldea que blanqueaba entre los campos al pie del Serantes era San Pedro Abanto; más allá, al lado de una ría, alzabase la montaña de Somorrostro: dos nombres famosos que conocía toda España después de la última guerra civil.<sup>107</sup>

De los pueblos que menciona, sólo describe a Gallarta y uno de sus barrios extremos, Labarga, nacidos y desarrollados con la riqueza minera del distrito, por lo que vienen a ser representación de los demás de

esta clase de la región. En este pueblo se refugia el doctor Aresti cuando rompe con su familia y busca el consuelo de su profesión entre los desheredados de la fortuna, nuevos siervos de la gleba de este siglo de empresas audaces.

Acompañando al muchacho que tiene a su padre gravemente enfermo

Pasaron apresuradamente por la calle principal de Gallarta, una cuesta empinada y pedregosa con dos filas de casuchas que ondulaban ajustándose a las sinuosidades. Eran míseros edificios contruidos con mineral en la época en que éste era de menos precio; gruesos paredones agujereados por ventanucos y con balcones volados que amenazaban caerse. Los pisos superiores eran de maderas carcomidas. Las techumbres, de tejas rojizas y sueltas, se defendían de los embates del viento con una orla de pedruscos. En los pisos bajos estaban los comercios . . . , tabernas en su mayor parte.<sup>108</sup>

A poca distancia se encontraba Labarga, cuya única calle la formaban

. . . dos filas de míseras casuchas puestas sobre los peñascos que bordeaban el camino. Los edificios de Gallarta parecían palacios, si se los comparaba con las chozas de este barrio de mineros.<sup>109</sup>

Es de suponer que Gallarta se componga de otras calles y plazas. Blasco mismo menciona la plaza Mayor<sup>110</sup> donde se ha de celebrar un mitin. Pero no las describe ni les presta más atención, indudablemente por no ser necesarias para dar el ambiente y caracterizar el medio en que vive y muere este sector de la población vizcaína.

Azpeitia, "hermoso rincón del territorio vasco" y "el centro de las fiestas vascas"<sup>111</sup> se cita con ocasión de la apuesta de los barrenadores y es motivo para que nos describa varios concursos de fuerza y destreza, que forman una parte muy importante de la vida de esta región, pero tampoco se entretiene en la descripción física de sus elementos, y sólo nos habla de la plaza mayor, donde se celebran las competiciones, y de los balcones, abarrotados de público, que usan también los versolaris.

Terminadas las fiestas, Aresti visita el monasterio de Loyola, inmenso convento con aspecto de caserón-palacio situado en el término municipal de Azpeitia a pocos minutos del centro del valle. Su aspecto monumental y aparatoso le impresiona. Contempla la fachada de piedra de la iglesia, en el centro del monasterio, con su frontón adornado con un escudo de armas gigantesco. Inspecciona todo el monasterio. Pero la gran sorpresa la recibe al visitar la huerta donde encuentra a su primo Sánchez Morueta, que está en el monasterio haciendo ejercicios espirituales.

Con Aresti llegamos en otra ocasión al Santuario de Begonia, donde el doctor visita a un enfermo. Al describirnos la iglesia nos explica el significado de la voz anteiglesia, parte de la historia del país:

Pasaron bajo unas arcadas adosadas al templo: el paseo cubierto de todas las iglesias vascas, donde en otros tiempos se reunía el vecindario, al amparo de la lluvia, para tratar los asuntos públicos después de la misa. Por algo la mayoría de los pueblos vizcaínos tomaron el título de anteiglesias en la época de los fueros.<sup>112</sup>

Y con la visita a este edificio, "al que afluían ahora todos los sentimientos del país hostiles a la nacionalidad española y a sus progresos,"<sup>113</sup> nos explica Goicoechea la evolución política de los carlistas y su carácter actual, y el papel directivo de la Universidad de Deusto, tanto en el presente como en el futuro soñado por los adictos a esta idea.<sup>114</sup>

## 5. Castilla la Nueva

Los alrededores de Madrid, especialmente la cadena montañosa que al norte de la capital divide a las dos Castillas, se presenta en La Reina Calafia, cuando Florestá acompaña a Conchita y a Rina en sus paseos en

automóvil:

Subieron las tortuosas carreteras que escalan en zigzag las vertientes del Guadarrama; atravesaron los puertos, que durante el invierno quedan ocultos bajo los aludes de nieve; se detuvieron en bosques de vegetación alpestre para contemplar a sus pies ciertos valles con pueblos de techumbres oscuras que recuerdan en el corazón de Castilla los paisajes de Suiza; aspiraron al llegar a las cumbres el perfume de la madera resinosa recién partida en los aserraderos. A orillas de los ríos de nieve líquida que cortan las mesetas cubiertas de un moho vegetal, amarillento y fino como el terciopelo, encontraron muchas veces toros bravos de las ganaderías castellan<sup>115</sup>.

No olvida los elementos de la parte central de España: las dos mesetas separadas por el Guadarrama, con sus puertos cubiertos de nieve en el invierno, bosques y valles con pueblecitos parecidos a los del país más montañoso de Europa, y ganaderías de toros bravos que se ven también en Sangre y arena.<sup>116</sup>

#### a. Madrid

Madrid, la capital de España, con sus 599,807 habitantes a principio de siglo<sup>117</sup> es la población más grande de la nación. Centro de la administración en un país centralizado en extremo, atrae gran número de personas de actividades distintas, como políticos, escritores y artistas. El mismo Blasco trasladó su residencia a esta capital y vivió aquí varios años, y firmó aquí varias de sus novelas. Cuando en su adolescencia se escapó de casa dejando sus estudios, a Madrid vino y conoció las dificultades de un escritor que quiere abrirse camino, que en muchos aspectos pueden parecerse a las de Maltrana de La horda. De nuevo, muchos de los episodios de esta novela parecen vividos por el autor.

Pero no todos los que acuden a Madrid son financieros, políticos, intelectuales o artistas. En los barrios de las afueras viven muchos obreros manuales y acampados como pueden vegetar los desheredados de la

fortuna, que han aparecido en obras maestras de Pérez Galdós y Baroja.

Blasco considera dividida la población en dos grandes grupos: los que viven en Madrid y los que acampan en los alrededores, parásitos de la gran villa, y que ésta va arrojando cada vez más lejos en su constante expansión. Este aspecto de la capital lo estudia en La horda, y sirve de eslabón entre los dos grupos Maltrana, nuevo tipo de pícaro que nos lleva a vivir a distintos puntos y se mezcla con casi todas las capas de la sociedad. La vida del arte se refleja en La maja desnuda. Los intelectuales de la clase media en La Reina Calafia y el mundo de los toros en Sangre y arena. En cada una nos da un aspecto distinto y complementario de la capital.

Una vista general, a la vez síntesis y símbolo, se da en La horda. Maltrana la ve así desde el cerro de los Corvos, donde una nodriza cría a su hijo:

Vista desde allí, la población era monumental, soberbia. Pocas capitales de Europa parecían tan hermosas. Al frente, la enorme masa del Palacio Real, con sus pilastras salientes cortando las negras filas de ventanas. A un lado, la colina del Príncipe Pío, coronada de cuarteles; al extremo opuesto, la cúpula de San Francisco el Grande y el Seminario. Arriba, el cielo sin una nube, límpido . . . Abajo, en los declives que conducen al Manzanares, grandes masas de vegetación: las arboledas del Campo del Moro, de la Virgen del Puerto, de la cuesta de la Vega. La masa blanca del caserío partíase más allá del puente de Segovia, y una línea metálica, una barra horizontal y negra, unía los dos lados de este corte: era el Viaducto . . .

. . . Entre el azul del cielo y el verde de los árboles alineábanse las más solemnes manifestaciones de su vida, sus más poderosas grandezas. La vivienda de los reyes en medio; a un lado, los cuarteles, . . . al opuesto, el templo suntuoso, que parecía aplastar con su grandeza las casuchas inmediatas . . . Nada faltaba: era la imagen completa de la nación; todo parecía haberse concentrado en esta cara monumental de la gran villa. 118

Monarquía, ejército y clero dominando el resto de la nación.

Después, su mirada se fijaba en la parte de acá del río.

Grandes tejados rotos, con anchas brechas por las que se colaba el aire y la lluvia. Eran caserones abandonados que servían de albergue a los miserables. Junto a ellos brillaban al sol las cubiertas de cinc herrumbroso y las latas viejas de las cabañas de los mendigos. El hormiguero de la miseria también estaba allí. También acampaban frente a esta cara de Madrid, que era la más hermosa, los vagabundos, los desheredados, los abortos de la sombra . . .<sup>119</sup>

La vida que podríamos llamar infra-social. Los barrios y grupos que no ve desde este punto los evoca en su imaginación:

Maltrana pensó en los traperos de Tetuán, en los obreros de los Cuatro Caminos y de Vallecas, en los mendigos y vagos de las Peñuelas y las Injurias, en los gitanos de las Cambroneiras, en los ladrilleros sin trabajo del barrio que tenía delante, en todos los infelices que la orgullosa urbe expelía de su seno y acampaban a sus puertas, haciendo una vida salvaje, subsistiendo con las artes y astucias del hombre primitivo, amontonándose en la promiscuidad de la miseria, procreando sobre el estiércol . . .<sup>120</sup>

En esta descripción nos da una vista de la capital combinada con los grupos que la integran, y vemos como a los distintos barrios corresponden distintas clases sociales. Es una síntesis de la capital, en la que el aspecto geográfico está integrado con el sociológico para formar una unidad compleja, pero señalando las partes componentes.

En La maja desnuda Renovalles va a los altos del Hipódromo donde está el palacio de la Exposición y desde allí ve un panorama característico del Madrid de principio de siglo, que tanto se ha modificado por efecto de las nuevas expansiones urbanas:

En el fondo, sobre las lomas con casitas rojas y álamos invernales, escuetos como escobas, marcaba el Guadarrama su limpieza luminosa sobre el espacio azul, su nevada crestería, sus enormes cimas que parecían de sal. Al lado opuesto aparecía, hundido en una grieta profunda del terreno, el caparazón de Madrid; los tejados negros, las torrecillas puntiagudas, todo esfumado en una neblina que daba a los edificios de último término el ligero azul de las montañas.<sup>121</sup>

Una vista similar puede contemplarse desde otros puntos. El fielato de Cuatro Caminos, en donde se inicia el capítulo I de La horda, que

tantos puntos de contacto tiene con el primero de Flor de Mayo, sirve de atalaya para ver esa parte de Madrid al amanecer:

La escuela protestante asomaba sobre las miserables casuchas su mole de ladrillo rojo . . . y en el fondo, sumido en una hondonada, Madrid envuelto en la bruma del despertar, con los tejados al ras del suelo y sobre ellos la roja torre de Santa Cruz con su blanca corona.<sup>122</sup>

Cuando el protagonista de La horda acompaña al Mosco en una de sus correrías nocturnas al Pardo contempla desde un montículo el espectáculo nocturno:

Al detenerse en una altura, volvió Maltrana la cabeza y vió flotando a sus espaldas, sobre los cerros negros, un velo rojo, un resplandor de lejano incendio, que coloreaba gran parte del horizonte. Era el vaho luminoso del Madrid invisible. Más acá esparciábanse, por la línea regular del horizonte, grupos apretados de luces o rosarios de llamas sueltas.<sup>123</sup>

El Mosco identifica estas luces como pertenecientes a barrios de la capital y pueblos limítrofes, otros más distantes, como Aravaca y Pozuelo de Alarcón, e incluso "lejos, muy lejos, donde sólo podían alcanzar sus ojos de buho, las luces de El Escorial."<sup>124</sup>

Esta visión la contempla de nuevo a su regreso y en ella ve Maltrana un símbolo de la vida moderna, de la desigualdad social implacable y sin entrañas.<sup>125</sup>

La vida de Maltrana desde que se une a su compañera es un descenso constante, hasta llegar a la más extrema miseria. Blasco nos lo muestra cambiando de domicilio en barrios cada vez más pobres hasta que encuentran refugio en las Cambroneras entre pordioseros, quincalleros y gitanos. Excepto este último barrio, no describe los demás y se limita a mencionarlos en distintas ocasiones en conexión con las personas que viven en ellos o que de alguna manera están relacionados, como los trapeeros, que van a las casas a recoger los desperdicios.

Desde el cuarto que Maltrana encontró en las Cambroneras se veía



este barrio y sus alrededores. Por una ventana se contemplaba el Manzanares y más allá las praderas pintadas por Goya, limitadas por cerros.

Por otra ventana veía el descampado de las Cambronerías, un gran espacio de tierra atravesada por un riachuelo, en el que lavaban sus guifapos las gitanas, flotando sobre la corriente trapos y pedazos de periódicos.

Enfrente abría un gran portalón dando entrada a una callejuela de guijarros flanqueada por dos hileras de casuchas. Unas eran de techo bajo; otras tenían en el primer piso una galería de madera, con escalerillas de tablones carcomidos, que crujían a la más leve presión como si fuesen a romperse.<sup>126</sup>

En Sangre y arena presenta la calle de Alcalá en un día de corrida:

Desde lo alto de la calle de Alcalá veíase la ancha vía en toda rectitud, blanca de sol, con filas de árboles que verdeaban al soplo de la primavera, los balcones negros de gentío y la calzada sólo visible a trechos bajo el hormigueo de la muchedumbre y el rodar de los coches descendiendo a la Cibeles.

En este punto elevábase otra vez la cuesta, entre arboledas y grandes edificios, y cerraba la perspectiva, como un arco triunfal, la puerta de Alcalá, destacando su perforada mole blanca sobre el espacio azul, en el que flotaban, cual cisnes solitarios, algunas vedijas de nubes.<sup>127</sup>

Nombra numerosas calles más, tanto céntricas como de extramuros.

Pero no da detalles ni las describe. Otro tanto podríamos decir de los mercados, si se exceptúa el Rastro, pero aun aquí se interesa más por los vendedores y la masa que lo visita que por sus elementos físicos. Son Maltrana y su compañera quienes nos llevan a él en seguida de haberse unido y desear adquirir una cama; y van por la Ribera de Curtidores con los puestos de los chamarileros tradicionales bajo toldos de lienzo blanco o de sacos oscuros, el rincón de las Américas, el corralón de las Nuevas Américas, la ronda de Embajadores, la estatua del héroe de Cascorro. Blasco describe con este motivo los puestos de géneros diversos, los pintorescos vendedores y la aglomeración de público. Las calles no tienen otro interés que albergar este mercado único.<sup>128</sup>

Los principales paseos, como la Castellana, Recoletos o el Prado, o parques como el Retiro o la Moncloa se mencionan por atravesarlos algu-

nos personajes de las novelas, pero no merecen mayor atención del autor. Únicamente se entretiene un poco más en la Moncloa cuando Renovales tiene la cita con la de Alberca. Mientras esperaba

vió la cordillera que limitaba el horizonte: los montes del Guadarrama, fantasmas de nieve, que se confundían con las masas de nubes. Más acá, los montes de El Pardo marcaban sus oscuras cúspides, negras de pinos, y a la izquierda, extendían las lomas de la Casa de Campo sus laderas, en las que comenzaba a verdear, con tonos amarillentos, la vegetación primaveral.

A sus pies esparciáanse los campos de la Moncloa, los jardincillos de arcaica construcción, la arboleda de los Viveros orlando el curso del río. Por los caminos de abajo pasaban coches de lujo, reflejando el sol en su charolada superficie como una bola de fuego. Las praderas, el follaje de los bosques, todo parecía lavado y brillante después de la reciente mojadura.<sup>129</sup>

Se inicia La maja desnuda con la visita del protagonista al Museo del Prado, "aquel palacio de amplias escalinatas, blancas columnas y estatuas de bronce y alabastro, solemne panteón del arte . . ."<sup>130</sup> No es que vaya a estudiar nada, sino en cumplimiento de la promesa que hizo a Tekli, el pintor húngaro que copiaba Las meninas. Con este motivo nos describe el interior del Museo, su emplazamiento y alrededores y el aspecto exterior:

El maestro Renovales detúvose unos instantes al pie de la escalinata. Contemplaba con cierta emoción . . . la hondonada que da acceso al palacio, con sus declives de césped fresco adornados a trechos por débiles arbolillos. En lo alto de estos desmontes, la antigua iglesia de los Jerónimos, de gótica mampostería, marcaba sobre el espacio azul sus torres gemelas y sus arcadas ruinosas. El invernal ramaje del Retiro servía de fondo a la blanca masa del caserón.<sup>131</sup>

Blasco no llegó nunca a ingresar en la Academia. Tampoco mostró el menor deseo de pertenecer. Al describir los edificios vecinos al Museo parece darnos su propia actitud hacia esta institución a través de Renovales:

Después se fijó en un edificio de muros rojos y portada de pie-

dra que cerraba el espacio pretenciosamente, en primer término, al borde de la pendiente verdosa. ¡Puaf! ¡La Academia! Y el gesto despreciativo del artista encerró en una misma repugnancia la Academia de la Lengua y las demás Academias; la pintura, la literatura, todas las manifestaciones del pensamiento, amojamadas y agarrotadas, con una inmortalidad de momia, en los vendajes de la tradición, las reglas y el respeto a los precedentes.<sup>132</sup>

Se mencionan otros edificios en distintas novelas--Biblioteca Nacional, Universidad Central, Ateneo, Ministerio de Hacienda, etc.--pero no se describen ni parecen tener intervención en los caracteres ni en la acción, excepto la plaza de toros, que visita Gallardo: "El circo de ladrillos rojos, con sus ventanales arábigos, destacábase aislado sobre un fondo de lomas verdeantes. En último término de este paisaje amplio y monótono blanqueaba sobre el declive de una loma algo semejante a un rebaño lejano. Era un cementerio."<sup>133</sup> Parece ser un presagio de lo que le ocurrirá. También sirve para determinar en los últimos párrafos que cierran Sangre y arena, cuando muere el espada, quién es la verdadera fiera en la llamada fiesta nacional.

Así como don Eugenio García de Arroz y tartana nos cuenta las transformaciones de la plaza del Mercado de Valencia, en La horda hay un personaje que nos dice las de Madrid, que representa el enlace del pasado con el presente. Es Zaratustra, cuando dice:

Yo he visto mucho; he visto al señor de Bravo Murillo traer las aguas a Madrid y saltar el Lozoya por primera vez en la antigua taza de la Puerta del Sol; he visto cómo la villa ha ido poco a poco ensanchándose y dándonos con el pie a los pobres para que nos fuéramos más lejos. Este fielato lo he visto en lo que es hoy Glorieta de Bilbao. Donde yo tuve mi primera barraca hay ahora un gran café. Todo eran desmontes, cuevas para gente mala; a Dios le quitaban la capa así que cerraba la noche; y ahora anda uno por allí, y todo son calles y más calles, y luz eléctrica, y adoquines, y asfaltos, donde estos ojos pecadores vieron correr conejos. . . Los antiguos cementerios han quedado dentro; los pobres que vivimos cerca de ellos vamos en retirada, y acabaremos por acampar más allá de Fuencarral.

Vemos a Madrid en las distintas estaciones relacionado con los períodos de la vida de los protagonistas de La horda. En la primavera las cercañas de Madrid se hermocean, los cerros se cubren de verde y las lilas y las flores de los almendros se abren mostrando sus delicados colores. "El campo parecía embellecerse para ocultar en sus espesuras las caricias del amor, para arrullar a las parejas con los perfumes y cantos de su vida exuberante."<sup>135</sup> Es el principio de los amores de Isidro y Felis.

En el verano salen de Madrid todos los que pueden. La pareja ya se ha unido y empiezan a notar las dificultades de la vida. Las casas resultan muy incómodas: "La calle, como dilatada por el calor, introduciáse por todos los huecos, haciendo llegar sus hedores y ruidos a los extremos más recónditos de las casas."<sup>136</sup> El no encontrar trabajo ni ayuda y el aumento de los parásitos por el calor les hace darse cuenta de lo mísero de su situación.

El cambio de Isidro y Feli a las Cambroneras tuvo lugar bien entrado el otoño. Con la vuelta de los veraneantes se hizo más desesperada su situación al fallarles las esperanzas que tenían en el retorno de éstos. Su situación se va agravando, hasta llegar al desenlace en la estación siguiente. Vió dentro de Madrid, con la primera nevada,

. . . las calles desiertas, sin carruajes, sin tranvías, todo igualado, arroyos y aceras, por aquella capa blanca, como si hubiese llovido sal.

. . . en Madrid todo era invisible, como si el frío endureciese las conciencias, como si la paralización de la vida aislase a los hombres en su egoísta bienestar.<sup>137</sup>

Esta impresión de soledad influye en su ánimo: "Toda la nieve que abarcaban sus ojos la llevaba en el alma."<sup>138</sup>

El nacimiento de su hijo y la muerte de su compañera marcan el punto culminante de su desgracia. La suerte vuelve a sonreírle y ve un futuro

esperanzador en su hijo que, con su ayuda, llegará a donde él no pudo.<sup>139</sup>

#### b. Toledo

Toledo históricamente es más importante que Madrid. Aun hoy es la capital religiosa de España, residencia del Arzobispo Primado. Blasco mostró en sus obras a lo largo de su carrera literaria gran preocupación por las cuestiones religiosas. Elige como centro principal de la acción de La catedral, una de sus fuertes novelas de tesis, más que la ciudad en general, este soberbio edificio gótico, y lo mismo que hizo Galdós en La de Bringas con el palacio real, lo trata como una población aparte dentro de la ciudad mayor.

Su interés se localiza en la Primada, símbolo religioso de toda la nación. Sin embargo, nos da vistas que sirven como de enlace entre este edificio y el resto de la población.

Cuando Gabriel Luna busca refugio en el apartamento de su hermano en las Claverías, al regresar enfermo acosado y expulsado de todas partes, tiene el deseo de contemplar la ciudad por última vez desde lo alto del campanario:

La ciudad esparcía sus techumbres en torno de la catedral. Las casas desaparecían entre el oleaje de torres, cúpulas y ábsides. Era imposible volver la vista a punto alguno sin tropezar con parroquias, iglesias, conventos y antiguos hospitales. La religión había absorbido al Toledo industrial de otros siglos, y aún guardaba bajo su caparazón de piedras a la ciudad muerta.<sup>140</sup>

Desde allí se vislumbra el otro edificio que domina la ciudad:

Enfrente, sobre una colina, alzabase el Alcázar, más alto y enorme que el templo, como si guardase el espíritu del emperador que lo construyó, César del catolicismo, campeón de la fe, pero que ansiaba tener la iglesia a sus pies.<sup>141</sup>

En el que Blasco ve una expresión simbólica de la personalidad y carácter

de Carlos V.

En las páginas iniciales de esta novela se describe esta sobresaliente catedral,

la iglesia madre española, ahogada por el oleaje de apretados edificios que la rodean y parecen caer sobre sus flancos, adhiriéndose a ellos, sin dejarle mostrar sus galas exteriores más que en el reducido espacio de las callejuelas que la oprimen.<sup>142</sup>

La compara con otras catedrales famosas, y la relaciona con otros edificios circundantes. La claridad del alba

se esparcía con mayor libertad en la plazuela del Ayuntamiento, sacando de la penumbra la vulgar fachada del palacio del arzobispo y las dos torres encaperuzadas de pizarra negra de la casa municipal, sombría construcción de la época de Carlos V.

.....  
La plazuela del Ayuntamiento era el único desgarrón que permitía al cristiano monumento respirar su grandeza. En este pequeño espacio de cielo libre mostraba a la luz del alba los tres arcos ojivales de su fachada principal y la torre de las campanas, de enorme robustez y salientes aristas, rematada por la montera del alcuzón, especie de tierra negra con tres coronas, que se perdía en el crepúsculo invernal nebuloso y plomizo.<sup>143</sup>

En estas páginas primeras se da una descripción muy detallada de esta catedral, con las partes de que consta, sus puertas y demás elementos, así como de las modalidades de los estilos arquitectónicos marcando los distintos períodos de su construcción.

Para la fiesta de Corpus se ilumina el edificio municipal. "El palacio del Ayuntamiento estaba adornado con guirnaldas de luces, que reverberaban sobre la fachada de la catedral, dando a la piedra un resplandor rojizo de incendio."<sup>144</sup>

Edificada la ciudad en una loma, y oprimida por el cinturón del Tajo, sus calles empedradas son tortuosas y estrechas, verdaderas callejuelas, que recorre Luna al llevar la carroza en la procesión. La plaza de Zocodover y el Miradero son el paseo predilecto de los cadetes y las muchachas.<sup>145</sup>

Esta impresión de una ciudad llena de recuerdos históricos, de callejuelas en pendiente, con su catedral y plaza de Zocodover, se repite cuando veinte años después escribe La Reina Calafia.<sup>146</sup>

#### Comentarios

En Los muertos mandan emplea Blasco una técnica parecida a la usada en las novelas valencianas al presentar aspectos geográficos. Situado en un punto estratégico desde el que se domina convenientemente lo que quiere presentar, da una descripción colorista y bastante detallada de lo que ve. Da el aspecto superficial o externo, destacando lo más interesante o que mejor caracteriza lo que describe. Si comparamos las descripciones del puerto de Valencia y la de Palma con su puerto y alrededores<sup>147</sup> veremos que el procedimiento es el mismo y cómo quedan trazados con rasgos vigorosos lo más notable y característico de ambos lugares.

Sin embargo, al tratar Valencia en Arroz y tartana o Flor de Mayo, se ve la minuciosidad con que lo hace. Presenta todo tipo de calles dando el nombre de la mayoría, su aspecto, características sobresalientes, situación y ambiente, mientras que al tratar de Palma sólo presenta el Borne, con sus numerosos cafés, y la de la Platería, con las tiendas de los chuetas, pero excepto que la primera es el centro de Palma, ni las localiza ni las describe ni da casi ningún detalle de ellas.

Algo análogo ocurre con los edificios, pues a las prolijas descripciones de Arroz y tartana siguen en Los muertos mandan unas referencias muy superficiales a conocidos edificios, como la Catedral, la Lonja, el Palacio Arzobispal o la Torre de Bellver. Lo mismo puede decirse cuando trata de Ibiza, bien sea la capital o alguno de los municipios. Las referencias a éstos son exactas, pero muy someras.

En el antiguo caserón-palacio de los Febrers, y el que forma calle con él, así como el que habita la papisa Juana, parece resumir los numerosos de su clase que hay en Palma.

Tampoco da a conocer plazas ni paseos, y son rarísimos los barrios que nombra.

Sin embargo, estas ciudades se evocan con tal maestría que los pocos rasgos trazados sirven para dar la impresión del ambiente. La diferencia con Valencia está en que la ciudad levantina se presenta con mucho detalle, y el lector parece deambular por sus calles, plazas o paseos. Es como si se mezclase con los personajes, codeándose con ellos, compartiendo sus impresiones, mientras que en las Baleares el fondo es más vago, más difuminado, si bien sugiere el ambiente en el que se mueven los personajes, pero el lector queda como espectador, sin tener la impresión de que participa en lo que le muestra el autor.

En la forma de tratar el paisaje encontramos las mismas diferencias que al tratar la ciudad, pero dentro de la misma técnica general.

En las dos regiones se sitúa en lugares adecuados, generalmente alturas o montículos desde donde se abarca la campiña. Usa de todos los resortes para impresionar los sentidos. El colorido es espléndido, las descripciones son magistrales, pero es evidente que conoce y siente más la región valenciana que la balear. Al describir la primera se regodea en los detalles, parece que disfrute con las analogías y símiles, presenta los mismos lugares desde distintos puntos de vista, diferentes ángulos y diversas épocas, estaciones o momentos. Muchas de las zonas valencianas intervienen en las novelas, son parte del argumento, como la Albufera en Cañas y barro, la Huerta de La barraca, el mar en Flor de Mayo o los naranjales de Alcira de Entre naranjos. Es el período de mayor in-



fluencia naturalista, que irá desvaneciéndose a medida que transcurra el tiempo y pase a otros temas y regiones.

Las descripciones del campo de Mallorca, de Sóller, de Valldemosa o del cuartón de San José de Ibiza, donde está Can Mallorquí, llevan el sello de Blasco, pero les falta el sentimiento que tienen las descripciones desde la montañeta del Salvador de Alcira o desde los Silos de Burjasot. Hay gran maestría en ambas, pero difieren en el grado de emoción. Y esto considerando que las Baleares y Valencia están muy próximas en todos sentidos.

El brazo de mar comprendido entre las Baleares, especialmente la isla de Ibiza, y el golfo de Valencia, particularmente los cabos que se forman alrededor del Mongó, forma el canal de Ibiza, y la naturaleza similar de los dos lados del canal queda reflejada en las descripciones de estos parajes, que vienen a ser una continuación interrumpida por el mar. Basta comparar lo que dice Blasco de la costa Suroeste de Ibiza<sup>148</sup> con lo que dijo de la extremidad Sur del golfo.<sup>149</sup> Cuanto nos dice es exacto, si se exceptúa el emplazamiento de la torre del Pirata, que sitúa unos centenares de metros del lugar donde realmente se encuentra, pero conservando el mismo aspecto tanto la torre como el acantilado donde se eleva. Esta inexactitud puede corresponder a la que comete al situar la fuente de la Reina al frente de la alquería, cuando en realidad se encuentra en la parte posterior. Blasco conocía demasiado bien estos parajes para que esta alteración sea debida a error. La mejor explicación de sus motivos es suponer que tal vez lo hiciera para mejorar las escenas artísticamente.

Lo que ha hecho antes con la región valenciana lo repite ahora al presentar no sólo el pasado y el presente de las islas, usando nombres empleados en otros tiempos, como el de Pytiusas, dado este último por los

griegos al formado por Ibiza, Formentera e islotes adyacentes, sino el futuro, que está representado por la pareja Jaime-Margalida, que parecen romper con el pasado para seguir resueltamente hacia un prometedor porvenir.

En El Papa del Mar, Blasco usa la técnica de presentar el pasado ligado al presente por una pareja que sirve para evocarlo. Rosaura atraviesa la zona costera del Este en pos de Borja y ocasionalmente menciona Blasco a Barcelona, Tarragona y Tortosa, y, sin entrar en detalles ni casi pararse, hace una rápida referencia al pasado de esta región.

En Mare Nostrum hace a Barcelona el centro de las actividades germanas en España durante la primera guerra mundial, y el puerto donde con frecuencia va Ulises Ferragut con su barco, y para ello hace catalana a Cinta, su esposa, y a sus familiares maternos, pero excepto por esto, parece no interesarle más ni la ciudad condal ni Cataluña.

Con Sangre y arena Blasco ha ampliado la esfera de sus novelas y del localismo valenciano ha pasado a temas y ambientes más amplios. De regional se ha convertido en nacional y elige como tema la fiesta de los toros.

Como su interés se cifra en este típico espectáculo, pierde para él importancia la geografía, por lo que no deben sorprendernos las escasas referencias a Sevilla, sus calles, plazas y barrios, y sus alrededores. Los pueblos que cita--Aznacóllar, Bollullos, Mairena,<sup>150</sup> El Garrobo, Lora, El Pedroso, Tocina<sup>151</sup> y Lebrija--<sup>152</sup> tienen relación con aspectos de los toros.

Lo mismo que en La víctima de la fiesta, de Zuloaga, el interés está en el caballo y el picador, sirviéndole de fondo en la lejanía la plaza de toros, en Blasco el tema central es la fiesta nacional que sitúa en

Sevilla y sus alrededores y en Madrid, principalmente, y los lugares de Sevilla que nombra son como un telón de fondo muy difuminado de propósito para que destaquen sobre él los componentes de la fiesta, que puede seguirse con los menores detalles desde la cría de los toros, las tientas y capeas, su selección, transporte a las plazas y lidia, con todo lo relacionado con ello.

Igual puede decirse de Jerez de la Frontera y alrededores, centro de la acción de La bodega, en donde Blasco aborda el problema social de los trabajadores andaluces y el latifundismo.

Preocupado por este problema y por el de la función social de la propiedad, Blasco pone de relieve la improductividad de tierras fértiles en contraste con la riqueza de otros tiempos representada por los "alcázares moriscos" y apunta como solución el sistema de Leyante, donde las vegas "siempre verdes. pobladas como ciudades, viéndose desde cada pueblo los campanarios de otros lugares vecinos; teniendo cada campo su vivienda rústica, y en ella una familia tranquila y bien alimentada... ."153

En Vizcaya se encuentra el centro siderúrgico más importante de España, localizado en Bilbao y la zona adyacente de Las Encartaciones, en donde no sólo se beneficia el mineral sino que se transforma en los potentes altos hornos. Esto atrae una enorme población obrera desde zonas más pobres de España. Por otra parte, en Vizcaya hay tres centros religiosos de primera magnitud: Loyola, cuna de San Ignacio, cerca de Azpeitia; la Universidad de Deusto y el Santuario de Begoña, en los alrededores de Bilbao, y en la actualidad agregados a la capital.

El tema fundamental de El intruso es un problema religioso-social y esto explica la elección de Vizcaya como escenario de esta novela. Aunque nombra muchos pueblos sólo describe a Gallarta, síntesis o representa-

ción de los pueblos nacidos por las exigencias de la nueva fuente de riqueza--minería y metalurgia--en donde se localiza el aspecto social de la novela, y los otros tres puntos acabados de mencionar, por su significación religiosa.

La técnica empleada en esta novela es parecida a la de Los muertos mandan. Elige alturas estratégicas para darnos desde ellas vistas y aspectos de poblaciones y comarcas. Al contemplar el presente hace referencias al pasado, lo que sirve para caracterizar mejor a las poblaciones, como Bilbao, al contrastar los barrios antiguos con los modernos, o las zonas, como Las Encartaciones o Somorrostro, que junto al presente, con sus barrenos, evoca el pasado con sus luchas, cuando algún personaje--Aresti--con sus meditaciones los enlaza y nos permite comprender mejor la situación económica y social, e interpretar los acontecimientos y la psicología regionales. El futuro ofrece dos posibilidades: una es el triunfo de los ideales representados por Deusto,<sup>154</sup> y la otra la representan las meditaciones y esperanzas de Aresti que cierran la novela, que veía a la Humanidad adorar "las dos únicas divinidades de la nueva religión: la Ciencia y la Justicia social."<sup>155</sup>

Aquí de nuevo es notable la exactitud de lo que presenta. Tanto Bilbao como los demás pueblos que menciona son como Blasco los ve y están donde él dice. Lo mismo ocurre con la ría, el mar, los montes y cuantos accidentes geográficos incluye.

Pero Blasco hace mucho más que presentar con exactitud los componentes geográficos de la región. La selección que hace de los mismos es muy acertada para sus propósitos, destacando debida y exactamente aspectos regionales con la elección de las zonas mineras y los santuarios. El de Begofía sirve para explicar el choque de las fuerzas social e ideológicamen-

te antagónicas del final de la novela. También sirve para que a través de uno de los personajes--Goicoechea--se explique la psicología de un gran sector de la población y su evolución para adaptarse a los tiempos modernos y aprovecharse de ellos.

El santuario de Loyola sirve para presentar la última etapa de la trayectoria espiritual de un personaje destacado, Sánchez Morueta, en quien polariza a los magnates surgidos con las nuevas condiciones económicas, y su conversión en verdaderos esclavos abúlicos.

Es el escenario lógico y artístico que se combina sabiamente con los personajes para formar un conjunto armónico, pero no toma parte directa en el argumento, no influye en el desenlace, ni modifica la acción ni es un protagonista, como ocurría con la Albufera, la Huerta de Valencia, los naranjales de Alcira o el mar de Flor de Mayo.

Al pasar a la parte central de España destaca de nuevo la escasez de datos geográficos si se compara con los que se encuentran en las obras valencianas. Hay algunas referencias al Guadarrama, que algunas veces sirve de fondo y limita la visión del paisaje que se distingue desde Madrid. Con la viuda de Douglas--Conchita--y sus compañeras nos lleva allí, pero la descripción es muy somera, aunque exacta.

De la capital de España le interesan en La horda los aspectos que apoyan su tesis y muestran la desigualdad entre los poderosos y los miserables, y en sus edificios ve un símbolo y representación de las clases que lo habitan. Contrasta la monarquía, representada por el palacio real, el militarismo, por los cuarteles de la colina adyacente del Príncipe Pío, y el clero, por el seminario y la cúpula de San Francisco el Grande, con los míseros tugurios de los desheredados que vegetan en los alrededores de la villa malnutriéndose de sus despojos.

Como está más interesado en estos últimos, menciona y describe los barrios que habitan con más extensión que los demás. Siempre que menciona alguna sección de Madrid la relaciona con la gente que la ocupa, como el famoso Rastro y sus alrededores.

Casi siempre que se refiere a calles o paseos, son parte del itinerario de alguna persona o clase social, como la Castellana o Recoletos, y no les concede mayor importancia. Si no fuera porque los nombra no sabríamos identificarlos. Pero si da algún detalle, como de la calle de Alcalá en un día de toros, lo que dice corresponde exactamente a la realidad. Las calles que nombra en itinerarios de algunos personajes están donde él dice y en el mismo orden que las menciona. Las descripciones de los edificios como el Museo del Prado, así como su emplazamiento, son exactos y se mencionan lógicamente relacionados con personajes de la novela, como este último edificio visitado por Renovales, y a través de los mismos vemos muchas veces las reacciones y las palabras del autor.

La vista de las partes integrantes de la ciudad así como los alrededores y la conexión entre ambos dan la impresión de ser vistos por un residente habitual, que presta escasa atención a lo que le rodea pero que al mencionar algo se aprecia inmediatamente que lo conoce, y da por supuesto que lo mismo le ocurre al lector, por lo que en la mayoría de los casos huelgan las descripciones. Se entretiene en éstas cuando el edificio o el paraje lo merecen especialmente, bien por su relación con el tema o con algún personaje--barrios de los traperos, Cambroneras, etc. de La herda, el Museo del Prado en La maja desnuda, etc.

En La catedral sigue en la técnica los pasos de Galdós, y fija la acción en un solo edificio. Lo mismo que hace Pérez Galdós con los altos de Palacio en La de Bringas, Blasco presenta la sección de la Catedral

llamada las Claverías como un pueblo, en el que incluso menciona a un personaje con funciones como de alcalde--Vara de Plata.

No se limita a citar o describir los pocos edificios que elige, sino que los usa para ayudar a comprender o interpretar alguna persona o institución, como el emplazamiento relativo del Alcázar y la Catedral, símbolo del espíritu del César que construyó el primero, que siendo paladín del catolicismo quería ver a la Iglesia a sus pies. O la Catedral toledana, símbolo de la religión en España.

Los pocos elementos que nos presenta son bastante para dar el ambiente local deseado, pero ni las comarcas ni las poblaciones o edificios tienen influencia alguna en el desarrollo de la acción, en el desenlace o en los personajes, y en este sentido son irrelevantes y sólo sirven para localizar y dar el ambiente.

## V. COSTUMBRES VALENCIANAS

### A. FIESTAS

Para el conocimiento de las regiones españolas es esencial el estudio de sus costumbres, que sirven para diferenciarlas y poner de relieve sus peculiaridades psicológicas. Las regiones españolas se presentan con un carácter y unos rasgos fuertemente acusados, que se manifiestan no sólo en el paisaje y en el lenguaje, sino también en las costumbres, tan diversas en sus distintas secciones.

Un aspecto destacado de las costumbres son las fiestas, que tratamos según la clasificación esbozada en la INTRODUCCIÓN.<sup>1</sup>

#### 1. Naturales o primitivas

##### a. Míticas

Entre las míticas, primer grupo de las fiestas naturales o primitivas, destaca la rogativa o procesión de Entre naranjos de Alcira. Debido a las primeras lluvias invernales el río Júcar empieza a crecer y sus aguas suben lenta pero continuamente. A pesar del peligro que esto supone para la ciudad, los vecinos no van más allá de una alarmada curiosidad. Ha ocurrido otras veces, nunca se llevó la población y esperan que esta vez sea lo mismo. La ciudad, por su animación, parece estar de fiesta. Los menos confiados son los habitantes de las casas inmediatas al río, que siguen con mirada ansiosa el curso del río. Después de dos días de incesante diluvio las aguas empiezan a inundar las casas de las calles bajas y por la noche la gente de los arrabales pierde la calma burlona de que ha hecho alarde durante el día.

Dominada del pavor de lo sobrenatural busca una protección bastante



fuerte para que ataje el peligro. Y vuelven sus ojos hacia el pare San Bernat, glorioso patrón de Alcira. Nadie puede arreglar aquello como él. Hay que ir al Ayuntamiento para que autoricen la salida del santo. En un momento se forma un verdadero ejército, que aumenta en cada bocacalle. "Iban todos al Ayuntamiento, furiosos y amenazantes, como si solicitaran algo que podían negarles, y entre la muchedumbre veíanse escopetas, viejos trabucos y antiguas pistolas de arzón, enormes como arcabuces. Parecía que iban a matar al río."<sup>2</sup> Llegados allí, exponen lo que querían: "el único remedio, la salvación: llevar al santo omnipotente a la orilla del río para que le metiera miedo con su presencia; lo que venían haciendo siglos y siglos sus ascendientes, gracias a lo cual aun existía la ciudad."<sup>3</sup> Y no importa que algunos incrédulos sugieran que se desalojen las casas cercanas al río. Las protestas ahogan esta expresión de sensatez.

Autorizada la salida del santo, van en busca del cura párroco, bondadoso y un tanto socarrón, pero que siempre se resistía a lo que él llamaba "una mojiganga tradicional." Como no se deja convencer "la muchedumbre, inquieta por la tardanza, gritaba contra el cura. Era una escena extraña ver al hombre de la Iglesia protestando en nombre del buen sentido, pretendiendo luchar contra las preocupaciones amontonadas por varios siglos de fanatismo."<sup>4</sup> Por fin tiene que acceder ante la presión general.

Se organiza la procesión y al grito de "¡Vítol el pare San Bernat!" y "¡Vítol les chermanetes!" salen las imágenes de la iglesia, saludadas por la descarga de todas las armas de fuego que lleva la muchedumbre "gesticulante y ronca, enardecida por el excitante humo."<sup>5</sup> Al son de la música, seguida de las autoridades y bajo la lluvia la imagen va recorriendo las calles, acompañada de dolorosas exclamaciones de súplica: "¡Salveumos, pare San Bernat!...¡Salveumos!..."<sup>6</sup> Desciende por las callejuelas

inundadas convertidas en barrancos, adentrándose cada vez más en el río sostenida por robustos gañanes. "Era una confusa maraña de brazos nervudos y desnudos saliendo del agua para sostener al santo; un pólipo humano que parecía flotar en la roja corriente sosteniendo la imagen sobre sus lomos."<sup>7</sup> Después de repetir esta operación en varias callejuelas, cesa de llover repentinamente, lo que se atribuye a la milagrosa intercesión del santo y origina la natural explosión de entusiasmo.

Ya se han hecho resaltar las características de Alcira determinadas por su emplazamiento geográfico y su relación con el río, que le ocasiona periódicas zozobras.<sup>8</sup> Las inundaciones son accidentes usuales en la vida de la población que Blasco ha incorporado como un capítulo destacado de su novela de la Ribera. Un episodio importante de las inundaciones es la rogativa a su santo patrono para que les socorra en momentos de gran tribulación.

Así como la inundación se integra con gran maestría en la novela, formando parte significativa del argumento e influyendo es éste y en los personajes, y dándolos a conocer mejor, las rogativas son un elemento valioso de la inundación usado con mucha habilidad.

Muestra una costumbre tradicional, "lo que venían haciendo siglos y siglos sus ascendientes," y las creencias de la masa que no sólo son fanáticas sino que tienen bastante de superstición. En contraste con la actitud general se pone al cura representando el buen sentido, y a una minoría que la gente considera de descreídos. Hay indudablemente exageración en la forma de presentar la rogativa. No creemos que ni Blasco ni nadie haya visto por la calle al principio del invierno y bajo una lluvia torrencial a los hombres "desnudos, sin otra concesión al pudor que la faja, esa prenda que jamás se despega de la piel del labriego."<sup>9</sup> Tal vez con

esta exageración quiera mostrar la obsesión de la gente con el santo que les hace desentenderse de todo lo demás. En esta escena, con fina ironía se combate la superstición contrastando personas y actitudes.

Se aprecia el profundo conocimiento que Blasco tiene de las muchedumbres y su pericia al presentarlas. Se siguen sus reacciones psicológicas y cómo, sin transición, se pasa de un estado anímico al opuesto. Cómo de la alegre confianza, que hace aparecer a la ciudad como de fiesta, se cae en el pánico colectivo iniciado en los arrabales al caer la noche y que produce ese estado próximo a la histeria.

En esta fiesta se ve uno de los rasgos psicológicos diferenciales de esta región, el ruido, en contraste con las del Norte, la luz. Al aparecer la imagen del santo la multitud lanzó un rugido y la música rompió a tocar:

    Pero la música y las aclamaciones quedaron ahogadas por un estrépito horripilante, como si la isla se abriera en mil pedazos, arrastrando la ciudad al centro de la tierra. La plaza se llenó de relámpagos. Era una verdadera batalla: descargas cerradas, arcabuzazos sueltos, tiros que parecían cañonazos. Todas las armas del vecindario saludaban la salida del santo. Los viejos trabucos, cargados hasta la boca, tronaban con fogonazos que quitaban la vista, chamuscando a los más cercanos; disparábanse los pistolones de arzón entre las piernas de los fieles; repetían sus secas detonaciones las escopetas de fabricación moderna . . . 10

A este grupo de las míticas pertenecen fiestas que se celebran en algunos puntos de la región, como las hogueras de San Juan, de Alicante, pero no aparecen en las novelas o cuentos de nuestro autor, quien indudablemente ha preferido las fallas, fiestas también de fuego, pero más peculiares valencianas, que tratamos en otro lugar por tener un carácter predominante de crítica.

## b. Estacionales

Se pueden considerar las ferias de julio y de Navidad como una adaptación de las fiestas estacionales, aunque aquélla sea un medio utilizado por los comerciantes de la ciudad de Valencia para retrasar la salida de los veraneantes, que se ausentarían antes de esta fecha, probablemente al principio del verano.

A la feria de Navidad, que se celebra en el solsticio de invierno, se dedica un breve párrafo en Cañas y barro. A ella van las mujeres del Palmar, desafiando el frío, a comprar regalos para la chiquillería, que espera impaciente los caballitos de cartón, los sables de hojalata, los tambores y trompetas. También se hacen compras de mayor importancia con vistas a las fiestas patronales de la isla.<sup>11</sup>

La de julio es mucho más importante. Con su estilo pictórico, Blasco la describe con detalle. En sus preliminares muestra la preocupación de las familias de la clase media, representadas por la de doña Manuela, por los trajes que se han de estrenar con esta ocasión, y en la indumentaria para asistir a las corridas de toros: trajes de manola, rosa o azul, con mantilla de blanca blonda, las muchachas, y vestidos oscuros de seda con costosas mantillas de negra blonda las mamás.

El día de la primera corrida la atmósfera parecía cargada de un ambiente extraño de locura y brutalidad. La ciudad parecía invadida por gente de la huerta y de los pueblos, bien con pantalones de pana y mantas multicolores, o con vestidos de paño negro y fino propio de los tipos socarrones de la Ribera, la chaqueta al hombro, dejando al descubierto la blanca manga de la camisa, y en la mano un bastoncillo delgado. Blasco aprovecha la ocasión para describir varios cuadros populares, dignos de su paisano Sorolla.

La actitud bulliciosa del gentío al dirigirse a la plaza difiere de la salida del festejo, "lenta, desmayada, contrastando con la llegada, ruidosa como una invasión. . . Los únicos que mantenían la algazara de la fiesta eran los que, tostados y sudorosos, salían por las puertas del sol golpeándose amigablemente con las arrugadas botas y las vacías calabazas, dando a entender a gritos que el contenido de aquéllas se hallaba en lugar seguro y servía para algo."<sup>12</sup>

La vista de la plaza es otro cuadro lleno de color, en el que se distinguen las secciones de sombra, con una nota predominante blanca por los sombreros, rota por algunas capotas cargadas de flores o relucientes peinados, destacándose sobre los pañolones de Manila; y la de sol, ocupada por la demagogia de la fiesta, el elemento ruidoso:

Era un mosaico animado, en el que entraban todos los colores, y que al agitarse variaba de composición. Las tintas rabiosas de los trajes de la huerta, las blancas manchas de los grupos en mangas de camisa, los pantalones rojos de los soldados, los enormes quitasoles de seda granate, que parecían robados de una antigua sacristía; los gigantescos abanicos de papel, moviéndose con incesante aleteo; las botas de vino, que a cada instante se alzaban oblicuamente sobre las cabezas; los gritos, las protestas porque se hacía tarde, todo daba a aquella parte de la plaza un aspecto de locura orgiástica, de brutalidad jocosa.

. . . por los tendidos, haciendo prodigios de equilibrio, filtrándose por entre el compacto gentío, avanzaban los vendedores de gaseosas con el cajón al hombro, pregonando la limonada y la cerveza, y los tramusers, con un capazo a la espalda, llenando de altramuces y cacahuetes los pañuelos que les arrojaban desde las nayas, devolviéndolos a tan prodigiosa altura con la fuerza de un proyectil.<sup>13</sup>

Las de Pajares reflejan la actitud general hacia las corridas. Les gusta la música, la salida de la cuadrilla, pero se aburren en la lidia propiamente dicha, pues pocas veces la faena de los toreros despierta el entusiasmo general, y no les place la parte brutal del espectáculo. El autor se hace la pregunta "¿A qué iban allí?" y él mismo la contesta: "A lo que van todas: a ver y ser vistas, a lucirse un rato a cam-

bio de palidecer de emoción y lanzar angustiosos gritos cuando la cornuda cabeza bufa en la misma espalda del torero fugitivo."<sup>14</sup>

Además de pintar estos cuadros de la vida popular y de presentar costumbres tan típicas como arraigadas, Blasco usa este espectáculo para mostrarnos el calibre moral de los protagonistas de Arroz y tartana, su falta de escrúpulos, al presentar en el mismo palco al señor Cuadros entre las dos mujeres: "A un lado tenía a Teresa, tranquila y sin sentir la menor sospecha de infidelidad, y al otro, a doña Manuela . . . No se podía pedir más felicidad. Cumplía con la conciencia y con el placer. A un lado, la esposa legítima; al otro, doña Manuela, la satisfacción de la carne, el alimento de su vanidad."<sup>15</sup>

Ocho años después describirá una escena parecida en Cañas y barro al colocar a Neleta entre los dos hombres: "Cuando cenaba, teniendo a un lado a Cañamel y al otro al Cubano, todos tranquilos y satisfechos en la santa paz de la familia, se consideraba la más dichosa de las mujeres y alababa la bondad de Dios, que permite vivir felices a las buenas personas."<sup>16</sup>

Esta conducta no puede quedar sin castigo, y se elige la salida del espectáculo taurino como momento más efectivo por el contraste dramático para iniciar la ruina del señor Cuadros. En el momento culminate de su felicidad, cuando todo le sonríe y tiene lo que quiere en todos los órdenes, recibe el telegrama que significa el principio de su perdición. Este incidente tiene mayor interés novelístico y Blasco lo prefiere al desfile que sigue a la corrida.

Ya se han visto distintos aspectos de la Alameda, escenario principal de la feria de julio.<sup>17</sup> Siguiendo a Juanito se atraviesa ésta en toda su longitud por la noche, se ven los grupos que integran el gen-

tío y su aspecto, en qué consisten las principales diversiones y quiénes participan en ellas, cómo al llegar a cierto punto la multitud se divide según la clase social a que pertenece. Juanito presencia desde El Plantío el final de la feria, que termina con fuegos artificiales y una traca monumental:

Toda la feria adquiría un aspecto fantástico alumbrada por las bengalas, que tan pronto la coloreaban de alegre rosa como daban a las personas un tinte lívido.

Un rugido de entusiasmo saludó el principio de la traca, diversión favorita de un pueblo que ha heredado de los moros la afición a correr la pólvora. Pendiente de los árboles daba la vuelta al largo paseo aquella envoltura de papel rellena de pólvora, colgando a trechos los blancos cucuruchos que contenían los truenos.

Durante media hora repitió el eco aquel estruendo de batalla. . . y al final, cuando estallaba el trueno gordo, haciendo temblar el suelo de la feria, la gente menuda prorrumpía en estruendosa aclamación, despertando de la pesadilla belicosa. . .<sup>18</sup>

De nuevo se destaca el carácter ruidoso de las fiestas levantinas, su afición a la pólvora que el autor atribuye a herencia árabe. Es patético el contraste entre la alegría bulliciosa que envuelve a Juanito y su desolación interior.

### c. Agrícolas o ganaderas

En La barraca se presenta una estampa típica de la vida popular valenciana: el mercado de caballerías que tiene lugar en el cauce del río todos los jueves a eso de las once de la mañana. Situada la ciudad en una comarca de huerta, en la que se usan las caballerías como medio de tracción y transporte, abundan estas bestias, eficaces auxiliares del huertano con frecuencia tratadas como miembros de la familia.

Se describe el fondo, las torres de Serranos con los jardincillos laterales emplazamiento de las peluquerías al aire libre, que utiliza Batiste antes de visitar a los amos, los hijos de don Salvador. Los ar-

cos del puente que permiten ver a lo lejos rebaños de toros pacienco o rumiando en el calcinado cauce del río. En el centro de éste, los carros con toldos de un color claro forman un campamento, y entre éstos y el muro de contención, el verdadero mercado, en el que las bestias están clasificadas por su actual valor o utilidad para el trabajo:

. . . a lo largo de la ribera, puestas en fila, estaban las bestias a la venta: mulas negras y coceadoras, con rojos caparzones y ancas brillantes, agitadas por nerviosa inquietud; caballos de labor, fuertes, pero tristes, cual siervos condenados a eterna fatiga, mirando con sus ojos vidriosos a todos los que pasaban, como si adivinasen al nuevo tirano, y pequeñas y vivarachas jacas, hiriendo el polvo con sus cascos, tirando del ronzal que las mantenía atadas al muro.

Junto a la rampa de bajada estaban los animales de desecho: asnos sin orejas, de pelo sucio y asquerosas pústulas; caballos tristes, cuyo pellejo parecía agujerarse con lo anguloso de la descarnada osamenta; mulas cegatas, con cuello de cigüeña; toda la miseria del mercado, los náufragos del trabajo. . .<sup>19</sup>

La escena de la compra sólo podía hacerse interesante colocando frente a frente a dos expertos, y así se hace: por una parte el gitano con sus marrullerías, y por la otra Batiste, antiguo carretero, hábil conocedor de las bestias, familiarizado con el arte del regateo, sin dejarse impresionar ni influir por las tretas del vendedor.

Describe la transacción en todas sus fases. Después de pasar y repasar entre las bestias, Batiste se fijó en un rocín blanco. "Apenas pasó una mano por las ancas del rocín, apareció junto a éste un gitano, obsequioso, campechanote, tratándole como si le conociese toda su vida."<sup>20</sup> Después de hacer la apoligía del animal, el gitano hace que den un trote al caballo para que se aprecien sus cualidades. Batiste observa y luego lo inspecciona con detalle: "Metió sus dedos entre la amarillenta dentadura, pasó sus manos por las ancas, levantó sus cascos para inspeccionarlos, lo registró cuidadosamente entre las piernas."<sup>21</sup> El examen le satisface. Se quedaría con él. Y viene la escena del regateo,



presentada con extraordinario verismo. Después de mucho pujar se llega al acuerdo, sellado con un apretón de manos: "Batiste agarró la cuerda [del animal] y tendió una mano al vendedor, que se la apretó enérgicamente. Trato cerrado."<sup>22</sup> Y se solemniza la operación con mutuos cónvites en el sombrero de las bebidas.<sup>23</sup>

Esta escena del mercado de animales no es esencial para el argumento. Podía haberse suprimido sin que éste sufriera. Bastaban, a lo más, unas líneas diciendo dónde adquirió Batiste el sustituto del Morrut, como antes había hecho con éste. Pero es de suma importancia en una novela de costumbres valencianas. Muestra un aspecto típico de la vida de la región. Por ella conocemos mejor a uno de los principales protagonistas, sus reacciones, su habilidad, el lugar destacado que ocupa el caballo en la vida, casi diríamos en la familia, del labriego valenciano. El afecto que sentían por el sufrido auxiliar: "¡Ay, pobre Morrut! ¡Cuán difícil era encontrarle un sucesor! De no verse acosado por la necesidad, se hubiera ido sin comprar; creía ofender al difunto fijando su atención en aquellas bestias antipáticas."<sup>24</sup> También sirve para presentar con precisión el "escenario social" en el que se mueven los protagonistas, los tipos con quienes alterna, su aspecto, su cultura manifestada en la escena de la barbería, donde el amo "leía en alta voz un periódico a este auditorio, que, con la quijada en ambas manos, escuchaba impasible."<sup>25</sup> Y podemos apreciar las extraordinarias dotes de observación de Blasco y su conocimiento de las costumbres de su tierra.

## 2. Sociales

### a. Religiosas

#### 1. Relacionadas con la vida y muerte de Jesucristo.

El grupo de las religiosas es el más importante de las fiestas sociales. Aparecen en primer lugar las relacionadas con la vida y muerte de Jesucristo.

El capítulo inicial de Arroz y tartana se dedica a los preparativos de la fiesta conmemorativa del nacimiento de Jesús. En él se ve a doña Manuela, acompañada de sus dos criados, Visanteta y Nelet, recorrer el mercado extraordinario que todos los años se celebra el día de Nochebuena, exponente de la fecundidad asombrosa de la región, que en sí viene a resultar una fiesta:

Aquel mercado extraordinario, que se prolongaba hasta bien entrada la noche, resultaba una festividad ruidosa, la explosión de alegría y bullicio de un pueblo que, entre montones de alimentos y aspirando el tufillo de las mil cosas que satisfacen la voracidad humana, regocijándose al pensar en los atracones del día siguiente. En aquella plaza larga . . . amontonábanse las nubes de alimentos que habían de desparramarse como nutritiva lluvia sobre las mesas, satisfaciendo la gigantesca gula de la Navidad, fiesta gastronómica, que es como el estómago del año.<sup>26</sup>

Por la noche la gente joven se reúne en casa de alguna muchacha, donde la madre puede vigilarles, para cenar, bailar y "divertirse sin faltar a la decencia hasta llegar la hora de la misa del Gallo,"<sup>27</sup> y asistiendo a ésta se cumple con el precepto religioso, con lo que la fiesta del día siguiente tiene un carácter familiar y gastronómico. Blasco se refiere a la comida navideña cuando doña Manuela invita a su hermano, quien no acepta porque ya tiene hechos sus preparativos y no quiere ofender a su vieja ama Vicenta, que se propone lucirse como cocinera.<sup>28</sup>

Pero no la describe. En cambio presta toda su atención al festín de Año Nuevo, que tiene el doble carácter de fiesta de principio de año y de conmemorar el nombre que impusieron a Jesús: Manuel. Se aprovecha para mostrar cómo celebra sus días un ama de casa de la clase media, representada en doña Manuela, con las visitas de los íntimos, regalos y tarjetas de felicitación, que se amontonaban en el velador de la antesala, de modo que pudiesen leerlas los visitantes.

Esta vez sí que acepta don Juan, el hermano de la señora. Este banquete casero es una réplica del de Navidad, celebrado en una ocasión similar y una semana después. Son características la hora en que se celebra--la una--, las personas que participan--los familiares--y cómo a los postres asisten íntimos de la familia a quienes interesa halagar, como los pretendientes de las niñas casaderas.

Se describen minuciosamente los preparativos, tanto en la cocina como la forma de poner la mesa, los cubiertos y vajilla, lugar que cada comensal ocupa en la mesa, orden en que se sirven los variados platos y en qué consisten éstos, postre y café.

Esta fiesta sirve para presentar a varios personajes y mostrar nuevos rasgos psicológicos de otros conocidos, como la protagonista, a quien vemos presa del afán de figurar, dominada por la vanidad y deseo inmoderado de lujo, como otras tan cursis como ella, vicios que estudia magistralmente Pérez Galdós en la sociedad madrileña y que Blasco presenta en ciertos sectores de la mesocracia valenciana en Arroz y tartana, llegando a conclusiones parecidas a las del maestro canario. También sirve para apuntar la verdadera situación económica de la casa y las relaciones sociales y familiares, y para perfilar mejor el ambiente o escenario social en que se desenvuelven.

El aguinaldo, regalo que se da en Navidad especialmente a los niños y criados, se menciona también. Al final de su entrevista casual en el mercado, don Juan Fora quiere que su hermana le mande a Juanito:

"--Dile que venga mañana. Aunque sea un grandullón, no quiero privarme del gusto de darle el aguinaldo, como cuando era un chicuelo."<sup>29</sup> Doña Manuela aprovecha la ocasión para que sus dos hijas y su otro hijo reciban otro regalo de su tío, y le anuncia que irán también: "--Que vengán--contestó don Juan, en quien reapareció la mortificante sonrisa--. Les daré una peseta de aguinaldo, lo único que se puede permitir un tío pobre",<sup>30</sup> donde se muestra en qué puede consistir este regalo.

Al final de la comida de Año Nuevo, doña Manuela llama a la servidumbre: "Era la ceremonia anual, el acto de dar los aguinaldos a los criados, por ser el día de la señora. Con majestad teatral, doña Manuela dió un duro a cada uno, más un pañuelo de seda a Visanteta, por lo satisfecha que estaba de su mérito como cocinera",<sup>31</sup> lo que parece una exageración a don Juan: "Decididamente su hermana era una loca, que odiaba el dinero. ¡Mire usted que tirar tres duros tan en tonto! ¿No hubiera quedado lo mismo con tres pesetas?" Aunque se llama también aguinaldo al regalo que se da en alguna otra fiesta u ocasión, creemos que doña Manuela se limita a retrasar una semana lo que es costumbre hacerse el día de Navidad, considerando la celebración de sus días como una extensión de esta fiesta.

Otra costumbre navideña es la instalación de nacimientos en las casas y escaparates. Aunque de pasada, Blasco la menciona. En su correría por el mercado, doña Manuela y sus dos criados "subieron a la acera de la Lonja, pasando por entre los grupos de gente menuda que, con un dedo en la boca o hurgándose las narices, contemplaba respetuosamente los

pastorcillos de Belén y los Reyes Magos hechos de barro y colorines, estrellas de latón con rabo, pesebres con el Niño Jesús, todo lo necesario, en fin, para arreglar un Nacimiento."<sup>33</sup>

En el encuentro de la tarde de Nochebuena sabemos por las indirectas de don Juan que su hermana gasta mucho. "Chica, si empiezas así, vas a llevar a casa medio mercado. . . Eso son bellotas, ¿verdad, Comida de ricos; quien puede, gasta. Eso sólo lo compra la gente de dinero. . . --No todos son tan ricos como tú, marquesa, ni pueden ir de compras con un par de criados. Únicamente los que tienen millones pueden ser rumbo- sos."<sup>34</sup> El festín de Año Nuevo parece una trampa para coger a su hermano y sacarle ocho mil reales. Él mismo lo explica: "--¿Para eso me has convidado? Tú has dicho: 'Le daremos bien a comer, procuraremos emborracharle, y después, cuando esté tierno. . . , ¡el sablazo!' Pues, hija, te equivocas. Ni ahora ni nunca conocerás el color de mi dinero."<sup>35</sup>

En Cuaresma la situación económica de la protagonista ha empeorado:

Doña Manuela se vió en plena Cuaresma. Era la hora de purgar los derroches y las alegrías de la temporada anterior. La modista francesa presentaba la cuenta de los trajes de las niñas, y además hacía falta dinero para los gastos de la casa. Total: que doña Manuela necesitaba tres mil pesetas.

• • • • •  
¡Qué angustiosa situación! ¡Y que una persona distinguida como ella tuviera que verse en tal aprieto por unas cuantas pesetas, cuando tantos miles había arrojado por la ventana en otros tiempos!...<sup>36</sup>

Entonces dirige el ataque contra su hijo Juanito, de quien consigue que firme garantizando el pago:

Y Juanito sintióse feliz, en aquella temporada de Cuaresma, cada noche que cenaba con la familia, puesta de veinticinco alfileres, comiendo incómoda con la toilette de teatro y estremeciéndose de impaciencia, mientras abajo sonaban las coces del caballo contra los guijarros del patio y los tirones que

daba a la galerita.<sup>37</sup>

Pero la situación, lejos de mejorar, empeora. Juanito ve por las atenciones maternas que son inminentes nuevas demandas. Y no se equivoca: "la petición fué formulada, por fin, a principios de Semana Santa."<sup>38</sup> Se trata ahora de quince mil pesetas. Para que su madre no esté triste, Juanito promete encargarse del asunto. El Jueves Santo inicia las gestiones para sacarla del nuevo apuro mientras

La mamá y las hermanitas estaban dando última mano al tocado de circunstancias: el crujiente vestido de seda, el velo de blonda y, al punto, el rosario de oro y nácar. Iban a una de las principales iglesias, a sentarse tras la mesa petitoria de una comunidad de origen extranjero, a la hora en que la gente elegante reza las estaciones.<sup>39</sup>

Se describe con detalle el impresionante aspecto de la ciudad, con las tiendas cerradas, sin tráfico rodado, las gentes vestidas de negro con aire solemne. "Parecía que por la ciudad pasaba una epidemia, despoblado las casas y ahuyentando el ruido de las calles."<sup>40</sup> Se ven soldados con uniforme de gala visitando las estaciones, caballeros maestros con los suyos oscuros, oficiales de varias clases y "eccehomo" sobre pedestales colocados por viejos pediguños. Todo esto lo ve Juanito cuando se dirige al caserón de sus abuelos para tratar de solucionar, infructuosamente, con la ayuda de su tío la situación económica de su familia.

El Viernes Santo se presenta en Flor de Mayo en el Cabañal, donde tiene lugar la típica procesión del Encuentro. Por tener que asistir a ésta al frente de la colla de los judíos, el Retor no puede salir hacia Argel hasta el día de Gloria.

En esta fiesta se aprecian también las características de ruido y algazara, propios de la zona levantina:

Tronaba en las calles del Cabañal, a pesar de que el día había

amanecido sereno.

La gente echándose de la cama, aturdida por este ruido sordo e incesante, igual al tableteo de lejanos truenos. Las vecinas, desgredadas, con los ojos turbios y ligeras de ropas, salían a las puertas para ver con la azulencia luz del alba cómo pasaban los fieros judíos, autores de tanto estrépito, golpeando los parches de sus destemplados y funebres atabales. Los más grotescos figurones asomaban en las esquinas, como si, barajándose el almanaque, Carnaval hubiese caído en Viernes Santo.

La juventud del pueblo echábase a la calle disfrazada con los extraños trajes de una mascarada tradicional, que no otra cosa resultaba la procesión del Encuentro.<sup>41</sup>

Se describen con detalle las collas de los judíos vestidos con trajes de guerrero, las vestas con aguda y enorme caperuza de astrólogo o juez inquisitorial y los granaderos de la Virgen, "buenos mozos con enormes mitras semejantes a las gorras de los soldados de Federico el Grande y un uniforme negro adornado con galones de plata que parecían despegados de algún ataúd."<sup>42</sup> Las dos procesiones, avanzando en direcciones opuestas, una con Jesús camino del Calvario, y la otra con la Virgen, se encuentran en el punto previamente designado. "Subieron y bajaron las imágenes, lo que equivalía para la gente a dolorosos y desesperados saludos que se dirigían la Madre y el Hijo."<sup>43</sup> Unidas las dos procesiones vuelven juntas a la iglesia.

Esta fiesta, "tan antigua como el mismo Cabañal,"<sup>44</sup> sirve para conocer mejor la mentalidad de algunos caracteres. Siendo de primera importancia para el contrabando el elemento tiempo, el tío Mariano aprueba, sin embargo, que el Retor posponga la operación para tomar parte en el Encuentro, a pesar de su falta de religiosidad: "el tío Mariano, a quien se tenía en el pueblo por incrédulo, porque jamás daba a ganar al cura una peseta movió la cabeza gravemente. Hacía bien su sobrino: para todo hay tiempo."<sup>45</sup>

También tiene lugar en esta fiesta el incidente de Dolores con su cuñada, que ayuda a precisar el carácter de otros personajes principa-

les: Dolores, Rosario, Tonet y el Retor, y las reacciones de la masa. Apunta, además, el antagonismo entre Valencia y sus vecinos del mar, al creer éstos que aquéllos venían a burlarse de sus fiestas y creencian: "—¡Morrals!!...¡Morrals!!...¿Veníu a burlarse? . . . De Valencia habían de ser, para atreverse a tanto."<sup>46</sup>

El día de Gloria, después de haber cumplido con la tradición popular, religiosa y de familia, el Retor se lanza en su barca al arriesgado negocio del contrabando de tabaco, rumbo a Argel:

Al día siguiente, cuando las campanas empezaban a voltear el toque de Gloria, cuando sonaban cohetes y tiros en las calles, y los muchachos aporreaban las puertas con garrotes, la Garbosa, aquella ruina del mar, aparejada como barca pescadora, extendía su gran vela latina blanca, sólida y nueva, y se alejaba de la playa del Cabañal.<sup>47</sup>

La Pascua de Resurrección es una fiesta de alegría que en Valencia coincide con la venida del buen tiempo y se celebra al aire libre, en las eras o alguna explanada cerca de la población. Domina en ella la música, el baile, el canto, la algazara y las succulentas meriendas. No contentos con un día, los valencianos celebran tres consecutivos.

Los protagonistas de Arroz y tartana van al chalet que doña Manuela tiene en Burjasot, cerca de los Silos:<sup>48</sup>

El día era hermoso, un verdadero domingo de Pascua. La primavera enardecía la sangre, y la ciudad entera, solemnizando la vuelta del buen tiempo, lanzábase al campo, levantando en él un rumor de avispero.

. . .[En] los famosos Silos de Burjasot, gigantesca plataforma de piedra . . . hormigueaba un enjambre alegre y ruidoso: corrosen que sonaban guitarras, acordeones y castañuelas acompañando alborozados bailes; grupos de gente formal entregada sin rubor a los juegos de la infancia; docenas de muchachos ocupados en dar vuelo a sus cometas con grotescos figurones pintados, que al remontarse moviendo los quietos rabos hacían el efecto de parches aplicados al azul cutis del infinito y daban al paisaje un aspecto chinesco de abanico o pañolón de Manila.<sup>49</sup>

Salvado el apuro económico con la firma de Juanito hipotecando en dieciséis mil pesetas el huerto de Alcira para pagar deudas de su madre,



ésta puede seguir su vida de ostentación.

El entretenimiento, la fiesta y la merienda de Villa Conchita son típicos y característicos de las familias de la clase media, que Blasco se deleita en presentar en páginas soberbias.<sup>50</sup>

Además de presentar con maestría aspectos de la vida popular valenciana, tiene el interés de que en ella se consolida el noviazgo de Amparito y Andresito Cuadros, lo que significa un cambio en la actitud de la mamá debido a la mejora económica de la familia de don Andrés por el éxito en la bolsa del antiguo dependiente, lo que produce el definitivo acercamiento de las dos familias. También Conchita "en los días de Pascua, en la agitación de las alegres meriendas, había conseguido turbar a Roberto hasta el punto de arrancarle la deseada declaración. Por fin, era su novio oficial."<sup>51</sup>

Parece que ciertas etapas de la vida de Cristo tengan un eco en la vida económica de doña Manuela: la Cuaresma es la hora de purgar los ~~de-~~erroches y las alegrías de la temporada anterior; en el tiempo de Pasión, las angustias y el calvario para encontrar quien avalara un nuevo préstamo; la visita de Juanito a su tío, el recorrido de las Estaciones del Calvario; la firma de Juanito en Jueves Santo hipotecando el huerto de Alcira es la inmolación de la víctima inocente, su crucifixión económica; con todas las dificultades solucionadas--su resurrección económica--doña Manuela puede dedicarse al regocijo de Pascua agasajando a sus amistades.

La fiesta de Corpus es otro jalón importante en la vida religiosa valenciana. Viene en una época de calor y para hacerlo más soportable se montan unas lonas que protegen contra el sol: "La vela del Corpus, con sus anchas listas azules y blancas, sombreaba desde los altos mástiles la plaza de la Virgen."<sup>52</sup> En esta plaza se alinean las carrozas

tradicionales, llamadas rocas, construidas en el siglo XVII, que desfilan en la procesión de la tarde.

Por la mañana hay una cabalgata, que se explica con detalle en Arroz y tartana. Es la que presencian doña Manuela y sus hijas frente a la Audiencia, al salir de la misa de la Catedral: primero pasan "los portadores de las banderolas, con sus dalmáticas de seda, con las barras aragonesas y altas coronas de latón sobre melenas y barbazas de estopa; tras ellos, el cura municipal, el famoso 'capellán de las rocas', jinete en brioso caballo encaparazonado de amarillo, el manteo de seda descendiendo desde el alzacuello a la cola del caballo y enseñando la limpia y blanca tonsura al saludar con el bonete al público de los balcones."<sup>53</sup> Luego, las dansetes, las banderas de los gremios, personajes bíblicos y carrozas triunfales, alegrado todo por dulzainas, tamboriles y los pasacalles de las bandas. Presidiendo, varios concejales y, detrás, los de la degolla.

Invitados por la familia Cuadros, las de Pajares y demás amigos ven la procesión desde el balcón de Las Tres Rosas. También se da una detallada explicación, tanto del aspecto de la plaza como del orden de la procesión, con los soldados de caballería abriendo paso a las rocas, arrastradas por "docenas de mulas gordas y lustrosas salidas de las cuadras de los molinos, con los rabos encintados, las cabezas adornadas con vistosas borlas, y entre las orejas tiesos y ondulantes penachos."<sup>54</sup> Esto se puede considerar como el prelude, al que sigue la verdadera procesión, descrita en sus diversas partes: al principio, las banderolas con las rojas barras de Aragón y las dulzainas tañendo las melancólicas danzas del tiempo de los moriscos; los enamos, con sus enormes cabezas de cartón, y las cuatro parejas de gigantes, "enormes mamarrachos,

cuyos peinados llegaban a los primeros pisos y que danzaban dando vueltas, hinchándose sus faldas como un colosal paracaídas."55 A continuación de las banderas de los gremios, la parte monótona de la procesión, el desfile de más de cien imágenes con sus correspondientes cofradías y asilos; la parte grotesca, las figuras bíblicas--David, Noé, Josué y las heroínas bíblicas--, seguida de la parte seria e interesante: los cleros parroquiales y los seminaristas acompañando las reliquias. Después se reanuda la parte teatral, las extraordinarias visiones del soñador de Patmos consignadas en su Apocalipsis sin que el gentío, después de contemplarlas tantos años, adivinase su significado. Sigue la última parte, los invitados, con sus negros fraques o uniformes de todos colores y hechuras, incluidos los caballeros de las órdenes militares. Por fin el epílogo, la deslumbrante custodia bajo palio, sobre una nube de azulado y oloroso incienso, entre una lluvia de pétalos de rosa, "el infantil balbuceo de las campanillas de plata"56 y el estallido de luces de colores, acompañada de la doble fila de sacerdotes con capas de oro y la marcha solemne y religiosa de la banda militar. Detrás del palio la presidencia religiosa, la seglar y la negra masa de la tropa con su banda de música.

Blasco presenta la cabalgata de la mañana y la procesión de la tarde en su aspecto externo, como espectáculos, destacando sus notas de color, luz y algazara que más impresionan los sentidos. Explica sus distintas partes y el significado de las figuras simbólicas que desfilan.

Además de la composición y aspecto de la multitud, describe sus reacciones ante las diversas partes de lo que presencia. "La plaza era un mar multicolor de cabezas."57 Mientras espera, "la muchedumbre removíase inquieta, chocando con las apretadas filas de sillas que orlaban

el arroyo."<sup>58</sup> Al aparecer la primera roca "sonó un rugido en un extremo de la plaza, e inmediatamente fué contestado por un griterío general. . . Y hubo empujones, codazos, remolinos de cabezas, empujando todos al que estaba delante para ver mejor."<sup>59</sup>

El paso de cada roca produce una verdadera revolución, esparciendo el terror y el regocijo a un tiempo por los ramilletes húmedos y los cartuchos de confites duros como balas, arrojados con la fuerza de proyectiles. Con el paso de la última roca, la Diablera, la calma se restablece en la plaza.

Ante las banderas de los gremios "era de ver el entusiasmo con que aplaudía el público los prodigios de equilibrio de los portadores sosteniéndolas enhiestas sobre la palma de la mano."<sup>60</sup> En la parte grotesca "la multitud se arremolinó, movida por el regocijo, y exclamaciones de alegre curiosidad salieron de muchas bocas",<sup>61</sup> con cuchufletas y carcajadas. Al venir la parte seria e interesante de la procesión "el alboroto del gentío cesó instantáneamente."<sup>62</sup> La gente--los papanatas--permanecía embobada ante los uniformes y las condecoraciones de los invitados, deslumbrada por sus colores y brillo.

La parte final es la que más impresiona:

El poético aparato del culto católico imponíase a la muchedumbre con toda su fuerza sugestiva. Las mujeres llevábanse las manos a los ojos, húmedos sin saber por qué . . . y el sol de oro, mostrándose en medio de tal aparato, enloquecía a la muchedumbre levantina, pronta siempre a entusiasmarse por todo lo que deslumbra, e inconscientemente, lanzando un rugido de asombro, empujábanse unos a otros, como si quisieran coger con sus manos el áureo y sangrado astro, y los soldados que guardaban el palio tenían que empujar rudamente con sus cualatas para conservar libre el paso.<sup>63</sup>

La fiesta de Corpus es importante en otros aspectos. Este día por la mañana Teresa encuentra en el bolsillo interior de una chaqueta de su esposo la carta que le escribió Clarita, su querida de la calle del

Puerto. Con las gestiones que lleva a cabo Teresa se demuestra que sigue teniendo la mentalidad de criada, pues ninguna señora que se respetase lo hubiera hecho. Y aun parece estar orgullosa de sus actos:

"—;Buena soy yo para dejarme las cosas a medio hacer! Fuí también a la calle del Puerto, hice hablar a la portera, y . . . "64

Mientras presencian la procesión desde el balcón de su casa, Teresa explica a su antigua ama esta tragedia conyugal y le pide ayuda, que doña Manuela se ofrece a prestar: "Ella se encargaba de ser esa persona que, velando por la moral de la familia, devolviese el marido infiel a los brazos de la esposa resignada."65 Este incidente proyecta nueva luz sobre la personalidad de don Antonio, y así la viuda aprecia mejor sus frases de doble sentido y su atrevimiento durante el refresco que sigue a la procesión. Y hasta parece que lo encuentre más atractivo: "Doña Manuela estaba admirada. Decididamente, la tal Clarita había cambiado a aquel hombre. Era un tuno. Y en vez de indignarse por la crueldad con que mentía e intentaba engañar a su mujer, la viuda comenzaba a encontrarle simpático, viendo en él como una resurrección de su segundo marido, de aquel doctor calavera al que tanto había amado."66 Se presiente el arreglo de estas dos figuras.

También la fiesta sirve para hacer resaltar la hipocresía de Cuadros con sus comentarios sobre la religión, inspirados a la vista de la procesión, que causan reacciones distintas en los oyentes: "Los otros bolsistas aprobaban con movimientos de cabeza, y su esposa le miró con asombro y escándalo al mismo tiempo. Sin duda, pensaba en Clarita, no pudiendo comprender cómo faltaba a sus deberes un hombre que decía cosas tan sensatas y dignas de respeto."67

La fiesta del Niño, del Palmar, y las referencias al Cristo del Grao se tratarán como "advocaciones o devociones particulares," pues así pue-

den considerarse por no referirse a aspectos de la vida y muerte de Jesús.

## 2. En honor de la Virgen

Día especial en la vida religiosa valenciana es el de la Patrona de la ciudad: "El día de la Virgen fueron Tónica y su amiga a la primera misa en la capilla de los Desamparados. Dentro del templo sonaba la música; la multitud, oprimida en la mezquina rotonda, esparcíase por la plaza hasta la fuente, adornada con un ridículo templete que parecía de confitería. Todos estaban en actitud reverente. . ."68

Son los días de Amparito, y para celebrarlo tomarían chocolate en un huerto de fresas, disfrutando del aroma de las flores, después de la misa: "Oirían la primera misa en la capilla de los Desamparados, porque a doña Manuela, como buena valenciana, le parecía que ninguna misa del resto del año valía tanto como aquélla. . ."69 Este es el principio de la fiesta, pero no se da la continuación, ni en general, como fiesta de la ciudad, ni en particular, como de la familia. Tal vez considera la de Corpus y la de doña Manuela más representativas o interesantes desde el punto de vista novelístico y costumbrista.

El día de la Virgen ve doña Manuela a su hijo con Tónica. Y en su actitud vió Juanito el escaso interés que le inspiraba. Ni una palabra de reproche: "Este silencio entristecía a Juanito en ciertos momentos. Veía una vez más hasta dónde llegaba el afecto de aquella madre a la que idolatraba. Era un paria, un advenedizo de procedencia inferior que el azar había introducido en la familia. . . Esta indiferencia anonadaba al joven."70 Es otro rasgo que ayuda a perfilar la silueta moral y psicológica de estos personajes.

Otro aspecto del culto a la Virgen es la devoción del Rosario, que

cuando se reza colectivamente al rayar el alba se llama Rosario de la Aurora. Se presenta directamente en Cañas y barro, en El Palmar, en la época en que Sangonereta era el sacristán: "Los domingos, al amanecer, él era quien abría la marcha con la cruz en alto al frente del rosario de la aurora. Hombres, mujeres y niños, en dos largas filas, iban cantando con paso lento por la única calle del pueblo, esparciéndose después por los ribazos y las barracas aisladas, para que la ceremonia fuese de más duración . . . ¡Despierta, cristiano! . . .," cantaba el rosario a lo largo del pueblo; y lo gracioso de la llamada era que todo el vecindario iba en la procesión . . ."71

Además de la hora, el lugar, la forma en que se reza y quién asiste, sirve para poner de manifiesto el contraste entre la vida de Tonet, trabajador manual, y Sangonereta: "Tonet, al marchar en el rosario, miraba rabiosamente a su antiguo camarada, al frente de todos, como un general, enarbolando la cruz a guisa de bandera. ¡Ah ladrón! ¡Aquél había sabido arreglarse la vida a su gusto! Él, mientras tanto, vivía sometido a su padre . . ."72

Esta devoción se practica también en La barraca los mismos días y con el mismo nombre: "el "llamado Rosario de la Aurora, procesión que desfila por los senderos de la huerta los domingos al amanecer."73

Aunque no en ninguna fiesta, se menciona la patrona del Reino de Valencia, la Virgen del Puig, en Mare Nostrum cuando el tío Caragol explica el milagro del peixot.74

### 3. Advocaciones particulares

Además de la Virgen, Valencia tiene como patronos a San Vicente Ferrer y a San Vicente Mártir. La fiesta del primero, aunque sea el 5

de abril, se celebra en Valencia el lunes siguiente a la semana de Pascua, y en ella se montan los tradicionales altares representando aspectos de la vida y milagros del santo diplomático:

La fiesta del santo popular verificábase con el aparato de costumbre. En los sitios más céntricos de la ciudad habíanse levantado los altares, enormes fábricas de madera y cartón-piedra que llegaban a los tejados, con decoración gótica o corintia, erizados de mecheros de gas, y en su parte media, la repisa, en la que se ostentaba el diplomático de Caspe con su hábito de dominico y un dedo en alto entre cirios y flores. Abajo, la plataforma del escenario, donde se representaban los milacres, piezas dramáticas, cándidas y sencillas, como sus versos lemosines, cuyo argumento, girando en torno del mismo punto, trata siempre de las querellas feudales entre Centelles y Vilaraguts, de la conversión de los moros de Granada o de alguna treta de los impíos contra el elocuente apóstol, todo sazonado al final con el necesario milagro del santo y el correspondiente sermón en endecasílabos. La multitud agolpábase ante los altares para oír mejor a los actores, granujillas del barrio, roncós de tanto vocear los versos, orondos en sus trajes de ropería, orgullosos de lucir el bonete con plumas y tirar de la espada cuando lo requería el milacre; y era de ver la atención con que escuchaba la predicación de San Vicente, representado siempre por un muchacho paliducho, pedante y melancólico, y las carcajadas con que celebraba las majaderías del motilon, personaje bufo que pasaba el tiempo tragando pan, sorbiendo rapé, sonándose las narices en un pañuelo como una sábana y agujereado como una criba, y diciendo estupideces subidas de color, todo para mayor edificación de los devotos del santo. Un mar de cabezas agitábase ante aquellas plataformas, que recordaban el teatro primitivo, lo mismo el tablado de Esquilo que la carreta de Lope de Rueda.

Entre una y otra representación tocaban las músicas alegres polcas y la granujería de siempre, agarrada de un modo repugnante, improvisaba academias de baile en las aceras, chocando muchas veces contra las mesas donde unas buenas mozas de vestido almidonado, pañuelo de seda y cara bravía vendían garbanzos tostados, orejones y ciruelas pasas.<sup>75</sup>

Se explica el aspecto de los altares y lugares donde se montan, en qué consisten los milacres, clase de versos e idioma en que están escritos y argumentos de los mismos, actores que los representan y público que los presencia.

En esta fiesta tiene ocasión de desahogarse don Eugenio. Mientras contempla de lejos el milacre representado en la plaza de la Constitu-



ción ve a Juanito y le invita a pasear con él. Se dirigen a las Alamedas de Serrano, paseo habitual del honrado octogenario. Y con sus quejas y temores vaticina con exactitud la quiebra y ruina de Cuadros, el embargo de Las Tres Rosas y su propia muerte al no poder soportar esta vergüenza. También previene al joven contra el banquero don Ramón Morte, "un pillo redomado, que emplea la pamplina de la caridad y se da bombos en los periódicos para engañar a incautos,"<sup>76</sup> que al final causa la ruina presagiada por el viejo comerciante.

Es costumbre general celebrar las fiestas con comidas extraordinarias. Así se celebró el día de Año Nuevo, fiesta de doña Manuela. También la Pascua es una fiesta gastronómica celebrada por las de Pajares en su "hotelito" de Burjasot: "Había abandonado la mesa la familia y aun duraban los elogios a Visanteta por el mérito de la paella que les había servido, cuando comenzaron a llegar los amigos."<sup>77</sup> Los valencianos observan esta costumbre aunque estén lejos de su patria chica. Así es como solemniza el tío Caragol los santos de su tierra, no importa donde esté: "En los domingos y fiestas de santos valencianos, que eran los primeros del cielo para el tío Caragol--San Vicente Mártir, San Vicente Ferrer, la Virgen de los Desamparados y el Cristo del Grao--, aparecía la humeante paella, vasto redondel de arroz, sobre cuya arena de hinchados granos yacían despedazadas varias aves . . . los tripulantes creían comer en una barraca de la huerta de Valencia, pasándose de mano en mano el porrón de vino fuerte de Liria."<sup>78</sup>

Explicando el talento culinario del tío Caragol se describen algunas variedades de platos de arroz--arroz con bacalao y patatas, arroz al horno, arroz con acelgas, arroz con nabos y judías, paella y arroz abanda--así como el uso del limón para sazonarlo, mejorando su sabor:

"Únicamente desconocían esta voluptuosidad los infelices de tierra adentro, que llaman a cualquier rancho arroz a la valenciana."<sup>79</sup>

El Cristo del Grao puede considerarse como una advocación particular. Aunque no se dan muchos detalles, el tío Caragol explica la llegada milagrosa de la imagen al Grao tendida en una escalera y hay referencias a su fiesta: "Durante muchos años, Caragol había sacado en hombros y descalzo la sagrada escalera el día de la fiesta. Ahora, otros hombres de mar disfrutaban de tal honor, y él, viejo y cegato, aguardaba entre el público de la procesión para lanzarse sobre la enorme reliquia, pasando sus ropas por la madera."<sup>80</sup>

También el Cristo tiene su fiesta en el Palmar, celebrada después de Navidad como última fase o parte de la fiesta del Niño Jesús, que es el patrón del pueblo.<sup>81</sup> Estas fiestas rompen la monotonía de la vida lugareña siempre igual el resto del año.

La del Niño es la gran fiesta del Palmar, que se conmemora el tercer día de Navidad y dura tres días. Para hacer los preparativos las pescaderas van a la feria de Valencia.<sup>82</sup>

En Cañas y barro se da una detallada explicación de la fiesta:

"Las fiestas duraban tres días. El segundo día de Navidad llegaba la música de Catarroja y se rifaba la anguila más gorda de todo el año para ayuda de gastos. El tercero era la fiesta del Niño Jesús, y al día siguiente la del Cristo; todo con misas y sermones y bailes nocturnos al son del tamboril y la dulzaina."<sup>83</sup> Aspectos destacados son la llegada de la banda de música, el forcejeo de los mozos dentro del agua para coger el bombo, el pasodoble de la banda y el alojamiento de los músicos, la rifa de la anguila más gorda amenizada por la dulzaina de Dimoni, los carros con mirto y arrayán para adornar la plaza y la iglesia, la llega-

da del predicador, los músicos y los cantores para la misa solemne, todo acompañado del festivo estruendo levantino: "En la madrugada siguiente el lago se conmovió con el estrépito de los masquets, como si en el Palmar se librara una batalla."<sup>84</sup> El ruido no cesa ni durante la misa: "Mientras tanto, fuera, en la plaza, trueno va y trueno viene, se disparaban las largas filas de masquets, conmoviendo las paredes de la iglesia y cortando muchas veces el canto de los artistas y las palabras del predicador . . . . La gente se sentía satisfecha en aquel ambiente de plantas olorosas y humo de pólvora."<sup>85</sup>

Por la noche hay baile en la plaza hasta cerca de medianoche:

Grandes hachones de cera, que servían en la iglesia para los entierros iluminaban la plaza. Dimoni tocaba con su dulzaina las antiguas contradanzas valencianas, la cháquera vella o el baile al estilo de Torrente, y las muchachas del Palmar danzaban ceremoniosamente, dándose la mano, cruzándose las parejas, como damas de empolvada peluca que se hubieran disfrazado de pescadoras para bailar una pavana a la luz de las antorchas. Después venía el u y el dos, baile más vivo, animado por coplas, y las parejas saltaban briosamente, promoviendo una tempestad de gritos y relinchos cuando alguna muchacha, al girar como una peonza, mostraba sus medias bajo la ondeante rueda de los zagalejos.<sup>86</sup>

Y a continuación del baile, cuando las familias se retiran a sus barracas, los jóvenes se quedan para organizar les albaes, según costumbre tradicional, y pasar la noche cantando en honor de todas las mujeres jóvenes y viejas: "¡El diablo que durmiera aquella noche en el Palmar! Las Mujeres, desde la cama, seguían mentalmente la marcha de la serenata, estremeciéndose con el estrépito y el tiroteo, y adivinaban su paso de una puerta a otra por las alusiones mortificantes con que saludaban a cada vecino."<sup>87</sup>

Estas fiestas patronales del Palmar son un episodio importante de Cañas y barro, que alegran por unos días la vida siempre uniforme de la colonia pesquera radicada en las orillas del lago. Tienen un carácter

de diversión, en contraste con las del segundo domingo de julio, sorteo de los redolins: "Solemnes resultaban las fiestas al Niño Jesús, después de Navidad; pero no pasaban de ser pura diversión, mientras que en la ceremonia del sorteo se jugaba al azar el pan del año y hasta el riesgo de enriquecerse si la pesca era buena."<sup>88</sup>

Además de ser un elemento costumbrista, tiene influencia en los caracteres. Dan a conocer mejor la psicología de Tonet, incapaz de actividad si no siente el estímulo de próximas diversiones, y así mismo nos muestra su afán de exhibirse y lucirse ante las muchachas:

Sólo mostraba actividad y sacudía su somnolencia de perezoso ante una diversión próxima. En la gran fiesta del Palmar en honor del Niño Jesús, el tercer día de Navidad, Tonet se distinguía entre todos los mozos del lago. Cuando en la víspera llegaba la música de Catarroja en una gran barca, los jóvenes se metían en el agua del canal, pugnando por quién avanzaba más y cogía el bombo. Era un honor, que hacía pavonearse altivo ante las muchachas, apoderarse del enorme instrumento y cargárselo a la espalda paseándolo por el pueblo.<sup>89</sup>

Ya se revelan sus rasgos de matoncillo local. En las fiestas de este año corresponde a Tonet y a su consocio el lugar de preferencia entre los clavaros por haberles tocado el primer puesto de la Sequiota. Pero todos los honores y parabienes son para Tonet, olvidando a Cañamel:

De Cañamel nadie se acordaba, a pesar de su aspecto majestuoso y de la gran cadena de oro que aserraba su abdomen. Parecía que no era su dinero el que pagaba la fiesta: todos los plácemes iban a Tonet, en su calidad de dueño de la Sequiota. Para aquella gente, el que no era de la Comunidad de Pescadores no merecía respeto. Y el tabernero sentía crecer en su interior el odio hacia el Cubano, que poco a poco se apoderaba de lo suyo.<sup>90</sup>

La gota que hará desbordar el vaso lleno de odio será la copla del sobriño de la Samaruca, durante les albaes, que viene a ser un reflejo del propio pensamiento del tabernero. Éste rompe toda relación con el Cubano y lo expulsa de su casa, prohibiéndole que vuelva a poner los pies en ella.<sup>91</sup>

Las fiestas del Saler en honor de San Martín y de Santa Catalina, el 11 y el 25 de noviembre respectivamente, se relacionan con las famosas tiradas de la Albufera.<sup>92</sup> Blasco da el fondo histórico de estas fiestas y el aspecto del pueblecito: "Entre las casas del Saler, algunas buenas mozas de la ciudad habían establecido sus mesas de garbanzos tostados y turrónes mohosos, alumbrándose con bujías resguardadas por cucuruchos de papel. En las puertas de las barracas, las mujeres del pueblo hacían hervir las cafeteras, ofreciendo tazas tocadas de licor, en las cuales era más la caña que el café."<sup>93</sup> También explica la composición de la gente que acude a estos lugares, así como su indumentaria, por la que podía saberse el lugar de procedencia: "Labradores ricos de los pueblos de la provincia, con vistosas mantas y la canana sobre la faja, unos con el pañuelo arrollado en forma de mitra, otros llevándolo como un turbante o dejándolo flotar en largo rabo sobre el cuello, delatando todos en el tocado de su cabeza los diversos rincones valencianos de que procedían."<sup>94</sup>

Estas fiestas sirven para conocer los elementos sociales que acuden a las tiradas, que producen el igualamiento social temporal de sus participantes:

La escopeta parecía igualar a los cazadores. Tratábanse con la fraternidad de compañeros de armas, animándose al pensar en la fiesta del día siguiente. . . . El tío Paloma estaba allí en su calidad de barquero venerable, bromeando con los cazadores famosos, fanáticos del lago, a los que conocía medio siglo. Eran la aristocracia de la escopeta. Los había ricos y pobres; unos eran grandes propietarios, y otros carniceros de la ciudad o labradores modestos de los pueblos inmediatos. No se veían ni se buscaban en el resto del año; pero al encontrarse en la Albufera todos los sábados en las pequeñas tiradas o al juntarse en las grandes, se aproximaban con cariño de hermano, se ofrecían el tabaco, se prestaban los cartuchos y se oían mutuamente, sin pestañear, los estupendos relatos de cacerías portentosas verificadas en los montes durante el verano. La comunidad de gustos y la mentira los unían fraternalmente.<sup>95</sup>

Blasco describe con precisión y exactitud los preliminares y desarro-

llo de estas tiradas en sus mínimos detalles, que tanta influencia tienen en el argumento de la obra, en el desarrollo de la acción y en los personajes, como se ha visto antes.<sup>96</sup>

## b. Críticas

### 1. Purificación por agua o fuego (Fallas)

Las rogativas de Alcira pidiendo la intercesión de San Bernardo para que les ayude en la gran amenaza de la inundación tienen el carácter de advocación particular hacia este santo. Igual puede decirse de las fallas de San José, pues su origen inmediato es la fiesta que los carpinteros dedican a su patrono al principio de la primavera, limpiando los talleres y quemando los trastos, pero ha evolucionado de tal manera que es casi exclusivamente una fiesta de crítica general, y en este sentido la consideramos.

En Arroz y tartana se da una explicación de los orígenes y desarrollo de esta fiesta, en qué consiste y el carácter que tenía a principios de siglo:

La falla es la fiesta popular por excelencia: una costumbre árabe, transformada y mejorada a través de los siglos, hasta convertirse en caricatura audaz, en protesta de la plebe. Primero, los moros, en los ruidosos alelúes con que solemnizaban sus festividades, gozaban en hacer grandes hogueras; los cristianos adoptaron después esta costumbre, como muchas otras; lentamente, el número de fallas fué limitándose en el año, hasta quedar las de San José, que hacían los carpinteros para solemnizar la fiesta de su patrón y la llegada del buen tiempo, en el que ya no se trabaja de noche; hasta que, por fin, el espíritu innovador del siglo hermosó la falla, dándole un aspecto artístico, encerrando un montón de esterás y trastos viejos entre cuatro bastidores pintados y colocando encima monigotes ridículos, para regocijo de la multitud. Al principio, las figuras, groseras y mal pergeñadas, representaron escenas de la vida privada, murmuraciones de vecinos, pero, después, la sátira popular se remontó, metiéndose de rondón en la política, y las fallas se convirtieron en burlas al Gobierno y caricaturas de la autoridad.<sup>97</sup>

La falla que se monta en la plazoleta de las de Pajares puede considerarse como típica y en ella se sigue minuciosamente todo el proceso de la fiesta: La concepción de la idea--que en la novela corresponde al cafetineru Espantagosos--, la comisión de la falla--formada además por dos zapateros y un carpintero, "que, por tratarse de San José, se creía con derecho propio"--, los sablazos a todo el barrio, especialmente a los vecinos pudientes, el pregón de la granjería de la calle repitiendo la monótona canturria "¡Una estoreta velleta...!", "el adorno de la plaza y calles adyacentes con centenares de banderitas rojas y amarillas, los grandes cartelones con versos valencianos alusivos clavados en las paredes y el aspecto de la falla una vez montada:

En el centro de la plazuela, sobre una gruesa capa de arena, elevábase todo un edificio de lienzo, con pintura que imitaba a la piedra: un gigantesto dado, en cuya cara superior elevábanse ocho figuras de tamaño natural.

. . . . .  
 Los monigotes eran siete bebés colosales, que componían una orquesta abigarrada, y en el centro, un caballero de frac y batuta en mano. ¿Qué intención oculta tenía aquello? Pero Amparito soltó la carcajada inmediatamente. El tupé descomunal y grotesco del director de orquesta se lo explicó todo. Aquél era Sagasta, y los otros los ministros. Estaba segura de ello. En los periódicos satíricos que compraba Rafael había visto aquellas caras convencionales, destrozadas por el lápiz de los caricaturistas; y partiendo del descubrimiento del famosos tupé, fué señalando a su hermana cada bebé por su nombre, riéndose como una loca al ver que el ministro de Hacienda tocaba el violón.<sup>98</sup>

Cerca de la falla hay una valenciana, "lavada y peinada como en día de gran fiesta, con los robustos brazos arremangados y delantal blanco, . . . sentada ante un fogón con el barreño de la masa al lado, arrojando en la laguna de aceite hirviente las agujereadas pellas, que se doraban al instante entre infernal chisporroteo. Eran los buñuelos de San José, el manjar de la fiesta; como frutos de oro, colgaban muchos de ellos de un colosal laurel, que recordaba el jardín de las Hespérides."<sup>99</sup>

El olor punzante del aceite frito, la música tocando en un tablado bajo, en un ángulo de la plaza y los numerosos cohetes son parte de esta fiesta ruidosa.

Como final, la quema de la falla por la noche y la muchedumbre que la ha presenciado dispersándose con la esperanza de ver algo de las otras fallas.

En estas fiestas se ofrece un contraste dramático entre el jolgorio general y la tristeza de Andresito, entre los alegres gritos de los dos vejetes borrachos y el tristón Spirto gentil entonado por el joven con un acento tan apagado que parece salirle de los talones. Amparito ha plantado a su novio por consejo de su madre y éste se pasa la tarde de San José de plantón en la pared de enfrente lanzando miradas de inmensa desesperación al balcón donde está la ingrata, lo que enfurece a ésta, y para darle achares flirtea con el teniente. Se estudian los impulsos y reacciones del despechado amante, sus deseos de venganza templados al considerar el calibre de su rival.

Las fallas son unas fiestas típicamente populares que muestran rasgos psicológicos regionales de los valencianos: "Todos se animaban, con ese entusiasmo valenciano que se inflama al pensar en fiestas y bullisios."<sup>100</sup> Aun la gente con pretensiones, la dominada por el afán de figurar, presa de la manía de lujo y que siente horror a parecer cursi, confrontada con la fiesta se ve conquistada por el ambiente:

Las niñas de doña Manuela despreciaban la fiesta que se preparaba. Era una cursilería, como organizada por la gente ordinaria de la plazuela, buena únicamente para divertir a los de escaleras abajo. Pero la víspera de San José, impulsadas por la curiosidad, se asomaron al balcón muy temprano y experimentaron una agradable sorpresa, pese a su anterior indiferencia de muchachas distinguidas. . .

. . . Amparito se sintió tan entusiasmada, que hasta envió una sonrisa amable al cafetín de enfrente, donde el padre de tal obra despachaba copitas tras el mostrador . . .<sup>101</sup>



La masa se contagia con facilidad y refleja ruidosamente su impaciencia y su entusiasmo: "la muchedumbre estaba dominada por esa impaciencia que entre la gente levantina basta que sea manifestada por uno para que los demás se sientan contagiados."<sup>102</sup> No hace falta más que algunos pidan a gritos que se inicie la quema de la falla o que se toque La Marsellesa para que la multitud lo exija también:

--¡Que toquen La Marsellesa!--gritó un vozarrón anónimo con acento imperioso.

Un estremecimiento pareció correr por la muchedumbre, saltando después de balcón en balcón.

--¡Sí! ¡La Marsellesa... venga La Marsellesa!--repetieron miles de voces con expresión amenazante, como si alguien se negase por anticipado a sus exigencias. . . .

. . . La Marsellesa... ¡y el Gobierno en la hoguera! ¿Qué más podían pedir? Y el entusiasmo meridional, caldeando los cerebros, hacía pasar ante los ojos risueños espejismos. Todos se sentían dominados por un optimismo meridional.<sup>103</sup>

Es una ocasión para que se exterioricen los sentimientos colectivos, que Blasco estudia con singular habilidad: "El entusiasmo los hacía feroces; creían que era el mismo Gobierno lo que quemaban al son de La Marsellesa . . . La muchedumbre, legítima descendiente del pueblo que dos siglos antes presenciaba los autos de fe, aplaudía con gozosa ferocidad la caída de los monigotes en la hoguera."<sup>104</sup>

Sirve también para delimitar mejor el escenario social en que se desarrolla la acción de la novela, las clases que participan y los sentimientos comunes a todas ellas.

## 2. Carnaval

El Carnaval, siendo una fiesta popular también, muestra mejor que las fallas la distinción entre las clases sociales.

Por la mañana es el desfile de las estudiantinas con sus vistosos trajes y las comparsas que recorren las calles, asediando a los transeúntes.

tes para sacarles el dinero en nombre de la caridad. Por la tarde la gente se traslada a la Alameda, donde la fiesta toma el carácter de una saturnal de esclavos ebrios. Por la noche son los bailes elegantes en los círculos distinguidos, pero que albergan arriba alguna "habitación con luces verdes, guardada y vigilada como antro de conspiradores, [en donde] rueda la ruleta con sus vivos colorines o se agrupan los aficionados en torno de las cuatro cartas del monte."<sup>105</sup>

Para muchos el disfraz consiste sencillamente en llevar una careta o una nariz postiza que se puede adquirir en el mercado:

En los puestos del mercado vendíanse narices de cartón, bigotes de crin, ligas multicolores con sonoros cascabeles y caretas pintadas, capaces de oscurecer la imaginación de los escultores de la Edad Media: unas con los músculos contraídos por el dolor, un ojo saltado y arroyos de bermellón cayendo por la mejilla; otras, con una frente inmensa, espantosa; caras de esqueletos con las fosas nasales hundidas y repugnantes; narices que son higos aplastados o que se prolongan como serpenteante trompa con un cascabel en la punta; sonrisas contagiosas que provocan la carcajada y carrillos rubicundos a los que se agarra un repugnante lagarto verde.<sup>106</sup>

La Alameda presenta un aspecto abigarrado que nos recuerda las pinturas de Goya representando escenas populares en la ribera del Manzanares; hay toda clase de disfraces, más o menos originales, entre los que se ven los de siempre:

Mamarrachos con arrugadas chisteras y levitas adornadas con arabescos de naipes; bebés que asomaban la poblada barba bajo la careta, y al compás del sonajero decían cínicas enormidades; diablos verdes silbando con furia y azotando con el rabo a los papanatas; gitanos con un burro moribundo y sarnoso tintado a fajas como una cebrá; payasos ágiles, viejas haraposas con una repugnante escoba al hombro, y los tíos de ¡al higuí! golpeando la caña y haciendo saltar el cebo ante el escuadrón goloso de muchachos con la boca abierta.<sup>107</sup>

Los tres días de Carnaval son muy alegres para la familia protagonista de Arroz y tartana. Sin embargo, no faltan pequeños incidentes que muestran la psicología y la mentalidad de una familia de la clase media

con pretensiones, con su preocupación por lo chic y la cursilería: "Las dos niñas recordaban la ligera sonrisa de las de López al examinar sus disfraces de calabresas. ¡Reírse de ellas! ¡Las muy cursis! Mejor harían en darse una vueltecita alrededor de ellas mismas, pues no es muy chic ir siempre a los bailes con el mismo dominó blanco, de modo que al entrar con la careta puesta, toda la pollería gritaba: '¡Ya están ahí las de López!'!"<sup>108</sup>

Así mismo permite conocer mejor el carácter de los personajes principales por sus actos:

Juanito era el encargado de abrir la puerta cuando la familia volvía del baile. En la madrugada, cerca de las cuatro, oía chirriar los pesados portones, entraba el carruaje en el patio, con gran estrépito, y él saltaba de la cama, metiéndose los pantalones. . . . Levantábase mal arropado, tosiendo y tembloroso, a abrir la puerta, pues era preciso dejar dormir a las criadas, para que al día siguiente el cansancio no las entorpeciera en sus trabajos. . . . Y después . . . el pobre muchacho volvía a la cama para dormir tres horas más y emprender luego el camino de la tienda, mientras la mamá y los hermanos roncaban su primer sueño con la fatiga propia de las noches de baile.<sup>109</sup>

Al hijo mayor le tienen menos consideración que a las criadas, pues él, también, tiene que trapajar al día siguiente mientras el resto de la familia podrá dormir tranquilamente. Pero no parece importarle mucho, acostumbrado como está desde pequeño a servir a sus hermanos y a no compartir con éstos el cariño de su madre. No es extraño que ésta, careciendo de escrúpulos, sacrifique a su dócil hijo y que ella misma se deshonne para satisfacer su vanidad:

Juanito contemplaba con el cariño de un padre este desfile desmayado que iba en busca de la cama, arrojando al paso, en las sillas, los adornos exteriores. La mamá era siempre para él un ídolo, un ser superior, y los hermanos, al verlos tan elegantes, le hacían recordar la época en que él, pequeño, pero avisado por el desvío maternal, les servía de niñera cuidadosa, llevándolos en sus brazos y sufriendo con sublime abnegación sus infantiles caprichos.<sup>110</sup>

Por contraste, se ve la familia Cuadros muy ordenada y metódica, chapada a la antigua, que no permite que el hijo trasnoche. Amparito "sólo una vez consiguió que Andresito se esperase hasta las dos; pero al día siguiente sospechó con fundamento que en Las Tres Rosas habían estado a la espera, tras la puerta, unos ásperos bigotes y una vara de medir, para dar las buenas noches en las costillas al bailarín rezagado. . ."<sup>lll</sup> Sin embargo, cuando el cabeza de familia se ve presa del afán de dinero, lujo, vanidad, etc., cambia por completo y acaba en la ruina.

## B. COSTUMBRES FAMILIARES

## 1. La familia

Aunque en Sociología se considera formada la familia por el matrimonio con los hijos, aquí incluimos otras formas según aparecen en las obras de Blasco.

Hay ejemplos de solterones, como el Tritón, tío de Ulises Ferragut, y don Juan, hermano de doña Manuela, que vive con su fiel criada Vicenta. En mujeres está Tónica la Beatita, novia de Juanito, que vive con la amiga de su madre.

Pimentó y su esposa, Pepeta, son un matrimonio sin hijos, como lo es Cañamel y Neleta. Andrés Cuadros y Teresa tienen únicamente un hijo, Andrésito, y es hija única Marieta, de La encerrada, que se casa con el tío Sento.

Doña Manuela es viuda dos veces: de su primer matrimonio tiene a Juanito, al que considera tan poco como a su difunto padre, y de su segundo le quedan Rafaelito y dos hijas, para quienes es todo su cariño. Otra viuda que cría a sus hijos sola es la siñá Tona, la madre del Retor y de Tonet, que tuvo a Roseta del señor Martines, el carabinero. El tío Paella el tartanero, de Flor de Mayo, es viudo y padre de la guapa Dolores, "descarada como una mona" por la educación descuidada que recibió al lado de su padre.<sup>112</sup>

Una familia común es la de Batiste, con varios hijos de ambos sexos.

El tío Barret y su esposa tienen cuatro hijas, pero ningún hijo, y en gran parte esto es causa de su tragedia, pues las hijas no le ayudan en el cultivo de las tierras y él se ve impotente al envejecer para hacerlas producir bastante para el sustento de la casa y el pago del arrenda-

miento. El tío Toni, de Cañas y barro, sólo tiene un hijo, Tonet, y como su mujer quiere una hija, la sacan de la Inclusa, lo mismo que hacen el tío Tòfol y su esposa, de Primavera triste, por lo que ambas niñas reciben el poco caritativo mote de Borda, recordándoles este origen.<sup>113</sup>

Los Palomas constituyen una familia en sentido más amplio, pues además del matrimonio y los hijos vive con ellos el abuelo, el viejo tío Paloma.

Está, además, la familia en sentido muy amplio, cuyos miembros no viven juntos y puede llamarse más exactamente parentela: "El tío Pascual, rodeado de su mujer, sus cuñadas y hasta los más remotos parientes, congregados por la desgracia, acogía con melancólica satisfacción este interés del vecindario por la salud de su hijo."<sup>114</sup> Lo mismo con los parientes de Cañamel: "Al morir su mujer, pobre compañera de la época de infortunio, su hermana menor, una pescadora fea, viudad y de carácter dominante, pretendió acampar en la taberna con carácter de dueña, escoltada por todos los de la familia. Halagaban a Cañamel con los cuidados que inspira un pariente rico . . ."<sup>115</sup>

La tía Quica, de Alboraya, es el ama de cría o nodriza de Amparito Pajares.

En la familia valenciana la autoridad corresponde al padre, y hay ejemplos en Blasco que así lo demuestran. El tío Caldera está orgulloso de su hijo único, pero no se lo demuestra porque parecería perder parte de su autoridad absoluta:

El tío Pascual no le había sonreído nunca. Era el padre al uso latino; el temible dueño de la casa, que, al volver del trabajo, comía solo, servido por la esposa, que aguardaba en pie, con una expresión sumisa. Pero esta máscara grave y dura de patroneo omnipotente ocultaba una admiración sin límites hacia aquel mozo que era su mejor obra.<sup>116</sup>

Sentimientos parecidos muestra el tío Tòfol, de Primavera triste:

"el tío Tófol, como todos los labriegos de raza latina, entendía la paternidad cual los antiguos romanos: con derecho de vida y muerte sobre los hijos, sintiendo cariño en lo más hondo de su voluntad; pero demostrándolo con las cejas fruncidas y alguno que otro palo."<sup>117</sup>

Es como Batiste trata a su hija, cuando la ve con el nieto del tío

Tomba:

--¡A casa, a casa! ¡Yo t'arreglaré!

Y con la terrible majestad del padre latino, señor absoluto de sus hijos, más propenso a infundir miedo que a inspirar afecto, empezó a andar, seguido por la trémula Roseta, la cual, al acercarse a su barraca, creía marchar hacia una paliza segura.<sup>118</sup>

Para el padre, los hijos son siempre como menores de edad, incapaces de tomar decisiones por sí mismos, no importa su edad: "Un día abordó a Tono con su expresión imperiosa de padre al uso latino, que considera a los hijos faltos de voluntad y dispone sin consulta de su futuro y de su vida. Debía casarse; así no estaban bien: en la casa faltaba una mujer."<sup>119</sup>

Cuando viven juntos, el abuelo sigue ocupando el lugar preeminente. Así se explica la reacción del viejo Paloma cuando Tonet le pide cuentas sobre la explotación de la Sequiota: "El tío Paloma, con la autoridad despótica que creía tener de derecho sobre toda su familia, se consideró en los primeros instantes obligado a abrirle la cabeza a su nieto con el extremo de la percha."<sup>120</sup>

La palabra tío se usa en varias acepciones. Como hermano del padre o de la madre; el tío Juan respecto a Juanito Peña, y el Tritón respecto a Ulises. Como primo de los padres, el tío Mariano, de Flor de Mayo, respecto al Retor y a Tonet.<sup>121</sup>

No aparece usada directamente refiriéndose a los suegros.

También se usa en pueblos y lugares como título de respeto hacia las personas mayores, como la chiquillería de Peñíscola dirigiéndose a Borja:

"Semejantes a los árabes, consideraban el título de tío como el más honorífico que puede darse a una persona digna de respeto . . ." <sup>122</sup> Son innumerables los ejemplos que pueden ponerse usada en este sentido: tío Barret, tío Paloma, tío Tomba, etc.

La tía Quica es un ejemplo del uso de tía refiriéndose a una mujer rústica y grosera. <sup>123</sup>

Seguida de un adjetivo despectivo, la palabra tío (o tía) es equivalente a so, y refuerza esta significación, como el "¡Tío morral!" de Visanteta en el mercado cuando el vejete le dió el pellizco, <sup>124</sup> y el "tío avaro" de Pepeta, referido a don Salvador, hablando con Rosario, la hija del tío Barret, en el barrio de Pescadores. <sup>125</sup>

En la acepción de ramera la emplea Teresa, la esposa de Cuadros, hablando con doña Mamuela acerca de Clarita. No pareciéndole bastante esta palabra, la usa en su forma despectiva: tianga. <sup>126</sup>

## 2. Nacimiento

Solamente se registran dos nacimientos, y éstos son casos muy anormales; el del hijo de Neleta y Tonet, de Cañas y barro, y el de Visanteta, en El sapo. Ambos son ilegítimos. No puede seguirse en ninguno de los dos el proceso normal propio de los hijos nacidos en el matrimonio.

En el caso de Neleta, ésta hace cuanto puede y sabe para destruir la nueva vida. Recurre a todos los procedimientos caseros que le sugiere su tía, pone en práctica todos los que Tonet oye y, no satisfecha con éstos, se aplica cuantos extraños remedios le aconsejan las curanderas de Ruzafa o de la ciudad por mediación de su tía. Pero sin éxito. El parto llega en condiciones bien excepcionales. Teniendo que guardar secreto absoluto para que no se conozca el hecho, Neleta da a luz sin más au-



xillio que el de su tía. Tonet está abajo en la taberna tratando de distraer a los parroquianos que esperan la hora de esparcirse por el lago para tomar parte en las famosas tiradas. Pero todavía se oye algo:

Hubo un momento en que se cortó la conversación. Todos oyeron un grito desgarrado, salvaje: un chillido semejante al de una persona asesinada. Pero la impasibilidad de Tonet los tranquilizó.

--L'ama está un poc mala--dijo.

Y siguieron hablando, sin prestar atención a los pasos de la vieja, que iba de un lado a otro apresuradamente, haciendo temblar el techo.<sup>127</sup>

Cuando Tonet puede, sube a la habitación, recoge el envoltorio con la criatura, se mete en la Albufera y lo abandona en los carrizales.

Este caso no sirve para estudiar las prácticas y costumbres relacionadas con el nacimiento ni las que le siguen, como bautizo, padrinzago, nombres dados al infante, etc., pero es una buena ocasión para un estudio psicológico de algunos personajes, que Blasco aprovecha.

Todas las complicaciones se hubieran evitado con el matrimonio de Neleta y Tonet después del fallecimiento de Cañamel. Pero hay dos motivos que lo impiden, nacidos indirectamente de las cláusulas del testamento de Cañamel. El primero es la avaricia del que ha estado en la miseria, mejora de posición y ve el peligro de perder lo adquirido con tantos esfuerzos: "La avaricia de la mujer rural se revelaba en Neleta con una fogosidad capaz de los mayores arrebatos. Despertábase en ella el instinto de varias generaciones de pescadores miserables roídos por la miseria, que admiraban con envidia la riqueza de los que poseen campos y venden el vino a los pobres, apoderándose lentamente del dinero."<sup>128</sup> El segundo es el odio hacia los parientes de su marido, que tanto daño le habían causado: "Sentíase capaz de un crimen, antes que entregar un alfiler a los enemigos. La posibilidad de que pudiese ser de la Samaruca una parte de las tierras de arroz que ella cuidaba con tanta pasión, le hacía ver rojo de

cólera, y sus manos se crispaban con la misma furia que en Ruzafa la hizo arrojar sobre su enemiga."<sup>129</sup>

Estos sentimientos están exacerbados en una mujer de tan fuerte carácter como Neleta, que domina tanto a Tonet como a la tía, las dos personas más allegadas y que podían tener algún ascendiente sobre ella:

Era tanta su energía al expresarse de esa manera, que Tonet no osaba replicar. Además, aquel mozo que pretendía imponerse por su valor a todo el pueblo, sentíase dominado por Neleta y le tenía miedo, adivinando que no estaba tan seguro de su afecto como creyó al principio.<sup>130</sup>

Para evitar confidencias, había despedido a la criada de la taberna, reemplazándola por su tía, aquella vieja sin voluntad, resignada a todo, que sentía cierto respeto no exento de miedo ante el genio violento de la sobrina . . .<sup>131</sup>

Calcula con toda frialdad el abandono de su hijo tan pronto nazca, contra quien siente un odio que es una monstruosidad en una madre: "Neleta odiaba con furor salvaje al ser oculto que se movía en sus entrañas, y con el puño cerrado se golpeaba bestialmente, como si quisiera aplastarlo dentro de la cálida envoltura."<sup>132</sup>

Sin embargo, a pesar de su crimen, hay en Neleta instintos maternales adormecidos que ella teme que despierten: "Neleta, al ver próximo a ella al recién nacido, hizo un gesto de terror. ¡No quería verlo; temía mirarlo! Se tenía miedo a sí misma, segura de que si fijaba un instante la vista en él, renacería la madre y le faltaría valor para dejar que se lo llevaran."<sup>133</sup>

En el caso de Visanteta tampoco se puede seguir el proceso normal porque, excepto ella, nadie sabe de qué se trata hasta que se anuncia la criatura con sus vagidos. Quien sospecha algo es el médico cuando es llamado, pero al no poder continuar el reconocimiento ante la actitud escandalizada de la madre, no puede llegar a un diagnóstico exacto. Sin embargo, es él el primero en anunciar de qué se trata cuando es llamado de nue-

vo al iniciarse el parto.

Aquí también se ven las supersticiones populares durante el embarazo, pero sin saber exactamente la naturaleza del fenómeno, pues las sospechas de los escépticos, que nunca faltan, se desvanecen ante la actitud de Carafosca, el novio.<sup>134</sup>

Don Juan es el padrino de Juanito, en Arroz y tartana, por lo que podemos deducir la participación de aquél en el nombre dado a su ahijado, lo mismo que le ocurrió al propio Blasco Ibáñez respecto a su madrina, Vicenta, pero no hay referencias a la costumbre de quien da el nombre a los recién nacidos, ni ceremonia bautismal ni nada con ella relacionado.

Sin embargo, se dan detalles minuciosos del bautizo de una barca, la que da nombre a la novela, la famosa Flor de Mayo.<sup>135</sup>

### 3. Noviazgo, amores y amoríos

Los noviazgos, amores y amoríos sirven no sólo para conocer aspectos costumbristas, sino también psicológicos. Son numerosos y variados los casos que se registran a lo largo de la producción blasquista.

Si juzgamos por el de Juanito Peña y Tonica la Beatita, y el de Tonet y Roseta, de Arroz y tartana y La barraca, respectivamente, deduciremos la timidez de los muchachos debido a la educación que han recibido de respeto a la mujer y también a la falta de confianza en sí mismos y en su habilidad para conquistar a la amada, que les hace temer estropearlo todo por un mal paso o un exceso de audacia: "En la soledad, al recordar a Tonica, avergonzábame como el que ha cometido una acción punible; las palabras intencionadas que había deslizado en la conversación martilleábanle después los oídos, y tan pronto las consideraba ridículas como exageradamente audaces."<sup>136</sup> Parecido ocurre con el nieto del tío Tomba. La

tercera noche que espera a Roseta en el camino le explica, a su manera, que echó de menos este ratito el domingo:

¡Claro! Le había tomado ley al camino... No; al camino, no; lo que le gustaba era acompañarla...

Y aquí paró en seco. Hasta le pareció a Roseta que se mordía nerviosamente la lengua para castigarla por su atrevimiento, y se pellizcaba en los sobacos por haber ido tan lejos.<sup>137</sup>

Son ellas, con frecuencia, las que, en el momento decisivo, tienen que animarlos. Es el "--¿Per qué?... ¿per qué?" de Roseta repetido varias veces el que provoca la declaración: "--¿Per qué?... Perqu' et vullch."<sup>138</sup>

Juanito ha pensado muchas veces declarar su amor a Tonica, pero siempre su timidez le hizo aplazarlo. Hasta que un día, ya completamente decidido y hallando la ocasión propicia, empieza con un "¡Tónica!" pronunciado con acento tan ahogado y angustioso que la joven le pregunta "--¿Qué ocurre?" Juanito entonces se lanza y, roto el hielo, muestra la fogosidad de su temperamento: "El pobre muchacho, roto el freno de su timidez, hablaba con vehemencia, meneaba los brazos para afirmar sus palabras, sin ver que hacía danzar locamente el paraguas, que conservaba abierto . . ."<sup>139</sup>

Esta timidez se confirma en el cuento El femater, donde se dice que "Uno de ellos era vecino del muchacho, y hasta se susurraba si andaba enamorado de una de sus hermanas, aunque no hacía más que dos años que estaba pensando en declarar su pasión."<sup>140</sup>

Se dan algunos casos en que los amadores son activos y desenvueltos, pero obsérvese que los tres muchachos han salido de su elemento y han regresado después de recorrer mundo y haber hecho vida militar: Tonet, de Cañas y barro, Visantico el Cubano, del cuento ¡Cosas de hombres!, y Tonet, de Flor de Mayo.

Ellas buscan seguridad y protección, preocupadas por la casa y el futuro hogar. Tónica se consideraría feliz "si encontrase un hombre honrado, trabajador y humilde . . . que quisiera admitir a mi desgraciada amiga."<sup>141</sup> Inconscientemente, Juanito va resultando el ideal de la joven, por lo que ésta, "apenas entraba en la tienda, buscaba con los ojos a Juanito, muchacho juicioso, tan tímido como ella y que no se permitía el menor atrevimiento."<sup>142</sup> Mientras que Roseta se siente protegida al lado del nieto del pastor, al regresar de noche de Valencia.<sup>143</sup>

La mujer valenciana, según se presenta en las obras de Blasco, no es la activa en amores, no es ella la que toma la iniciativa ni la que incita al varón, excepto por sus característicos ojos valencianos--a que en tantos pasajes se refiere el autor--que con frecuencia la traicionan. Es, no sólo pasiva, sino que por su vestir y por su actitud trata de frenar o evitar las audacias del hombre.

Roseta se prepara, como todos los domingos, para ir a misa con su madre. Se viste la saya de percal:

Luego se apretó mucho el corsé, como si no le oprimiese aún bastante aquella armazón de altas palas, un verdadero corsé de labradora, que aplastaba con crueldad el naciente pecho, pues en la huerta valenciana es impudor que las solteras no oculten los seductores adornos de la Naturaleza, para que nadie pueda pecaminosamente suponer en la virgen la futura maternidad.<sup>144</sup>

En ¡Cosas de hombres!, Visantino el Cubano y su novia se arrullan en la calle:

Él, dulzón y empalagoso, hablándole al oído; ella, grave, estirada y seria, apretando los labios como si estuviera ofendida, porque una chavala que se respete debe poner siempre al novio cara de perro.<sup>145</sup>

En La rabia se indica la actitud de los novios huertanos durante el cortejo. Después de los saludos generales, los novios iban a "sentarse en un extremo de la cocina, permaneciendo en muda contemplación o hablan-

do de las ropas y la cama para su matrimonio, sin osar aproximarse, er-  
gidos y graves, dejando entre sus cuerpos el espacio necesario 'para que  
pasase una hoz,' según decía riendo el padre de la novia."146

Roseta y su novio se ven a solas en el camino de Alboraya, de no-  
che. No faltarían ocasiones. Pero "Sus relaciones eran inocentes. Ja-  
más asomó entre ellos el punzante deseo, la audacia de la carne. Marcha-  
ban por el camino casi desierto, en la penumbra del anochecer, y la mis-  
ma soledad parecía alejar de su pensamiento todo propósito impuro."147  
Así son las relaciones de Juanito y Tonica. Todos los excesos que él se  
permite son besarle las manos: "La costurera consentía estas caricias.  
Conocía bien a Juanito. No había cuidado que pasase de ellas. Besába-  
le las manos sin que sus labios dejaran la ardorosa huella del deseo con-  
tenido."148

Las relaciones amorosas en la huerta suelen durar muchos años. Es  
una costumbre admitida que a Tonet le parece muy natural: "Cuando se ca-  
saran—alguna vez habría de ser—ya guardaría el dinero. La cosa sería  
de allí a diez o doce años; no había prisa; todos los noviazgos de la  
huerta duraban una temporada así."149

En cuestiones de moralidad sexual la posición de Blasco es que la  
pureza está en la huerta, la ciudad corrompe. Así lo expresa el joven  
sacerdote don Vicente en la crisis que sufre el día de la boda de Tona-  
ta, su compañera de la niñez: "Salido apenas del Seminario, sin con-  
tacto alguno con esa atmósfera corruptora de las grandes ciudades, vi-  
viendo en el ambiente tranquilo y virtuoso de los campos, y próximo, sin  
embargo, a caer en los más repugnantes pecados."150 Pero esto no impli-  
ca que todas las que viven en la ciudad sean coquetas o casquivanas—To-  
nica vive en la ciudad. Significa que en muchos casos la ciudad ejerce

una acción corruptora en sus habitantes.

El primer paso en este proceso es la coquetería. Las hijas de doña Manuela son coquetas, probablemente por la influencia perniciosa de su madre. Así se lo reprocha don Juan a su hermana: "Son jóvenes, están mal educadas, la conducta de su madre no puede servirles de buen ejemplo, y acostumbradas al lujo, es fácil que, al verse en la miseria, se pierdan para siempre..."<sup>151</sup> No miran el amor con la seriedad que las huertanas. En su declaración, Andresito trata de convencer a Amparito de su amor: "Y cuando con más calor hablaba Andresito de sus tormentos amorosos, la niña le interrumpió, diciéndole con su tonillo bromista, como quien accede a tomar parte en un juego:--Bueno; seremos novios... Pero, ¡por Dios, que nada sepa la mamá."<sup>152</sup> Con toda ingenuidad esta muchacha explica el propósito de cortejar: "Vamos a ver: ¿para qué tener novio una muchacha? Para lucirle, para que lo vean las amigas y rabien un poco..., ¿no es verdad? Pues ella no podía darse tal placer."<sup>153</sup> Y muestra todavía mejor su carácter el día de las fallas ante la persistencia de Andresito, cuando había roto con él por consejo de la mamá: "¿Y aún seguía allí, tieso como un poste, importunándola con sus miraditas? ¿No tenía bastante con tantos desdenes? Pues ahora verás. Y se puso a coquetear con el teniente, con el gallardo Fernando."<sup>154</sup>

Lo mismo puede decirse de su hermana Conchita.

En doña Manuela puede seguirse este proceso de corrupción debido al deseo immoderado de lujo, a la vanidad, al afán de parecer más de lo que se es, a la molicie y a la holganza. Don Eugenio, minutos antes de morir, diagnostica acertadamente esta enfermedad general: "La maldita ambición de subir y salirse de la esfera los pierde a todos..."<sup>155</sup> Es "el hambre del dinero,"<sup>156</sup> que le dice don Juan a su hermana, en quien

la enfermedad de su hijo parece despertarle el sentido del honor: "Un asomo de cordura iniciábase en aquella mujer dominada por la vanidad y la soberbia. Se había arruinado, había caído hasta en la deshonra por hacer su papel en la comedia del mundo . . ."157 Se ve cómo, siendo una coqueta, termina en el adulterio con su antiguo dependiente Antonio Cuadros, quien sufre así mismo la influencia perniciosa de la ciudad.

Los efectos en la familia son bien perjudiciales: "Su Rafaelito era un perdido: ahora lo comprendía; muy elegante, eso sí, pero inútil para librar a la familia de la miseria. Sus hijas eran unas señoritas que solo habían aprendido a figurar como muñecas bien educadas en un salón, y aun esto sin poder evitar cierta cursilería que saltaba a la vista apenas salían de su esfera."158 Sin embargo, esta cursilería es la mejor receta en opinión de don Juan para los males de su hermana: "Yo os daré [para que podáis] vivir como viven esas personas honradas y modestas a las que llamáis cursis despreciativamente... Seréis cursis, ¿lo entendéis? Más os prefiero así que convertidas en señoras tramposas, que pierden hasta su honor por engañar al mundo."159

Esta influencia dañina de la ciudad llega al máximo en el caso de las hijas del tío Barret, "acostumbradas a vivir en su casa como reinas."160 Muerto el padre en el presidio de Ceuta y la madre en el hospital, las hijas son devoradas por la ciudad. No caen por vicio ni tampoco sin lucha. Rosario se lo explica a Pepeta: "No; ella no era mala. Había trabajado en las fábricas, había servido a una familia como doméstica; pero al fin sus hermanas le dieron el ejemplo, cansadas de sufrir hambre; y allí estaba, recibiendo unas veces cariffo y otras bofetadas, hasta que reventase para siempre."161

Coqueta también es Visanteta, de El sapo, "pequeñita, maliciosa, de



gran labia, sin otra belleza en su cara morena que la de la juventud; pero con unos ojos punzantes y una gracia para mostrarse tímida, débil e interesante que enloquecía a los mozos del pueblo."<sup>162</sup>

Esta última, así como Neleta y Dolores, las dos adúlteras que hacen resaltar más la fidelidad de todas las demás valencianas de las obras de Blasco, son pescaderas, criadas en un medio muy libre por su régimen de vida, en donde la moral femenina es muy distinta del ambiente austero de la huerta, que no toleraría a un Tonet entrando en casa de su novia Dolores en las ausencias del padre de ésta como se fuese el amo,<sup>163</sup> ni el caso de la sifia Tona y el carabinero sifior Martines. Su filosofía está expresada por la tía Picores: "Además, la que quiera tener seguro a su hombre, que le ate a una pata de la cama con las cintas de sus enaguas..."<sup>164</sup>

En el caso de Dolores facilitan su caída sus antiguas relaciones con Tonet y el infantilismo de su esposo, junto con su propia falta de voluntad para soportar las frecuentes separaciones a que se refiere Mo-sén Jordi, de Mare Nostrum: "--¡Cuándo volverán los que están en el mar para que tengamos paz!... ¡Cuándo dormirán los hombres en sus casas para que os hartéis!"<sup>165</sup>

En Neleta, su juventud y su carácter, unido a la prolongada enfermedad de su achacoso marido son circunstancias que favorecen su entendimiento con Tonet. Pero no sin protestas y avisos del padre de éste.

En una comunidad de pescadores, el tío Toni representa la nota discordante. Es una muestra de la transformación de un pueblo cazador y pescador--representado por el viejo tío Paloma--en agricultor o sedentario, con apego a la propiedad, respeto a las leyes y una moral que pudiéramos llamar más burguesa con un concepto más desarrollado del honor.

Es el tío Toni quien primero ve el peligro en la conducta de Tonet: "Lo que no podía ver con calma era que su hijo pasase los días en casa de Cafiamel, frente a su antigua novia."<sup>166</sup> Ante las protestas de inocencia de su hijo, el tío Toni las cree:

Pero él conocía la vida. Ahora sólo eran miradas, y mañana, atraídos por el continuo roce, caerían en la deshonra, como consecuencia de este juego peligroso. Neleta siempre le había parecido una casquivana, y no sería ella la que diese ejemplo de prudencia.

. . . . .  
Neleta tenía marido, y el que busca la mujer ajena une la traición al pecado.<sup>167</sup>

Después de les albaes con las coplas insultantes para Cafiamel y su expulsión de la taberna, Tonet se siente más unido a su padre y le ayuda por unos días, al parecer arrepentido de su vida inútil:

El tío Toni demostró su gratitud por este arrepentimiento desarrugando el ceño y dirigiendo algunas palabras a su hijo.

Lo sabía todo. Las cosas ocurrían tal como él las anunciaba. Tonet no había procedido como un Paloma, y el padre sufrió mucho oyendo lo que se decía de él. Le hería dolorosamente ver a su hijo viviendo a costa del tabernero y robándole, además, la mujer.<sup>168</sup>

Al poco tiempo del fallecimiento de Cafiamel, Tonet vuelve a la taberna, en donde ostensiblemente vive. Esto es intolerable para su padre, que tiene con él una entrevista rápida y dolorosa:

Lo que hacía Tonet era deshonrosa para los Palomas. Él no podía tolerar que se llamara hijo suyo un hombre que vivía públicamente a expensas de una mujer que no era su esposa. Ya que quería vivir en el deshonor, alejado de su familia y sin prestarla auxilio..., ¡como si no se conocieran! Se quedaba sin padre: únicamente podría encontrarlo otra vez cuando recobrase su honra.<sup>169</sup>

Es la moral huertana sublevándose contra la idiosincrasia de los pescadores, que mira con lenidad las trasgresiones a la moral sexual.

## 4. Matrimonio

El final normal del noviazgo es el matrimonio. Llegada a él, la mujer valenciana pierde la timidez y la actitud hostil que, como un escudo protector, había desplegado durante el noviazgo y junto a su marido se excede con frecuencia en el cumplimiento de sus obligaciones en la conservación y mejora del hogar, como en el caso de Pepeta, la de Pimentó, que en realidad es quien saca adelante la casa. Para los arreglos del entierro del albaet "reapareció en ella la hembra animosa y fuerte, acostumbrada a un trabajo brutal para mantener su casa."<sup>170</sup>

La celebración del matrimonio, aspecto tan destacado de las costumbres familiares, se presenta en todos sus detalles en el cuento La cencerrada, en la boda de Marieta con el rico tío Sento. Este caso tiene, además, el interés de ser el novio viudo y cincuentón, por lo que es "obsequiado" por la noche con una fenomenal cencerrada, ruidosa manifestación de protesta social que termina en tragedia.

Marieta es la novia de Toni el Desgarrat. Y aunque le deja para casarse con un ricachón viejo, no se la puede motejar de veleidosa o carasera, como le dice su novio de la niñez en las coplas de la noche, pues todavía se siente atraída por él: "el furor del Desgarrat le producía cierta inexplicable satisfacción. No había remedio; aquel maldito le tiraba mucho. No en balde se habían criado juntos."<sup>171</sup> Su caso es una exaltación del instinto de conservación, de ver asegurado su futuro hogar, que peligraría junto a su antiguo compañero, "un vago . . . [que esperaba] para casarse que le entrasen ganas de trabajar y perder la costumbre de beberse en la taberna los cuatro terrones de su herencia en compañía de su amigo el dulzainero Dimoni, otro perdido, que venía a buscarle del inme-

diato pueblo para tomar juntos famosas borracheras, que dormían en los pajares."<sup>172</sup>

a. Antes de la boda

En consecuencia, se otorgan las capitulaciones matrimoniales en vez de organizar el nuevo matrimonio bajo el régimen de la sociedad legal de gananciales, que es lo más común y frecuente. Como letrado, Blasco menciona la cantidad específica--trescientas onzas--y los campos con que el tío Sento dota a su prometida. Por estas cantidades puede deducirse la riqueza del novio, puesto que estas donaciones por razón de matrimonio para ser válidas no pueden exceder de la décima parte de sus bienes presentes. Y la intervención del Notario garantiza que no se excede del límite legal. Es comprensible que el tío Sento sea "el primer contribuyente del distrito."<sup>173</sup> Además, el autor hace que estas capitulaciones matrimoniales consten en escritura pública notarial,--pues entre los bienes dotales hay fincas--otorgada antes de la celebración del matrimonio. Aunque no haya notario en el pueblo de la residencia de los prometidos, todavía es indispensable la presencia de este funcionario público para la validez del documento, como en este caso, en donde se dice que "llegó don Julián, el notario, en su vieja tartana, acompañado de su acólito;" y un poco más adelante, terminado el acto, "salió por fin el tío Sento de casa de los padres de Marieta con el notario y el escribiente, los que llevaba a dormir a su casa."<sup>174</sup>

La escena del otorgamiento de la escritura de las capitulaciones matrimoniales es de un verismo usual en Blasco, y se aprovecha para bosquejar algún personaje, como el notario don Julián. En ella queda patente la razón del matrimonio de Marieta:

Pero cuando llegaron las condiciones del contrato, todos se pusieron graves: un viento de egoísmo y de avaricia parecía so-

plar en aquella cocina, y hasta la novia levantaba la cabeza con los ojos brillantes y las alillas de la nariz dilatadas por la emoción al oír hablar de onzas, de la viña de la Ermita y del olivar del Camino Hondo: todo lo que iba a ser suyo. El tío Sento era el único que sonreía satisfecho de que tan honorable concurso apreciara hasta donde llegaba su generosidad.<sup>175</sup>

En esta boda se pasa por todas las etapas acostumbradas en estos casos. Parece que hay noviazgo, como se deduce de la frase "no había más que ver el aire de adoración con que contemplaba a Marieta, la sonrisa boba con que acogía todas sus palabras y las actitudes de chaval con que se mostraba a los cincuenta y seis años bien cumplidos,"<sup>176</sup> referida al tío Sento. La primera amonestación leída en la misma mayor del domingo provocó un escándalo grande.<sup>177</sup> La novia expone su dote en casa, "visitada por todas las chicas del pueblo."<sup>178</sup> Y se explica en qué consiste el ajuar y modo usual de exponerlo, los regalos de los amigos y las joyas, regalo del novio:

Las uvas de perlas para las orejas, los alfileres de pecho con sus complicados colgajos, las grandes horquillas de oro para los caracoles de las sienes, las tres agujas con cabezas de apretadas perlas que habían de atravesar el airroso rodete, y aquel aderezo, famoso en Benimuslim, que la sifia Tomasa había comprado en catorce onzas en la calle de las Platerías.<sup>179</sup>

#### b. La boda

Después de las amonestaciones viene la boda, con todos los preparativos en casa del novio. No creemos que pueda darse una mejor descripción que la de Blasco al principio del capítulo III, con el aspecto de la casa y del corral, con la gran hoguera para soflamar las aves que el cortante del pueblo mataba y los chicuelos pelaban, las paellas, el arroz en sacos, los caracoles de montaña en enormes cazuelas orladas de sal, la hornada de rollos, las especias, los pellejos conteniendo distintas

clases de vino, pasteles de todas clases, "las tortadas cubiertas de flores de caramelo y rematadas por mariposas que temblaban sobre un alambre,"<sup>180</sup> las bandejas monumentales henchidas de frutas confitadas y el trajín de los encargados de prepararlo todo.

Se describe la comitiva nupcial en busca de la novia: "ellas, con su vestido hueco y la mantilla a los ojos, y los hombres, arrastrando sus recias capas azules de larga esclavina y alto cuello, que les ponía rojas las orejas,"<sup>181</sup> y el cortejo dirigiéndose a la iglesia:

Primero, una turba de muchachos dando cabriolas en torno de Dimoni, que soplabá con la cabeza atrás y la dulzaina en alto, como si esta fuese una gran nariz, con la que husmeaba el cielo, y después venían los novios; él, con su sombrero de terciopelo, su capa con mangas que le congestionaba el sudoroso rostro, y por bajo de la cual asomaban los pies con calcetines bordados y alpargatas finas.

¿Y ella? Las mujeres no se cansaban de admirarla. ¡Reina y sifiora! Parecía una de Valencia con la mantilla de blonda, el paffolón de manila que con el largo fleco barría el polvo, la falda de seda hinchada por innumerables zagalejos, el rosario de nácar al puño, un bloque de oro y diamantes como alfiler de pecho y las orejas estiradas y rojas por el peso de aquellas enormes polcas de perlas que tantas veces había ostentado la otra:

[Y detrás] desfilaron los padrinos, el alcalde con su ronda, escopeta al hombro, y todos los convidados sudando la gota gorda bajo el peso de las ceremoniosas capas, con grandes pañuelos de atadas puntas pasadas por el brazo y henchidas de confites que habían de tirar a la salida de la iglesia.<sup>182</sup>

No se describe la ceremonia, oficiada por don Vicente el cura, que "esperaba en la iglesia."<sup>183</sup> Pero se explica el regreso de la comitiva hasta la casa del novio, en donde esperaba el chocolate para el desayuno.

Luego la novia se muda de traje mientras los convidados esperan.

A la hora de comer se sirven las tradicionales "paellas como circo, en las cuales los pedazos de pollo eran casi tantos como los granos de arroz, hinchados por el sustancioso caldo."<sup>184</sup>

Tampoco le cabe más a la descripción del banquete, en donde, comparando con el comportamiento actual de muchos comensales, se hace referencia a sus hábitos diarios:

Con el pañuelo al pecho a guisa de servilleta, había bigar-dón que tragaba como un ogro, mientras las mujeres hacían dengues, llevándose a la boca la puntita de la cuchara con dos granos de arroz, mostrando esa preocupación de la mujer campesina que considera como una falta de pudor el comer mucho en público.

Aquello era un banquete de señores; no se comía en la misma paella, sino en platos, y bebíase en vasos, lo que embarazaba a muchos de los comensales, acostumbrados a arrojar un mendrugo sobre el arroz como señal de que era llegado el momento de pasar el porrón de mano a mano.

La cortesía labriega mostrábase con toda su pegajosidad y falta de limpieza. Ofrecíanse de un extremo a otro del banquete un muslo tierno y jugoso, y de unos dedos a otros llegaba a su destino. Todo era obsequios, como si cada uno no tuviese en su plato lo mismo que le ofrecían.

La comida se animaba. Estaban ya limpias las paellas; ahora entraban los primores de la tía Pascuala, y la gente acometía los pollos asados y rellenos, las fuentes enormes de lomo con tamate, toda la cocina indígena, sólida y pesada, que desaparecía en las fauces siempre abiertas de aquellos glotonos.

Los graciosos alegraban la comida. El cura declaraba que ya no podía más, y el notario pellizcábale el tirante abdomen, buscando un huequecito para convencerle de que debía llenarlo. Algunos comenzaban a estar alumbrados, y con lengua estropajosa les decían a los novios cosas que hacían guiñar los ojillos al tío Sento y enrojecer a Marieta.<sup>185</sup>

A continuación vienen los postres. Al terminar, se describe un aspecto de la más arraigada tradición:

Marieta púsose en pie con un plato en la mano, y comenzó a dar vueltas a la mesa. Había que regalar algo a la novia para alfileres; era la costumbre. Y los parientes del novio, a quienes convenía estar en buenas relaciones, dejaban caer sobre el redóndel de loza la media onza o la dobleta fernandina, monedas relucientes y frotadas con anticipación para que perdiesen la negra patina adquirida en largo encierro.

---¡Pera agulletes!!--decía Marieta con vocecita mimosa.

Y era un gozo ver la lluvia de oro que caía sobre el plato. Todos dieron; hasta el notario, que soltó cinco duros pensando en que ya se la vengaría al presentar la cuenta de honorarios, y el cura, con gesto de dolor, sacó dos pesetas, alegando como excusa la pobreza de la Iglesia por culpa del liberalismo. ¡Ah, si mandasen los suyos!...<sup>186</sup>

Todavía sigue la fiesta, hay cantos y baile acompañados por la dulzaina de Dimoni; una muestra de la brutalidad campesina, que empieza arrojándose puñados de confites y termina tirándose los restos de bizcochos y los fragmentos de platos.

A eso de las diez de la noche se retiran los últimos familiares, y el capítulo IV describe con extraordinaria agudeza los primeros momentos a solas de los recién casados, interrumpidos bruscamente por la cerrada:

Parecía que el pueblo se venía abajo, que la casa era asaltada por todos los demonios del infierno o que había llegado el Juicio final.

Vaya un estrepito. Eran latas de petróleo golpeadas a garrotazo limpio; cabezones agitando sus innumerables cascabelles, enormes matracas y grandes cencerros sonando todos a un tiempo, y al poco rato disparáronse cohetes que silbaban y estallaban junto a la reja del estudi. Por las rendijas de las maderas penetraba un resplandor rojizo de incendio.

¡Qué cerrada, señores! Era en toda regla, con coplas alusivas que la gente celebraba con carcajadas y relinchos, y cuando cesaba momentáneamente el estrepito de latas y cencerros, sonaba la dulzaina con sus gangueos burlones y una voz acatarrada que conocía Marieta (¡vaya si la conocía!), hablaba de la vejez del novio, de lo carasera que había sido la novia . . .<sup>187</sup>

La sifia Tomasa, primera esposa del tío Sento, había dejado a éste al fallecer todos sus bienes, y el viudo había dotado a Marieta con ellos, lo que enfurece a los parientes de la difunta por considerarlo un robo que se les hacía. El tío Sento había violado escandalosamente las costumbres tradicionales al casarse con una muchacha pobre siendo él rico,<sup>188</sup> lo que ocasiona el antagonismo con el resto de las familias acomodadas del pueblo que tenían hijas casaderas. El tío Sento, apodado el Sellut,<sup>189</sup> era un cacique político y tenía muchos enemigos disimulados, que aprovecharían cualquier ocasión para demostrarle su odio si no había peligro al hacerlo. Marieta había dejado a su novio para casarse con un



ricachón, y el ser éste viudo polariza todas estas animosidades que cristalizan en la descomunal cencerrada que altera tanto al protagonista que, fuera de sí, dispara los tiros que matan al Desgarrat y ocasionan su arresto.

## 5. La muerte

Las costumbres valencianas relacionadas con la muerte quedan registradas en distintas obras de Blasco.

Pertencen a esta categoría las disposiciones testamentarias de Cafiamel, que "Declaraba su heredera a Neleta, sin mandas ni legados. Pero ordenaba que si ella volvía a casarse o demostraba con su conducta sostener relaciones amorosas con algún hombre, la parte de su fortuna de que podía disponer pasase a su cuñada y a todos los parientes de la primera esposa."<sup>190</sup> Este testamento es válido en cuanto a Neleta por no existir herederos forzosos. Y respecto a los parientes de la primer mujer de Cafiamel porque sólo se trata de los bienes de libre disposición.

Esta cláusula referente a las futuras relaciones de Neleta ocasiona indirectamente la tragedia final de Cafias y barro--el infanticidio y el suicidio de Tonet--al combinarse con la codicia y el odio de la tabernera, superiores al amor legítimo que hubiera podido gozar casándose con su amante.

En otro sentido, se pueden considerar también prevenciones para la muerte las estampas y demás sacramentales del tío Caragol, como tener sus ropas pasadas por la sagrada escalera que trajo milagrosamente al Cristo del Grao: "Todo cuanto llevaba encima estaba santificado por dicho contacto. En realidad, no era gran cosa, pues andaba por el buque ligero de ropa, con el impudor de un hombre que ve mal y se considera

más allá de las preocupaciones humanas. . . El Mare Nostrum no podía naufragar ni sufrir daño alguno mientras le llevase a él. . . El Cristo del Grao se ocupaba en protegerlos, y nada malo podría ocurrirle al buque."<sup>191</sup>

Cuando Ulises dedica definitivamente su barco a transporte de guerra quiere licenciar al tío Caragol, como había hecho con el resto de la tripulación. Cuando éste se niega, trata de persuadirle enumerándole los grandes peligros que iba a arrostrar el buque:

La sonrisa del viejo despreció estos peligros. Tenía la certidumbre de que nada malo podía ocurrirle al Mare Nostrum. Las furias del mar resultaban impotentes contra él, y menos conseguiría aún la maldad de los hombres.

--Yo sé por qué lo digo, capitán... Estoy seguro de que saldremos sanos y salvos de todos los peligros.

Pensó en sus milagrosos amuletos, en sus estampas benditas, en la protección sobrenatural que le proporcionaban sus piadosas invocaciones.<sup>192</sup>

En su último viaje, Ferragut se siente muy optimista y quiere saber la opinión del viejo. Éste se muestra tan confiado como siempre, pero por trágica ironía antes de terminar de expresar su conocido pensamiento reciben el torpedo que termina con el buque:

--No pasará nada; estoy seguro de ello... Tenemos quien vela por nosotros, y . . .

Se vió interrumpido en estas afirmaciones. La bandeja escapó de sus manos, y fué tambaleándose como un ebrio, hasta aplastar su abdomen contra la barandilla del puente. "Cristo del Grao!..."<sup>193</sup>

Poco después el viejo desaparecía entre las aguas con esta invocación en los labios.<sup>194</sup>

La agonía de Ulises Ferragut al ahogarse más parece un poético tránsito en el que se une a la mítica Anfitrite,<sup>195</sup> comparable al final de la leyenda de Bécquer Los ojos verdes.

El atracón que se da Sangonereta con la comida de don Joaquín le produce una apendicitis aguda que la lleva al sepulcro. El pare Miguel

acude a confesarle, y debido al estado del enfermo no es posible darle al Señor, por lo que el vicario le administra la extremaunción.<sup>196</sup> Esta reconciliación formal con la Iglesia enternece a las mujeres más ricas del Palmar, que al morir el soñador holgazán "quisieron que emprendiese dignamente el último viaje, y marcharon a Valencia para los preparativos del entierro, gastando en pompas fúnebres una cantidad que jamás había visto Sangonereta en vida."<sup>197</sup>

Juanito se ve atacado de una congestión cerebral de las peores y muere sin agonía y sin recobrar el sentido. Es lógico que no se hable de auxilios espirituales en sus postrimerías. Pero el entierro religioso que recibe prueba que muere dentro de la ortodoxia.

Otra muerte sin agonía es la de la Borracha a consecuencia de un mal parto: "Y, tras el feto monstruoso y sin vida, murió la madre, ante la mirada asombrada de Dimoni, que, al ver extinguirse aquella vida sin agonía ni convulsiones, no sabía si su compañera se había ido para siempre o si acababa de dormirse como cuando rodaba a sus pies la botella vacía."<sup>198</sup>

El Obispet tiene una prolongada agonía rodeado de su familia. La ciencia es impotente para ayudarle y los auxilios de la religión no son necesarios por considerarle sin malicia para pecar.

La muerte de don Salvador a manos del tío Barret es de un realismo escalofriante y muestra exactamente el estilo de Blasco:

Fue un rugido horripilante, un grito de bestia herida. Cansada la hoz de encontrar obstáculos, había derribado de un solo golpe una de las manos crispadas. Quedó colgando de los tendones y la piel, y el rojo muñón arrojó la sangre con fuerza, salpicando a Barret, que rugió al recibir en el rostro la caliente rociada.

Vaciló el viejo sobre sus piernas; pero antes de caer al suelo, la hoz partió horizontalmente contra su cuello, y ¡zas!, cortando la complicada envoltura de pafuelos, abrió una profunda hendidura, separando casi la cabeza del tronco.

Cayó don Salvador en la acequia; sus piernas quedaron en el ribazo, agitadas por un pataleo fúnebre de res degollada. Y mientras tanto, la cabeza, hundida en el barro, soltaba toda su sangre por la profunda brecha, y las aguas se teñían de rojo, siguiendo su manso curso con un murmullo plácido que alegraba el solemne silencio de la tarde.199

Es un contraste de gran dramatismo el manso curso de las rojas aguas con su murmullo plácido alegrando el solemne silencio de la tarde, y el cuerpo del usurero desangrándose en la acequia. Es ésta una muerte animal, física, como sería la de una res en el matadero, sin consideración a la condición humana de la víctima. Contrasta con el comportamiento y la clase de muerte del Morrut, tratado como un miembro de la familia falleciendo pacíficamente en su lecho de paja, como un bienaventurado que ha cumplido su misión en esta vida:

. . . Su pobre Morrut, el caballo viejo, un animal que era como de la familia . . .

Se portó como persona honrada en la época peor . . .

. . . Y ahora que, frente al ventanuco de la cuadra, se extendía un gran campo de hierba fresca, erguida, ondeante, toda para él; ahora que tenía la mesa puesta, con aquel verde y jugoso mantel que olía a gloria; ahora . . . moría de repente, sin saber de qué, tal vez en uso de su perfecto derecho al descanso, después de sacar a flote a la familia.

Se acostó un día sobre la paja, negándose a salir, mirando a Batiste con ojos vidriosos y amarillentos que nacían expiar en los labios del amo los votos y amenazas de la indignación. Parecía una persona el pobre Morrut; Batiste; al recordar su mirada, sentía muchas veces deseos de llorar.200

Llegada la muerte, se amortajan los cadáveres según se condición.

Es tarea considerada obra de misericordia--parte de enterrar a los muertos--y generalmente hay mujeres animosas que la llevan a cabo en vez de miembros de la familia.

Cuando el difunto es un infante, incapaz de pecar y puro, por lo tanto, la mortaja es blanca. Es como Pepeta viste al albaet, de La barraca:

Había que acicalar al albaet para su último viaje, vestirle de blanco, puro y resplandeciente como el alba, de la que llevaba el nombre.

Pepeta sacó de un envoltorio las últimas galas del muertecito: un hábito de gasa tejida con hebras de plata, unas sandalias, una guirnalda de flores, todo blanco, de rizada nieve, como la luz del alba, cuya pureza simbolizaba la del pobrecito albaet.

Sobre sus brazos, como una paloma blanca yerta de frío, trasladó al pobre Pascualet a la caja, a aquel altar levantado en medio de la barraca, ante el cual iba a pasar toda la huerta atraída por la curiosidad.<sup>201</sup>

El ataúd es del mismo color: "un estuche blanco, galoneado de oro, mullido en su interior como una cuna."<sup>202</sup>

Lo mismo se encuentra en "La caperuza" al morir Pilín, el hijo del fiscal de la Audiencia de Valencia: "Tu eterna cuna será esa cajita blanca, coquetona, acolchada como una bombonera . . . tu padre te coloca sobre el almohadillado de esa blanca barquilla que va a conducirte a lo desconocido . . ."<sup>203</sup>

La mortaja de las personas mayores varía, pudiendo ser un hábito religioso, como es la de Sangonereta: "Lo vistieron con un hábito religioso, dentro de un ataúd blanco con galones de plata, y el vecindario desfiló ante el cadáver del vagabundo."<sup>204</sup> Si son solteros, como en este caso, el ataúd es blanco. También lo es el del entierro que ve Juanito el día que cae enfermo: "Sus ojos estaban fijos en el féretro blanco y dorado que se mecía con el traqueteo de las ruedas, dejando en su memoria la impresión de una nubecilla surcada por rayos de sol."<sup>205</sup> Y el suyo propio: "Entre cuatro grandes cirios, sobre un tapiz fúnebre y tendido en el acolchado fondo de una caja blanca y dorada, como aquella que tanto le había seducido, pasó Juanito la noche, velado por su hermano y por Roberto, que de cuando en cuando salían al balcón para fu-

mar un cigarro."206

Esta es una de las pocas veces en que se hace referencia a un velatorio. Otra es en la muerte de la Borracha, a la que colocaron en el ataúd de los pobres:

Nadie del pueblo se dignó entrar en la casa. El duelo se componía de media docena de amigos de Dimoni, haraposos y tan borrachos como éste, que pordioseaban por los caminos, y del sepulturero de Benicófar.

Pasaron la noche velando a la difunta, yendo por turno cada dos horas a aporrear la puerta de la taberna, pidiendo que les llenasen una enorme bota . . . 207

En este último caso, bien excepcional por cierto, se menciona el duelo, compuesto de unos pocos mendigos borrachos, pordioseros de profesión, crítica indirecta al vicio de la embriaguez. El duelo o acompañamiento está formado por personas de la misma esfera social, comúnmente de la misma profesión que el difunto o su familia. Así en el entierro de Juanito:

Ya estaba allí la parroquia. ¡Abajo el muerto! Y en el salón sonaron los golpes del martillo sobre las tachuelas del féretro, que el eco repetía con extraña sonoridad. En la plazuela, los balcones se hallaban repletos de gente, como si esperase el paso de una procesión. En torno de la cruz de plata agolpábanse los negros bonetes, las rizadas sobrepellices y las lustrosas chisteras del acompañamiento. Allí estaba lo mejorcito de la Bolsa, alcistas que respiraban satisfechos por la reciente victoria; los partidarios de la baja mustios y desalentados, y los que ganaban siempre: los corredores y sus ayudantes, gente joven y amiga de Juanito, recordando con cierto enternecimiento las bromas que se permitían con aquel barbudo de corazón de niño.

En todo el camino, hasta la puerta de San Vicente, el fúnebre cortejo fué una sesión ambulante de la Bolsa. 208

Lo mismo el de Pepet, la víctima de los Bandullos:

El entierro fué una manifestación de duelo.

Aun quedaba sangre de valientes: la raza no iba a terminar tan pronto como muchos creían.

Los amos de las casas de juego marchaban en primer término tras el ataúd, como afligidos protectores del muerto, y tras ellos, todos los matones de segunda fila y los aspirantes a la clase; morralla del Mercado y del Matadero que esperaba ocasión

para revelarse, y hacía sus ensayos de guapeza yendo a pedir alguna peseta en los billares o timbas de calderilla.<sup>209</sup>

Es igual el de Pilín, el hijo del fiscal:

En la calle suenan los cánticos de la parroquia; los señores del margen, escuadrón grave, estirado, de negra ropa y brillante sombrero, te ven pasar con la indiferencia del que está acostumbrado a sucesos más graves . . . . . ahora sólo te quedan la compasión oficial, los lamentos de buena educación, ese cortejo imponente y negro que te abandona en las afueras, satisfecho de haber cumplido con el compañero, charlando un rato de sus asuntos, mientras seguía tu blanco nido . . .<sup>210</sup>

En el del albaet son huertanos y niños de la escuela quienes componen el acompañamiento:

A la salida del pueblo estaba aguardando el señor vicario con el sacristán y los monaguillos: no era caso de hacerlos esperar. . .

Cuatro muchachas con hueca falda, mantilla de seda caída sobre sus ojos y aire pudoroso y monjil, agarraron las patas de la mesilla, levantando todo el blanco catafalco. . .

Fuera, don Joaquín daba palmadas de atención: "¡A ver!... ¡Que forme toda la escuela!" . . .

Emprendieron la marcha los chichuelos, llevando en alto grandes ramos de albahaca. Don Joaquín sabía hacer bien las cosas. Después, rompiendo el gentío, aparecieron las cuatro doncellas sosteniendo el blanco y ligero altar sobre el cual iba el pobre albaet, acostado en su ataúd, moviendo la cabeza con ligero vaivén, como si se despidiese de la barraca.

Los músicos rompieron a tocar un vals juguetón y alegre, colocándose detrás del féretro, y después de ellos abalanzáronse por el camino, formando apretados grupos, todos los curiosos...

¡Bien emprendía el pobre albaet el camino del cielo de los inocentes! La vega, desperezándose voluptuosa bajo el beso del sol primaveral, envolvía al muertecito con su aliento oloroso, lo acompañaba hasta la tumba, cubriéndolo con impalpable mortaja de perfumes. Los viejos árboles, que germinaban con una savia de resurrección, parecían saludar al pequeño cadáver agitando bajo la brisa sus ramas cargadas de flores. Nunca la muerte pasó sobre la Tierra con disfraz tan hermoso.<sup>211</sup>

En este último entierro, además de una manifestación costumbrista regional y de una personificación de la muerte encontramos una poética descripción de su paso en la estación más bella, la primavera, con la huerta vistiendo sus galas más hermosas y perfumadas para despedir al albaet, representación de la inocencia sacrificada al odio de los hombres

y de sus mezquinos intereses, en su último viaje camino del cielo.

Todos los casos que presenta Blasco sirven para fijar con nuevos detalles el escenario social donde se mueven sus personajes, para delimitar con trazos más completos la psicología de los diversos grupos o planos sociales y sus reacciones en las distintas actividades, y para que se conozca mejor la región en épocas sucesivas y a través de las varias costumbres de sus habitantes.

Es indudable que Blasco busca un efecto dramático al presentar muertes en sus obras regionales, y el número de las que aparecen puede dar una impresión errónea de la frecuencia con que se dan en la vida real. No obstante, un estudio de las causas de estas muertes puede mostrar ciertos rasgos psicológicos de los valencianos, sus impulsos y el móvil de sus acciones.

En primer lugar encontramos una muerte por misericordia, para cortar el padecimiento de un ser humano atacado de una enfermedad incurable cuya larga agonía hace sufrir horriblemente tanto al paciente como a los que le asisten. Es un caso de eutanasia, condenada categóricamente por la Iglesia, pero que puede encontrar justificación en quien la practica en los sentimientos humanitarios en general, y paternales en este caso. Es la muerte del hijo del tío Caldera, atacado de hidrofobia, que hace intolerable para un padre el espectáculo de sus sufrimientos.

El mozo es mordido por un perro y al día siguiente el viejo Caldera lo lleva a casa del veterinario para que le chamusque la carne con un hierro candente: "el muchacho sufrió la operación imposible, como un buen moro de la huerta valenciana."<sup>212</sup> El veterinario no aconseja nada más, como mandarlo al médico para darle un tratamiento completo y a tiempo, como era su obligación, pues él debe saber que la cauterización no



es suficiente, y ya en 1885 Pasteur usó el tratamiento antirrábico con éxito en su primer paciente humano.

Un amanecer, pasado más de un mes, Pascualet sufre los primeros síntomas. Llamado el médico más antiguo de la huerta decide que ese caso era "cosa mayor: era asunto de los padres graves de la Medicina que estaban en Valencia y sabían más que él."<sup>213</sup> Llevado el joven a la ciudad, el médico inicia un tratamiento diario durante una semana, pero lamentando que se hubiese tardado en buscarlo. Este tratamiento no resulta eficaz y se le aplican al muchacho los remedios caseros sugeridos por la ignorancia y la superstición huertanas, pero, como puede esperarse, sin resultado. Es desahuciado por la ciencia: "El viejo médico ya no preguntaba por el enfermo. ¿Para qué? Todo había terminado. Las mujeres lloraban sin esperanza. La muerte era segura; sólo lamentaban las largas horas, los días, tal vez, que le quedaban al pobre Pascualet de atroz martirio."<sup>214</sup>

El espectáculo de este joven en sus agudas crisis es horroroso. El padre consigue atarlo a la cama, y no puede hacer nada más para ayudar al hijo "en los tormentos de un infierno anticipado, y al final ... la muerte."<sup>215</sup>

En estas circunstancias, cuando no hay remedio posible, al padre se le ocurre un pensamiento que al pronto rechaza, pero que termina por poner en práctica:

Hizo un gesto de miedo, llevándose las manos a la frente como si quisiera alejar una idea penosa. Después pareció dudar... ¿Por qué no?...

--Pa que no pene! ¡Pa que no pene!

Entró en la barraca, para volver a salir inmediatamente con su vieja escopeta de dos cañones, y corrió al ventanillo como si temiera arrepentirse, introduciendo el arma por su abertura.

. . . . .  
"¡Señor! ¡Pa que no pene! ¡Pa que no pene!" Y repitiendo

estas palabras, se afirmó la escopeta en el hombro, buscando las llaves con dedo tembloroso... ¡Pam! ¡Pam!

Blasco plantea el problema: un joven atacado de hidrofobia, incurable, cuyo padre, para abreviar los sufrimientos horribles de una larga agonía que ha de terminar fatalmente con su vida, le da muerte de un doble escopetazo--pa que no pene. La solución o desenlace del caso, a pesar de la religiosidad del padre, se explica sólo por la ignorancia de éste, demostrada al llevar al hijo al veterinario y no al médico, y darse por satisfecho con la dolorosa cauterización sin pedir un tratamiento completo y eficaz, y divulgado y practicado generalmente con éxito a principios de siglo.

La muerte de don Salvador es debida a la defensa de la tierra aunque esto parezca paradójico. Don Salvador es el "propietario legal," el amo, pero los Barrets han trabajado la tierra por muchísimos años, y se la van pasando de generación en generación.

Toda la sangre de sus abuelos estaba allí. Cinco o seis generaciones de Barrets habían pasado su vida labrando la misma tierra, volviéndola al revés, medicinando sus entrañas con ardoroso estiércol, cuidando de que no decreciera su jugo vital, acariciando y peinando con el azadón y la reja todos aquellos terrones, de los cuales no había uno que no estuviera regado con el sudor y la sangre de la familia.<sup>217</sup>

Es su tierra, y como a tal la trabajan, la cuidan, la miman; reconocen el derecho del amo para cobrar el arriendo, para aumentar éste, pero un intento de desahucio lo resistirán como si se tratara de quitarles lo suyo. Este es el sentido de la resistencia del tío Barret a abandonar sus tierras, y cuando se ve impotente para impedirlo defiende lo que considera su derecho incluso contra el dueño legal:

Si querían robarle, que lo buscasen allí, sobre los campos, que eran pedazos de su piel, y como a tales los defendería.

Un día le avisaron que por la tarde iría el Juzgado a proceder contra él, a expulsarlo de las tierras, embargando, además, para pago de sus deudas, todo cuanto tenía en la barraca.

Aquella noche ya no dormiría en ella. . .

Pero en la tarde, cuando vió venir por el camino a unos señores vestidos de negro, fúnebres pajarraços con alas de papel arrolladas bajo el brazo, y no dudó. Aquél era el enemigo. Iban a robarle.

Y sintiendo en su interior la ciega bravura del mercader moro que sufre toda clase de ofensas, pero enloquece de furor cuando le tocan su propiedad, Barret entró corriendo en su barraca, agarró la vieja escopeta que tenía siempre cargada detrás de la puerta, y, echándosela a la cara, plantóse bajo el emparrado, dispuesto a meterle dos balas al primero de aquellos bandidos de la ley que pusiera el pie en sus campos.<sup>218</sup>

Es la defensa de la propiedad uno de los motivos que impulsan al valenciano al homicidio. Es la que convierte en fieras a hombres pacíficos, a honrados trabajadores, como Sento de "Golpe doble." Éste recibe un anónimo amenazándole con incendiarle la barraca si esa misma noche no depositaba cuarenta duros en el horno que tenía frente a su barraca. Esta cantidad representa una parte importante de los ahorros de toda su vida. "Él era un hombre pacífico: . . . pero ya que querían robarle sabría defenderse. ¡Cristo! En su calma de hombre bonachón despertaba la furia de los mercaderes árabes, que se dejan apalear por el beduino, pero se tornan leones cuando les tocan su hacienda."<sup>219</sup> Y en defensa de sus intereses, de su propiedad, dispara la escopeta que le había prestado para esta ocasión su viejo vecino, más experimentado que él, matando a los dos ladrones, que resultan ser el tío Batiste, el alcalde, y su alguacil, el Sigró.

Este sentimiento es el que arma el brazo de Batiste, de La barraca, en defensa del agua para sus campos, después de la sentencia del Tribunal. Una vez metida la barrera en la acequia que da entrada al agua a su campo, como oyera cierto rumor inquietante en los vecinos cañares,

corrió a la barraca, para volver inmediatamente empufando su escopeta nueva.

Con el arma sobre el brazo y el dedo en el gatillo, estuvo más de una hora junto a la barrera de la acequia.

. . . Allí estaba Batiste como centinela de su cosecha . . .

Era tan fiera su actitud, destacándose erguido en medio de la acequia; se adivinaba en este fantasma negro tal resolución de recibir a tiros al que se presentase, que nadie salió de los inmediatos cañares, y bebieron sus campos durante una hora sin protesta alguna.<sup>220</sup>

Y no es que sea un pendenciero, un buscarruidos. Es pacífico: "Pero Batiste tenía la cólera firme de los hombres flemáticos y cachazudos, que cuando pierden la calma tardan mucho en recobrarla."<sup>221</sup>

Esta defensa de la propiedad le convierte en una fiera cuando ve herido a Blanco, su caballo recién adquirido:

Y no razonó más. Sin saber lo que hacía, regresó a la barraca, cogió su escopeta de detrás de la puerta y salió corriendo, mientras instintivamente abría la recámara de su arma para ver si los dos cañones estaban caragados. . .

Era terrible el aspecto de aquel hombretón, siempre tranquilo y cachazudo. Despertaba la fiera en él, cansado de que lo hostigasen un día y otro día. En sus ojos, inyectados de sangre, brillaba la fiebre del asesinato; todo su cuerpo se estremecía de cólera, esa terrible cólera del pacífico, que, cuando rebasa el límite de la mansedumbre, es para caer en la ferocidad.

Como un jabalí furioso se entró por los campos, pisoteando las plantas, saltando las arterias regadoras, tronchando cañares. Si abandonó el camino fue para llegar antes a la barraca de Pimentó.<sup>222</sup>

Contrasta esta actitud con el dominio sobre sí mismo cuando Roseta llega a casa después de la rifa en la Fuente de la Reina:

Batiste, al ver a su hija ensangrentada y llorosa, palideció, dando algunos pasos hacia el camino con la vista fija en la barraca de Pimentó, cuya techumbre asomaba sobre los cañares. Pero se detuvo y acabó por reír dulcemente a Roseta.<sup>223</sup>

Y con la resignación con que acoge la enfermedad y la muerte de su hijo Pascualet, víctima del odio de la huerta.

La animosidad de la huerta contra Batiste, personificada en Pimentó, "su caballero andante," y el alevoso asesinato frustrado contra el intruso--que al defenderse ocasiona la muerte de Pimentó--se pueden interpretar como defensa del derecho del trabajador huertano al cultivo de la

tierra. Y no es odio al intruso, al Forastero, pues otros de distintas secciones de la huerta, y huertanos también, por lo tanto, intentaron trabajar estos campos y recibieron el mismo trato que Batiste.<sup>224</sup>

La simpatía de la huerta hacia el tío Barret cuando mata al usure-ro don Salvador no es más que solidaridad con el arrendatario que es víctima del dueño: "Las barracas hubiesen abierto para él sus últimos escondrijos; las mujeres lo habrían ocultado bajo sus faldas."<sup>225</sup>

Los campos incultos del tío Barret son un símbolo del triunfo del derecho del labriego a cultivar los campos que ha recibido de sus padres, contra los abusos del amo legal, que no los trabaja directamente; una sana advertencia contra nuevos abusos:

Además, aquella mancha de desolación y miseria en medio de la vega servía para que los otros propietarios fuesen menos exigentes, y, tomando ejemplo en el vecino, no aumentarían los arrendamientos y se conformarían cuando los semestres tardaban en hacerse efectivos.

Los desolados campos eran el talismán que mantenía íntimamente unidos a los huertanos, en continuo tacto de codos: un monumento que proclamaba su poder sobre los dueños, el milagro de la solidaridad de la miseria contra las leyes y la riqueza de los que son señores feudales de las tierras sin trabajarlas ni sudar sobre sus terrones.

Todo esto, pensado confusamente, les hacía creer que el día en que los campos de Barret fueran cultivados la huerta sufriría toda clase de desgracias.<sup>226</sup>

Roto el equilibrio con el desahucio de Barret y la muerte del usure-ro, el abuso viene ahora de la otra parte: la falta de pago del arrendamiento, aunque reconociendo el derecho teórico del dueño representado por las dos visitas anuales de Pimentó a doña Manuela--la propietaria de sus campos--pero sin ánimo de pagar.<sup>227</sup>

Con la llegada de Batiste este éxito se desvanece y los dueños vuelven por sus fueros, como se evidencia en el cambio de actitud de éstos:

La huerta ya no era la misma que había sido durante diez años. Los amos, conejos miedosos, se habían vuelto ahora lobos intra-

tables. Ya sacaban los dientes, como en otro tiempo. . . ¿Y por qué se crecían de tal modo? Porque ya no les tenían miedo? ¡Cristo! Porque ya no estaban abandonadas e incultas las tierras de Barret, aquél espantajo de desolación, que aterraba a los amos y los hacía ser dulces y transigentes. Se había roto el encanto. Desde que un ladrón muerto de hambre había logrado imponerse a todos ellos, los propietarios se reían, y para vengarse de diez años de forzada mansedumbre, se hacían más malos que el famoso don Salvador.<sup>228</sup>

La agresión de Pimentó contra el forastero que desoye los repetidos avisos y parece desafiar a toda la huerta, es un desesperado intento de defensa de lo que los huertanos consideran su derecho, y desde el punto de vista de éstos se comete en defensa propia, "reapareciendo de golpe el antiguo odio, la solidaridad de toda la huerta, que al combatir al intruso defendía su propia existencia."<sup>229</sup>

Así se explica el cambio de sentimientos hacia el enemigo cuando le aflige una desgracia bastante grande, como la muerte del pequeño Pascualet. No son malvados de natural, y hasta sienten remordimientos y dudan de la legitimidad de sus actos al atacar a su enemigo:

Ya no era el Pimentó de otros tiempos; empezaba a conocerse. Hasta llegó a sospechar si todo lo que llevaba hecho contra Batiste y su familia era un crimen. Hubo un momento en que llegó a despreciarse. ¡Vaya una hazafia de hombre la suya!... Todas las perrerías de él y los demás vecinos sólo habían servido para quitar la vida a un pobre chicuelo.<sup>230</sup>

Otra confirmación se tiene en el cuento "La pared." Dos familias del risueño pueblecito de Campanar

Habían sido grandes amigos en otro tiempo; sus casas, aunque situadas en distinta calle, lindaban por los corrales, separados únicamente por una tapia baja. Una noche, por cuestiones de riego, un Casporra tendió en la huerta de un escopetazo a un hijo del tío Rabosa, y el hijo menor de éste, porque no se dijera que en la familia no quedaban hombres, consiguió, después de un mes de acecho, colocarle una bala entre las cejas al matador.<sup>231</sup>

Después de la primera muerte en defensa de sus cosechas, y, por tanto, de la propiedad, y de la segunda, por venganza, para satisfacer el honor

familiar, la única misión en la vida de estas dos familias parecía ser su mutuo exterminio. Con el tiempo, siendo imposible seguir matándose por la vigilancia que todos ejercían sobre ellos, terminan aislándose y para conseguirlo mejor levantan la tapia baja que separaba sus corrales a una altura que no permitía ver los tejados, viniendo a ser "aquel muro [un] monumento del odio que parecía amasado con los huesos y la sangre de las víctimas" de las dos familias.<sup>232</sup>

Un día arde la casa del tío Rabosa, un octogenario tullido que queda atrapado dentro de ella. Los nietos del viejo están en la huerta, y nadie se atreve a entrar y salvarle, hasta que llegan los tres mocetones Casporras y, sin pensarlo dos veces, se lanzan entre las llamas y sacan vivo al anciano paralítico. Siguen los viajes al interior de la casa para salvar lo que puedan de los intereses de sus enemigos, hasta que un madero al caer le rompe una pierna al más joven:

Si los nietos del tío Rabosa estuvieran allí, ni se habrían movido ellos de casa. Pero sólo se trataba de un pobre viejo al que debían proteger, como hombres de corazón.

Ardió toda la casa. Y cuando los albañiles fueron llamados para contruir otra, los nietos del tío Rabosa no los dejaron comenzar por la limpia del terreno cubierto de negros escombros. Antes tenían que hacer un trabajo más urgente: derribar la pared maldita. Y empujando el pico, ellos dieron los primeros golpes.<sup>233</sup>

Esta acción evidencia la nobleza de sus sentimientos, que, si queda oscurecida por odios, vuelve a imponerse cuando llega la ocasión.

Otra causa que impulsa al homicidio es el amor o la mujer, teniendo un efecto parecido al de la defensa de la propiedad o de los intereses, aun en las personas más pacíficas. Es la que desdobra la personalidad de un sujeto tan calmoso como el Retor y le hace reaccionar de un modo análogo al de Batiste de La barraca:

Dentro de él existían dos seres; ahora lo comprendía. El uno era el de siempre: el trabajador bondadoso y crédulo, penetrado del afecto a todos los suyos; el otro la bestia que él presentía al pensar en la posibilidad de ser engañado, y que ante la traición estremecía con un delirio de sangre.

Y echó a correr con los brazos encogidos, la cabeza baja, rugiendo como si fuese a acometer, dando furiosos encontronazos en las esquinas, guiado por el instinto, por el ansia de destrucción que le llevaba rectamente hacia su casa.<sup>234</sup>

Es la que arma el brazo del Menut en ¡Cosas de hombres! y origina la muerte del meloso Cubano.<sup>235</sup>

Es la que inspira las procacidades del Desgarrat en La cencerrada, que ponen fuera de sí al tío Sento el Sellut y le hacen cometer el homicidio con que termina el cuento.<sup>236</sup>

En defensa de su novia lanza el Menut la masa a la cara de Tono el Bizco con el subsiguiente desafío y muerte de ambos dentro de la tartana, en el cuento En la boca del horno.<sup>237</sup>

Pepet, el ribereño de Guapeza valenciana, tolera todas las impertinencias del menor de los Bandullos en la paella que celebraba el entendimiento y principio de la amistad entre estos matones, hasta que el imprudente majo afirma haberse entendido con la novia de aquél. Esto provoca la lucha que termina con la herida del Bandullo y, como represalia, la muerte a mansalva del confiado Pepet.<sup>238</sup>

Por cuestión de amores se lanza Quico el Bolsón, el roder, a esa vida azarosa, hasta que es atrapado por la traición de don José, el diputado del distrito: "A los veinte años tumbó a dos por cuestión de amores, y después, al monte con el retaco, a hacer la vida de roder, de caballero andante de la sierra."<sup>239</sup>

Este sentimiento, que hace rebelarse incluso a los hombres más pacíficos y flemáticos convirtiéndolos en fieras, no es exclusivamente valenciano, sino general. Así parece indicarlo Blasco al presentarlo en



Cañamel, que "no era del Palmar, ni siquiera valenciano. Era de muy lejos, de allá donde hablan en castellano."<sup>240</sup>

Cuando rompe con Tonet y menciona las coplas alusivas de les albaes, éste afirma ser mentira lo dicho por el sobrino de la Samaruca, lo que cree Cañamel:

Sí; seguramente era mentira. También creía él lo mismo. Esto les valía a Neleta y a Tonet; porque si él llegase a sospechar remotamente que pudieran ser ciertas las porquerías que aquellos canallas habían cantado la noche anterior, era hombre para retorcerle el pescuezo a ella y meterle un escopetazo a él entre ceja y ceja.<sup>241</sup>

Hay muertes causadas por una mezcla de superstición e ignorancia, como la de Marieta a manos de su cuñado Teulái, en "Venganza moruna." Si parece ser una venganza, como se deduciría del título, en realidad tiene el propósito de evitar un peligro considerado un mal mayor, y proteger al sobrinito de la influencia funesta de las hechicerías de su madre:

Al tomar al pequeñuelo de brazos de la aterrada vieja, casi lloró.

--¡Pobret! ¡Pobret meu!...--dijo besándole.

Y su conciencia de tío inundábase de satisfacción, seguro de haber hecho por el pequeño una gran cosa.<sup>242</sup>

Un aspecto interesante de las muertes es el suicidio, que refleja la psicología de quien lo comete y el concepto que merece a los demás.

Intento de suicidio velado es el de Juanito, de Arroz y tartana. Descubierta el deshonor de su madre, a quien él veneraba, pierde el joven todo interés por la vida. Deambula como un autómeta. Al llegar al cruce del camino del cementerio se siente atraído por el blanco ataúd de un entierro, cuyos caballos casi le atropellan. Y al llegar al paso a nivel de delante de la plaza de toros, de forma inconsciente trata de ponerse enfrente de la rugiente máquina, de donde es arrancado por las potentes manos del guardabarrera: "El guardavía mirábalo con ojos inte-

rrogantes, en los que era visible la sospecha de un intento de suicidio. Los curiosos, agolpados a ambos lados de la vía, daban a entender lo mismo con sus palabras." 243

Pero donde se presenta el suicidio sin ningún paliativo, en toda su crudeza, es al final de Cañas y barro, cuando Tonet se quita la vida.

En la soledad del carrizal, donde se refugia después de haber visto el cuerpo descompuesto de su hijo, hace un examen de conciencia y se avergüenza de la vacuidad de su vida. Su voluntad sólo había tenido fuerzas para huir del trabajo, y de la pereza sin dignidad había venido a caer en el crimen. Esto es lo que le reprocha su conciencia, que en este caso coincide tanto con la opinión de su abuelo como con la de su padre.

Le espantaba su delito. Su conciencia de padre arañábalo al despertar; pero aún sufría de una herida mayor y más sangrienta. . .

. . . ¡Confesar ante el mundo que él, el valentón, el antiguo guerrillero, para caer en el crimen sólo había osado asesinar a un hijo suyo!

Y lloraba, lloraba, sintiendo, más que los remordimientos la vergüenza de su cobardía y el despecho por su vileza.

. . . . .

Además, un miedo absorbente surgía en él con toda la fuerza del egoísmo, única pasión de su vida. 244

Es, pues, la cobardía de enfrentarse con las consecuencias de sus actos la que le impulsa al suicidio como fácil evasión de sus obligaciones. Así lo confirma el viejo Palmoma en su desprecio por la cobardía de su nieto:

. . . El infanticidio, un crimen que le hacía despreciar a Tonet, más por cobarde que por criminal. . . Tonet era cobarde dos veces, y más que por su delito, renegaba de él viendo que se mataba, loco de miedo ante las consecuencias. El señor se disparaba dos tiros antes que dar la cara; encontraba más cómodo desaparecer que pagar su falta, sufriendo el castigo. Siempre huyendo de la obligación, buscando las sendas fáciles por miedo a la lucha. 245

Y lo mismo piensa el tío Tono: "La muerte vergonzosa de aquel desdichado era un final digno de su conducta. Se lo había predicho: acabaría mal. Cuando se nace pobre, la pereza es el crimen."<sup>246</sup> Pero su instinto de padre se sobrepone y pide con insistencia al viejo que le indique el lugar donde quedaba el cadáver para recogerlo y darle sepultura en los campos que, habiendo de darle la fortuna, se convierten en su tumba.

En varios lugares más los personajes dan sus ideas sobre la vida y la muerte. Es común que aquélla los trate tan mal que no le tengan apego, y vean en la muerte su liberación, el final de sus penas, la única verdad. Así se expresa Rosario cuando el Retor amenaza matarla si comprueba que lo que le está diciendo no es verdad: "¡Matarla!... ¡Valiente caso hacía ella de la vida! Era hacerle un favor quitarla de en medio. Sin hijos, sola teniendo que hacer una vida de bestia, muerta de hambre para dar alguna peseta al señor para que no la zurrase, ¿para qué quería seguir en el mundo?"<sup>247</sup> En términos parecidos razona el Retor, una vez convencido de la infidelidad de su esposa: "¿Había acaso peor tormento que seguir en el mundo? Ahora conocía él el engaño de la vida. La única verdad era la muerte, que nunca falta ni engaña."<sup>248</sup>

Juanito, a la vista del ataúd blanco, parece desear el descanso que en él se debe de gozar, considerando la muerte como el final de sus desdichas: "También debía de estarse bien allí. Mejor que en los calabozos que antes contemplaba con envidia. El silencio para siempre, la amarga satisfacción del no ser, la grandiosa monotonía de la eternidad libre de toda alteración . . . lo único que le fortalecía era la certeza de la muerte como solución para sus males."<sup>249</sup> En tal estado de ánimo no sorprende que trate de dejarse atropellar por la máquina pocos minutos

después.<sup>250</sup> En este sentido ve la muerte su madre: "Su Juanito, el paria de la casa, era el que valía algo, y ahora estaba allí, agitando su pecho para escapar del brazo de la muerte, cansado de sufrir desdenes y olvidos."<sup>251</sup>

Otras veces, aunque cansado de luchar y ante las amarguras de la vida parezca preferible la muerte, el alto sentido del deber y la lealtad a la familia decide a un personaje a seguir la lucha para proteger a los más débiles de su casa. Tal es el caso de Batiste, que desearía unirse a su hijito en su último viaje:

¡Ay, si no quedasen los otros..., los que necesitaban sus brazos para vivir!... El pobre hombre ansiaba su anonadamiento. Pensó en la felicidad de dejar allí mismo, junto a un ribazo, aquel corpachón, cuyo sostenimiento tanto le costaba, y, agarrado a la almita de su hijo de aquel inocente, volar, volar como los bienaventurados que él había visto conducidos por ángeles en los cuadros de las iglesias.<sup>252</sup>

Es común considerar la muerte como un viaje de esta vida a la otra.<sup>253</sup>

Es muy poética la referencia a la muerte de un ser inocente, como el pobre Obispo. Batiste oye en la oscuridad un lejano campanilleo--las ovejas del tío Tomba--y piensa que su hijo habría muerto: "Tal vez este sonido tan dulce era de los ángeles, que habían bajado para llevarse-lo, y revoloteaban por la huerta, no encontrando su pobre barraca."<sup>254</sup>

Es indudable la creencia de estos personajes en el más allá, y el preferir el honor a la propia vida. Así lo declara el tío Tono cuando amonesta seriamente a Tonet: "Antes ver muerto a su hijo que avergonzarse ante tal deshonra. . . Eran hijos del lago, tranquilos en su miseria, y al emprender el último viaje, cuando los llamase Dios, podrían llegar perchando hasta los pies de su trono, mostrándole al Señor, a falta de otros méritos, las manos cubiertas de callos como las bestias, pero el

alma limpia de todo crimen." <sup>255</sup>

En el remordimiento de otros entra la creencia en un Dios ante el que han de responder de sus acciones. Así lo piensan al considerar su responsabilidad en la muerte del albaet: "¿Qué le contaría aquel pequeño al Señor cuando entrase en el cielo?..."<sup>256</sup> Esta idea de una Justicia retributiva se expresa específicamente poco después, al ver entrar a Pepeta: "Dios, que lo ve todo, ya daría a cada cual lo suyo."<sup>257</sup>

El cielo, para la mentalidad de los simples huertanos, acostumbrados al duro esfuerzo bajo un sol abrasador, es un lugar de fresco descanso. Así parece pensarlo la muchedumbre que llenaba el templo en Noche de bodas: "Miraba la deslumbrante iglesia como un palacio encantado que fuese suyo. Así entre músicas, flores e incienso, debía estarse en el cielo, aunque un poco más anchos y sudando menos."<sup>258</sup>

No hay, en las obras valencianas de Blasco, ninguna descripción de cementerios, aunque se encuentran algunas referencias a ellos. Son lugares que inspiran un miedo supersticioso, especialmente a ciertas horas a ignorantes como Nelet, de "El femater," en su primer viaje a la capital: "Corrió un poco al pasar por frente al cementerio de Valencia, por antojársele que a aquella hora podían salir los muertos a tomar el fresco, y cuando se vió lejos de la fúnebre plazoleta de palmeras, moderó su paso hasta ser éste un trotecillo menudo."<sup>259</sup> También asustan un poco a los supersticiosos jornaleros retrasados que regresan a casa al anochecer cuando oyen la dulzaina de Dimoni.<sup>260</sup>

El pueblo valenciano no se distingue por sus supersticiones, aunque no esté completamente exento de ellas, como se acaba de ver. Esto explica el escaso número de las que aparecen en estas obras. Una relacionada con los muertos es la que se menciona al referir las habilidades del tío

Batiste, el pescador más viejo de todo el Cabañal. Conocía como nadie el golfo de Valencia. "Aparte de esto, sabía muchas cosas no menos útiles; por ejemplo: que el que sale de pesca el día de las Almas corre el peligro de sacar algún muerto envuelto en sus redes . . ."261

Tampoco se distingue por el culto a los muertos, y son escasísimas las alusiones a él. Marieta, la viuda de Pepet, se atreve a visitar la tumba de su difunto marido pasadas algunas semanas, cuando puede sobreponerse al miedo que le causa su cuñado Teulaí.<sup>262</sup> Otra referencia, y que encierra la más fina poesía, se encuentra en Dimoni, después de la muerte de la compañera del bohemio dulzainero:

Y por la noche, cuando los jornaleros retrasados volvían al pueblo con la azada al hombro, oían una musiquilla dulce e interminable que parecía salir de las tumbas.

—¡Dimoni!... ¿Eres tú?

La musiquilla callaba ante los gritos de aquella gente supersticiosa, que preguntaba por ahuyentar su miedo.

Y luego, cuando los pasos se alejaban, cuando se restablecía en la inmensa vega el susurrante silencio de la noche, volvía a sonar la musiquilla, triste como un lamento, como el lloriqueo lejano de una criatura llamando a la madre que jamás había de volver.<sup>263</sup>

Las venganzas se pueden considerar como un aspecto del culto a los muertos, pues muchas veces se llevan a cabo para satisfacer el honor familiar, para reparar la ofensa recibida por alguien muerto violentamente y limpiar su memoria,<sup>264</sup> rasgo que muestra la herencia árabe por la larga convivencia de los dos pueblos en esta región.

## C. COSTUMBRES SOCIALES

## 1. Derecho consuetudinario.

La productividad excepcional de la huerta valenciana se explica, además de por la fertilidad extraordinaria del terreno, de la benignidad del clima y de la sabia distribución del agua, por el trabajo y el cuidado de los huertanos. No importa quien sea el propietario legal de las fincas, el labrador las cultiva con el máximo esmero, son sus tierras, como se ha visto,<sup>265</sup> y no se distingue en absoluto quién las trabaja como arrendatario y quién como dueño. Blasco refleja exactamente el sentir general cuando las personifica, comparándolas a una criatura a quien el labriego nutre, cuida, peina, etc.<sup>266</sup> El tío Barret mucho amaba a su mujer y a sus cuatro hijas, "pero la pasión suprema del tío Barret, el amor de sus amores, eran aquellas tierras, sobre las cuales había pasado monótona y silenciosa la historia de su familia."<sup>267</sup> Esto justifica su reacción cuando se ve desahuciado de lo que él considera suyo, así como la impresión de horror al ir a quemar la barraca, símbolo del hogar huertano:

¡Que se lo llevase todo el demonio! Al fin, era suyo, bien lo sabía Dios, y podía destruir su hacienda antes que verla en manos de ladrones.

Mas al ir a incendiar su antigua casa sintió una impresión de horror, como si tuviese ante él los cadáveres de todos sus antepasados, y arrojó los fósforos al suelo.<sup>268</sup>

En el caso de estas tierras se mencionan quiénes fueron sus dueños anteriores. Primero las poseyó "un gran señor, que al morir depositó sus pedacitos y sus fincas en el seno de la comunidad" de los religiosos de San Miguel de los Reyes, quienes ya las poseían cuando la invasión napoleónica.<sup>269</sup> Tal vez debido a las leyes desamortizadoras de Mendizábal pasarían a manos seculares,<sup>270</sup> y el propietario en la época de la acción de la novela es el usurero don Salvador, que "gozaba en toda la huerta una fama detestable, pues rara era la partida de ella donde no tuviese tierras."<sup>271</sup> Es el caso

"de los señores feudales de las tierras sin trabajarlas ni sudar sobre sus terrones" mencionado antes,<sup>272</sup> del propietario que no lleva sus tierras directamente, y sólo se preocupa de sacarles la máxima renta, sin otras consideraciones. Esto explica el aumento del arrendamiento en contra de lo que aconsejaría el más elemental sentimiento humanitario:

Aumentó, por fin, el precio del arrendamiento de las tierras. Barret protestó, y hasta lloró recordando los méritos de su familia, que había perdido la piel en aquellos campos para hacer de ellos los mejores de la huerta. Pero don Salvador se mostró inflexible. ¿Eran los mejores?... Pues debía pagar más.<sup>273</sup>

En ocasiones el arrendatario tiene jornaleros que le ayudan en sus tareas, como el tío Barret cuando ve que él solo no puede con toda la tierra: "Buscando ayuda, tomaba criados, que le robaban trabajando poco, y, finalmente, los despedía al sorprenderlos durmiendo dentro del establo en las horas de sol."<sup>274</sup> Así llevan el huerto el tío Bollo y la siña Tomasa, madre de Toneta, de Noche de bodas.<sup>275</sup> Y el valiente que quiere trabajar las tierras de Barret atraído por el bajo precio del arrendamiento.<sup>276</sup>

No todos, sin embargo, llevan las tierras arrendadas, como la hermana de Pepeta, lo que hacía que su hija fuese "insolente, orgullosa de ser única en su casa y de que su padre no fuese arrendatario de nadie, pues los cuatro campos que trabajaba eran muy suyos."<sup>277</sup>

Se encuentran muchas referencias concretas al año agrícola, con los dos semestres en que se pagan los arriendos, comenzando en Navidad y en San Juan.<sup>278</sup> También las hay a la costumbre de repartirse la tierra entre los hermanos sin contar con el dueño: "Sus tierras ya las cultivaba su abuelo. A la muerte de su padre se las habían repartido los hermanos a su gusto, siguiendo la costumbre de la huerta, sin consultar para nada al propietario. Ellos eran los que las trabajaban, los que las hacían producir, los que dejaban poco a poco la vida sobre sus terrones."<sup>279</sup> Esta última



consideración, unida al hecho de vivir en las barracas en el mismo campo y no en poblaciones, les hace sentirse tan ligados a la tierra que para todos los efectos la miran como suya, aunque con la servidumbre de tener que pagar el arrendamiento dos veces al año, que en su mente puede significar una contribución más, como para el tío Paloma pagar a la Hacienda "por dejarlos vivir en un lago que era de sus abuelos."<sup>280</sup>

Aunque a veces se preguntan el por qué de esta situación, como el "¿por qué había de pagar él? Vamos a ver: ¿por qué?"<sup>281</sup> de Pimentó, no dejan de reconocer el derecho de los dueños y acatan la ley,<sup>282</sup> como es característico de los pueblos labradores. Lo mismo le ocurre al veterano de la huerta:

Estas angustias del tío Barret por satisfacer su deuda sin poder conseguirlo acabaron por despertar en él cierto instinto de rebelión, haciendo surgir de su rudo pensamiento vagas y confusas ideas de justicia. ¿Por qué no eran suyos los campos? Todos sus abuelos habían dejado la vida entre aquellos terrones; estaban regados con el sudor de la familia; si no fuese por ellos, por los Barrets, estarían las tierras tan despobladas como la orilla del mar... Y ahora venía a apretarle la argolla, a hacerle morir con sus recordatorios aquel viejo sin entrañas que era el amo, aunque no sabía coger un azadón ni en su vida había doblgado el espinazo, impelido por el trabajo... ¡Cristo! ¡Y cómo arreglan las cosas los hombres!...

Pero estas rebeliones eran momentáneas; y volvían a él la sumisión resignada del labriego y el respeto tradicional y supersticioso para la propiedad.<sup>283</sup>

Ya se ha visto cómo el abuso del derecho de propiedad, por una parte, y la defensa del derecho de los huertanos a cultivar sus campos, por otra, ocasionan las tragedias de La barraca, que en este sentido encierra una amarga crítica social.

En una novela de costumbres huertanas no podía faltar un organismo único en su clase y, sin duda, la institución de justicia más antigua de Europa: el Tribunal de las Aguas.<sup>284</sup>

Parece que los colonos romanos fueron los primeros que abrieron cana-

les para el riego de esta fértil zona, pero los árabes los mejoraron hasta el grado de perfección actual.

Las cuestiones sobre el riego en esta huerta son antiquísimas: la destrucción de Sagunto, hacia 219 a. de J.C., fué debida, en gran parte, a la defensa de sus derechos sobre las aguas en contra de Segorbe, con la que se alió Aníbal para atacar a la histórica ciudad y provocar el conflicto con Roma, su aliada, verdadero móvil de la acción del cartaginés.

Si había canales y acequias para el riego y éste provocaba cuestiones, es lógico suponer la existencia de alguien o de algún organismo para dirimir las, por lo que cabe pensar en algún precedente del Tribunal de las Aguas en tiempo de los romanos. Pero su organización en la forma definitiva que funciona hoy es debida a los árabes, según se prueba documentalmente en el Fuero XXXV—primero referente a las aguas—dado por Jaime I al conquistar a Valencia en 1238. Dió las aguas a los valencianos para que las usaran sin ninguna servidumbre ni tributo, según fué establecido y acostumbrado en tiempo de los sarracenos: "e que prenats aquelles aigües segóns que antiguament es e fo stablit e acostumat en temps de sarrahins."<sup>285</sup>

Parece que el Tribunal de las Aguas fué establecido hacia los años 962-976, durante el reinado de Alhakem II, de quien fué maestro el sabio valenciano Ozmán el Moshafí.<sup>286</sup>

Los dueños de las tierras que riega una acequia son copropietarios de las aguas de ésta en proporción a la tierra que poseen, y forman una "Comunidad de Regantes," presidida por un Síndico, designado por elección popular entre los comuneros, que es su representante en el Tribunal. Para ser síndico se requiere ser propietario y, según las Ordenanzas, "honrado labrador de buena fama," o sea, llevar la tierra personalmente, por lo que no estarían capacitados para este cargo don Salvador ni sus hijos,

por ejemplo, de La barraca. Las "comunidades" de las acequias se rigen por viejas Ordenanzas que fueron transmitidas de viva voz por los árabes y conservadas así hasta principios del siglo XVIII, en que tuvieron que ser escritas para lograr la ratificación del nuevo rey Felipe V.

Los denunciados comparecen ante el Tribunal el jueves siguiente. Si han sido denunciados por el guarda o el atandador de la acequia no se requiere otra prueba contra el denunciado. Si el que denuncia es otro regante, se ha de presentar testigos. El denunciado puede pedir en su defensa la inspección ocular o presentar testigos en descargo suyo. Batiste no los tiene y así lo expone: "¿Valía para el tribunal la palabra de un hombre honrado? Pues ésta era la verdad, aunque no podía presentar testigos. ¡Parecía imposible que los señores síndicos, todos buenas personas, se fiasen de un pillo como Pimentó!..."<sup>287</sup> Pero Pimentó es el atandador, y, por tanto, creído bajo su palabra. La impetuosidad de Batiste, tomada como falta de respeto, también obra en perjuicio suyo.

Como garantía de imparcialidad, el síndico a cuya acequia pertenece el denunciado no toma parte en las deliberaciones, y la sentencia es propuesta por los síndicos de las acequias de la margen opuesta, "aquells que no tenen vincul vehinal ni interesos comuns contrapudents a la seua jurisdicció."<sup>288</sup>

Las multas se imponen en lliures, o sea, en libras valencianas, moneda medieval equivalente a quince reales de plata: tres pesetas y setenta y cinco céntimos en moneda actual. El sou es la vigésima parte de la lliura.

La inmensa autoridad y el prestigio sin límites del Tribunal se deben: a no conocerse ninguna injusticia ni partidismo en su casi milenaria historia, hasta el extremo de que los mismos síndicos pueden ser juzgados por el tribunal de que forman parte, sin que su condición influya para na-

da en la sentencia; a ser los trámites orales, evitándose el papeleo que suscita la suspicacia del labriego, generalmente poco letrado: "La ausencia del papel sellado y del escribano aterrador era lo que más gustaba a unas gentes acostumbradas a mirar con miedo supersticioso el arte de escribir, por lo mismo que lo desconocen";<sup>289</sup> y a ser el procedimiento sumarísimo, tan de acuerdo con la impaciencia e impetuosidad de este pueblo.

El alguacil ayuda al Tribunal en sus funciones, y su distintivo, que viene a ser también el símbolo de la institución, el gancho o bichero, es el mismo que usaban antiguamente los madereros para dirigir los troncos de los árboles por el río.

De nuevo, la exactitud y maestría de Blasco al describir las cosas de su tierra se confirma al leer la referencia que hace al capítulo IV de La barraca R. Gayano Lluch en su libro Els furs de Valencia, en la página 222, nota 2, al tratar de este Tribunal.

Esta institución, legado árabe, es especialísima también por ser tal vez el único ejemplo de administración de justicia por varios jueces, y no por uno solo. Otros rasgos que confirman su origen árabe son el reunirse en jueves, que viene a ser sábado o último día de la semana en el calendario religioso de los musulmanes; iniciarse las sesiones poco antes de las doce, cuando empieza el día para los mahometanos; el reunirse a la puerta de la Catedral: en el mismo lugar se alzaba la Mezquita Mayor de los árabes, que al ser consagrada como templo cristiano impidió la entrada a los no bautizados, y a fin de que los numerosos musulmanes que se habían quedado cultivando los campos de la huerta pudieran ser juzgados, fué preciso sacar a la puerta del templo el tribunal que antes se reunía dentro del mismo; y, por último, el hecho ya hace años en desuso, de que el presidente señalase con el pie a quien había de hablar, como hacen los

grandes señores y doctores de la Ley musulmanes en el desierto: "Parle vosté--dijo, avanzando un pie la acequia más vieja, pues, por servicio secular, el tribunal, en vez de valerse de las manos, señalaba con la blanca alpargata al que debía hablar."<sup>290</sup>

En el capítulo IV de La barraca Blasco presenta una detallada, precisa y exacta descripción del Tribunal de las Aguas, lugar de reunión, fondo histórico, composición del mismo, número de síndicos y nombres de las acequias que representan, aspecto y composición del público y hora de empezar los juicios. Describe de forma que sorprende por su realismo y exactitud el comienzo de la sesión, distintos incidentes y las reacciones que provocan, y forma de deliberar. También hay rasgos psicológicos que añaden nuevos detalles al carácter de esta gente, como su vehemencia e impetuosidad.

Todo esto es como un vívido y colorista cuadro mural en el que participan los protagonistas de estas novela: Pimentó, el atandador, como denunciante del bravo Batiste, que, defendiendo el pan de su familia, se atreve a encararse con toda la huerta, muchos de cuyos componentes forman el público de la segunda parte de la sesión del Tribunal.

Aunque la denuncia sea falsa, no creemos que haya injusticia por parte del Tribunal con la sentencia condenatoria contra Batiste. Siendo el denunciante el atandador se presume cierta la denuncia. Ante las tres infracciones de que es acusado, lo único que cabía a Batiste era presentar testigos en su defensa, y como no sólo no los tiene, sino que sus interrupciones se consideran una falta de respeto al Tribunal, la sentencia de éste no podía ser otra que la que dictó. Los síndicos no conocen a Batiste, tal vez con la excepción del que representa a su acequia, pero éste, aunque escuche las deliberaciones, no puede participar en ellas.

Los demás síndicos no tienen motivo para dudar de la veracidad y exactitud de la denuncia de un atandador, y la falta de una defensa aceptable --su sola palabra no vale contra la del atandador--y su actitud levantisca y perturbadora convence todavía más al Tribunal de la razón que asiste al denunciante.

Al principiar la sesión del Tribunal, Blasco presenta una costumbre y una institución peculiarísimas de la huerta. Luego hace intervenir a los protagonistas, con lo que el Tribunal participa en el argumento y es parte de la acción, sirve para destacar el carácter y aspectos psicológicos tanto de los protagonistas como de los huertanos; en la segunda parte del capítulo se ven las consecuencias de la primera, la acción del Tribunal y la sentencia: los campos sedientos a punto de arruinar la cosecha pidiendo agua como una criatura, la decisión impulsiva de Batiste de regarlos en contra de todo y su determinación de consumar su acto defendiéndolo con la escopeta. Ante su actitud decidida, Pimentó no se atreve a intervenir ni a denunciarlo de nuevo, esta vez con razón. Sabe qué clase de hombre es Batiste y de lo que sería capaz si le atacara abiertamente, por lo que decide dejar las cosas como están, por el momento, y esperar ocasión más propicia para atacarle sin riesgo.

Respecto a la antigüedad del Tribunal, Blasco le asigna cinco siglos,<sup>291</sup> para lo que no encontramos explicación satisfactoria, pues si se refiere al tiempo de Alhakem II, serían unos nueve siglos y medio; si a la ratificación de Jaime I, unos seis y medio; y si a la de Felipe V, sólo dos. La presidencia del Tribunal corresponde al síndico de Favara para cuantos asuntos se relacionen con las acequias de la margen izquierda, y al de Mestalla para las de la margen derecha. Puede ser correcta la referencia de Blasco "avanzando un pie la acequia más vieja,"<sup>292</sup> pues el

síndico de Favara, a quien correspondía presidir en el juicio contra Batiste, pudiera ser el más viejo.

En realidad, la fórmula que pronuncia el Presidente cuando la sentencia es condenatoria, es: "Este Tribunal li condena a pena y costes en arreglo a Ordenansas," porque el Tribunal se limita a reconocer y sentenciar si el denunciado es culpable o no, correspondiéndole al síndico propio la aplicación del castigo por la Ordenanza infringida, pues en las Ordenanzas están establecidas las penas para las distintas infracciones.<sup>293</sup> Esta desviación de la práctica establecida tiene indudablemente por objeto producir un mayor efecto dramático al hacer pública la cuantía de la multa y la reacción impulsiva de Batiste.

En varios pasajes se refleja la desconfianza levantina hacia la Justicia. Nelet recorre con admiración la casa de su hermana de leche: "pero su admiración trocóse en espanto ante una puerta entornada. Allí dentro trabajaban el papá con sus dos escribientes, y se oía su voz campanuda: 'Providencia que dicta el señor juez...' etc. ¡Cristo! Aquello asustaba a Nelet más que los municipales . . ." "Temblaba ante el gigante con el terror que inspira al infeliz el hombre de Justicia . . ."<sup>294</sup> También se ve en los consejos de don Joaquín, de Cañas y barro, al viejo pescador, después de ver el horroroso envoltorio:

El mismo cazador aconsejaba al tío Paloma una reserva absoluta. ¡Que no se le escapase una palabra! Nada habían visto. Debía recomendar el silencio a su pobre nieto, fugitivo, sin duda, por la impresión de la terrible sorpresa. . . sería una candidez que ellos hablasen, sabiendo cómo marea la Justicia a los inocentes cuando cometen la tontería de ir en su busca. Los hombres honrados deben evitar todo contacto con la ley...<sup>295</sup>

El mismo sentimiento de desconfianza y miedo se encuentra en los consejos que Pimentó da al viejo huertano, cuando quiere oponerse con la escopeta al desahucio: "¡Mucho ojo, tío Barret! Aquella gente era de Justi-

cia, y el pobre siempre pierde metiéndose con ella. Calma y mala intención, que todo llegará."<sup>296</sup> En la segunda parte de la frase le señala el curso a seguir, que coincide con la filosofía del mayor de los Bandullos, en Guapeza valenciana, al reprimir a los demás hermanos: "Lo que él aconsejaba y siempre salía bien: paciencia y mala intención."<sup>297</sup> Decididos a tomarse la justicia por su mano, es natural que no acudan a la autoridad: "A la Policía no había que tenerle cuidado. Entre valientes era de rigor el silencio. El pequeño diría en el hospital que no conocía a quien le hirió, y si era tan ruin que intentara cantar, allí estarían sus hermanos para enseñarle la obligación."<sup>298</sup>

Estas venganzas tienen como fondo la defensa del honor o del orgullo familiar: "¡Ojo, Pepet! Aquello no lo perdonarían, más que por el hermano, por el buen sentimiento de la familia."<sup>299</sup> Es el mismo sentimiento que impulsa a exterminarse a las familias de los Rabosas y Casporras, de "La pared", porque no se dijera que en la familia no quedaban hombres, repitiendo la historia de luchas y violencias de las grandes familias de la Edad Media.<sup>300</sup>

Este sentimiento es también un aspecto del culto a los muertos --pues éstos, en cierta manera, participan del honor familiar--por cuanto muchas de estas venganzas son en holocausto de un miembro de la familia que sufrió la misma suerte a manos de la víctima actual, y la muerte del enemigo tiene un sentido de reparación.<sup>301</sup>

## 2. Tipos profesionales

Se apunta la posibilidad de que parte de los primeros habitantes de Valencia llegaran por mar y se establecieran en la costa, en donde se originó la barraca valenciana al unir dos tiendas para tener un cobijo mayor.<sup>302</sup> Estos pueblos eran cazadores y pescadores, y de la costa pasarían a los alrededores de la Albufera, ya más al interior, en donde había caza



y pesca abundantes. Como las condiciones eran favorables debido al clima y a la fertilidad del suelo, muchos de ellos evolucionaron y se convirtieron en labradores, y de estas ocupaciones básicas, con el tiempo, fueron derivando todas las demás.

Las obras de Blasco reglejan con extraordinaria veracidad estas distintas etapas o aspectos del pueblo valenciano, y en una sola familia, la de los Palomas, de Cañas y barro, se encuentran tres tipos muy representativos.

En el tío Paloma se ve el grupo primitivo, cazador y pescador, con todas sus características físicas y psicológicas: su amor a la libertad, su pasión y habilidad para la caza y la pesca, su sobriedad y resistencia física, su diligencia y agilidad, desenfado e insolencia, todo corresponde a este tipo primitivo, que completan los demás habitantes del Palmar, por una parte, y el tío Pascualo y su hijo el Retor, de Flor de Mayo, con la mayoría de pescadores del Cabañal, por otra.

El tipo psicológico de la mujer, representado por Neleta, de Cañas y barro, y Dolores, de Flor de Mayo, corresponde al de las mujeres de este grupo, que no se distinguen por su fidelidad conyugal, como lo proclama la observación de la siña Tona: "Ella no aceptaba líos, como muchas otras, ni permitía que le faltasen al respeto."<sup>303</sup>

La segunda etapa en la evolución se tiene en Toni, que de pescador quiere convertirse en labriego, a pesar de la oposición de su padre basada en una cuestión de principios: "¿Cuándo se había visto un Paloma con amo? La familia había vivido siempre libre, como deben vivir los hijos de Dios que en algo se estiman, buscándose el sustento en el aire o en el agua, cazando y pescando. . . Los Palomas no servían a nadie mientras en el lago quedara algo que llevarse a la boca: aunque fuesen ranas."<sup>304</sup>

Este tipo de labrador se presenta mejor perfilado y completo en La barra-ca, con el tío Barret, Batiste y tantos otros.

El motivo de la transformación de cazadores y pescadores en agricultores se halla en el deseo de mayor seguridad y menos riesgo, con la esperanza de conseguir mayores rendimientos de su trabajo y la posibilidad de ahorrar y hacerse ricos. Así lo expone Tono en la discusión con su padre: ". . . quería sacar a la familia de su miserable postración; trabajar, no sólo para comer, sino para el ahorro. . . Que le dejasen a él trabajar a gusto, y su hijo, el pequeño Tonet, sería rico, cultivaría campos cuyos límites se perderían de vista . . . Más valía ser labrador que vivir errante en el lago, pasando hambre muchas veces y exponiéndose a recibir el balazo de un guarda de la dehesa."<sup>305</sup>

Una evolución o, más bien, desviación de los tipos anteriores se ve en Tonet, que es un abúllico, un perezoso que huye del trabajo, tal vez debido a una degeneración por los matrimonios de sus dos ascendientes inmediatos con mujeres débiles. Entra en la milicia, que si bien supone riesgo de su propia vida, exige menos trabajo que el cultivo sostenido de los campos y la pesca diaria. Y nótese la reacción de sus ascendientes: el viejo Paloma se alegra porque espera que esta experiencia le convierta en un hombre, enderezándole, "y si moría, un vago menos,"<sup>306</sup> mientras que su padre teme por él. Este tipo se repite en su tocayo de Flor de Mayo, que sienta plaza en la Marina de guerra. Cada uno vive a costa de una mujer; ambos son indolentes para ganarse el sustento por sí mismos, y cometen acciones criminales.

Otra etapa de esta evolución la representa Pimentó, otro vago que busca todos los medios para escapar del trabajo.

Un caso de emancipación de las labores agrícolas se da en Visantet,

el hijo de los Bollos, el mocetón de Noche de bodas, "protegido por doña Ramona, que en vista de su afición a la lectura y de cierta viveza de ingenio, quería hacer un sacerdote de aquel retoño de la miseria rural."<sup>307</sup> Para él, el día que cantó la primera misa "se emancipaba de la esclavitud del terruño, entraba en este mundo poderoso que no repara en orígenes . . . La vida de superioridad y respetos comenzaba para él."<sup>308</sup> No se trata de un caso de gran ambición o de codicia, tampoco de verdadera vocación. Se le presenta la oportunidad de tener una carrera, de ascender en la escala social, y la aprovecha por las ventajas que parece tener: "No era ambicioso, no pensaba ir más allá de un modesto curato de misa y olla; pero le satisfacía que el hijo de unos miserables perteneciese con el tiempo a una clase tan poderosa, y mecido por tales ilusiones, se entregó de lleno a la vocación que iba a sacarle del subsuelo social."<sup>309</sup> Pero cuando se da cuenta de cuál es el precio que ha de pagar, ya es tarde:

La ambición, el deseo de emanciparse de la miseria, le habían enterrado. Cuando creía subir a envidiosas alturas, veíase cayendo en lobreces de fondo desconocido.

Sus compañeros de pobreza, los que sufrían hambre y doblaban la espalda sobre el surco, eran más felices que él . . . . . [y] gimió con desesperación, sintiendo en torno de él el vacío y la frialdad.<sup>310</sup>

El cambio, pues, no trae siempre la felicidad, como no se la trajo ni a doña Manuela, que cayó en la abyección por querer mantener su nuevo rango, ni a su marido, que murió, probablemente, por el cambio, como se lo había profetizado don Eugenio: "Tú nos engañas. No, no eres feliz..., aunque me lo jures. Tú tienes, como yo, sangre de comerciante, y el que nos saque de este mostrador y nuestras costumbres, nos mata... Tú no puedes tirar con una vida así... Jaula nueva, pájaro muerto."<sup>311</sup>

Tampoco se la hubiera traído a Pascualo el Retor, que tiene el buen sentido, empujado por su instinto, de seguir en la misma profesión, si

bien mejorando de barca y de aparejos, después del éxito de la operación del contrabando.

El pare Miquel parece el caso de un cazador convertido en sacerdote: "Cazador infatigable, apenas terminaba su misa se calzaba las alpargatas de esparto, encasquetábase la gorra de piel, y seguido por su perro, metíase dehesa adentro o hacía correr su barquito por entre los espesos carrizales para tirar a las pollas de agua."<sup>312</sup> Pero esta transformación no le hace desgraciado, pues en realidad se considera en su elemento.

En Batiste apunta Blasco el proceso de degeneración que partiendo de un trabajador consciente, con la abundancia de las cosechas y dinero recién adquirido se toma un descanso bien merecido, se dejó ganar por la voluptuosidad y, de seguir por ese camino, llegaría al vicio.<sup>313</sup>

Se dan muchos casos de labradores y pescadores que venden sus productos en Valencia, como puede verse en el capítulo I de Arroz y tartana y de Flor de Mayo, entre otros muchísimos lugares. El exceso de producción obliga a vender y transformar los productos, con lo que nace el comercio y la industria, y la necesidad de grandes aglomeraciones urbanas, en donde puedan realizarse estas operaciones, lo que explica la situación y desarrollo de Valencia.

La venta de los productos obtenidos la realizan las mujeres. Éstas ayudan económicamente a la familia de otras varias maneras, como trabajando en talleres y fábricas, pero no en el cultivo directo de las tierras. Sólo en casos muy extremos ayudan al marido o al padre directamente, como al principio de establecerse Batiste en el campo: "Y, ayudado por su mujer y los chicos, empezó a quemar al día siguiente de su llegada toda la vegetación parásita. . . Teresa, la mujer, y Roseta, la hija mayor, con las faldas recogidas entre las piernas y azadón en mano, cavaban con más

ardor que un jornalero, descansando solamente para echarse atrás las greñas caídas sobre la sudorosa y roja frente."<sup>314</sup> O en alguna ocasión las hijas del tío Barret "para descansar un poco a su pobre padre."<sup>315</sup> Las dos excepciones--las dos muchachas apodadas Borda de Primavera triste y Cañas y barro--son hijas adoptivas.

Las mujeres suelen ser más codiciosas que los hombres, como se ve en Neleta, que "Tenía sus pretensiones de ambiciosa. No siempre había de estar llenando copas y tratando con beodos; quería acabar sus días en Valencia, en un piso, como una señora que vive de sus rentas."<sup>316</sup> Son las que estimulan al marido para salir de su estado, como Dolores al sugerir al Retor el negocio del contrabando;<sup>317</sup> pero aunque éste salió bien, Pascualo no abandonó la profesión, pues la llevaba en la sangre, era parte de su naturaleza.

El comercio, aun cumpliendo una importante función económica, no es un fin en sí mismo, sino un medio para enriquecerse. El ideal del comerciante valenciano es hacerse rico, dejar el comercio y dedicarse a vivir de sus rentas. Esta actividad está representada en Las Tres Rosas, que enriquece a tres familias o generaciones: el fundador don Eugenio García, Melchor Peña y los Cuadros. Estos últimos, cuando quiebran por las equivocadas jugadas de bolsa del financiero Morte, estaban dispuestos a traspasar el establecimiento a Juanito. Pero las aspiraciones del comercio valenciano son modestas y se consideran ricos cuando sólo tienen un desahogado pasar, lo que explica, por una parte, la ausencia de grandes fortunas, y, por otra, las dificultades financieras de doña Manuela a lo largo de toda la novela Arroz y tartana.

La industria valenciana está representada por la de la seda, tan importante en otros tiempos, que en ella estaba "la riqueza y la honra de

Valencia,"<sup>318</sup> pero que en la época de Blasco se encontraba en vías de desaparición. Esta industria y las causas de su decadencia muestran aspectos psicológicos valencianos:

Aquí trabajaban los velluters, aquella gente que por su tonillo docto era el prototipo de la pedantería, pero que resultaba respetable por ser la fiel guardadora de las costumbres tradicionales, la sostenedora de ese carácter valenciano, sobrio, alegre y dicharóchero, que casi ha desaparecido. . .

. . . Su carácter era sutil como la seda; acostumbrados a las labores difíciles, menudas y complicadas, eran meticulosos y . . . amantes de la equidad . . .

. . . Con hombres así no había miedo a ser robado, y la confianza entre amos y obreros era completa.<sup>319</sup>

Según don Juan, el desastre ocurrió "por culpa del maldito Lyon, de esos gabachos que, con sus máquinas endiabladas, nos han arruinado..."<sup>320</sup> Cuando en realidad, los responsables son los propios valencianos, su falta de iniciativa y de imaginación industrial, su incapacidad para inventar nuevos métodos, procedimientos y productos, y su inhabilidad para adaptarse a los nuevos tiempos, aprovechándose de la experiencia ajena.

En El último león se tiene un ejemplo de otra actividad industrial, los curtidos, que sí que evoluciona de acuerdo con los tiempos modernos, y como contraste Blasco la compara con la antigua, la de los blanquers tradicionales, personificada en el señor Vicente:

Él era el único representante de las glorias del gremio, el último superviviente de aquellos blanquers, honra de la historia valenciana. Los nietos de sus antiguos camaradas se habían pervertido con el progreso de los tiempos: eran dueños de grandes fábricas con centenares de obreros; pero se verían apurados se los obligaban a curtir una piel con sus manos blandas de comerciantes. Sólo él podía llamarse blanquer, trabajando diariamente en su casucha, cercana a la casa gremial; maestro y obrero a un tiempo, sin otros auxiliares que los hijos y los nietos; el taller a la antigua usanza, con un dulce ambiente de familia, sin amenazas de huelga ni disgustos por la cuantía del jornal.<sup>321</sup>

Otra degeneración de los tipos más activos está representada en Sangonera. Lo mismo que su padre, es un vago, un parásito social, un borra-

chín: "Tenía el firme propósito de no trabajar, como los demás hombres, diciendo que el trabajo era un insulto a Dios."<sup>322</sup> Pero él basa su actitud en principios religiosos, aprendidos en sus buenos tiempos de sacristán. Explica a su compeñero de correrías su filosofía: "No, Tonet; él no podía trabajar; él no trabájaría aunque lo obligasen. El trabajo era obra del diablo: una desobediencia a Dios, el más grave de los pecados. . . y no quería perder su alma entregándose al trabajo regular y monótono para . . . asegurar el pan del día siguiente. Esto equivalía a dudar de la misericordia de Dios, que no abandona nunca a sus criaturas; y él, ante todo, era cristiano."<sup>323</sup> La única vez que se sale de esta norma de conducta, cuando ayuda a don Joaquín en las tiradas sustituyendo a su amigo Tonet, le cuesta la vida.

También tiene un fondo religioso su afición a la bebida, que, a más de ser inofensiva, aumentaba su admiración por el creador, haciéndole apreciar mejor la belleza de su obra: "Su embriaguez a nadie causaba daño, y el vino era cosa santa: por algo sirve en el diario sacrificio a la divinidad. El mundo era hermoso; pero, visto a través de un vaso de vino, parecía más sonriente, de colores más vivos, y se admiraba con mayor vehemencia a su poderoso autor. . . La hermosura del paisaje se le metía en el alma, y si la contemplaba al través de varios vasos de vino, suspiraba de ternura como un chiquillo."<sup>324</sup> Y así esperaba la segunda venida del Redentor para salvar de nuevo a la humanidad, que, en su ceguera, se apartaba de las doctrinas del Divino Maestro, condenándose anticipadamente: "Los que desoían al Señor trabajaban mucho, muchísimo; pero la humanidad era infeliz, y se fabricaba el infierno en el mundo."<sup>325</sup>

Otro tipo muy interesante está representado en Dimoni, que tiene en común con su amigo Sangoneréta su aversión al trabajo y su inclinación

al vino: "¿Trabajar? No, y mil veces no. Él había nacido para borracho."<sup>326</sup>

Pero Dimoni hace algo útil: toca la dulzaina en las procesiones y fiestas populares. Es un músico. Un artista, que si se entrega con frecuencia a la bebida, lo hace para inspirarse, pues es entonces cuando su arte, rústico pero genial, se muestra en su plenitud, asombrando al rudo auditorio que le rodea: ". . . cuando se agotaba el repertorio burlesco, Dimoni, soñoliento por la digestión del alcohol, lanzábase en su mundo imaginario, y ante su público, silencioso y embobado, imitaba la charla de los gorriónes, el murmullo de los campos de trigo en los días de viento, el lejano sonar de las campanas . . ."<sup>327</sup> Dentro del espacio limitado de la zona valenciana, es un tipo andariego, que se traslada continuamente de una población a otra.

A lo largo de la accidentada historia de España han representado un papel muy importante los guerrilleros, salidos de todas las capas sociales, pero cuya base estaba formada por los pastores debido a su excepcional conocimiento de la áspera orografía española. Blasco combinó estos dos tipos en el tío Tomba, "un anciano casi ciego que guardaba el pobre rebaño de un carnicero de Alboraya, [y que hace muchos años] iba por el mundo, en la partida del Fraille, disparando trabucazos contra franceses."<sup>328</sup> El viejo vive recordando el pasado y, "a falta de auditorio, relataba todos los días sus hazañas de guerrillero a su rebaño de sucias ovejas."<sup>329</sup> Cuando de tarde en tarde se acercaba a la escuela de don Joaquín, encontraba en éste, su esposa y los niños mayores un público dispuesto a oír sus eternas historias, sin más diferencia que el aumento progresivo del número de franceses muertos.<sup>330</sup> Es el único que se atreve a hablar en términos amistosos a Batiste desde su primera entrevista, cuando, "alzando sus descarnados brazos, y con cierta entonación de hechice-



ro que augura el porvenir o de profeta que husmea la ruina,"<sup>331</sup> ya le aconseja que abandone las tierras malditas y se vaya a otros lugares más propicios. Blasco lo usa como el coro de la tragedia griega, profetizando y preparando el ánimo con su eterno Creume, fill meu: ¡te portarán desgrasia! para lo que ha de ocurrir: "Era algo fatal: aquellas tierras habían sido maldecidas por los pobres, y no podían dar más que frutos de maldición."<sup>332</sup>

El tipo del bandido, frecuente en los tiempos de Blasco, está representado en Quico Bolson, de quien se da un detallado retrato en el cuento La paella del 'roder':

Saltaba como una cabra, conocía todos los rincones de la sierra, partía de un balazo una moneda en el aire, y la Guardia Civil, cansada de correrías infructuosas, acabó por no verle. Ladrón, eso nunca. Tenía sus desplantes de caballero, comía en el monte lo que le daban por admiración o miedo los de las masías, y si salía en el distrito algún ratero, pronto le alcanzaba su retaco; él tenía su honradez y no quería cargar con robos ajenos. Sangre..., eso sí, hasta los codos. Para él, un hombre valía menos que una piedra del camino; aquella bestia feroz usaba magistralmente todas las suertes de matar al enemigo: con bala, con navaja, frente a frente, si tenían agallas para ir en su busca; a la espera y emboscado, si eran tan recelosos y astutos como él. Por celos había ido suprimiendo a los otros roders que infestaban la sierra; en los caminos, uno hoy y otro mañana, había asesinado a antiguos enemigos, y muchas veces bajó a los pueblos en domingo para dejar tendidos en la plaza, a la salida de la misa mayor, a alcaldes o propietarios influyentes.<sup>333</sup>

Estos tipos eran con frecuencia instrumentos de los caciques, que los protegían a cambio de sus servicios:

Ya no le molestaban ni le perseguían. Mataba por pasión política a hombres que apenas conocía, por asegurar el triunfo de don José, eterno representante del distrito. La bestia feroz era, sin darse cuenta de ello, una garra del gran pólipo electoral que se agitaba allá lejos en el ministerio de la Gobernación.<sup>334</sup>

El final del cuento no deja lugar a dudas sobre quién es peor, el roder o sus protectores: "Pillo, sí; pero más pillito es el que huye," referido al jefe político. Este tipo de cacique se estudia en Rafael Brull, el protagonista de Entre naranjos.

Flor de Mayo es la novela del pueblo pescador, con sus tipos, ambiente, afanes y miserias. La barraca es la novela de la huerta, del pueblo labrador, presentado también en un ambiente de máximo realismo, con sus problemas, pasiones, debilidades, virtudes, instituciones y costumbres. Gaños y barro es la novela de la Albufera, en la que, debido a sus características especiales, se dan los tipos de cazadores, pescadores y agricultores, representado este último en el cultivo del arroz y en el tío Tono, con sus esfuerzos para convertirse en labrador. Arroz y tartana es la novela de la clase media valenciana, y, lo mismo que ocurre en la realidad, sus tipos y actividades se hallan estrechamente relacionados con el mar, la huerta y la Albufera.

Se ha visto la maestría de Blasco al presentar, describir y utilizar los aspectos geográficos de la región. Nos atrevemos a decir que en estas descripciones es inimitable, y así parece reconocerlo Azorín cuando en El paisaje de España, al presentar a Valencia transcribe páginas enteras de su genial paisano,<sup>335</sup> lo que no hubiera hecho de no ser estas descripciones de una belleza insuperable y de una exactitud extrema.

Al estudiar los tipos se tiene la misma impresión. Al leer las novelas y cuentos valencianos se tiene la sensación de estar viviendo en el ambiente social que en ellos se presenta, que se conviva con los personajes que allí aparecen. Y no es sorprendente que así ocurra si se considera que la mayoría de éstos existieron realmente y fueron conocidos por Blasco.<sup>336</sup> Nuestro autor es excelente en la pintura y utilización de estos personajes, y el realismo de los mismos es extraordinariamente exacto, como puede confirmar cualquiera familiarizado con la región. Este efecto de vida, esta sensación de ambiente social real, se consigue con un mínimo de personajes principales, pocos secundarios y la masa, entre la que

se mueven los demás. Cada uno tiene su misión, su cometido, que realiza sobriamente.

En cuanto a las costumbres, en Arroz y tartana se presentan por riguroso orden cronológico las más destacadas, desde la víspera de Navidad hasta el final del verano. Desde el punto de vista del costumbrismo es su novela más importante por el número de las que describe y presenta. En las otras obras completa las allí presentadas y el conjunto da la impresión real de la vida valenciana. Un análisis de las obras revela el reducido número de las que se vale en cada una--excepto Arroz y tartana--para dar esta impresión.

Este efecto artístico se consigue con su extraordinaria habilidad y acierto en la selección y presentación de las costumbres. Podríamos decir que es como un pintor que con un mínimo de colores diese la impresión de vida, de realidad, de lo que quiere expresar. Sus obras valencianas son presentaciones vigorosas y plásticas de la vida de la región como nadie ha hecho todavía.

## VI. COSTUMBRES DE OTRAS REGIONES

### 1. Baleares

En Los muertos mandan, la novela de las Baleares, no se presenta ninguna fiesta religiosa en particular, ni relacionada con la vida y muerte de Jesucristo, en honor de la Virgen o de advocaciones particulares. Únicamente se presenta la costumbre de ir a misa los domingos, y cómo se guarda esta fiesta dominical.

Viviendo la población de Ibiza diseminada por la isla, la fiesta dominguera es una ocasión para reunirse una vez a la semana los que habitan en el mismo cuartón.

Jaime Febrer, sintiéndose solitario en la torre, sin tener nada que hacer e imposibilitado de salir al mar por falta de barquero que le acompañe, decide ir el domingo por la mañana al pueblo, San José. Refugiado del calor del sol bajo las arcadas de un pequeño claustro que precedía a la iglesia, desde allí puede observar a placer la entrada y salida de los feligreses, y al describir su aspecto se dan detalles de su indumentaria y actuación.<sup>1</sup> También se describe la iglesia y su uso como fortaleza en otros tiempos, sirviendo de refugio contra las correrías de los piratas moros.

Terminada la misa, los payeses van a casa a comer. Por la tarde se vuelven a reunir frente a la iglesia, en donde tiene lugar el baile al son de la larga flauta de madera, del tamboril y de las castañolas. Esta escena recuerda los bailes de las fiestas del Palmar por la noche--la cháquera vella o baile al estilo de Torrente--, pero el uso que hace de estas dos danzas es distinto. En Cañas y barro el baile es un episodio de la fiesta, una nota colorista que forma parte de un todo sirviéndole de

fondo, mientras que en Los muertos mandan es mucho más que una manifestación costumbrista. Se refiere a la curta y la llarga, modalidades de la misma danza que ni Jaime, ni al parecer Blasco, saben distinguir bien:

"La larga y la corta eran los dos únicos bailes de la isla. Febrer no había llegado nunca a distinguirlos: una simple variación de ritmo, pues la música y la danza siempre parecían iguales."<sup>2</sup> Se describe el baile, el aspecto de las parejas y la función del hombre y de la mujer, que responden a un pasado lejano: "El bailarín era el hombre. Reproduciase en esta danza tradicional, inventada, sin duda, por los primeros pobladores de la isla, rudos piratas de la edad heroica; la eterna historia de los humanos, la persecución y la caza de la hembra."<sup>3</sup> También se muestran aspectos psicológicos en la forma de iniciarse la danza y en los cambios de pareja, y se hace referencia a hábitos y costumbres tradicionales y a la afición a las armas, con la escena del cacheo<sup>4</sup> y el disparo de la pistola del Ferrer a los pies de su pareja, "la suprema galantería de los hombres valientes, el mayor homenaje que podía recibir una atlota de la isla."<sup>5</sup>

Se muestra el carácter de algunos personajes que juegan un papel importante, como el Capellanet, el Ferrer y el Cantó, y los sentimientos que el verro inspira al protagonista: "Febrer era el único que no parecía entusiasmado por esta hazaña galante del verro. '¡Maldito presidiario!...' No sabía ciertamente el motivo de su furia, pero era algo inevitable... A este tío le pegaría él,"<sup>6</sup> que anuncian antagonismos y luchas. En este baile los atlots piden a Pep que se inicie el cortejo de Margalida, episodio importante de la vida isleña y de la novela que la refleja.

Una parte de la fiesta son las improvisaciones en verso, del Cantó atacando a las mujeres, y de Margalida defendiéndolas, que no son exclusivas de esta región.

En esta novela se mencionan fiestas históricas, como la de moros y cristianos, que no aparecen en las obras valencianas, a pesar de que en algunos lugares, como Alcoy, tienen gran desarrollo. Estas fiestas las evoca Febrer en su viaje a Valldemosa, sumidas en la nostalgia de los recuerdos de la niñez cuando iba con su familia a Sóller. Eran "la regocijada conmemoración de la victoria conseguida por los payeses de Sóller sobre una flota de corsarios turcos en el siglo XVI."<sup>7</sup>

Como siempre que se reúne una multitud, Blasco la describe dando detalles de sus componentes, indumentaria y aspecto. También explica en qué consiste la fiesta y sus partes, así como los episodios destacados: "En el puerto, los pescadores disfrazados de musulmanes y de guerreros cristianos, fingían a trabucazos y estocadas sobre sus pobres barcas una batalla naval, o se perseguían por los caminos inmediatos a la costa."<sup>8</sup> En la iglesia se celebraba una fiesta para conmemorar la milagrosa victoria cristiana, recordada por el predicador en el sermón. Además de relacionar el pasado de la isla, su historia, con el presente, ayuda a conocer la mentalidad de la gente al mostrar su actuación y reacciones.

Del Carnaval se hace una rápida referencia, relacionada con la estancia en Mallorca de la pareja famosa: Jorge Sand y Chopin:

Una noche de Carnaval, la cartuja fué invadida por los moros. Eran jóvenes de Palma que, después de recorrer la ciudad disfrazados de berberiscos, pensaron en la francesa, avergonzados, sin duda, del aislamiento en que la tenían las gentes. . . En una pieza de la celda bailaron danzas españolas, que el músico seguía atentamente con sus ojos de fiebre, mientras la novelista iba de un grupo a otro, sintiendo la simple alegría de la burguesa que no se ve olvidada.<sup>9</sup>

La referencia al nacimiento de un Febrer se aprovecha para explicar la división en castas de Mallorca y algunas de sus costumbres sociales:

La venida al mundo de Febrer era un acontecimiento del que se hablaba en toda la ciudad. La gran dama parturienta permanecía recluida en su palacio cuarenta días, y en todo este tiempo las puertas estaban abiertas, el zaguán lleno de carrozas, la ser-

vidumbre formada en la antecámara, los salones llenos de visitas, las mesas cubiertas de dulces, bizcochos y refrescos. Había días de la semana destinados a la recepción de cada clase social. Unos eran únicamente para los butifarras, aristocracia de la aristocracia, casas privilegiadas, contadísimas familias, unidas todas por el parentesco de continuos cruces; otros días, para los caballeros, nobleza tradicional que vivía, sin saber por qué, supeditada a los anteriores; luego se recibía a los moçons, clase inferior, pero en trato familiar con los grandes, intelectuales de la época, médicos, abogados y escribanos que prestaban sus servicios a las familias ilustres.<sup>10</sup>

Valls completa la explicación, añadiendo "los mercaderes y los menestrales, y a continuación, los payeses, cultivadores del suelo. Abriase un enorme paréntesis en el orden seguido por Dios al crear a unos y a otros: un vasto espacio libre que cada cual podía poblar a su capricho."<sup>11</sup> Él lo poblaba con varios animales domésticos y, al final, los chuetas, parias de la isla, conocidos descendientes de los últimos judíos conversos: "Ser chueta . . . era la peor desgracia que le podía ocurrir a un mallorquín. . . . El chueta . . . en Mallorca era un réprobo, una especie de apestado, que sólo podía emparentar con los suyos."<sup>12</sup>

Jaime, un butifarra, trata de solucionar su desastrosa situación económica casándose con una chueta, pero tiene que desistir ante la oposición que encuentra en todas las capas sociales, representadas por madó Antonia, su sirvienta, por Toni Clapé, el contrabandista enriquecido, por Pablo Valls, su amigo el chueta y tío de la muchacha, y, finalmente, por los de su misma esfera y familia, la Papisa Juana, su tía, que tanto se parece a Doña Perfecta, de Galdós. Fracasada esta solución e incapaz de presenciar su ruina económica, huye a Ibiza, escenario de las dos últimas partes de la novela.

En esta isla se enamora de una joven payesa, Margalida. De nuevo hay un conflicto de castas, entre un butifarra y una payesa, pero sin la insoluble incompatibilidad de cuando se trata de una chueta. Jaime encuentra,

además, el antagonismo de los atlots de la isla por su doble carácter de forastero y mallorquín, que muestra la rivalidad entre estas dos islas hermanas. El único que está de su parte es el Capellanet, hermano de Margalida, que a sus razones de admiración, simpatía y gratitud une otras no tan desinteresadas.

La familia de Pep puede tomarse como típica, con el padre, la madre, un hijo y una hija. Aunque sin el énfasis y repetición de cuando se trata de la familia valenciana, también el padre lo es a uso latino, como se ve cuando Pep invita a entrar a quien golpeaba en la puerta: "Pep, despertado por estos golpes, se incorporó en su asiento. ¡Avant qui siga! Invitaba a entrar con una majestad de padre de familia al uso latino, señor absoluto de su casa."<sup>13</sup>

Es costumbre de la isla que cuando en una familia payesa hay un hijo y una hija, las tierras sean para el hijo. Pero cuando el hijo, como en este caso, "era listo en asuntos de letra," se le destina al Seminario de Ibiza: "Pepet, su hijo, estaba llamado a más altos destinos: iba a ser cura, y después que cantase misa entraría en un regimiento o se embarcaría con rumbo a América, como lo habían hecho otros ibicencos que recogían allá mucho dinero y lo enviaban a sus padres para comprar tierras en la isla."<sup>14</sup> Al muchacho no le gusta esta idea y prefiere cultivar la tierra a ser sacerdote: "el sifó Pep hablaba en todas partes de dar Can Mallorca al yerno cuando él muriese. ¡Y el hijo que se reventase con la sotana a cuestras al otro lado del mar sin ver más atlots que las indias! ¡Futro!..."<sup>15</sup> Si su hermana se casaba con Febrer, que no era labrador, su padre se resignaría a que Pepet no fuera sacerdote y se quedara con los campos. Este es otro estímulo para ayudar a Jaime a triunfar en sus propósitos: "Además--y aquí sonreía maliciosamente



el pilluelo--, a mí me conviene este casamiento. Usted no va a cultivar los campos, usted se llevará a Margalida, y el viejo, no teniendo a quién dejar Can Mallorquí, me permitirá que sea labrador, que me case, y ¡adiós capellanía!..."<sup>16</sup>

El cortejo de una muchacha casadera es, quizás, la costumbre más destacada de Ibiza. No es extraño que Blasco le dedique las dos últimas partes de esta novela, describiéndolo en sus menores detalles:

Los festeigs, los tradicionales cortejos, la busca de novia, costumbre la más respetable de todas, que daba origen a rifias y muertes . . .

Los cortejos duraban meses y años. El payés que tenía una atlotá en edad de noviazgo veía presentarse a los muchachos del distrito y de otros distritos de la isla, pues todos los ibicencos contaban con igual derecho para solicitarla. El padre apreciaba el número de los pretendientes. Diez, quince, veinte; a veces, hasta treinta. Luego calculaba el tiempo de que podía disponer en la velada antes que lo rindiese el sueño, y teniendo en cuenta el número de solicitantes, los dividía a tantos minutos cada uno.

Al cerrar la noche iban acudiendo por distintos caminos los del cortejo . . . Los había que caminaban tres horas a la ida y otras tantas a la vuelta, yendo de un extremo a otro de la isla, los jueves y sábados, días de cortejo, para hablar tres minutos con una atlotá.<sup>17</sup>

A continuación se explica minuciosamente la indumentaria de la muchacha durante el cortejo, forma y lugar donde se sientan, según la estación, y el orden de preferencia, decidido por los mismos pretendientes:

Deliberaban los solicitantes para el buen orden del cortejo, y uno tras otro iban a sentarse al lado de la atlotá, hablando con ella los minutos marcados. Si alguno, enardecido por la conversación, se olvidaba de los compañeros, dejando pasar el tiempo, éstos se lo advertían con toses, miradas furiosas y palabras de amenaza. Si insistía, el más fuerte de la banda lo agarraba de un brazo, apartándolo para que otro ocupase su lugar. Algunas veces, cuando los pretendientes eran muchos y apremiaba el tiempo, la atlotá hablaba con dos a la vez, haciendo esfuerzos de habilidad para no dar la preferencia a uno sobre otro... Así continuaban los cortejos hasta que ella manifestaba su preferencia por un atlot, sin tener en cuenta la voluntad de sus padres.<sup>18</sup>

En el cortejo de Margalida se sigue exactamente esta costumbre tradicional. Cuando en el baile del domingo le piden a Pep que inicie el cortejo, éste muestra su carácter de padre: "Pep, a pesar de su falso gesto de padre intratable, enrojecía y apretaba los labios con mal disimulada satisfacción, mirando de reojo a los amigos sentados junto a él."<sup>19</sup> Se señalan como días de cortejo los jueves y sábados, y como sólo quiere conceder hora y media cada noche, corresponden tres minutos a cada uno de los treinta pretendientes. Las noches de cortejo

la familia cenaba de prisa, al anochecer, para estar pronta a la ceremonia. Margalida descolgaba del techo de su cuarto la falda de fiesta, y luego de ponersela, con el pañuelo rojo y verde cruzado sobre el pecho, otro más pequeño en la cabeza y un largo lazo de cintas al extremo de la trenza, colocábase las cadenas de oro que le había cedido su madre, e iba a sentarse sobre el abrigáis, doblado en una silla de la cocina. El padre fumaba su pipa de tabaco de pota; la madre, en un rincón, tejía cestos de junco; el Capellán asomábase fuera de la casa, bajo el amplio porche, en el cual iban reuniéndose silenciosos los atlots cortejadores. . . .

Luego de acordar brevemente el orden que iban a seguir en su conversación con la muchacha, la tropa de rivales entraba en la cocina, por ser en invierno el porche un lugar frío. . . .

Entraban mansamente, saludando a la familia. ¡Bona nit! ¡Bona nit! Tomaban asiento en un banco, como niños de la escuela, o quedaban en pie, mirando todos a la atlot. Junto a ella había una silla vacía, y cuando faltaba esta, el solicitante poníase en cuclillas, a uso moruno, hablando a la muchacha en voz baja durante tres minutos, bajo la mirada hostil de sus adversarios.<sup>20</sup>

Blasco añade un gran interés dramático a la novela al hacer que Jaime tome parte en el festeig, como si fuera un atlot, con lo que esta costumbre tan destacada deja de ser un adorno o decoración colorista para formar parte substancial del argumento e influir en el desenlace.

Cuando Febrer se presenta en el cortejo de Margalida como un pretendiente más, los atlots se unen contra él, no sólo porque sea un rival,

sino por forastero y mallorquín que se irremediaba en sus asuntos amorosos: "se veía en guerra abierta contra aquellas gentes rudas, que deseaban la muerte del forastero."<sup>21</sup> No es el odio de la huerta valenciana contra Batiste, que ponía en peligro los intereses colectivos, sino el odio al forastero como tal, sin los avisos de un Pimentó con sus dos rahonetes no més,<sup>22</sup> si bien Pep Arabi parece una réplica del tío Tomba al pronosticar desgracias si persistía en su deseo:--"Haga su santa voluntad, don Jaime; pero acuérdesese de lo que le digo. Nos espera una desgracia, una gran desgracia."<sup>23</sup> Y, en efecto, la insistencia de Jaime en participar en el festeig ocasiona riñas, la muerte del Ferrer y la herida del protagonista que le tuvo entre la vida y la muerte por varias semanas.

A diferencia de lo que ocurre en Valencia, "los hombres no se mataban por cuestiones de interés."<sup>24</sup> El único motivo que impulsa al ibicenco a matar es el amor: "Se mataban entre ellos, siempre por asuntos de amor."<sup>25</sup> "El amor, sólo el amor empujaba a los hombres a matarse."<sup>26</sup> Pep afirma lo mismo con tristeza: "Los festeigs son cosa seria: por ellos se matan los hombres."<sup>27</sup>

Otra diferencia con Valencia es la condición de la mujer, que en Ibiza cultiva la tierra regularmente. Parece que sólo es dueña de hacer su voluntad en la elección de su preferido durante el festeig: "En esta corta primavera de su vida, la mujer era reina. Luego, al casarse, cultivaba la tierra como su marido y era poco más que una bestia."<sup>28</sup> Este es uno de los motivos del Capellanet para proteger los amores de Febrer hacia su hermana, la esperanza de verla liberada del trabajo de la tierra al casarse con un señor: "--¿Por qué ha de ir mi hermana a trabajar la tierra y pasar fatigas, cuando un señor como usted se fija en ella?"<sup>29</sup>

Esta consideración afirma más a Febrer en su propósito de no salir de la isla sin Margalida: "Y ella iba a ser de uno de aquellos bárbaros, que profanarían su belleza usándola en las faenas del campo, convirtiéndola, poco a poco, en una bestia agrícola, negra, callosa y arrugada!"<sup>30</sup>

La idea general sobre la muerte parece dada por Pep Arabi. No se la considera como un descanso, como una liberación, sino como una viajera incansable, una marinera invencible que a nadie olvida, a todos alcanza. Es un mal irremediable del que no debían acordarse hasta que llegase:

"¡La muerte! ¡Qué cosa tan fea, don Jaime!... Y allí estaban ellos, en un pedazo de tierra rodeados por las olas, sin poder escapar, sin poder defenderse, aguardando el momento en que les echase la zarpa" . . . ¿No había límite ni excepción para la gran entremetida?...

Era inútil imaginarse obstáculos . . . [que nada significaban] para la marinera invencible de cráneo pelado, para la caminante de piernas de hueso, que podía correr con gigantescos saltos por encima de montañas y mares.

No había tempestad que la detuviese; no existía alegría que la hiciera olvidar; estaba en todas partes; se acordaba de todos . . . No debían acordarse de este mal inevitable, de este último peligro sin remedio alguno, que entristece la vida . . .

"¡Ay don Jaime, qué miseria!"<sup>31</sup>

Jaime Febrer observa un aspecto del culto a los muertos al terminar la misma el domingo que fué a San José:

Febrer vió salir a unas mujeres vestidas de negro, tétrico grupo de tapadas, que apenas si enseñaban a través de la abertura del manto su nariz enrojecida por el sol y un ojo de brasa velado por las lágrimas. . . Detrás salieron unos encapuchados, antiguos payeses que se habían cubierto con el capote de ceremonia, un jaique pardo de lana burda con amplias mangas y apretado capuchon . . . bien abrochado bajo la barba, mostrando por la abertura sus rostros tostados de piratas.

Eran los parientes de un payés que había muerto una semana antes. La numerosa familia, que habitaba en distintos puntos del cuartón, habíase reunido, según costumbre, en la misma del domingo para recordar al muerto, y al verse estallaba su dolor con africana vehemencia, como si aun tuviesen ante sus ojos el cadáver. La costumbre exigía que se cubrieran con sus prendas de ceremonia, con sus vestidos de invierno, encerrándose en ellos cual si fuesen cáscaras de dolor. Lloraban y sudaban bajo las envolturas, y al reconocer cada uno a los parientes que

no habían visto en algunos días, estallaba su pena con nuevo recrudescimiento.<sup>32</sup>

Después de estas demostraciones de dolor la reunión se deshace, separándose en pequeños grupos para volver a casa como "fantasmas espesos y sudorosos, incansables lloradores de la muerte."<sup>33</sup>

A las venganzas, aspecto del culto a los muertos, se hace una ligera referencia en conexión con la muerte del Ferrer, quien "carecía de parientes próximos que le vengasen."<sup>34</sup>

No pueden tomarse en consideración las reflexiones de Febrer sobre los muertos, que son los que legislan, juzgan, regulan las creencias e influyen en los menores actos de los vivos,<sup>35</sup> --y de ahí el título de la novela-- porque en realidad son pensamientos del autor, que usa al protagonista como portavoz y no representan ideas regionales en ningún aspecto.

El derecho de propiedad está representado por Jaime Febrer, un butifarra arruinado que tiene sus fincas hipotecadas. El pago del arrendamiento de las fincas rústicas se hace de dos formas, en dinero y en especie, esta última dos veces al año, por Navidad y por Pascua de Resurrección, a más de algo todos los meses:

La renta escasa y corta, conforme a los usos tradicionales, servíale para pagar únicamente una exigua parte del interés de los préstamos, engrosando el resto la cuantía de la deuda. . . Las aldehalas, los pagos en especie que el payés debía hacerle, siguiendo costumbres antiguas, y con ellos se mantenían él y madó Antonia, perdidos en el inmenso caserón que había sido hecho para albergar una tribu. En Navidad y en Pascua de Resurrección recibía una pareja de corderos acompañados de una docena de aves de corral; el otoño, dos cerdos bien cebados para la matanza, y todos los meses, huevos y una cantidad de harina, a más de los frutos de la estación. Con estas aldehalas, unas consumidas en la casa y otras vendidas por la sirvienta, iban sosteniéndose Jaime y madó Antonia en la soledad del palacio, aislados de la curiosidad pública, como dos naufragos perdidos en un islote.<sup>36</sup>

El arrendatario, con el sentido práctico y la cuquería del payés,

previendo la ruina total del propietario trata de tener favorables a los acreedores con regalos oportunos:

Las ofrendas en especie se retrasaban cada vez más. El payés, con ese egoísmo rústico propenso a huir de la desgracia, hacía se el remolón, evitando el cumplimiento de sus obligaciones. Sabía que el mayorazgo ya no era el verdadero amo de Son Febrer, y muchas veces, al llegar a la ciudad con sus presentes, torcía el camino, yendo a depositarlos en las casas de los acreedores, temibles personajes a los que deseaba tener propicios.<sup>37</sup>

Como tipos profesionales se pueden considerar al tío Ventolera, pescador y antiguo corsario y marinero,<sup>38</sup> y al payés de Can Mallorquí, con un respeto casi supersticioso hacia el señor.<sup>39</sup>

## 2. Cataluña

Como ocurre en el aspecto geográfico, es notable la falta de uso de costumbres catalanas aun en obras en que parte de la acción tiene lugar en el Principado.

## 3. Andalucía

De Andalucía, se hace referencia a las fiestas míticas, haciendo resaltar la ignorancia de los ricos labradores que prefieren solucionar la sequía de sus campos pagando rogativas en vez de construir pantanos y canales: "con toda su fe de ricos labradores . . . encogían los hombros cuando algún iluso proponía pantanos y canales, y todos los años costeaban grandes fiestas a la Virgen de la Merced, sacándola en rogativas apenas faltaba el agua a sus campos."<sup>40</sup> Este mismo carácter tiene la bendición de los campos: "Terminada la misa, llegó el momento de la gran ceremonia. Iban a ser bendecidas las viñas para librarlas del peligro de la filoxera... después de haberlas plantado previamente de vid

americana."<sup>41</sup> Pero que, con ironía, se emplea para reflejar los sentimientos dispares del dueño y de los trabajadores que toman parte en la ceremonia.<sup>42</sup>

Como fiestas estacionales sólo se hace mención de la feria de Sevilla, en primavera, relacionada con el protagonista, quien en su niñez espera en las inmediaciones de los hoteles para servir de guía a los turistas que llegan a la ciudad con este motivo,<sup>43</sup> mientras que posteriormente, cuando ya ha triunfado como torero, recibe "visitas de entusiásticos aficionados de fuera de Sevilla que habían venido para las fiestas de Semana Santa y de la Feria."<sup>44</sup>

Entre las religiosas, se presentan con detalle las de Semana Santa. Gallardo, después de su consagración como espada, ingresó en la cofradía de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, que era la de los señores. Blasco describe la vestimenta de los cofrades--los nazarenos--el orden de la procesión, carácter de la cofradía e incidentes habituales por la peculiaridad de ser una cofradía de silencio, incidentes provocados por los borrachos que ponían a prueba la paciencia de los cofrades. Se describe con detalle la imagen, su aspecto, vestido y adornos, así como las andas y la reacción que su paso causaba en la multitud. Detrás de esta imagen iba "la Virgen, Nuestra Señora del Mayor Dolor, pues todas las parroquias sacaban dos pasos, uno del hijo de Dios y otro de su Señora Madre."<sup>45</sup> También se explican las saetas y las personas que las entonan.

Después de la terrible cogida de Gallardo, éste decide salir con "los de la Macarena, que escoltaban a la milagrosa Virgen de la Esperanza."<sup>46</sup> Los de esta cofradía, que era de carácter popular, "despreciaban a los ricos del Gran Poder con su procesión ordenada y sosa, y se fijaban únicamente en sus rivales del otro lado del río, los bullangueros de

Triana, que tan satisfechos estaban de su Nuestra Señora del Patrocinio y el Cristo de la Expiración, al que llamaban el Santísimo Cachorro."<sup>47</sup>

Además de los adornos y aspecto de las imágenes, se hace referencia a la costumbre de adornarlas con cuantas joyas les prestan los devotos del barrio: "--Habrá que ver a la Macarena--decían en los corrillos comentando la decisión del torero--. La señá Angustias va a llená el paso de flores. Lo menos se gasta sien duros. Y Juaniyo va a ponerle a la Virgen toas sus alhajas. ¡Un capitá!..."<sup>48</sup> También se describe el aspecto de esta cofradía, así como la actitud y reacciones del público y los incidentes tradicionales ocasionados por la rivalidad entre judíos, macarenos y nazarenos, y el aspecto menos lucido de la procesión a causa del comportamiento de los encargados de llevar los pasos, llamados gallegos aunque sean de otras regiones.<sup>49</sup>

A la salida del sol Gallardo abandona la procesión, y Blasco, siguiendo al protagonista, da por terminada la exposición de esta fiesta tan característica de Sevilla.

También presenta estas festividades en Jerez, y durante ellas Rafael se fija en María de la Luz cuando ésta canta saetas al Cristo, llorando las trágicas escenas de la Pasión.<sup>50</sup>

Comparando la forma de tratar estas fiestas de Andalucía con las correspondientes de Valencia se aprecia que la técnica y el uso de las mismas son iguales. No le interesa sólo el color local y el costumbrismo, sino que estas costumbres características sirven además otros propósitos, se integran en el argumento formando parte de él, muestran el carácter y aspectos psicológicos tanto de los personajes individuales como de colectividades, resaltan la psicología de las masas y ayudan a la mejor comprensión de las regiones y sus habitantes.



Se mencionan otras fiestas de este grupo relacionadas con fases de la novela, como la Pascua, en que Gallardo tenía que torear,<sup>51</sup> y el día anterior, Sábado de Gloria, en que tiene lugar el encierro de las reses destinadas a la corrida. El día de Corpus, "una de las pocas fiestas en que las hembras, recluidas en su casa por una pereza oriental, salen a la calle como moras en libertad, con mantilla de blonda y claveles en el pecho,"<sup>52</sup> Gallardo encontró a su antigua compañera de juegos, convertida en una joven muy atractiva, que sería su novia y luego su esposa.

Las fiestas en honor de la Virgen están tan relacionadas con las que conmemoran la vida y muerte de Jesucristo que no pueden separarse, como en las procesiones de Semana Santa, en que las dos imágenes salen juntas y provocan las mismas reacciones y el mismo entusiasmo en los fieles.

Entre las advocaciones particulares se pueden incluir las fiestas patronales, que siempre se celebran con capeas de toros corridos, y sirven de iniciación al protagonista de Sangre y Arena, conocido en sus principios por Zapaterín.<sup>53</sup>

De las costumbres familiares se deduce la tendencia de elegir padrino para los hijos entre personas destacadas o de buena posición, como hace el banderillero el Nacional al lograr que Gallardo, después de triunfar, apadrine a sus dos hijos menores, lo que se mira con recelo por otros miembros de la familia que abrigan esperanzas de conseguir parte de los bienes del que ha sabido triunfar económicamente y se le considera rico, como el cuñado del espada:

Los dos más pequeños habían sido apadrinados por Gallardo y su mujer, uniéndose el espada y el banderillero con parentesco de compadres. ¡Hipócritas! Traía a la casa todos los domingos a los dos ahijados, con sus mejores ropitas, para que besasen la mano a los padrinos, y el talabartero palidecía de indignación cada vez que los hijos del Nacional recibían un regalo.

Venían a robar a los suyos. Tal vez hasta soñaba el banderillero con que una parte de la fortuna del espada pudiera llegar a manos de los ahijados. ¡Ladrón! ¡Un hombre que no era de la familia!...<sup>54</sup>

Las relaciones del torero con su novia se toman como un atentado a la familia por su cuñado Antonio, que ve el peligro de que otros pueden participar de la fortuna de Gallardo, que sería para él y sus hijos si el torero muriera sin sucesión.

Se presenta la costumbre andaluza de pelar la pava a través de la reja, así como el cobrar el piso:

Por las noches, al conversar con ella al través de una reja, contemplando su rostro de mora entre matas de flores, presentábase el mozo de una taberna cercana llevando por delante una gran batea de cañas de manzanilla. Era el enviado que llegaba a cobrar el piso: la costumbre tradicional de Sevilla con los novios que hablan por la reja.

El torero bebía una caña, ofrecía otra a la novia, y decía al muchacho: --Di a esos señores que muchas gracias, y que pasará por la tienda en cuanto acabe... Dile también al Montañés que no cobre, que Juan Gallardo lo paga too.<sup>55</sup>

Otras veces se pela la pava a altas horas de la noche cuando hay interés en ocultar los amores, como Rafael y María de la Luz, que están a la reja hasta cerca del amanecer, en que el novio". . . volvería al ventorrillo, y montando en la jaca se presentaría como si acabase de llegar de Matanzuela, para que el padrino no recelase que habían estado pelando la pava."<sup>56</sup>

Los amores entre personas humildes suelen ser honestos, con mutuo respeto, como entre estos dos hijos del pueblo:

Entre los dos había vuelto a reaparecer esa pudibundez de los amantes campesinos, ese recato tradicional que hace que los novios se adoren sin decírselo, sin declararse su pasión, bastándoles el expresarla mudamente con los ojos. La muchacha, que había vendado su herida, aquel rasguño de labios violáceos, no osaba ahora, que lo veía en pie, ofrecerle su brazo cuando paseaba vacilante, apoyándose en un bastón. Entre los dos marcábase un ancho espacio, como si sus cuerpos se repeliésemos instintivamente, pero los ojos se buscaban, acariciándose con timidez.<sup>57</sup>

La costumbre de pelar la pava se presenta también entre la aristocracia y alta sociedad, pero los representantes de esta clase que elige Blasco están lejos de distinguirse por la honestidad que se ve entre las clases populares:

Para mayor desgracia estaban las niñas del marqués, Lola y Mercedes. ¡Las veces que su tía se sofocó de indignación, sorprendiéndolas por la noche en una reja baja de su hotel, hablando con los novios, que se renovaban casi semanalmente! Tan pronto eran tenientes de la Remonta como señoritos del Caballista, o ingleses jóvenes, empleados en los escritorios, que se entusiasmaban pelando la pava, al estilo del país y hacían reír a las niñas con su andaluz chapurreado británicamente. No había muchacho en Jerez que no tuviese su rato de conversación con las desenvueltas marquesitas.<sup>58</sup>

Después de casarse la mayor no cambian las costumbres de estas dos muchachas: "Mercedes pasaba la noche en la reja en apretada intimidad con los novios; su hermana acompañábala con cierto aire de señora mayor, y hablaba con otros para no perder el tiempo."<sup>59</sup> Hasta que la menor termina escapándose: "Mercedes, la soltera, se fugó con un inglés rico."<sup>60</sup>

Además del color local, estas costumbres muestran el contraste entre ricos y pobres, favorable, a los ojos de Blasco, para estos últimos.

Gallardo tiene amoríos con doña Sol, mujer de la alta sociedad que tantos puntos de contacto tiene con Leonora, de Entre naranjos. Se hace referencia a la importancia del nacimiento como delimitación de las clases sociales: "A su admiración por la hermosura uníase cierta reverencia de antiguo pilluelo lleno de respeto por los ricos, en un país donde el nacimiento y la fortuna tienen gran importancia."<sup>61</sup>

Con la boda del espada se presentan las costumbres relacionadas con el matrimonio, como la elección del padrino, que suele ser una persona destacada, los invitados y su indumentaria, festejos que la acompañan, como banquete, cantos y bailes:

Se casaron en San Gil, ante la Virgen de la Esperanza llamada de la Macarena. A la salida de la iglesia brillaron al sol las flores exóticas y los pintarrajeados pájaros de centenares de pañolones chinescos en que iban envueltas las amigas de la novia. Un diputado fue el padrino. Sobre los fieltros blancos y negros de la mayoría de los convidados destacábanse los brillantes sombreros de copa del apoderado y otros señores entusiásticos de Gallardo. Todos ellos sonreían satisfechos de la caricia de popularidad que los alcanzaba yendo al lado del torero.

En la puerta de la casa hubo durante el día reparto de limosnas. Llegaron pobres hasta de los pueblos, atraídos por la fama de esta boda estrepitosa.

En el patio hubo gran comilona. Algunos fotógrafos sacaron instantáneas para los periódicos de Madrid. La boda de Gallardo era un acontecimiento nacional. Hasta bien entrada la noche sonaron las guitarras con melancólico quejido, acompañadas de palmoteo y repique de palillos. Las muchachas, los brazos en alto, golpeaban el mármol con sus menudos pies, arremolinándose las faldas y el pañolón en torno de su cuerpo gentil, movido por el ritmo de las sevillanas. Destapábanse a docenas las botellas de ricos vinos andaluces; circulaban de mano en mano las cañas de ardiente jerez, de bravío montilla y de manzanilla de Sanlúcar, pálida y perfumada. Todos estaban borrachos; pero su embriaguez era dulce, sosegada y triste, sin otra manifestación que el suspiro y el canto, lanzándose varios a un mismo tiempo a entonar canciones melancólicas que hablaban de presidios, de muertes y de la pobre mare, eterna musa del canto popular de Andalucía.<sup>62</sup>

Comparada con la boda valenciana, en ninguna de las dos se describe la ceremonia. En Valencia se dan detalles de los antecedentes, como capitulaciones matrimoniales, amonestaciones y exposición de la dote, y actos que la siguen con mucho más detalle que en Andalucía, como preparación del banquete, menú, asiento de los comensales, bromas y juegos, etc. Tal como presenta las bodas en Valencia, este acto tiene una mayor participación en las obras que en la boda de Sangre y arena, que no tiene otro objeto que mostrar aspectos costumbristas sin gran intervención en la novela y sin influir en los personajes, y que podría suprimirse sin que sufriera la acción. Es sólo una pincelada de color que armoniza con el conjunto, pero sin tener una significación especial.

Al tratar de Andalucía se repite la idea de que la pureza reside

en el campo, en el monte, mientras que la aglomeración de la ciudad corrompe: "Los gitanos vivían también en la miseria y sufrían hambre, pero no eran gente tan noble y resignada como la del monte, que se conservaba pura en su aislamiento. Tenían los vicios de la aglomeración, eran desconfiados, veían enemigos en todas partes."<sup>63</sup>

En la muerte de la gitana Mari-Curz se destacan las condiciones en que viven los gitanos en las grandes fincas de Andalucía, y el concepto que éstos merecen al amo, especialmente si es joven y le gustan las jugaras. En una de éstas, reclutan muchachas guapas entre las trabajadoras que se quedan en el cortijo, y después de la correspondiente franquichela el amo tiene la ocurrencia de hacer soltar un novillo para divertirse con el susto que dará a las mujeres. A consecuencia del espanto de verse atacada por el animal a la gitana se le agrava la tisis que sufría y muere en pocos días en un rincón del dormitorio común, verdadera "cuadra humana," sin asistencia médica y sin otros remedios que un brevaaje y una cataplasma que le aplica otra gitana.<sup>64</sup>

Las condiciones de vida de los trabajadores no difieren mucho de las de los animales. Pero el amo les inspira tal respeto que en un caso tan evidente como éste no se atreven a inculparle, buscando algún subordinado en quien descargar el odio, encontrándolo en el aperador, Rafael. La gitana echa su maldición, pero al momento se corrige:

...Mardita sea tu arma y la del ladrón de tu señorito.

Aquí vaciló un momento, como arrepentida de nombrar al señor, siempre respetado por la gente de su raza.

-No; el amo, no. Al fin, es joven, es rico, y los señoritos no tienen otra obligación que divertirse. Mardito seas tú, tú solo, que estrujas a los pobres y los arreas como si juesen negros.<sup>65</sup>

Así mismo se refrena el gitano: "Y el respeto al rico, la sumisión tradicional al amo, cortaban en sus labios la gitana maldición."<sup>66</sup>

El cadáver de la gitana es trasladado en un carro a la población, ni más ni menos que lo sería el de un caballo destinado a la caldera. Los gitanos muestran su dolor de forma ruidosa. Nadie da importancia a un incidente que ha costado la vida a un muchacha. ¡Cosas de señorito rico!

Se hacen referencias a las supersticiones de la tierra.<sup>67</sup> Para el gitano Alcaparrón la muerte es como un cuervo que vive en el campo santo y llama a sus elegidos, en este caso su prima Mari-Cruz: "Aquel cuervo fatídico que, según él, llamaba a los buenos cuando faltaba uno en el campo santo, debía de estar ya despierto, alisándose con el pico las negras alas y preparando el graznido para que compareciese su prima. ¡Ay, pobrecita Mari-Cruz!"<sup>68</sup> Las reflexiones de Salvatierra sobre la muerte<sup>69</sup> son expresión de ideas del autor, sin ninguna significación regional ni popular, como no lo eran las de Jaime Febrer.<sup>70</sup>

En personas de vida azarosa como los toreros, tan numerosos en Andalucía, son frecuentes las supersticiones en cosas triviales, como la arena o la arquitectura de ciertas plazas,<sup>71</sup> considerar de buena suerte--buena sombra--un hotel,<sup>72</sup> o de mala suerte vestir un traje de luces rojo en Madrid para torear miuras, por ser el mismo color que llevaba Espartero cuando fué cogido en esta plaza por un toro de la misma ganadería,<sup>73</sup> o cruzarse con un entierro al ir a la plaza,<sup>74</sup> o con una persona vestida de negro<sup>75</sup> o tuerta.<sup>76</sup>

También se mencionan supersticiones de los zagales nacidos en la sierra, propias de su ignorancia:

Miraban como fetiches milagrosos las grandes verrugas de los alcornoques, con las que podían fabricarse los tornillos, cazuelas naturales para confeccionar el gazpacho. Buscaban las pieles viejas de culebra, abandonadas entre los guijarros al cambiar de envoltura el reptil y festoneaban los caños de las

fuentes con estos pellejos oscuros, atribuyendo a su ofrenda influencias misteriosas.<sup>77</sup>

El régimen de la propiedad territorial es muy distinto del de otras regiones, donde la tierra se halla muy dividida. Aquí se concentra en pocas manos: "Provincias enteras eran en Andalucía de un centenar de amos."<sup>78</sup> Es el gran problema de los latifundios, con sus repercusiones de carácter económico y social, y la existencia de tipos profesionales, como mayoresales, aperadores, arreadores, manijeros y braceros o gafianes, problema que Blasco no sólo presenta, sino del que sugiere la solución.<sup>79</sup>

Siendo Sangre y arena, en la producción de Blasco, la novela de los toros, presenta la fiesta nacional en todos sus aspectos y costumbres, así como en Juan Gallardo se puede seguir la carrera de un torero, desde sus antecedentes y principios, dificultades, triunfo y muerte. Desfilan por esta novela todos los tipos de la torería. Refiriéndose a esta novela, el torero Ricardo Torres (Bombita) dice que de todos los libros que ha leído de Blasco, Sangre y arena le parece el mejor, "quizá sea porque trata de mi oficio y conozco mejor las costumbres y el medio en que viven los personajes."<sup>80</sup> Lo que confirma otra aspecto de la exactitud excepcional del autor valenciano.

Un tipo muy pintoresco es el Plumitas, que a Gómez de Baquero le parece inspirado en el famoso bandido el Vivillo y a Enrique de Mesa en el Pernales.<sup>81</sup> El bandolero no lo es por cuestión de amores, como el roder de Valencia, pero excepto por la motivación no hay grandes diferencias en el tipo de cada región, ambos sanguinarios y con una aureola de héroes entre cierta gente. Blasco ha querido dar más realismo al ambiente andaluz presentando este tipo tan corriente en otros tiempos. Por las reacciones de los personajes que le tratan se dan a conocer rasgos psicológicos de los mismos.

Los gitanos que aparecen en estas obras sirven para completar el ambiente o escenario social en que se mueven los personajes.

#### 4. Vascongadas

De las Vascongadas, se presenta a Azpeitia como el centro de las fiestas vascas,<sup>82</sup> pero no se especifica qué clase de fiestas son ni en honor de quién se celebran. Consisten en ejercicios de fuerza, ya entre animales, como el arrastre de enormes pesos por bueyes selectos, o en especialidades profesionales, como los aizkolaris o partidores de leña y los barrenadores. Blasco explica con detalle el desarrollo de las pruebas, el aspecto, actitud y reacciones del público, y da su interpretación de estas exhibiciones de fuerza y habilidad:

Era una diversión de raza primitiva, de pueblo en la infancia, que aun no ha llegado a la vida intensa del pensamiento y admira la fuerza como la más gloriosa manifestación humana. La dura necesidad de ganarse el pan con el trabajo físico hacía del vigor un culto, convertía en diversión los alardes de resistencia de los más fuertes, admiraba como héroes a los grandes partidores de leña o a los expertos barrenadores, y para dar carácter de fiesta a todos los esfuerzos del músculo en el diario trabajo, asociaba a sus juegos al buey, manso y sufrido compañero de la miseria campesina.<sup>83</sup>

Un episodio de estas diversiones es la competición entre los versolaris, "los trovadores éuscaros que se presentaban en todas las fiestas,"<sup>84</sup> con sus versos que "sólo tenían de tales las rimas, con una completa ausencia de sentimiento poético."<sup>85</sup> Como hace en Andalucía,<sup>86</sup> se interesa por el tema de esta poesía popular: "La Naturaleza se hallaba ausente casi siempre de los versos populares. Las estrofas campesinas cantan guerras y amores, la tristeza de la partida, la alegría del retorno, celos y desesperación, o se ejercitan en la burla de los vecinos; pero nunca describen la belleza de los campos o la majestuosa se-



renidad del cielo."<sup>87</sup> Esta modalidad de discusión en versos improvisados es común a otras regiones, como se vió en Ibiza.<sup>88</sup> La diferencia entre las dos está en que los versolaris mantienen la discusión con respuestas inmediatas hasta que a uno de ellos se le acaba la inspiración, mientras que en las Baleares uno de los contendientes recita sus versos romances un domingo y el oponente tiene una semana para preparar la respuesta, que dará el domingo siguiente.

La única fiesta religiosa que se presenta en honor de la Virgen de Begonia, la romería, se usa para dramatizar el choque entre los bandos de ideologías antagónicas.<sup>89</sup> Sólo hay una referencia a las fiestas del patrón, en que se baila la espata-danza, y se hace para poner de relieve la religiosidad y sanas costumbres de los aldeanos de las anteiglesias,<sup>90</sup> en contraposición al populacho de las minas. Las poquísimas fiestas vascas que aparecen sirven para dar color local al relato, presentar rasgos psicológicos de la gente, localizar la acción y mostrar el carácter, composición e intereses de los diferentes grupos que integran esta región. Es evidente que Blasco no está interesado en la pintura de las costumbres en sí, sino en el ambiente de la región y de los grupos que la componen, aquí mineros, obreros y agricultores, en sus problemas sociales y económicos, en su ideología y aspiraciones, y las escasas costumbres de que se sirve le ayudan en este propósito.

## 5. Castilla la Nueva

Al pasar a Castilla, se hace referencia a las ferias veraniegas de aquí y de la Mancha, frecuentadas por los gitanos.<sup>91</sup> Hay cierta correspondencia entre el mercado de caballerías en el cauce del Turia, de Valencia, los jueves, y el que tiene lugar en Madrid en la Puerta de Tole-

do, el mismo día de la semana. Pero el autor se refiere a este último incidentalmente, como punto de reunión de los cañís, señalando la decadencia del chalaneo: "En el mercado de Madrid apenas se veían compradores; todos eran gitanos..., ¡y cómo iban a engañarse entre ellos!"<sup>92</sup> Mientras que el de Valencia es un episodio completo presentado objetivamente, con descripciones del lugar, concurrentes y forma de realizarse los tratos.

De las fiestas religiosas aparece el Corpus de Toledo, con la procesión después de la misa mayor. Pero difiere mucho de la correspondiente de Valencia.<sup>93</sup> Dedicada a explicarla menos de media página, y parece que se use para mostrar la paradoja de ser el protagonista de La catedral, Gabriel Luna, un anarquista teórico, quien lleve el carro eucarístico por las calles de Toledo, representando "la duda y la negación ocultas en el interior de un culto esplendoroso por su pompa exterior, pero vacío de fe y de ideales."<sup>94</sup> Resalta además la discordia existente entre el Primado y sus canónigos, al negarse aquél a presidir el coro y la procesión para mostrar su enfado con éstos.<sup>95</sup>

Como fiestas en honor de la Virgen sólo se menciona la de la Virgen del Sagrario, a mediados de agosto, relacionada con la costumbre de los toledanos de llenar los cántaros del agua fresca de la cisterna de la catedral, costumbre que se repite en la fiesta del Corpus.<sup>96</sup>

Sólo se presentan aspectos muy parciales del Carnaval madrileño, "grosero y monótono, sin otros alicientes que los codazos y pisotones de la multitud,"<sup>97</sup> en consonancia con el carácter de La horda, que trata de pintar la vida infrasocial que rodea a Madrid, compuesta mayormente de traperos y de los gitanos de las Cambronerías. Sin embargo, esta fiesta influye en la acción y en los caracteres al ser en ella cuando

Feli, escudada en su disfraz, se atreve a declararle a Isidro sus sentimientos, creyendo que no sería reconocida,<sup>98</sup> lo que trae como consecuencia el noviazgo y la unión de estos dos personajes. Se menciona el entierro de la sardina,<sup>99</sup> la fiesta carnavalesca que se celebra el miércoles de ceniza, y también se refiere a la práctica de salir de Madrid durante estas fiestas las personas "serias", como el senador Jiménez, dejando la villa libre a los excesos del populacho.<sup>100</sup>

Como en regiones anteriores, también en Castilla se encuentra el "padre al uso latino, que amaba a sus hijos, pero se mostraba con ellos sombrío y amenazador para que creciesen rectos,"<sup>101</sup> como el señor Esteban, padre de Gabriel Luna, de La catedral.

La boda de la hija de Renovales, el pintor de La maja desnuda,<sup>102</sup> no sirve para este estudio porque se trata de una boda de la alta sociedad, sin ninguna particularidad regional. Hay exposición de regalos y se describe la ceremonia, lo que no ocurre en las otras bodas que presenta, pero no hay cortejo nupcial porque se celebra en un estudio del pintor habilitado como capilla. La música y el canto son de profesionales, y la comida es un lunch elegante.

Tampoco sirven las costumbres nupciales de los gitanos de las Cambronerías,<sup>103</sup> por faltarles el mismo carácter al tratarse de gente que vive al margen de la sociedad, con sus costumbres que no pueden adscribirse a ninguna región.

Igualmente queda fuera de los límites de este estudio el entierro del señor José, el albañil padraastro de Maltrana, porque se le da "la significación de una protesta contra las rapifias de los poderosos,"<sup>104</sup> con encuentros y choques con la policía que sirven más un propósito ideológico que costumbrista regional. Las reflexiones de Renovales y de Isidro

Maltrana sobre la muerte son pensamientos del autor, sin otra significación para nuestro propósito.

En La horda aparecen muchos tipos de vida extrasocial, que vegetan y se mantienen de los desperdicios de la población madrileña. Entre ellos destacan cazadores furtivos como el Mosco, traperos como Zaratus-tra y toda la gama de vendedores del rastro. Blasco localiza parte de la acción de esta novela en las Cambroneras, a orillas del Manzanares, como hizo Pérez Galdos en Misericordia, pero fija su atención en los gitanos, mientras que al canario le interesaron más los pordioseros, que con los quincalleros forman el grupo de los payos. Distingue a los gitanos por su origen en andaluces, castellanos y manchegos, y da tanto sus características externas como psicológicas, así como sus ocupaciones, régimen de vida y habilidades. Son unas páginas dedicadas a este grupo pintoresco, que añaden unas notas de color local a la obra.

## VII. LENGUAJE

### A. Valenciano

En casi toda la región valenciana se habla el valenciano, especialmente a lo largo del litoral, y el castellano en algunas zonas del interior. Se pasa del uno al otro sin transición, pudiéndose marcar una línea divisoria entre pueblos cercanos que hablan unos el valenciano y, a cortísima distancia, otros el castellano.<sup>1</sup>

En las capitales de provincia es corriente el uso del castellano, pero casi todos los que lo hablan son bilingües y aun quienes de otras regiones, particularmente Aragón, van a residir a Valencia tratan de aprender pronto el valenciano. La mayor o menor corrección en el uso de las dos lenguas depende principalmente de su grado de cultura.

Blasco coloca la acción de sus novelas y cuentos de la región valenciana en zonas donde se habla el valenciano. Para comprender mejor su punto de vista y el uso literario y artístico del valenciano en sus obras creemos indispensable hacer algunas referencias a los orígenes del mismo y a sus relaciones con otras lenguas más o menos afines.

Menéndez Pidal cree en la unidad lingüística de los mozárabes españoles, cuya lengua es un romance resultado de la latinización de las lenguas prerromanas, diferentes en distintos puntos de la Península, y que durante la ocupación musulmana se ve invadida de arabismos, lo que explica en parte las diferencias dialectales.

En la Reconquista surge un pequeño estado al Oriente del reino de León, que viene a representar una disidencia no sólo política, sino también lingüística: Castilla. Entre 1050 y 1100 se producen grandes trastornos políticos en la Península--apocamiento del gran reino de Navarra,

disminución de León, engrandecimiento de Castilla, evolución incesante de los reinos de Taifas hasta desaparecer--que influyen decisivamente en los antiguos dialectos.

Los dos extremos dialectales que más se diferencian del castellano --el leonés y el gallego al Occidente, el aragonés y el catalán al Oriente--no sólo se acercaban por el Norte, sino que se unían por el Centro y Sur mediante el habla mozárabe de Toledo, Badajoz, Andalucía y Valencia, análoga a la de los extremos en muchos de sus rasgos principales.

A medida que Castilla avanza como una cuña hacia el Sur va extendiendo su particularidad idiomática, y al ocupar Andalucía aísla el Oriente del Occidente. Luego desaloja al aragonés y al leonés, y sólo se detiene ante el gallego y el catalán.<sup>2</sup>

En Valencia faltó poco para que se repitiera con el romance valenciano lo que había ocurrido con el leonés y el aragonés. Valencia estaba en la Cartaginense, y Castilla pretendía dominar toda esta provincia romana.<sup>3</sup> Las tentativas de Fernando I, Alfonso VI y la aventura del Cid no cuajaron de milagro, y por eso no se realizó entonces la castellanización de la zona valenciana. El romance valenciano siguió unido al catalán, puesto que la expansión hacia el Sur quedó cerrada por el tratado de Almirra<sup>4</sup> y la invasión castellana de Andalucía impidió las relaciones con el romance occidental de la Península.

Ha sido corriente confundir el valenciano con el catalán, y comprender en esta última denominación ambas lenguas. También se ha tenido por catalanes a los valencianos. Así se consideró por muchos a Joanot Martorell, autor de Tirant lo Blanch, a San Vicente Ferrer, a Ausias March, a los papas Calixto III y Alejandro VI--a pesar de adoptar éstos el título oficial de Valentinus Papa--y a Luis Vives.

Sin embargo, la distinción del valenciano de su lengua hermana es muy antigua. Ya en 1395 Antoni Canals, un valenciano que en Europa tomaban por catalán, distinguía las dos lenguas en su traducción del Valeri Màxim: "He tret de latí en nostra vulgada llengua valenciana axi breu com he pogut. Jatse siá que altres l'agen tret en lengua catalana."<sup>5</sup>

En el siglo XV hay muchos literatos valencianos que llaman valenciana a su lengua. Joan Roig de Corella comienza su Història de Joseph, fill de Jacob, diciendo: "Descriuré en valenciana prosa . . ." Miquel Pérez dice que ha traducido la Vida de Santa Catarina de Sena "de latí en valenciana prosa"; y Bernardí Valmanya, en su Cordial de l'ànima, dice haberlo traducido "de vulgar llengua castellana, en stil de Valenciana prosa."<sup>6</sup> El mismo Martorell, en la Dedicatoria de Tirant lo Blanch dice que escribe "en [lengua] vulgar valenciana, per ço que la nació don yo so natural sen puxa alegrar e molt ajudar per los tants e tant insignes actes com hi son."<sup>7</sup>

En Cataluña también se acepta esta diferenciación de lenguas, y en 1481, al imprimir en Barcelona la Història d'Alexandre, de Quinto Curcius, Lluís de Fenollet afirma haberla traducido del latín a "llengua valenciana."<sup>8</sup>

Esta denominación se abandona al iniciarse la decadencia del valenciano, y se sustituye por lemosín, que es así mismo usada generalmente en la "renaixença" del siglo XIX referida especialmente a la lengua literaria, y que comprende el catalán y el mallorquín, pero que, a pesar de ser usada aún en Barcelona en 1850 por el eminente Milá y Fontanals, ha sido abandonada por impropia. Un temperamento tan ecuaníme como Menéndez y Pelayo truena contra los que emplean este término: "...y qué completa debía ser la ilusión cuando el trovador cantaba Trobas lemosinas, como todavía

llaman algunos majaderos de Castilla, y aún de fuera de ella, los versos compuestos en lengua catalana..."<sup>9</sup>

Importante en extremo es la opinión del P. Luis Fullana y Mira por ser indiscutiblemente el primer gramático valenciano que haya existido jamás. Su posición ha ido cambiando progresivamente con el tiempo, pero sus últimas convicciones se exponen en la "Introducción" a su Vocabulari Ortogràfic Valencià-Castellà, publicado en 1921, en donde hace un estudio interesantísimo de los orígenes de la lengua valenciana.

Cree que ésta es una importación de los conquistadores y colonizadores romanos, que hablaban la lengua romana vulgar, que era distinta de la lengua literaria. La evolución de esta lengua romana origina las lenguas románicas, entre las cuales está comprendido el valenciano. Además del latín vulgar influyen en ésta el latín clásico por haber sido la lengua oficial del Imperio romano y de la Iglesia católica; el griego, por los vestigios que quedaron en el país valenciano de las colonias focenses, y también influyó a través del latín y modernamente por el tecnicismo científico; el godo, que transformó el romano rústico y enriqueció el léxico con vocablos germánicos; y el árabe, que influyó no sólo en el léxico, sino también en la fonética.

Pero la influencia mayor fué la ejercida por el romance de los conquistadores cristianos, ya que sus hablas y la de los mozárabes y muladíes valencianos eran necesariamente diferentes.

Entre el romance hablado en Aragón, en Cataluña y en Valencia al comenzar el siglo XIII, no obstante su proximidad, no dejaban de notarse bastantes diferencias dialectales, pero hay que tener en cuenta que estas diferencias eran más grandes, más marcadas entre Aragón y Valencia que entre Valencia y Cataluña. Como prueba tenemos el hecho de que a la venida



de aragoneses y catalanes, en los lugares poblados exclusivamente por aragoneses predominó el lenguaje aragonés sobre el valenciano, resultando la fusión de éste en aquél. Aunque bastante se notó la influencia del antiguo romance indígena sobre el aragonés, lo que prueba que la fusión no fué completa.

En cambio, por la mayor afinidad que había entre el romance valenciano y el catalán, al venir los catalanes a este reino los dos lenguajes se fusionaron fácilmente por ser poca la diferencia que existía entre los dos. Y por medio de esta fusión consigue el romance de este país más estabilidad y mayor perfección. Hubo una circunstancia muy favorable para que se efectuara esta fusión, y es que si bien es verdad que entre el romance valenciano y el catalán antes de la Reconquista mediaban algunas diferencias en general, era el romance de Lérida el que más afinidad guardaba con el romance valenciano; y como la mayor parte de los repobladores catalanes pertenecía a Lérida y a su región, no es extraño que sin cambio esencial de lenguaje se efectuara dicha fusión.

El P. Fullana considera, pues, el valenciano como un romance originariamente valenciano-romano, y que al fundirse ambos romances nació la actual lengua valenciana, muy parecida pero diferente de la catalana.<sup>10</sup> Fullana cree que estas diferencias dialectales entre los dos idiomas son románicas precatalanas y por eso considera que en vez de desvanecerlas hay que conservarlas y regular su uso gramaticalmente. Por esta razón el ilustre lingüista valenciano ha escrito una gramática valenciana independiente de la gramática catalana.

El entusiasta canónigo mallorquín mosén Antonio María Alcover defiende una teoría muy parecida a la del P. Fullana, pero deduce las mismas consecuencias. Las diferencias de estos filólogos parecen ser más de gra-

do que de fondo. Alcover ha sido siempre un celoso defensor de la unidad de la lengua catalán-valenciano-balear. Siempre ha dicho que el mallorquín no es más que el catalán que se habla en Mallorca, y el valenciano el que se habla en Valencia, aunque en una y otra parte con variedades dialectales que le dan fisonomía especial, sobre todo en la parte fonética.<sup>11</sup>

Pero estas diferencias son tales que don Hermenegildo Corbató dice que un nativo de Barcelona hablando catalán sería entendido en Valencia con gran dificultad, si es que se le entendiera. Y añade que el pueblo valenciano se ha considerado siempre a sí mismo como un grupo aparte del catalán, tanto respecto al lenguaje como a los caracteres psicológicos.<sup>12</sup>

Esta resistencia a considerar el valenciano como una rama o modalidad del catalán ha hecho que el mismo Alcover haya titulado su obra Diccionari Catalá-Valenciá-Balear, según explica en la Introducción:

Però la realitat és que hi ha moltes persones de les Balears y moltes més del Reyne de València, qui no están convençudes de que llur llenguatge sia una modalitat catalana y rebutgen la denominació de catalá; . . . és aiximateix una lealitat, que les Balears y el Reyne de València han aportat un contingent de lèxich y d'obres literàries tan important o més que el de la mateixa Catalunya. Per aquestes raons poderosíssimes hem cregut convenient de canviar lo títol d'aquesta obra. . . No hem volgut exposarnos a que lo nom del Diccionari fos objecte d'a-versió de part de la gran majoria del públich valenciá y bálear.<sup>13</sup>

Esta diferencia parece aceptada también por la Revista de Filología Española al clasificar las lenguas peninsulares en catalán-valenciano y gallego-portugués (entre otras), y las literaturas peninsulares en catalana y valenciana y gallega y portuguesa, haciendo implícitamente equivalentes los dos componentes de ambos grupos.

No hay duda de que Blasco considera el catalán y el valenciano como lenguas distintas, y dentro de ellas acepta dialectos, como el hablar de la zona de Peñíscola donde "aunque mujeres y chiquillos gritaban en un

dialecto mezcla de valenciano y catalán, Rosaura y su chófer entendieron sus indicaciones."<sup>14</sup>

En cuanto al valenciano, lo emplea Claudio en El Papa del Mar, al dirigirse a la mujer que se asoma por la ventana de la casita cerca de Alcalá de Chivert: "--Bòna dòna!... bòna dòna!--exclamó Borja en valenciano, como si pidiese socorro a la buena mujer."<sup>15</sup> Ésta les dijo "en valenciano" que pasasen, y dió explicaciones "siempre en valenciano, mirando a Rosaura como si ésta pudiese entenderla." Rosaura "empezaba a adivinar confusamente lo que decía en aquella lengua, ininteligible para ella."<sup>16</sup> Cuando el Agüelo trata de hablar en castellano, lo hace con dificultad, y se siente orgulloso de lo que sabe: "Saludó a los forasteros en castellano, pronunciando lentamente sus palabras con un acento algo grotesco. Y satisfecho de haber dado esta muestra de su sabiduría, fué hacia la puerta entreabriéndola."<sup>17</sup> Se cree obligado a explicar la razón de sus conocimientos lingüísticos: "--Si hablo bien el castellano, es porque hice la guerra y vi muchos países. Estuve en Aragón y en otras partes, donde las gentes no hablan como aquí."<sup>18</sup> Tampoco las mujeres del lavadero de Peñíscola parecen dominar el castellano: "Algunas viejas, más audaces por privilegio de su edad, se acercaron a ella, titubeando antes de contestar a sus preguntas en castellano, haciéndoselas repetir por conocer escasamente dicho idioma y porque las desorientaba el acento argentino de Rosaura."<sup>19</sup>

El valenciano no se habla sólo en la región, sino que cuando sus hijos salen de ella siguen usándolo. Alejandro VI, una vez elegido Papa, dió muchos cargos en Roma a españoles, a quienes hablaba en el idioma natal. Pero "los empleos más íntimos de su servicio dábalos a gentes de Valencia, con las que podía expresarse en valenciano, lengua familiar de los Borgias."<sup>20</sup> Empleaban el castellano, pero reservaban el uso de su

lengua familiar para ellos mismos: "Todos los hijos de Alejandro VI, a pesar de ser mestizos de italiana y español y no haber ido nunca a España, hablaban en castellano a los amigos y protegidos de su padre, y se valían con éste del valenciano, como si tal medio de expresión les diese mayor intimidad."<sup>21</sup> Éstos no sólo hablaban, sino que escribían en valenciano. Don Baltasar Figueras enseña a Claudio Borja el legajo de epístolas que los antepasados de éste habían dirigido a sus amistades y parientes en su ciudad de origen, y le explica de qué se trata: "--Todas están escritas en valenciano--continuaba Figueras--. El valenciano fué la lengua familiar de los Borgias, el idioma sagrado y secreto de tribu con la que se entendían entre ellos, al vivir en Italia, circundados de espías e hipócritas."<sup>22</sup>

También es la lengua que siguen usando entre ellos Toni y el tío Caragol de Mare Nostrum: "el ser todos de la misma tierra y el empleo del valenciano como lengua de la intimidad les hacía buscarse a los dos instintivamente."<sup>23</sup> En esta lengua da Toni a Ulisés la noticia de haber estallado la I conflagración mundial: "--¡La guerra, che!--gritó en valenciano, la lengua de su intimidad."<sup>24</sup> Y es en valenciano como el patrón de barca de Valencia pregunta a Ulises en Marsella quién es, y le avisa del peligro de los submarinos alemanes.<sup>25</sup>

Blasco no sólo recoge, sino que explica el alcance del apelativo catalán. Cuando Alfonso de Borja es elevado al solio pontificio con el nombre de Calixto III, "al Papa inesperado le daban el apodo de el viejo catalán . . ." "--Si al valenciano Borja . . . lo llamaban catalán, era porque los catalanes gozaban en Italia de una impopularidad algo menor que la de los franceses, mas no por eso menos odiosa e intolerable para el vulgo. . . Temían las gentes de Roma que el nuevo Papa confiase las

fortalezas de la Iglesia a guerreros catalanes, o sea españoles . . ."26

Parecido ocurre con la marina: "La llamada marina catalana no era sólo de Cataluña: pertenecía a los monarcas aragoneses y entraban en ella todos sus estados marítimos. Cuando los reyes formaban una flota, se componía de tres escuadras: catalana, mallorquina y valenciana. Las atarazanas de Valencia eran célebres por sus construcciones navales. De ellas salían los mejores navíos de la costa española."27 Más adelante explica Blasco las razones históricas de este florecimiento naval valenciano: "Juan II, padre de Fernando el Católico, vivía en incesante lucha con los catalanes, negándose Barcelona a reconocer su autoridad, y todo el movimiento marítimo había pasado a Valencia. Su puerto era, desde el reinado de Alfonso V, un centro receptor y distribuidor del comercio con Italia."28

En otro lugar se refiere a los componentes de la llamada marina catalana. En la batalla naval de Pera, en el Bósforo, entre catalanes y genoveses, nos dice que "moría Poncio de Santapáu, el almirante catalán; moría después el almirante valenciano Bernardo Ripoll, y la pérdida de estos jefes daba la victoria a los de Génova."29

En la expedición los almogávares a Oriente, sus jefes fueron asesinados por el hijo del emperador Andrónico Paleólogo, pero los supervivientes tomaron tan terrible venganza que su recuerdo es proverbial: "'Que la venganza de los catalanes te alcance', fué durante varios siglos en Grecia y en Rumelia la peor de las maldiciones. Para designar a un ser bárbaro y sanguinario, todavía los griegos modernos lo apodan Catalán, y en Morea, toda comadre violenta y reñidora se ve insultada por sus vecinas con el nombre de Catalana."30 Blasco dice que los que componían esta expedición, a pesar de ser llamados catalanes, procedían "de los valles de los Pirineos, de las márgenes del Ebro y de las moriscas huertas de Valencia."31

En las páginas de Blasco se encuentran referencias al lemosín como lenguaje literario. Encarna en el abogado don Carmelo Labarta al poeta regional, activo participante en los Juegos Florales. Ulises, su ahijado, lo veía una vez al año "puesto de frac, con el pecho constelado de condecoraciones y una cigarra de oro en la solapa, distintivo de los felibres de Provenza. Era que se iba a celebrar la fiesta de la literatura lemosina, en la que desempeñaba siempre un primer papel . . ." <sup>32</sup> Su odio hacia Felipe V por haber derogado los fueros de Valencia lo expresaba en rima: "'¡Borbón, maldito seas!...' Pero se lo decía en verso y en lemosín, circunstancias atenuantes . . ." <sup>33</sup>

El esfuerzo de los aragoneses trasladados a Valencia para aprender pronto el valenciano lo representa en Melchor Peña, el zagalillo de las montañas de Teruel aceptado por don Eugenio García como aprendiz en la tienda de Las Tres Rosas, que "a las dos semanas chapurraba el valenciano de un modo que hacía reír a las labradoras parroquianas de la casa . . ." <sup>34</sup>

Caso distinto es el de algún valenciano que pasando alguna temporada fuera de Valencia regresa simulando haber olvidado su lengua vernácula. Blasco se mofa de estos tipos, como lo hacen sus paisanos. Un caso lo tenemos en Visantico el Cubano, hijo de la siñá Serafina: "seis años había permanecido fuera de Valencia, y decía tener olvidado el valenciano, a pesar de lo mucho que 'le tiraba la tierresita'. Había salido de allí con lengua, y volvía con un merengue derritido, a través del cual las palabras tomaban el tono empalagoso de una flauta melancólica." <sup>35</sup> Pero cuando se siente herido de muerte reaparece su lengua nativa: "en aquel momento desvaneciése la melosidad antillana, y el lenguaje de la niñez reapareció junto con la desgracia: --¡Ay mare mehua!!... ¡Mare mehua!" <sup>36</sup>

Una variedad dialectal del valenciano es la conocida por apitxat,

considerada como una corrupción fonética de la prosodia genuinamente valenciana, introducida después de la época cervantina y causada por la influencia castellana quizá del siglo XVII. Se habla en la zona comprendida entre Sagunto y Alcira (excepto Sueca y Cullera) y desde la costa hasta Liria y Turís.<sup>37</sup> La discrepancia principal entre el apitxat y las modalidades de los otros dialectos valencianos consideradas como más puras consiste en la pronunciación de los sonidos representados en la escritura por las consonantes v, s, tz, j y tj.<sup>38</sup>

Blasco localiza la acción de casi todas sus obras valencianas en la zona del apitxat, pero debido a ser éste una variedad fonética nos vemos en la imposibilidad de hacer un análisis del valenciano hablado por sus personajes, y de la propiedad con que lo usan. Y como hasta diciembre de 1932, cinco años después de la muerte de Blasco, no se publicaron unas normas ortográficas aceptadas por los escritores, investigadores, corporaciones y publicaciones más sobresalientes de la región valenciana, tampoco podemos criticar la ortografía del valenciano usado por él.

Blasco no transcribe diálogos de sus personajes. Siendo un artista de la descripción, en sus obras no hay conversaciones propiamente dichas, sino descripciones de conversaciones. Así sólo encontramos una frase corta, una palabra a veces, y la descripción de lo que dicen sus personajes. Esta palabra o frase corta es con frecuencia en valenciano y la mayoría de las veces es una exclamación o un epíteto. Es como si Blasco explicase el asunto a personas que no entendieran el valenciano y sin poderlo remediar se le escaparan estas expresiones que, por otra parte, además de ser muy gráficas, revelan el estado anímico de quien las pronuncia, sus sentimientos y reacciones.

A veces es la exclamación de angustia con que se invoca a la madre

en momentos desesperados, o al padre pidiéndole ayuda: "--¡Ay mare mehua! ... ¡Mare mehua!" de Visantico el Cubano al sentirse herido;<sup>39</sup> el "¡Mare mehua!" del Groguet cuando le pegan con un vergajo en la cárcel;<sup>40</sup> el "¡Mare! ¡Mare!" de Pascualet cuando ve que su madre va a reñir;<sup>41</sup> del Obispo, hijo de Batiste, cuando se queda solo;<sup>42</sup> el "¡Pare!... ¡Pare!" de Batistet cuando ve el caballo herido;<sup>43</sup> de Pascualet cuando una ola arrebatata a su compañero de Flor de Mayo<sup>44</sup> o está aterrorizado en la barca.<sup>45</sup>

Otras es la de la madre expresando los mismos sentimientos. Es el "¡Fill meu!... ¡Torna... torna!" de la siñá Tona tratando de evitar que su hijo el Retor cometa la locura de hacerse a la mar, presintiendo la tragedia final de Flor de Mayo,<sup>46</sup> o el mismo "¡Fill meu!... ¡Fill meu!" de Dolores ante el cuerpo destrozado de su hijo;<sup>47</sup> el de la esposa del tío Pascual Caldera al ver a su hijo atacado de hidrofobia;<sup>48</sup> el "¡Fill meu!... ¡Rey de sa mare!", "¡Fill meu!... ¡Ánima mehua!" de Teresa y su hija ante el cadáver del Obispet y al salir el entierro.<sup>49</sup> De mujeres que reaccionan como madres ante la desgracia ajena, como el "¡Fill meu!... ¡Pobret meu!" de Pepeta, la mujer de Pimentó, ante el albaet.<sup>50</sup> O de quien muestra sentimientos paternales, como el "¡Fill meu! ¡Fill meu!" del tío Rabosa al ser salvado por los hijos de su enemigo;<sup>51</sup> o de quien aconseja, prediciendo desgracias en caso de no seguir sus consejos, como el tío Tomba, especie de oráculo griego, al advertir a Batiste: "Creume, fill meu: ¡te portarán desgrasia!...",<sup>52</sup> "Fas mal, fill meu; te portarán desgrasia."<sup>53</sup>

Otras exclamaciones sirven para dar mayor vigor al relato, como el "--¡Pimentó!... ¡Tornam la escopeta!"<sup>54</sup> del tío Barret al ser desahuciado de la barraca, o el "--Pimentó!... ¡Lladre! ¡Asómat!" o "Baixa, cobarde!...



¡Asómat, morral!"<sup>55</sup> de Batiste cuando va en su busca al creer que es él quien ha herido el caballo. Combinadas con otras producen un gran efecto patético, como las que dice Batiste en sueños cuando muere Pimentó:

"--¡Pimentó, perdónam! . . . ¡Perdónam, Pimentó!"<sup>56</sup> que muestran, además, el buen fondo natural del huertano.

Las hay de amenaza, como las del matón de la huerta al ver que no se intimida Batiste: "--Tú me les pagarás... ¡Me les pagarás, morral!"<sup>57</sup> que hacen presentir las tragedias que siguen; o de aviso al enemigo antes de atacarle, que denotan la nobleza de quien las profiere: "--¡Cristo! ¡Ara't pille!" de Batiste al lanzarse en seguimiento de su agresor, y "¡Lladre..., lladre..., no t'escaparás!"<sup>58</sup> al dispararle el segundo tiro. Este carácter tienen las de Roseta: "--¡Mon pare!... ¡Mon pare lladre?... Tornau a repetir y et trenque'ls morros"<sup>59</sup> antes de iniciar la riña de la Fuente de la Reina.

No faltan las de agradecimiento, como el "--Grasies, tío . . . --¡Qué bo es vosté!..."<sup>60</sup> del Retor cuando su tío Mariano el Callao promete ayudarles en el contrabando.

La tía Picores, carácter fuerte y dominante, impone su autoridad con frases que Blasco transcribe en valenciano: "--¿Qué es asó? ¿Sempre lo mateix? . . . Y tú, mala llengua, que no t'oixca."<sup>61</sup> con que se soluciona la riña de las dos cuñadas.

En costumbres tan exclusivamente valencianas como los preparativos de las tiradas de la Albufera cabe esperar palabras y frases que sólo allí se dicen, como en la demaná de los puestos: "--Caballers . . . ¡El u! . . . ¡Avant! ¡Avant! . . . El quatre va al Rincó de San Roc . . . El Sinc, a la Ca... del Barber."<sup>62</sup> Durante la tirada, el barquero avisa al cazador por donde entran las piezas: "¡Per la part del Palmar! . . . ¡Per la part

del Salér!"<sup>63</sup> . . . "--¡Va ferida! . . . Búsala, Sentella! . . . --¡Ya vorá vosté!"<sup>64</sup> También se dan los nombres valencianos de las aves acuáticas que se refugian en la Albufera: foches, collverts, agró, oroval, piuló, morell, singlot, bragat, . . . <sup>65</sup>

Así mismo se dan expresiones usadas en el tiro de palomo del cauce del río: "¡A pacte! . . . ¡A ell, a ell!",<sup>66</sup> que dice el colombaire.

En distintos lugares se mencionan nombres en valenciano de peces (llobarro, cabets, esparrelló, escorpa), guisos (all i pebre, such, sebollá, paella, arrós a banda), instrumentos de pesca (fitora, mornells, palangres, volantí, bolich), operaciones de pesca (chorrar), clases de pesca (ensesa, bou), lugares (redolíns, sequiota), etc. que son típicos y característicos.

Una institución valencianísima como el Tribunal de las Aguas, en la que todos los asuntos se tramitan en valenciano, requiere algunas palabras en esta lengua para presentarla en todo su sabor. Blasco usa muy pocas, pero con singular acierto. Comienza una de las sesiones con la frase sacramental, pronunciada por el más viejo de los síndicos, que preside: "--S'obri el tribunal"<sup>67</sup> Después se concede la palabra al acusador, señalándole el presidente con el pie calzado de blanca alpargata: "--Parle vosté".<sup>68</sup> Batiste se subleva ante la falsedad de la acusación, y al interrumpir varias veces se le castiga: "--Cuatre sous de multa!"<sup>69</sup> Le corresponde hablar a él: "--Parle vosté".<sup>70</sup> Cuando ha expuesto sus razones y empieza a divagar, se le manda guardar silencio: "--Calle vosté". Al final se pronuncia la decisión: "--El tribunal sentensia . . . Pagará el Batiste Borrull dos lliures de pena y quatre sous de multa."<sup>71</sup> Se dan las frases precisas que caracterizan por completo al tribunal y las fases del juicio: el principio, el uso de la palabra al acusador, la multa para man-

tener el prestigio e imponer respeto, el uso de la palabra al acusado, se retira el uso de la palabra y la sentencia final. No puede hacerse con mayor concisión y exactitud.

En otras costumbres valencianas se usan las palabras más típicas en la lengua de la región, así el "¡Armeles, confits!" en el bautizo de la Flor de Mayo,<sup>72</sup> y en la boda del tío Sento con Marieta,<sup>73</sup> o el "--¡Pera agulletes!"<sup>74</sup> de ésta última en su boda, al pasar el plato para recibir los regalos, o "¡Una estoreta velleta..." de la chiquillería para las fallas de San José.<sup>75</sup>

Se registran algunas voces de los vendedores callejeros: "¡La lleet!",<sup>76</sup> "¡Al agua fresqueta!",<sup>77</sup> o "¡Salaes y dolses!",<sup>78</sup> refiriéndose a dos clases de galletas.

También se incluyen versos, que son viejas canciones infantiles, como

La lluna, la pruna,  
vestida de dol...  
sa mare la crida,  
son pare no vol.<sup>79</sup>

o coplas, como

Arrós y tartana,  
casaca a la moda,  
¡y rode la bola  
a la valensiana!<sup>80</sup>

de donde Blasco sacó el título para su primera novela de costumbres valencianas. Se hace referencia a un refrán, del que se transcriben en valenciano la última palabra de cada verso que forman la rima:

Más valía ser comida de carrancs  
que no que les cantasen els capellans<sup>81</sup>

que explica la filosofía marinera.

Es una costumbre valenciana inmemorial saludar a quien se encuentra en el campo, no importa si es de día o de noche, a diferencia de lo que ocurre en Ibiza, donde nadie se saluda en el campo una vez se ha puesto

el sol.<sup>82</sup> Es típico el "¡Bon día!" o "¡Bon día mos done Deu!"<sup>83</sup> o el "Bo-  
na nit"<sup>84</sup> que tanto asustaba a Roseta si era pronunciado por desconocidos,  
o que le alegraba si era de Tonet, el nieto del tío Tomba.

Blasco consigue un gran efecto cómico al transcribir algunas palabras en el castellano fantástico de los personajes que no son muy expertos en su uso. El tío Paloma avisando a la emperatriz Eugenia la proximidad de una pieza: "Su majestad..., ¡ojo! Por detrás le entra un collovierde."<sup>85</sup> Hay también humor en el castellano de la tía Quica, el ama de Amparito, cuando visita a la familia de doña Manuela. Son pocas palabras, pero que producen la impresión de realidad en el lenguaje de este personaje huer-  
tano:

—¡Calle, señora! ¡Cuán apurada está la pobre! Su marido nos ha salido un borrachín, un bufao, que todos los domingos vuelve a la taberna de Copa a cuatro patas, como un burro, y le han de meter en la cama para que duerma la mona un par de días. ¡Y qué palisas, Virgen santa! Mi pobre Pepeta pasa la vida de Santa Catalina de Siena, y la muy bestia, erre que erre, sin aborreser a ese pillo de Pimentó, que no vale ni un papel de fumar.<sup>86</sup>

Como lo hay en el habla de la siñá Tona al dirigirse al carabínero, "un castellano grotesco e ininteligible, que hubiese hecho reír en el mismo Gabañal":

—Mire osté, señor Martínez: mi chico me tiene loca con todas esas burras que hace. Lo que yo li digo: '¿Te hace falta algo, condenat? Pues entonses, ¿por qué te ajuntas con esa pillería pollosa?' Osté, señor Martínez, que tiene tanta labia, hágali miedo. Dígali que se lo llevará a Valencia para meterlo en la cárcel si no es buen chico.<sup>87</sup>

Este lenguaje pintoresco es paralelo al de las mujeres de Peñíscola, cuando tratan de orientar a Rosaura, en donde con dos palabras, siñora y osté consigue, como en los casos precedentes, el efecto apetecido, humor, pintoresquismo y realismo: "Suba, señora; suba siempre delante de osté, y en el castillo lo encontrará."<sup>88</sup> Los dos últimos efectos se consiguen también al mezclar algunas palabras en el regateo de Batiste con el gitano:

"--Bueno; pos por ser tú, rebajaré poco. ¿Quieres ventisinco?" . . . "¡Ma-  
re de Dios" . . . "Ventisinco..., ni un chavo más."<sup>89</sup>

En las obras de Blasco encontramos 20 nombres propios valencianos o escritos en esta lengua, bien en forma primitiva o en diminutivo. Las terminaciones de los diminutivos valencianos son et para el masculino y eta para el femenino, y es muy común usar los nombres de esta manera. Don Baltasar Figueres explica los diminutivos referidos a Rodrigo de Borja, el futuro Papa, y a una hermana suya: "Todos le llamaban Rodriguet, y jugaba con una hermana suya, Tecla, igualmente designada con el diminutivo valenciano de Tecleta."<sup>90</sup> A veces encontramos un nombre en su forma valenciana, como Chimo, Gori, Nelo, Batiste, Jorgi, Roc, Jofre, Sento, Quico o Bernat. Pero es también corriente que se den sus diminutivos masculinos o femeninos, como Batistet, Micalet, Nelet y Neleta, Pepet y Pepe-  
ta, Roseta, Tecleta, Visanteta, Rodriguet o Tonet.

Es notable el uso de los apodos, de los que encontramos más del doble que nombres propios. Es muy significativa la frecuencia con que aparecen, y casi siempre existe alguna relación entre el apodo y quien lo recibe. El viejo pescador de La barca abandonada explica tanto quién los pone como la frecuencia y las razones para ponerlos:

--Son motes, caballero; apodos que aquí tenemos lo mismo los hombres que las barcas. Es inútil que el cura gaste sus latines con nosotros; aquí, quien bautiza de veras es la gente. A mí me llaman Felipe; pero si algún día me busca usted, pregunte por Castelar, pues así me conocen, porque me gusta hablar con las personas, y en la taberna soy el unico que puede leer el periódico a los compañeros. Ese muchacho que pasa con el cesto de pescado es Chispas, a su patrón le llaman el Cano, y así estamos bautizados todos. Los amos de las barcas se calientan el caletre buscando un nombre bonito para pintarlo en la popa. Una, la Purísima Concepción; otra, Rosa del Mar; aquélla, Los Dos Amigos; pero llega la gente con su manía de sacar motes y se llaman La Pava, El Lorito, La Medio Rollo, y gracias que no las distinguan con nombres menos decentes. Un hermano mío tiene la barca más hermosa de toda la matrícula, la bautizamos con el nombre de mi hija: Camila; pero la pintamos de

amarillo y blanco, y el día del bautizo se le ocurrió a un píllo de la playa que parecía un huevo frito. ¿Querrá usted creerlo? Sólo con este apodo la conocen.

. . . pero ¿y El Socarrao?

--Su verdadero nombre era El Resuelto; pero por la prontitud con que maniobraba y la furia con que acometía los golpes de mar, dieron en llamarle El Socarrao, como a una persona de mal genio.<sup>91</sup>

Estas costumbres de los apodos entre los niños de su escuela ponían de muy mal genio a don Joaquín: "¡Qué explosión de cólera la de don Joaquín! Lo que más le irritaba era la afición de los muchachos a llamarse por los apodos de sus padres y aun a fabricarlos nuevos."<sup>92</sup> En que vemos que los apodos son con frecuencia hereditarios. Lo es también el de un personaje célebre de Cañas y barro:

Sangonera llevaba el mismo apodo de su padre, el borracho más famoso de toda la Albufera, un viejo pequeño, que parecía acartonado por el alcohol desde muchos años. Al quedar viudo, sin más hijo que el pequeño Sangonereta, se entregó a la embriaguez, y la gente, viendolo constantemente chupar los líquidos con tanta ansia, lo comparó a una sanguijuela, creándole así su apodo.<sup>93</sup>

Así mismo lo es el del dueño del cafetín de Arroz y tartana, que "había heredado el apodo de Espantagosos, sin duda porque alguno de sus antecesores no estaba en buenas relaciones con la raza canina."<sup>94</sup>

Otros apodos se refieren al origen de quien los lleva, como la Borda de Primavera triste: "La apodaban la Borda, porque la difunda mujer del tío Tófol, en su afán de tener hijos que alegrasen su esterilidad, la había sacado de la Inclusa"<sup>95</sup> y Visanteta, de Cañas y barro, hija adoptiva de Tono y su esposa: "los dos hicieron un viaje a la ciudad, trayendo de allá una niña de seis años, una bestezuela tímida, arisca y fea, que sacaron de la Casa de Expósitos. Se llamaba Visanteta; pero todos, para que no olvidase su origen, con esa crueldad inconsciente de la incultura popular, la llamaron la Borda."<sup>96</sup> Algunos se refieren al aspecto de las personas, como el tío Sento el Sellut, por "el sombraje de unas cejas sa-

lientes y enormes, que según expresión de sus enemigos, tenían más de media arroba de pelo,"<sup>97</sup> el Groguet, "un muchacho paliducho y débil por el excesivo crecimiento,"<sup>98</sup> el Menut, "un chicuelo enteco y vicioso,"<sup>99</sup> la Soberana, "vieja vendedora de pescado que justificaba su apodo por el volumen y la estatura, así como por la arrogancia con que trataba a las compañeras de mercado, imponiéndoles su voluntad a fuerza de peleas...",<sup>100</sup> el Chepa, "chicuelo enteco y giboso con cara de vieja,"<sup>101</sup> o Pascualet, que era "grueso, panzudo, carilleno, tenía cierto aire de seminarista bien alimentado, y los pescadores le llamaron el Retor, apodo que había de conservar toda su vida."<sup>102</sup>

También se imponen por alguna enfermedad crónica, como la tía Picores, a la que "una picazón eterna parecía martirizar su arrugada epidermis,"<sup>103</sup> o por el uso habitual de alguna prenda, como el tío Barret, "llevando encasquetado hasta las orejas el gorro azul que justificaba su apodo."<sup>104</sup> A veces se debe a la forma de hablar, como el tío Paco, a quien "al principio le habían dado el apodo de Cañamel por el acento suave y dulzón con que se expresaba en un valenciano trabajoso. Después, al verlo rico, la gente, sin olvidar el apodo, lo llamaba Paco, pues, según declaraba su mujer, así lo llamaban en su país, y él se enfurecía sordamente si lo apelaban Quico, como a los otros Franciscos del pueblo,"<sup>105</sup> o por haber participado en algún hecho histórico, como el señor Mariano, a quien "llamábanle el Callao porque hablaba cada día una docena de veces de aquella jornada gloriosa, a la que había asistido siendo joven, como marinero de primera, a bordo de la Numancia,"<sup>106</sup> o por alguna habilidad, como el viejo labrador de Alboraya: "Por algo le llamaban Beseroles; porque no caía en sus manos un trozo de periódico que no lo leyera de principio a fin, cantando las palabras letra por letra."<sup>107</sup>

A Roseta, la hija de Batiste, "la llamaban de apodo la Pastora, por tener amores con el nieto del tío Tomba."<sup>108</sup> A veces hasta los animales reciben sus apodos, como la vaca de Pepeta, "la Rocha, que así apodaban a la vaca por sus rubios pelos."<sup>109</sup>

La primera publicación de Blasco fué "La torre de Boatella", narración en valenciano de un episodio de la conquista de Valencia que apareció en 1883 en Lo Rat-Penat, almanaque dirigido entonces por Constantino Llombart.<sup>110</sup> A ésta siguió "Fatimah", también en valenciano y en Lo Rat-Penat de 1884. Esto demuestra su temprano amor por las cosas y la lengua de su tierra, que él considera compartido por sus lectores. Y ésta puede ser la primera de las razones para escribir en valenciano y usar frases y palabras de esta lengua cuando escribe en castellano. Este amor es complemento de su naturaleza artística, que al combinarse con el tema o asunto de sus escritos y su temperamento, tan en armonía con sus aficiones, produjo las espléndidas obras objeto de este estudio.

Blasco es uno de los mejores representantes de la escuela realista española y parte de su técnica es el uso del valenciano en sus escritos, pues es evidente que con objeto de dar mayor realismo a sus creaciones puso en boca de muchos personajes las expresiones en su lengua materna que tan eficazmente ayudan a crear un ambiente adecuado, en el que armonizan estas notas de color local. El uso de esta lengua regional es otro medio para localizar la acción y aumentar la verosimilitud del relato.

Es muy fácil abusar del color local y excederse en estos toques realistas que tanto significan si se aplican con habilidad. Por lo que toca al lenguaje, acabamos de ver la parquedad y maestría con que lo emplea, pues casi siempre con poquísimas palabras aplicadas en el momento justo da la sensación de que el personaje habla exclusivamente en valenciano y



a eso se debe que parezca que hay mucho más en esta lengua de lo que un cuidadoso análisis revela. En muchas ocasiones dos o tres palabras introducidas oportunamente producen la ilusión de que todo el período es valenciano, y es tal la impresión de realidad, se sigue el relato con tal interés que un lector familiarizado con las dos lenguas se olvida de cual de las dos emplea el autor. Y hasta diríamos que uno se olvida del autor mismo, que queda reemplazado por la escena que el lector tiene ante sus ojos. Es maravillosa la habilidad de Blasco para enfrentar al lector con sus personajes sin que se haga notar su presencia. Han sido necesarios los adelantos del arte cinematográfico para llegar al mismo resultado al ver una de sus obras maestras, en la que con ayuda del color y del sonido el espectador se olvida de que está presenciando una representación para participar en la obra representada. Esto hace sentir Blasco en sus mejores obras y el uso de palabras valencianas tiene una parte muy significativa en estos resultados. Nótese la fuerza y vigor que añaden al relato las exclamaciones usadas que hacen más viva y gráfica su expresión. Se pueden poner objeciones al uso de ciertas exclamaciones por Blasco por considerarlas demasiado fuertes o groseras, pero esto es parte de la técnica realista y aun hoy pueden oírse a diario en el mismo tipo de personajes que las dicen en estas obras.

Es evidente que a pesar de su dominio y maestría en el uso del valenciano y de su amor por esta lengua, haya dejado de escribirla para usar el castellano debido al mayor número de personas que lo hablan y pueden leerlo. Es indudable que puede llegar a varios millones más de lectores usando la lengua de Cervantes que la suya propia. El uso de voces valencianas decrece progresivamente a medida que se revela en sus nuevos aspectos de escritor, que de regional pasa a ser nacional y universal.

Es notable el efecto humorístico que consigue al poner en boca de ciertos personajes un castellano pintoresco, como el del tío Paloma o de la tía Quica,<sup>111</sup> que, por otra parte, ayudan a producir la impresión de realidad por ser exactamente ésa la forma de usar el castellano esos tipos, como habrá comprobado cualquiera que haya hablado en esta lengua a los huertanos o a los pescadores de la Albufera. En este sentido es admirable la propiedad con que hablan sus personajes. Cada uno habla según quien es y no se da el caso de que un analfabeto hable y discurra como una persona ilustrada.

Una parte de la clase media, especialmente la que quiere ser admitida en la esfera social superior, no usa habitualmente el valenciano en casa. Blasco representó este grupo en la familia protagonista de Arroz y tartana, y da lógica ocasión para que la tía Quica se explique tan pintorescamente en castellano, "ya que en casa de doña Manuela no era permitido hablar otro lenguaje."<sup>112</sup>

Todos los personajes que hablan valenciano son de las clases populares, y la mayoría sin cultura. Las excepciones son Claudio Borja y don Julián, el notario de La encerrada. Pero Borja habla en valenciano al dirigirse a una campesina de la provincia de Castellón que él supone acertadamente que no entiende el castellano,<sup>113</sup> y el notario al tratar con su clientela huertana: "¡Qué hombre tan sabio aquél! Leía las escrituras en valenciano e intercalaba en el árido texto chistes de su cosecha... Vamos, que no había palurdo que pudiera estar serio en presencia de aquel señor, siempre grave."<sup>114</sup> También lo habla Rafael y el alcalde de Alcira al preguntar a la muchedumbre "¿Qué voléu?" cuando van a pedir al Ayuntamiento que saque al pare San Bernat,<sup>115</sup> pero esta muchedumbre está formada de huertanos y es probable que el alcalde sea una de ellos, como hace pensar el uso de la palabra quefe por jefe al referirse a Rafael.

## Lista de nombres propios valencianos

Cuando Blasco usa apodos valencianos, casi sin excepción da el significado de los mismos o la relación que existe entre el apodo y quien lo lleva.<sup>116</sup> Las ediciones modernas de sus obras suelen tener la traducción de las palabras o frases valencianas cuando el autor no explica su significado. No ocurre lo mismo con los nombres propios, por lo que hemos creído de interés dar a continuación la lista de los que aparecen en sus obras, con el equivalente positivo castellano.

Batiste, Batistet -- Bautista

Bernat -- Bernardo

Chimo -- Joaquín

Gori -- Gregorio

Jofré -- Godofredo

Jordi -- Jorge

Marieta -- María

Miquel, Micalet -- Miguel

Nelo, Nelet, Neleta -- Manuel, Manuela

Pascualo, Pascualet -- Pascual

Pepet, Pepa, Pepeta -- José, Josefa

Quico, Quica -- Francisco, -a

Roc -- Roque

Rodriguet -- Rodrigo

Roseta -- Rosa

Salvaor -- Salvador

Sento, Visent, Visentico, Visanteta -- Vicente, -a

Tecleta -- Tecla

Tófol -- Cristóbal

Toni, Tono, Tonet, Tona, Tonica -- Antonio, -a

## B. Otros lenguajes

### 1. Catalán

Al localizar Blasco la acción de sus novelas en distintas partes de la Península usa palabras y expresiones de estos lugares. Una excepción puede hacerse con el catalán, pues en vez de emplear esta lengua directamente dice que los personajes la usan. En Mare Nostrum, Telémaco "De Génova fué a Roma, y de aquí a Nápoles, con el atrevimiento de la inocencia, empleando palabras españolas y catalanas para reforzar un italiano de corto léxico adquirido en las representaciones de opereta."<sup>117</sup> Ulises pregunta "en lengua catalana" al náufrago compañero de su hijo si era catalán.<sup>118</sup> Y también Ulises oye en las ramblas "la lengua germánica, confundida con el catalán y el castellano. . ."<sup>119</sup>

Es notable la falta absoluta de uso directo de la lengua catalana, algo parecido a lo que Blasco hizo con el aspecto geográfico de esta región y con las costumbres.<sup>120</sup>

### 2. Mallorquín-ibicenco

Blasco trata el mallorquín como una lengua y el ibicenco como un dialecto. El primero lo usa madó Antonia, quien ante el gesto de contrariedad de Jaime al encontrar el pan duro, "asintió con un movimiento de cabeza, rompiendo a hablar en su lenguaje mallorquín."<sup>121</sup> Jaime Febrer también lo habla: "--¡Miserias, madó Antonia!--dijo el señor en el mismo lenguaje,"<sup>122</sup> que también es el de Clapés ("--dijo Toni en su mallorquín de campesino.")<sup>123</sup> Febrer usa el dialecto de Ibiza hablando con Pep Arabi, de Can Mallorquí: "--Pep, tú quieres decirme algo y no te atreves--dijo Jaime en dialecto ibicenco,"<sup>124</sup> que igualmente habla el tío Ventolera.<sup>125</sup>

Como ha hecho antes con el valenciano, no transcribe diálogos de sus personajes, y se limita a dar algunas exclamaciones y a explicar o descri-

bir el resto del diálogo. A veces son saludos por la mañana: "--¡Bon día tengui!"<sup>126</sup> del Cantó al saludar a Jaime, o los "--¡Bon día!... ¡Bon día!..." de los fieles al salir de la iglesia, "saludándose como si se vieran por primera vez al encontrarse en pleno sol, fuera de la luz crepuscular del templo."<sup>127</sup> O por la tarde: "--¡Bonas tardes tenguin!" de Febrer al saludar a los carboneros y a los labriegos,<sup>128</sup> que se contestan con un lacónico tengui. En cuanto al "¡Bona nit!" hay que notar que se dice sólo en las casas, bien como saludo al llegar, como los cortejantes de Margalida, o como aviso de que la reunión ha terminado.<sup>129</sup> Pero nunca en el campo de noche:

Era costumbre antiquísima en Ibiza no saludarse en campo raro apenas cerraba la noche. En los caminos se cruzaban las sombras sin una palabra, evitando el encuentro para no rozarse ni conocerse. Cada cual iba a su negocio: a ver a la novia, a buscar el médico, a matar a un contrario en el otro extremo de la isla, para regresar corriendo y poder decir que a la misma hora estaba con los amigos. Todo el que caminaba durante la noche tenía sus razones para pasar inadvertido. Las sombras temían a las sombras. Un ¡bona nit! o una petición de lumbre para el cigarro podían recibir como contestación un pistoletazo.<sup>130</sup>

A veces son saludos en general, como el "--¡Salut, Flo d'Enmetllé!"<sup>131</sup> de Jaime a Margalida. Hay exclamaciones de admiración, como las del hijo de Pep ante las pistolas del escaparate: "--¡Fluxas...! ¡Pare, Fluxas! --exclamaba con la sorpresa del que encuentra un amigo inesperado..."<sup>132</sup> O que son un permiso para entrar, como el "--¡Avant qui siga!"<sup>133</sup> o "--¡Avant els homens!"<sup>134</sup> de Pep a los muchachos que cortejan a Margalida, o una orden, bien para que cese algo molesto, "--¡Prou!... ¡Prou!..."<sup>135</sup> o para que salgan los jóvenes: "--¡Fora!... ¡Fora!..."<sup>136</sup> O una negativa, como el "--¡No vullc! ¡No vullc!" de Margalida.<sup>137</sup> También es aviso y orden, como "¡Déixamela!" para cambiar de pareja en el baile.<sup>138</sup>

A Blasco le interesó la división en castas de las gentes de las islas, y da los nombres de algunos grupos, como chuetas, descendientes de

los judíos conversos, butifarras<sup>139</sup> pertenecientes a la clase alta o nobleza, mossons o intelectuales y payeses o campesinos.

No es muy pródigo en el uso de nombres propios, pero se encuentran algunos como Chaume, nombre del protagonista Jaime Febrer; Pep, el payés de Can Mallorca, y sus hijos Pepet y Margalida, que representan los atlots o gente joven; Pere, uno de los valentones de la isla, y Toni, un contrabandista.

Los escasos apodos que se leen responden a ocupaciones o aficiones de quienes los llevan, como Ferrer, dueño de una herrería, el Cantó, por su afición a cantar y componer versos, el Capellanet, por haber estado en el Seminario. No explica la razón del apodo Ventolera, el viejo pescador acompañante de Jaime. Ferrer es un verro, o persona que ha matado a otra y tenida por eso como valiente o matón.

En las artes de pesca se usan palabras que son comunes al valenciano, como volantí y palangre.

Algo típico de Ibiza es el festeig, cortejo tradicional, que se describe con detalle.<sup>140</sup> Los atlots, para este festeig, "sentábanse en el verano en el porchu, especie de zaguán de la alquería."<sup>141</sup> De los bailes se nombran la curta y la llarga y de instrumentos las castañolas o castañoles, "enormes como las conchas que cogía en la playa el tío Ventolera."<sup>142</sup> Los mozos se distraen en las largas caminatas con el bimbau, "instrumento compuesto de dos laminillas de hierro que gruñía como un moscardón y les hacía olvidar la fatiga de la marcha."<sup>143</sup>

Los atlots se llaman por la noche con aúcs o auquidos, especie de alarido que lo mismo sirve para reconocerse como para desafiarse. Los viejos fuman tabaco de pota, "cultivado en la isla, hierba de acre olor."<sup>144</sup> Se bebe figola, "licor de hierbas de la isla."<sup>145</sup> El payés de Son Febrer

paga a Jaime las aldehalas, pago en especie según costumbres antiguas.<sup>146</sup> En tiempo frío las mujeres llevan "el abrigáis, la prenda femenil de invierno."<sup>147</sup> Por la noche Pep le sube a Jaime el sopar.<sup>148</sup> Febrer, como señor, recibe el tratamiento de vostra mercé.<sup>149</sup>

Se saca la impresión de que el uso del ibicenco o mallorquín es más general en las islas que el valenciano en Valencia. No hay ninguna referencia a imponer el castellano en detrimento de la lengua regional, como vimos en casa de doña Manuela,<sup>150</sup> si bien se usa en ocasiones especiales, como al rezar: "Pep dormitaba en su silla baja, vencido por el cansancio, y su mujer lanzaba sordos alaridos de terror cada vez que un trueno fuerte conmovía la casa, intercalando en sus gemidos fragmentos de oraciones, murmuradas en castellano para mayor eficacia."<sup>151</sup> Madó Antonia habla en mallorquín a su señor, Jaime Febrer, y éste le contesta en la misma lengua; en ibicenco habla Jaime al tío Ventolera y al resto de los isleños.

Blasco usa todavía muchas menos palabras y frases regionales en Los muertos mandan que en las novelas y cuentos valencianos. Aunque dice que hablan en mallorquín, no emplea ninguna palabra de esta lengua, excepto madó referida a la vieja sirvienta.<sup>152</sup> Usa algunas del dialecto ibicenco, que sirven para sugerir el ambiente lingüístico local, pero la impresión de realidad es mucho menor que al usar el valenciano. Muchas de las razones para el uso del valenciano pueden ser válidas aquí, como el realismo, color local y ayudar en la localización de la acción. No encontramos humor ni castellano pintoresco, como al tratar de la región hermana, y tampoco hay exclamaciones groseras, excepto futro, que también aparece allí.

### 3. Andaluz

Cuando Blasco lleva la acción de sus novelas a Andalucía, con Sangre y arena y La bodega principalmente, se leen más formas dialectales y más

diálogos que cuando trata de otras regiones.

Entre las peculiaridades del andaluz que se encuentran en sus páginas están la eliminación de la consonante final de palabra, como Rafaé, usté, marqué, encargá, tené, Lu, ferrocarrí, queré, Jesú, mercé, señó; la supresión de la última sílaba: pa (para), honrá (honrada), tié (tiene), escopetá (escopetada), na (nada), puñalá (puñalada); la eliminación de la d intervocálica: veníó, despédío, encargao, too, toas, pasao; la eliminación de la d antes de r: pare, mare; o al principio de palabra: icen, ocenas, ice, e (de); la supresión de la r intervocálica, como paece (parece); o de la v inicial de palabra: ámonos (vámonos); substitución de la l por r: er (el), der (del), farta, farso, argún, sordao, durse (dulce), carma, mardito; o de la b o v por la g: groma (broma), güeno (bueno), güerve (vuelve); o de la h por la j: jacer, jambre, jerío (herido), jembra, jar-tame (hartarme), jieren; o de la ll por la y: Seviya, seviyanas, cabayo, cabayero, yeve, yeguen, poquiyo, chiquiya, caye; de la f por la j: juí (fuí), juiste, juerte (fuerte); algunas metátesis: naide (nadie), probe (pobre), presona (persona), premita (permita); añadir una n: ansí; uso de ustedes en vez de vosotros: "Sabéis ustedes . . ." <sup>153</sup>

La modalidad de andaluz que aparece en estas obras es casi exclusivamente el seseo. En una ocasión Blasco se refiere al "gracioso ceceo", cuando la Marquesita contesta a Fermín: "--Marquesa, ya no, hijo--contestó ella con gracioso ceceo--. Ahora crío cerdos..., y muchas gracias." <sup>154</sup> Pero el diálogo transcrito lo es con ortografía castellana correcta. En otra ocasión un personaje cuenta "su historia con aquel pesado ceceo de andaluz sin gracia," <sup>155</sup> sin que se transcriba lo que dice.

En otros lugares, al nombrar a Jesús el gitano Alcaparrón dice Jozú y Josú, <sup>156</sup> lo que muestra la inconsistencia del autor en esta materia,



cuando el resto del diálogo se escribe usando la s en vez de la c o la z, y no al contrario, inconsistencia que se repite a veces con el habla de otros personajes. Parece que a Blasco sólo le interese en este aspecto dar el ambiente lingüístico de la región y crea conseguirlo con las palabras que emplea, sin preocuparse mucho de la exactitud.<sup>157</sup>

El uso del dialecto andaluz es mucho más común en Andalucía que el de las lenguas regionales en las regiones respectivas, y eso es lo que parece indicar la frecuencia con que aparece en las páginas de las obras de ambiente andaluz, en donde lo hablan personajes pertenecientes tanto a la alta sociedad como a las clases populares y hasta los gitanos.

Otra razón para la frecuencia del uso directo del andaluz es que, diferenciándose tan poco del castellano, la inserción de diálogos en este dialecto no interrumpe el hilo de la narración y no distrae la atención del lector, como ocurriría si se hiciera igual con otras lenguas, como el vascuence o el valenciano.

El andaluz es un elemento típico regional y su uso sirve para dar más carácter y sabor al relato, más color local, ayuda a localizar la acción y da mayor impresión de verosimilitud al ambiente.

#### 4. Caló

Cuando Isidro Maltrana va a vivir a las Cambroneras, al poco tiempo conoce a la población calé, a los gitanos que viven en esa sección, y lo mismo que por mediación del protagonista de La horda Blasco se refiere al género de vida y costumbres de este grupo, también usa y explica su caló. El gitano esquilador Salguero cuenta muchas de sus costumbres a Isidro, y le aclara el significado de las palabras y pintorescos nombres geográficos que usan.<sup>158</sup> Se tiene la impresión de que alguien ha dado

estas explicaciones al autor, que ahora éste reproduce valiéndose de Maltrana. Siempre que aparece una palabra o frase en caló se da la traducción, y el autor restringe su empleo a las más típicas o curiosas, tal vez para evitar al lector la sensación desagradable que produciría el abuso de términos extraños. Blasco trata de presentar el ambiente de sus obras en todos sus aspectos--geográficos, sociales, raciales y costumbres--que quedaría incompleto si se omitiera el lingüístico.

### 5. Vascuence

Al trasladarse al país vasco con El intruso, Blasco se refiere a la lengua de allí. Goicoechea se queja de que en Bilbao se hable menos el vascuence que en Madrid, y de los pocos apellidos vascongados que hay;<sup>159</sup> recuerda entusiasmado la fiesta de la coronación de la Virgen de Begoña, en la que hubieron sermones en vascuence.<sup>160</sup>

Se leen algunos nombres en forma vascongada, como Chomín,<sup>161</sup> Antón<sup>162</sup> y Kataliñ, el ama de llaves,<sup>163</sup> y se llama aña al ama seca Nicanora.<sup>164</sup> Los Jaunes eran los gobernantes prudentes que rigieron el país antiguamente,<sup>165</sup> y Jaungoicoa es el "Señor de arriba" o Dios.<sup>166</sup>

En la fiesta de Azpeitia los versolaris cantaban sus improvisados versos en vascuence, y antes que los barrenadores compiten los aizcolaris o partidores de leña (troncos)<sup>167</sup> y se toca el chistu o flauta típica acompañada del dambolín o tambor.<sup>168</sup> Se baila el auresku, "la gran danza vasca, que tiene algo de ritmo primitivo."<sup>169</sup> En las fiestas se baila también la espata-danza,<sup>170</sup> y los pelotaris juegan a la pelota, deporte muy típico de esta región.<sup>171</sup> Los zorcicos se cantan a veces acompañados al piano.<sup>172</sup>

Fotes son los panecillos especiales para el desayuno<sup>173</sup> y el chacolí o chacolín es el vino ligero y algo agrio de esta región, que se vende en los famosos chacolines que anuncian esta bebida ostentando en

la puerta el tradicional ramo verde llamado branque.<sup>174</sup> Sagardúa es la especie de sidra dulzona que beben los pobres de las montañas.<sup>175</sup>

Los miñones componen la milicia de esta zona<sup>176</sup> y van a detener a los asesinos del Maestrico. El doctor Aresti se apoyaba en su cachava, "grueso cayado con cantonera de lanza que le acompañaba siempre en sus visitas a las minas."<sup>177</sup> A los habitantes de Bilbao se les llama también chimbos, que son unos "pajarillos de varias clases, que habían dado su nombre como apodo a los hijos de la villa."<sup>178</sup>

Las Vascongadas tienen gran conciencia de su personalidad. A los nacionalistas, defensores de los fueros y que quieren regirse por sí mismos se les llama bizkaitarras; y a los que no son del país se les conoce por maketos, "gente del otro lado del Ebro" que componen la Maketania.<sup>179</sup> A los soldados españoles se les conoce por quiris y ches, esto último porque la mayoría de los que formaban la tropa del gobierno central contra los carlistas eran valencianos.<sup>180</sup> A los bizkaitarras les gusta cantar el himno Goizeco izarra, invocación de la estrella de la mañana.<sup>181</sup> En la batalla de Padura, los vascos gritaban ¡Sabelian, sabelian sarрту!, "avisándose que debían herir con sus chuzos a los españoles en el vientre."<sup>182</sup>

La referencia que se hace al "habla bilbaina"<sup>183</sup> se debe sin duda a la sintaxis especial de los vascos cuando hablan en castellano, como Kataliñ al despertar al doctor: "Muerto hay en el camino de Artuella. El jueves, que vaya."<sup>184</sup>

En contraste con el valenciano, el vascuence se habla en todas las esferas sociales, y no aparece en lugar alguno prohibición de hablarlo. Parece que los vascos estén orgullosos de serlo y que sientan nostalgia por su tradición, especialmente los bizkaitarras, y desprecian a los ma-

ketos, gentes a quienes no tienen más remedio que tólerar. Esta clasificación es paralela a la de valencianos y churros, según procedan de zonas donde se hable el valenciano o no, constituyendo esta última la churrería. Don Joaquín, de La barraca, era "de muy lejos, de allá de la churrería. Y en vano se pedían más explicaciones, pues para la ciencia geográfica de la huerta todo el que no habla valenciano es de la churrería."<sup>185</sup> Esta distinción, sin embargo, no tiene el sentido despectivo que en las Vascongadas.

Blasco usa menos el vascuence que el ibicenco, y es obvio que lo conoce menos que el habla de las islas. Da algunos nombres--como aizkolaris, versolaris, pelotaris, chistu, dambolín, aurresku, espata-danza, chacolí, sagardúa o miñón--que explica, pero que no supone estar muy familiarizado con el euzcaro. El repetido "haup! ¡haup!" de los acompañantes de los barrenadores en la apuesta sugiere maravillosamente el movimiento rítmico de éstos al levantarse y agacharse, dando con la barrena contra la piedra.<sup>186</sup> No hay ningún personaje que hable el vascuence directamente en El intruso, y sólo Goicoechea da explicaciones a Aresti sobre la evolución de los carlistas en bizkaitarras, y del significado de esta voz y de otras, como maketo, Maketania y Jaungoicoa,<sup>187</sup> lo que tiene poco lógica, pues siendo Aresti vizcaíno e interesado en cuestiones políticas y sociales, debía estar tan enterado como Goicoechea, aunque no compartiera sus ideas políticas y religiosas.

Las pocas palabras en vascuence que aparecen ayudan a localizar la acción y realzan el tipismo y color local de la fiesta y costumbres características a que van asociadas, y algunas, como el mencionado ¡haup! ¡haup!, forman parte de ellas. Otras sirven muy bien para perfilar ideológicamente a ciertos grupos político-religiosos, como se ve en Goicoe-

chea, Urquiola y lo que representan. El número insignificante de palabras vascas que aparecen en esta novela se debe no tanto a desconocimiento del idioma, que puede subsanarse fácilmente permaneciendo algún tiempo en esta zona y buscando colaboradores adecuados, como a no considerarlo necesario, pues se trata de una novela de tesis en la que el escenario, las costumbres y el habla regional tienen una importancia muy secundaria, y las que usa sirven suficientemente para los fines que al parecer se había propuesto.

## VIII. CONCLUSIONES

El bosquejo biográfico de Blasco Ibáñez esbozado en el Capítulo III muestra la estrecha relación que existe entre la vida del autor, el ambiente en que se crió y sus obras.

Blasco nació en Valencia en una tienda al lado del Mercado central. En Valencia se educó y allí transcurrió su vida hasta que en busca de más amplios horizontes para sus actividades salió de la ciudad. Conoce, pues, perfectamente la capital levantina y al escribir de ella y de sus clases sociales populares no hace más que dar sus experiencias personales. Leyendo las páginas de sus obras valencianas se pasa por sus plazas y calles, se recorren sus paseos y jardines, se cruzan sus puentes y se visitan sus monumentos y edificios importantes. No se descuida lo que tenga algún valor o significación.

Unas plazas se distinguen por su actividad comercial --Mercado y Redonda. Otras son puntos de reunión del gentío dispuesto a divertirse --la de San Francisco. Algunas sirven de campo de juego a los chiquillos, que improvisan corridas de toros en vez de ir a la escuela, o se levantan en ellas satíricas fallas. Y no faltan las que con sus jardines son como los pulmones de la ciudad al purificar el aire --la Glorieta y el Parterre.

De las calles y paseos se dan también los nombres y características de los más representativos. Y el autor nos lleva, tanto por plazas y calles como por paseos, en distintas épocas y momentos para que los conozcamos en sus aspectos más típicos y que mejor representan su propio carácter y el de la ciudad. Estos lugares aparecen siempre relacionados con las personas y son medios utilísimos para conocer los distintos tipos o grupos que componen el pueblo valenciano, para un estudio de la psico-

logía de las masas y del carácter de los personajes y mostrar, a la vez, la organización laboral, económica, de policía, etc. de la población.

Se entretiene en la descripción de los edificios que lo merecen, tanto civiles como religiosos, públicos o privados, y que en su conjunto hablan de actividades culturales, mercantiles, comerciales, de beneficencia, sanitarias, económicas o industriales, y permiten conocer muchos aspectos de la vida de la ciudad.

Durante sus años de estudiante en el Instituto y en la Universidad, Blasco era más aficionado a corretear por la huerta y a visitar las alquerías, las tabernas y los cafetines cercanos a la ciudad que las aulas, aficiones que siguieron cuando dirigía su periódico El Pueblo. Se relacionó y se mezcló con las clases populares, pescadores del Cabañal, de la Albufera o huertanos. Ha vivido las peripecias de sus novelas, y en muchas ocasiones ha hecho la vida de sus personajes antes de trasladar al papel sus experiencias, pescando y cazando en la Albufera, embarcándose con los contrabandistas, asistiendo a la pesca del bou y corriendo el riesgo de los temporales en el mar, por lo que la exactitud de lo que describe es extrema, tanto al hablar de la ciudad como de las distintas secciones que comprende la campiña.

Una madrugada de otoño se traslada a la Huerta de Valencia para presenciar el incomparable espectáculo del amanecer. Un día de Pascua va a los Silos de Burjasot y presenta el maravilloso panorama que desde allí se divisa. Al principio de la primavera contempla el mismo paisaje desde la montañeta de San Salvador, de Alcira. El mismo tema, la vega valenciana, lo presenta en épocas distintas y desde lugares diversos para que se conozca en sus varios aspectos. Sirviendo de fondo los montes que circundan la vega, y el Mediterráneo, hace resaltar los cultivos y pro-

ductos característicos de la región, los árboles, los edificios--barracas y alquerías--y las aglomeraciones urbanas, las acequias y los caminos.

En varios pasajes de sus obras personifica la naturaleza y la presenta de acuerdo con el carácter de las distintas secciones, dando una atmósfera apropiada al conjunto. Unas veces es apacible, otras poética, otras triste y hasta lúgubre, imponente o aterradora. Influye en los personajes y en el argumento de las obras. Las descripciones de la naturaleza son modelos acabados en el género y en ellas se registran todas las sensaciones, desde el variado matiz de colores y la riqueza de formas que corresponden a la vista, la polifonía recogida por el oído, los aromas y olores que impresionan el olfato, hasta las táctiles de humedad o térmicas. Evoca maravillosamente la atmósfera física, bien sea de la Albufera, de la Huerta, de la Ribera o de la costa.

Además de fijar el presente con la máxima fidelidad y exactitud,<sup>1</sup> se refiere al pasado, al aspecto histórico o a la tradición, bien sea de la capital en su conjunto, de parte de ella, como las murallas o los barrios antiguos, o de puntos específicos, como la plaza del Mercado. Y otro tanto puede decirse cuando se trata de las comarcas que forman la vega y de la Albufera. Incluso dedicó una novela a la historia de la región representada en su ciudad antigua más famosa: Sagunto.

Menciona también en sus novelas y cuentos las tres capitales de las provincias valencianas y las poblaciones más importantes de cada una. Todos los nombres que cita son exactos, así como su situación geográfica. Al mencionar los pueblos lo hace poniendo de relieve sus características, actividades y cualquiera otra razón que los destaque. Así mismo es exacta su apreciación de los habitantes, sus ocupaciones e incluso su psicología colectiva.



Al tratar de las Baleares, Blasco emplea una técnica parecida a la usada al presentar aspectos geográficos de la región valenciana. Situado en un punto estratégico desde el que domina convenientemente lo que quiere presentar, da una descripción colorista y bastante detallada de lo que ve. Da el aspecto superficial o externo, destacando lo más importante o que mejor caracteriza lo que describe, como se evidencia al comparar las descripciones de los puertos de Valencia y Palma.

Sin embargo, al tratar de la ciudad de Valencia lo hace minuciosamente. Presenta todo tipo de calles dando el nombre de la mayoría, su aspecto, características sobresalientes, situación y ambiente, mientras que al tratar de Palma sólo presenta el Borne y la calle de la Platería, pero ni las describe ni da casi ningún detalle de ellas.

Algo análogo ocurre con los edificios, pues a las prolijas descripciones de los de Valencia siguen unas referencias muy superficiales a conocidos edificios de Palma. Lo mismo puede decirse cuando trata de Ibiza, bien sea la capital o alguno de los municipios. Las referencias a éstos son exactas, pero muy someras. Tampoco da a conocer plazas ni paseos, y son rarísimos los barrios que nombra.

Sin embargo, la evocación de estas ciudades se hace con tal maestría que los pocos rasgos trazados sirven para dar la impresión del ambiente. La diferencia con Valencia está en que la ciudad levantina se presenta con mucho detalle, y el lector parece deambular por sus calles, plazas y paseos. Es como si se mezclase con los personajes, codeándose con ellos, compartiendo sus impresiones, mientras que en las Baleares el fondo es más vago, más difuminado, si bien sugiere el ambiente en que se mueven los personajes, pero el lector queda como espectador, sin tener la impresión de que participa en lo que le muestra el autor.

En la forma de tratar el paisaje se encuentran las mismas diferencias que al tratar la ciudad, pero dentro de la misma técnica general. En las dos regiones se sitúa en lugares adecuados, generalmente alturas o montículos desde donde se abarca la campiña. Usa de todos los resortes para impresionar los sentidos. El colorido es espléndido, las descripciones son magistrales, pero es evidente que conoce y siente más la región valenciana que la balear. Al describir la primera se regodea en los detalles, parece que disfrute con las analogías y símiles, presenta los mismos lugares desde distintos puntos de vista, diferentes ángulos y en diversas épocas, estaciones o momentos. Muchas de las zonas valencianas intervienen en las novelas, son parte del argumento, como la Albufera en Cañas y barro, la Huerta en La barraca, el mar en Flor de Mayo o los naranjales de Alcira de Entre naranjos. Es el período de mayor influencia naturalista, que irá desvaneciéndose a medida que transcurra el tiempo y pase a otros temas y regiones.

Las descripciones del campo de Mallorca, de Sóller, de Valldemosa o del cuartón de San José de Ibiza, donde está Can Mallorquí, llevan el sello de Blasco, pero les falta el sentimiento que tienen las descripciones desde la montañeta de San Salvador de Alcira o desde los Silos de Burjasot. Hay gran maestría en ambas, pero difieren en el grado de emoción.

Cuanto dice Blasco de las Baleares es exacto, si se exceptúa el emplazamiento de la torre del Pirata, de Ibiza, que sitúa unos centenares de metros del lugar donde realmente se encuentra, pero conservando el mismo aspecto tanto la torre como el acantilado donde se eleva, desviándose un poco de la realidad. Esta inexactitud puede corresponder a la que comete al situar la fuente de la Reina frente a la alquería, cuando en realidad se encuentra en la parte posterior. Blasco conocía demasiado

bien estos parajes para que esta alteración sea debida a error. La mejor explicación de sus motivos tal vez sea que lo hizo para mejorar las escenas artísticamente.

Lo que ha hecho antes con la región valenciana lo repite ahora al presentar no sólo el pasado y el presente de las islas, usando nombres empleados en otros tiempos, como el de grupo de las Pytiusas, dado este último por los griegos al formado por Ibiza, Formentera e islotes adyacentes, sino el futuro, que está representado por la pareja Jaime-Margalida, que parecen romper con el pasado para seguir resueltamente hacia un prometedor porvenir.

Blasco concede escasísima atención al aspecto geográfico de Cataluña. Apenas nombra alguna calle, plaza o paseo de Barcelona, cita sólo unos pueblos de esta zona y, sin entrar en detalles, hace una rápida referencia al lejano pasado histórico de la región, enlazado con el de los cabos que limitan por el Sur el golfo valenciano.

En Andalucía se localiza la mayor parte de la acción de la novela dedicada a la fiesta nacional: las corridas de toros. Como el interés del autor se cifra en este típico espectáculo, pierde importancia para él la geografía, por lo que son escasas las referencias a Sevilla, sus calles, plazas y barrios, y sus alrededores. Los pueblos que cita tienen relación con aspectos de los toros. Los lugares que nombra, si bien exactos y con sus nombres reales, son como un telón de fondo muy difuminado de propósito para que destaquen sobre él los componentes de la fiesta.

En Jerez de la Frontera y alrededores se centra la acción de La bo-  
dega, en donde Blasco aborda el problema social de los trabajadores andaluces y el latifundismo. Preocupado por este problema y por el de la función social de la propiedad, el autor pone de relieve la improductividad

de tierras fértiles en contraste con la riqueza de otros tiempos. Encarado con este problema, no se limita a destacarlo y a evadirlo con lamentaciones nostálgicas e impotentes, sino que apunta soluciones basadas en experiencias de otras regiones, como el sistema de Levante. Las pocas referencias geográficas son correctas, pero salta a la vista que le interesa más la función de las calles y plazas, y los grupos que las ocupan, que su aspecto o los edificios que las forman.

Al localizar la acción en las Vascongadas emplea una técnica parecida a la de Los muertos mandan y las obras valencianas. Desde alturas estratégicas describe vistas y aspectos de poblaciones y comarcas. Al contemplar el presente hace referencias al pasado, lo que sirve para caracterizar mejor las poblaciones, como Bilbao, al contrastar los barrios antiguos con los modernos, o las zonas, como Las Encartaciones o Somorrostro, en que junto al presente evoca el pasado con sus luchas y permite comprender mejor la situación económica y social, e interpretar los acontecimientos y psicología regionales. Ve el futuro en función del pasado y del presente.

Aunque nombra muchos pueblos sólo describe a Gallarta, síntesis o representación de los pueblos nacidos por las exigencias de la nueva fuente de riqueza--minería y metalurgia--en donde se localiza el aspecto social de la novela.

Aquí de nuevo es notable la exactitud de lo que presenta. Tanto Bilbao como los demás pueblos que menciona son como Blasco los ve y están donde él dice. Lo mismo ocurre con la ría, el mar, los montes y cuantos accidentes geográficos incluye. Blasco hace mucho más que presentar con exactitud los componentes geográficos de la región. La selección que hace de los mismos es muy acertada para sus propósitos, destacando debida

y exactamente aspectos regionales con la elección de las zonas mineras y los santuarios como escenario de una novela de tesis, con un problema religioso-social como base.

El santuario de Begoña sirve para explicar el choque de las fuerzas social e ideológicamente antagónicas del final de la novela. También sirve para que a través de uno de los personajes--Goicoechea--se explique la psicología de un gran sector de la población y su evolución para adaptarse a los tiempos modernos y aprovecharse de ellos.

El de Loyola sirve para presentar la última etapa de la trayectoria espiritual de un personaje destacado--Sánchez Morueta--en quien polariza a los magnates surgidos con las nuevas condiciones económicas, y su conversión en verdaderos esclavos abúlicos.

Deusto es el centro donde se incuba la ideología ultra-derechista y es el cerebro que dirige y planea la estrategia que ha de traer el triunfo de su filosofía.

Es el escenario lógico y artístico que se combina sabiamente con los personajes para formar un conjunto armónico, pero no toma parte directa en el argumento, no influye en el desenlace, no modifica la acción ni es un protagonista, como ocurre en las obras valencianas.

Al pasar a la parte central de España destaca de nuevo la escasez de datos geográficos. Hay algunas referencias al Guadarrama, que algunas veces sirve de fondo y limita la visión del paisaje que se distingue desde Madrid.

De la capital le interesan en La horda los aspectos que apoyan su tesis y muestran la desigualdad entre los poderosos y los miserables, y en sus edificios ve un símbolo y representación de las clases que los habitan. Contrasta la monarquía, el militarismo y el clero, representados por edificios adecuados, con los míseros tugurios de los desheredados que

vegetan en los alrededores de la villa malnutriéndose de sus despojos.

Como está más interesado en estos últimos, menciona y describe los barrios que habitan con más extensión que los demás. Siempre que menciona alguna sección de Madrid la relaciona con la gente que la ocupa.

Casi siempre que se refiere a calles o paseos, son parte del itinerario de alguna persona o clase social, y no les concede mayor importancia. Si no fuera porque los nombra no sabríamos identificarlos. Pero si da algún detalle, como de la calle de Alcalá en un día de toros, lo que dice corresponde exactamente a la realidad. Las calles que nombra en itinerarios de algunos personajes están donde dice él, y en el mismo orden que las menciona. Las descripciones de los edificios, como el Museo del Prado, así como su emplazamiento, son exactos y se mencionan lógicamente relacionados con personajes de la novela, como este último edificio visitado por Renovales, a través de los que se ven muchas veces las reacciones y las palabras del autor.<sup>2</sup>

La vista de las partes integrantes de la ciudad así como los alrededores y la conexión entre ambos dan la impresión de ser vistos por un residente habitual, que presta escasa atención a lo que le rodea pero que al mencionar algo se aprecia inmediatamente que lo conoce, y da por supuesto que lo mismo le ocurre al lector, por lo que en la mayoría de los casos huelgan las descripciones. Se entretiene en éstas cuando el edificio o el paraje lo merecen especialmente, bien por su relación con el tema o con algún personaje.

En La catedral, de Toledo, sigue en la técnica los pasos de Galdós y fija la acción en un solo edificio. Lo mismo que hace Pérez Galdós con los altos de Palacio, en La de Bringas, Blasco presenta la sección de la Catedral llamada las Claverías como un pueblo, en el que incluso menciona a un personaje con funciones como de alcalde--Vara de Plata.

No se limita a citar o describir los pocos edificios que elige, sino que los usa para ayudar a comprender o interpretar alguna persona o institución, como el emplazamiento relativo del Alcázar y la Catedral, símbolo del espíritu del César que construyó el primero, que siendo paladín del catolicismo quería ver a la Iglesia a sus pies. O la Catedral toledana, símbolo de la religión en España.

Los pocos elementos que presenta son bastantes para fijar el lugar de la acción y dar el ambiente local deseado, pero ni las comarcas ni las poblaciones o edificios tienen influencia alguna en el desarrollo de la acción, en el desenlace o en los personajes, y en este sentido son irrelevantes.

En Arroz y tartana aparecen por orden cronológico las principales costumbres valencianas, desde vísperas de Navidad hasta el final de la feria de julio. Desde el punto de vista del costumbrismo es su novela más importante, tanto por el número de las fiestas y demás costumbres que trata como por la minuciosidad con que las describe. Este número y minuciosidad, que le han valido críticas adversas, es lo que da mayor valor a esta obra como documento para conocer la vida de la capital y sus alrededores en diversas épocas del año. En las demás novelas y cuentos valencianos se completan las que aparecen en Arroz y tartana, y el conjunto da la impresión real de la vida valenciana.

Un análisis de las obras de Blasco revela el reducido número de las que se vale en cada una--excepto Arroz y tartana--para dar esta impresión. Este efecto artístico se consigue con su extraordinaria habilidad y acierto en la selección y presentación de las costumbres. Las obras valencianas son presentaciones vigorosas y plásticas de la vida de la región como nadie ha hecho todavía.

Los tipos que elige son muy representativos y se presentan con una exactitud, una vitalidad y un realismo extraordinarios, como puede confirmar cualquiera familiarizado con la región. Y no es sorprendente que así ocurra si se considera que la mayoría de éstos existieron realmente y fueron conocidos por Blasco. Al leer las novelas y cuentos valencianos se tiene la sensación de estar viviendo en el ambiente social que en ellos se presenta, que se conviva con los personajes que allí aparecen. Este efecto de vida, esta sensación de ambiente social real, se produce con un mínimo de personajes principales, pocos secundarios y la masa, entre la que se mueven los demás. Cada uno tiene su misión, su cometido, que realiza sobriamente.

Por las reacciones de los personajes y por el comportamiento de las multitudes--que Blasco sabe tratar como pocos--se llega a un conocimiento bastante completo de la psicología regional.

Algunos accidentes muestran características locales o comarcales significativas, como las inundaciones de la zona de Alcira y las rogativas para conjurarlas, que Blasco incorpora de forma magistral en Entre naranjos, haciéndolas un capítulo destacado de la misma, formando parte del argumento e influyendo en éste y en los personajes, dándolos a conocer mejor. Presentan costumbres tradicionales y las creencias de la masa, que no sólo son fanáticas, sino que tienen bastante de superstición. Con fina ironía combate esta superstición contrastando personas y actitudes. Se aprecia el profundo conocimiento que Blasco tiene de las multitudes y su pericia al presentarlas. Se siguen sus reacciones psicológicas y cómo, sin transición, pasan de un estado anímico al opuesto. Cómo de la alegre confianza se cae en el pánico colectivo que produce ese estado próximo a la histeria. También se aprecia uno de los rasgos psi-



cológicos diferenciales de esta región referido a las fiestas, el ruido, en contraste con los del Norte, la luz.

Características análogas se ven en otras fiestas, como las fallas<sup>3</sup> y la procesión del Corpus.<sup>4</sup>

La feria de julio con sus corridas de toros<sup>5</sup> sirve para describir cuadros de la vida popular y presentar costumbres tan típicas como arrai-gadas. Así mismo se usa para mostrar el calibre moral de algunos prota-gonistas y su falta de escrúpulos, y se elige para producir un gran efec-to dramático al contrastar la alegría bulliciosa de la multitud levanti-na--herencia árabe--y la desolación interior de un protagonista o la rui-na de otros.<sup>6</sup>

Otras costumbres, como el mercado de caballerías del cauce del río, no son esenciales para el argumento de la obra, pero son de suma importan-cia en una novela de costumbres valencianas. Muestran un aspecto típico de la vida de la región. Por ellas se conocen mejor a los protagonistas, sus reacciones, sus habilidades, el lugar destacado que el caballo ocupa en la vida--en la familia--del labriego valenciano. Ayudan a presentar con precisión el "escenario social" en que se mueven los protagonistas, los tipos con quienes alternan, su aspecto y su cultura. Se aprecian tam-bién en ellas las extraordinarias dotes de observación del autor y su co-nocimiento de las costumbres de su tierra.

Las fiestas y costumbres tienen, en general, el interés de presentar a varios personajes y mostrar nuevos rasgos psicológicos de otros conoci-dos, estudiar vicios o debilidades sociales, que al dominar a personajes-tipo son representativos de algún sector de la sociedad, perfilando mejor el ambiente o escenario social en que se desenvuelven, y tienen el inte-rés novelístico de influir en el desenlace y en los personajes y de modi-

ficar la acción. En casi todas las costumbres destacadas se explica el fondo o los antecedentes históricos de las mismas, y sirven además para delimitar con nuevos rasgos el ambiente social en que se desarrolla la acción de la novela, las clases que participan y los sentimientos que las dominan, así como sus creencias.

En las obras de Blasco aparece la familia valenciana en sus distintas modalidades, así como la forma de tratarse sus miembros, destacando la posición del padre como cabeza de familia--reflejo del antiguo criterio romano o latino--con gran amor hacia sus descendientes, pero que disimula en aras de la disciplina, inspirando más temor que afecto por su actitud despótica y métodos violentos.<sup>7</sup>

Se pueden seguir las fases más importantes de la vida familiar, bien directamente o por referencia, con énfasis especial en la vida amorosa, actitud de los novios, matrimonio y relaciones ilícitas. Son buenas oportunidades que el autor aprovecha para estudios psicológicos y sociales, en los que resaltan los efectos corruptores de la ciudad y de las aglomeraciones, que adulteran la pureza de la vida del campo.<sup>8</sup>

Con ocasión del matrimonio se presentan interesantes cuadros costumbristas, tales como la firma de las capitulaciones matrimoniales, el cortejo nupcial con la indumentaria y aspecto de los participantes y la comida, y se ven bodas especiales, como la de viudos, con estrepitosas cerradas nocturnas. Estos cuadros, además de ser cumplidos estudios sociológicos, muestran la formación jurídica de Blasco.

Se destaca la posición de la mujer en el hogar, y su cambio de actitud de novia a esposa, sus actividades y sostén que aporta a la familia.

También se pueden seguir las creencias y prácticas relacionadas con la muerte, como medios de prevenirla, la agonía, velatorios, mortajas,

entierro, acompañamiento, etc.; actitud ante la muerte, sus causas, concepto y creencias de la vida de ultratumba, el culto a los muertos y las venganzas como una de sus manifestaciones, capítulo muy interesante de la psicología regional.

Además del aspecto físico de la huerta, de sus características económicas y agrícolas, de los métodos de cultivo y explotación, se estudia también el régimen legal, el derecho de propiedad y los arrendamientos, con los conflictos y tragedias que pueden ocasionar los abusos. En los casos que presenta se encierra una amarga crítica social contra las injusticias del sistema vigente.

Aparece con gran relieve un organismo típico, único en su clase, indispensable para el funcionamiento eficaz del sistema de riego de la vega, que hace posible su alto grado de fertilidad: el Tribunal de las Aguas. Esta institución, de auténtica justicia popular, se presenta con una exactitud extrema,<sup>9</sup> destacándose su carácter regional. Pero, además, el tribunal participa en el argumento de la novela, es parte de la acción y sirve para destacar el carácter y rasgos psicológicos tanto de los protagonistas como de los demás huertanos.

Los tipos que elige Blasco constituyen una buena representación de las actividades de la sociedad valenciana, que se halla reflejada, no sólo en la época de las novelas, sino que se puede seguir su evolución histórica a través de las ocupaciones de los personajes novelísticos.<sup>10</sup>

De las Baleares no se presenta ninguna fiesta religiosa en particular, ni relacionada con la vida y muerte de Jesucristo, en honor de la Virgen o de advocaciones particulares. Únicamente aparece la costumbre de ir a misa los domingos, y cómo se guarda este precepto, lo que sirve para describir el aspecto y actuación de los feligreses, con detalles de

su indumentaria. También se describe la iglesia y su transformación en fortaleza en otros tiempos, refugio contra las correrías de los piratas moros.

Los bailes de los domingos por la tarde en frente de la iglesia recuerdan los de las fiestas del Palmar por la noche, pero el uso que el autor hace de estas danzas es distinto. En Cañas y barro, el baile es un episodio de la fiesta, una nota colorista que forma parte de un todo sirviéndole de fondo, mientras que en Los muertos mandan es mucho más que una manifestación costumbrista. Aquí se describe el baile, el aspecto de las parejas y la función del hombre y de la mujer, que responden a un pasado lejano.<sup>11</sup> También se muestran aspectos psicológicos en la forma de iniciarse la danza y en los cambios de pareja, y se hace referencia a hábitos y costumbres tradicionales y a la afición a las armas. Se revela el carácter de algunos personajes que juegan un papel importante y los sentimientos de otros, que anuncian antagonismos y luchas. Un aspecto de la fiesta, las improvisaciones en verso, se ve en otras regiones, como las Vascongadas con sus versolaris.

Fiestas históricas, como la de moros y cristianos, que se evocan al tratar de las Baleares, sirven para relacionar el pasado de las islas con el presente y ayudan a conocer la mentalidad de la gente al mostrar su actuación y reacciones, así como el aspecto, indumentaria y componentes de la multitud.

La única fiesta crítica que se menciona, el Carnaval, se relaciona con la estancia en la isla de la famosa pareja Jorge Sand y Chopin.

La división en castas de los habitantes de las islas, no sólo se explica, sino que forma la base del dramatismo de la novela dedicada a las Baleares, caracteriza el ambiente social de éstas y resalta la mentalidad de sus gentes, determinada por seculares preocupaciones de clase.

En la familia ibicenca se encuentran rasgos comunes con la valenciana, como el padre a uso latino.<sup>12</sup>

El cortejo peculiar de la isla se describe con todo detalle, desde los preparativos y el indumento de la atlot hasta la forma de llevarse a cabo. Blasco lo integra en el argumento, resultando un episodio clave para el desarrollo de la acción en el que participan los personajes más importantes, y sus incidencias muestran el carácter de los isleños y sus reacciones psicológicas, que los distingue del resto de las regiones españolas. El cortejo y sus consecuencias influyen en el desenlace, y explican la razón casi única de matarse los ibicencos, a diferencia de los valencianos que, además, se matan por defender la propiedad y el pundonor familiar.

Así mismo se muestra la condición de la mujer en la familia, muy diferente de la valenciana.<sup>13</sup> Y también se subrayan las diferencias de actitud ante la muerte, que aquí no se considera como una liberación o un descanso, sino como un mal inevitable, y las formas externas del culto a los muertos.

Hay alusiones al derecho de propiedad y a la forma de distribuir la tierra entre los descendientes, dependiendo del sexo y de sus aptitudes intelectuales. Y se explican los arrendamientos, el año agrícola, en qué consisten los pagos y forma de efectuarlos, lo que sirve para caracterizar psicológicamente a los personajes.

La parquedad en el número de personajes y en el uso de las costumbres al tratar de Valencia se acentúa al pasar a las Baleares, en donde se combinan más con los antecedentes y fondo histórico que las explica, y se estudian los conflictos o tragedias que pueden ocasionar por el peso excesivo de la tradición en la vida cotidiana.

Es notable la falta de uso de costumbres catalanas aun en obras en

que parte de la acción tiene lugar en el Principado.

Las fiestas míticas que aparecen en las novelas localizadas en Andalucía sirven para hacer resaltar la ignorancia de los ricos labradores, que prefieren solucionar la sequía de sus campos pagando rogativas en vez de construir pantanos y canales, y reflejan los sentimientos dispares del dueño y de los trabajadores que toman parte en la ceremonia. La ligera alusión a la única fiesta estacional, la feria de Sevilla en primavera, se hace relacionada con el protagonista de Sangre y arena, en dos fases distintas de su vida: cuando es un pillete y, luego, cuando triunfa como torero.

Se presentan con detalle las fiestas de la Semana Santa andaluza, describiendo la vestimenta de los cofrades, el orden de la procesión, carácter de las diversas cofradías, rivalidades entre las mismas e incidentes habituales, las andas y aspecto de las imágenes, su vestido, adornos y reacciones que su paso causa en la multitud, con el canto de las saetas y personas que las entonan.

Se mencionan otras fiestas de este grupo relacionadas con fases de la novela, como el Sábado de Gloria, la Pascua o el día de Corpus.

Las fiestas en honor de la Virgen están relacionadas tan estrechamente con las que conmemoran la vida y muerte de Jesucristo que no pueden separarse, como en las procesiones de Semana Santa, en que las dos imágenes salen juntas y provocan las mismas reacciones y el mismo entusiasmo en los fieles.

Comparando la forma de tratar estas fiestas de Andalucía con las correspondientes de Valencia se aprecia que la técnica y el uso de las mismas son iguales. No le interesa sólo el color local y el costumbrismo, sino que estas costumbres características sirven además otros propósitos,

se integran en el argumento formando parte de él, muestran el carácter y aspectos psicológicos tanto de los personajes individuales como de colectividades, resaltan la psicología de las masas y ayudan a la mejor comprensión de las regiones y sus habitantes.

Haciendo intervenir a los protagonistas, se presentan las costumbres relacionadas con el padrazgo. También el protagonista toma parte en el típico cortejo andaluz--pelar la pava--que además de color local, muestra el contraste entre la moralidad de los ricos y los pobres, favorable a los ojos de Blasco a estos últimos. Los amoríos sirven para destacar la importancia del nacimiento como delimitación de las clases sociales, tan marcada en esta región.

Ni de la boda valenciana ni de la andaluza se describe la ceremonia. En la valenciana se dan detalles de los antecedentes--como las capitulaciones matrimoniales, amonestaciones y exposición de la dote--y actos que la siguen con mucho más detalle que en Andalucía, como preparación del banquete nupcial, menú, asiento de los comensales, bromas y juegos, etc. Las bodas valencianas tienen mayor participación en las obras que la de Sangre y arena, que no tiene otro objeto que mostrar aspectos costumbristas sin gran intervención en la novela y sin influir en los personajes, y que podría suprimirse sin que sufriera la acción. Es sólo una pincelada de color que armoniza con el conjunto, pero sin tener significación especial.

Al tratar de Andalucía se repite la idea de que la pureza reside en el campo, en el monte, mientras que la aglomeración de la ciudad corrompe.

La muerte de una gitana sirve para destacar las condiciones en que viven los gañanes en las grandes fincas, y el concepto que éstos merecen

al amo. Así mismo muestran el respeto que inspira éste. También se registran las supersticiones, tanto de los gitanos y de los zagales ignorantes de la sierra como de los toreros.<sup>14</sup>

El régimen de la propiedad territorial difiere del de otras regiones. La propiedad se concentra aquí en pocas manos y crea el grave problema de los latifundios y de la producción inadecuada, con sus repercusiones de carácter económico y social, problema que el autor no sólo presenta, sino del que sugiere la solución.

Siendo Sangre y arena la novela de los toros, presenta la fiesta nacional en todos sus aspectos y costumbres y desfilan por ella todos los tipos de la torería. El final de la novela no deja lugar a dudas sobre la posición de Blasco ante este espectáculo al señalar a la verdadera fiera.

El tipo de bandolero que aparece se usa para dar más realismo al ambiente andaluz, y por las reacciones de quienes le tratan se dan a conocer rasgos psicológicos de los mismos. Los gitanos sirven para completar el ambiente o escenario social en que se mueven los personajes.

Son escasísimas las fiestas en la novela localizada en las Vascongadas. La única fiesta religiosa que se presenta en honor de la Virgen de Begoña, la romería, se usa para dramatizar el choque entre bandos de ideologías antagónicas. Las poquísimas fiestas vascas que aparecen sirven para dar color local al relato, presentar rasgos psicológicos de la gente, localizar la acción y mostrar el carácter, composición e intereses de los diferentes grupos que integran esta región.

La fiesta religiosa que se describe en Castilla, el Corpus de Toledo, difiere mucho de la correspondiente de Valencia. Se dedica menos de media página a explicarla y parece que se use para mostrar la paradoja de



ser el protagonista de La catedral, un anarquista teórico, quien lleve el carro eucarístico por las calles de la capital, simbolizando la duda y la negación ocultas en el interior de un culto esplendoroso por su pompa exterior, pero vacío de fe y de ideales.<sup>15</sup>

Sólo se presentan aspectos muy parciales del Carnaval madrileño en consonancia con el carácter de La horda, que trata de pintar la vida infrasocial que rodea a Madrid, compuesta mayormente de traperos y de los gitanos y mendigos de las Cambroneras. Sin embargo, esta fiesta influye en la acción y en los personajes.

Como en otras regiones, también en Castilla se encuentra el padre a uso latino.

La boda de la hija del protagonista de La maja desnuda no sirve para este estudio por tratarse de la alta sociedad, sin ninguna particularidad regional, como tampoco sirven las costumbres nupciales de los gitanos por faltarles el mismo carácter al tratarse de gente que vive al margen de la sociedad, con sus costumbres que no pueden adscribirse a ninguna región.

Al pasar de Valencia a las otras regiones destaca el número reducido de costumbres que trata. Es evidente que Blasco no está interesado en la pintura de las costumbres en sí, sino en el ambiente de las regiones y de los grupos que las componen, en sus problemas sociales y económicos, en su ideología y aspiraciones, y las escasas costumbres de que se sirve le ayudan en este propósito.

No hay duda de que Blasco considera el catalán y el valenciano como lenguas distintas, y dentro de ellas acepta dialectos.

Al localizar Blasco la acción de sus novelas en distintas partes de la Península usa palabras y expresiones de estos lugares. Una excepción se hace con el catalán, pues en vez de emplear esta lengua directamente

dice que los personajes la usan. Es notable esta falta absoluta de uso directo de la lengua catalana, algo parecido a lo que hizo con el aspecto geográfico de esta región y con las costumbres.

El valenciano no se habla sólo en la región, sino que cuando sus hijos salen de ella siguen usándolo.<sup>16</sup> Caso distinto es el de algún valenciano que pasando alguna temporada fuera de Valencia regresa simulando haber olvidado su lengua vernácula. Blasco se mofa de estos tipos, como lo hacen sus paisanos.

Se recoge y explica el apelativo catalán, en el que se comprenden a veces a los valencianos e incluso a los aragoneses.

Blasco Localiza la acción de casi todas sus obras valencianas en la zona del apitxat, pero debido a ser éste una variedad fonética es imposible hacer un análisis del valenciano hablado por sus personajes, y de la propiedad con que lo usan. Y como hasta diciembre de 1932, cinco años después de la muerte de Blasco, no se publicaron unas normas ortográficas aceptadas por los escritores, investigadores, corporaciones y publicaciones más sobresalientes de la región valenciana, tampoco se puede criticar la ortografía del valenciano usado por él.

No transcribe diálogos de sus personajes. Siendo un artista de la descripción, en sus obras no hay conversaciones propiamente dichas, sino descripciones de conversaciones. Así sólo se encuentra una frase corta, una palabra a veces, y la descripción de lo que dicen sus personajes. Esta palabra o frase corta es con frecuencia en valenciano y la mayoría de las veces es una exclamación o un epíteto. Es como si Blasco explicase el asunto a personas que no entendieran el valenciano y sin poderlo remediar se le escapasen estas expresiones que, por otra parte, además de ser muy gráficas, revelan el estado anímico de quien las pronuncia, sus

sentimientos y reacciones.

A veces es la exclamación de angustia con que invoca a la madre en momentos desesperados, o al padre pidiéndole ayuda. Otras es la de la madre expresando los mismos sentimientos. De mujeres que reaccionan como madres ante la desgracia ajena, o de quien muestra sentimientos paternales; o de quien aconseja, prediciendo desgracias en caso de no seguir sus consejos. Otras exclamaciones sirven para dar más vigor al relato, que a veces producen un gran efecto patético y muestran el buen fondo natural del huertano. Las hay de amenaza o de aviso al enemigo antes de atacarle, que denotan la nobleza de quien las profiere. No faltan las de agradecimiento y las de saludo.

En distintos lugares se mencionan nombres valencianos de peces, guisos, instrumentos de pesca, operaciones y clases de pesca y lugares que son típicos y característicos. También se dan las frases precisas que caracterizan por completo el Tribunal de las Aguas y las fases del juicio con la máxima concisión y exactitud.

En otras costumbres valencianas se usan las palabras más típicas en la lengua de la región, se registran voces de los vendedores callejeros y se incluyen versos que son viejas canciones infantiles o coplas.

Además de los nombres propios valencianos, bien en su forma primitiva o en diminutivo, es notable el uso de los apodos, de los que se encuentran más del doble que nombres propios. Es muy significativa la frecuencia con que aparecen, y casi siempre existe alguna relación entre el apodo y quien lo tiene, cuando no es hereditario. Algunos apodos se refieren al origen de quien lo lleva; otros, al aspecto de las personas--Sellut, Groguet, Menut, Chepa, Retor. También se imponen por alguna enfermedad crónica--tía Picores--o por el uso habitual de alguna prenda--tío

Barret. A veces se debe a la forma de hablar, o por haber participado en algún hecho histórico o por alguna habilidad.

Las primeras publicaciones de Blasco lo fueron en valenciano, lo que demuestra su amor por las cosas y la lengua de su tierra, que él considera compartido por sus lectores. Este amor es complemento de su naturaleza artística, que al combinarse con el tema o asunto de sus escritos y su temperamento, tan en armonía con sus aficiones, produjo las espléndidas obras objeto de este estudio. Esta puede ser la primera de las razones para escribir in valenciano y usar frases y palabras de esta lengua cuando escribe en castellano.

Blasco es uno de los mejores representantes de la escuela realista española y parte de su técnica es el uso del valenciano en sus escritos, pues es evidente que con objeto de dar mayor realismo a sus creaciones puso en boca de muchos personajes las expresiones en su lengua materna que tan eficazmente ayudan a crear un ambiente adecuado, en el que armonizan estas notas de color local. El uso de esta lengua regional es otro medio de localizar la acción y aumentar la verosimilitud del relato.

Es muy fácil abusar del color local y excederse en estos toques realistas, que tanto significan si se aplican con habilidad. Por lo que toca al lenguaje, Blasco lo emplea con parquedad y maestría, pues casi siempre con poquísimas palabras aplicadas en el momento justo da la sensación de que el personaje habla exclusivamente en valenciano y a eso se debe que parezca que hay mucho más en esta lengua de lo que un cuidadoso análisis revela. En muchas ocasiones dos o tres palabras introducidas oportunamente producen la ilusión de que todo el período es valenciano, y es tal la impresión de realidad que un lector familiarizado con las

lenguas se olvida de cual de las dos emplea el autor. Nótese la fuerza y vigor que añaden al relato las exclamaciones usadas que hacen más viva y gráfica su expresión. Se pueden poner objeciones al uso de ciertas exclamaciones por Blasco por considerarlas demasiado fuertes o groseras, pero esto es parte de la técnica realista y aun hoy día pueden oírse a diario en el mismo tipo de personajes que las dicen en estas obras.

Es evidente que a pesar de su dominio y maestría en el uso del valenciano y de su amor por esta lengua haya dejado de escribirla para usar el castellano debido al mayor número de personas que lo hablan y pueden leerlo. Es indudable que puede llegar a varios millones más de lectores usando la lengua de Cervantes que la suya propia. El uso de voces valencianas decrece progresivamente a medida que se revela en sus nuevos aspectos de escritor, que de regional pasa a ser nacional y universal.

Es notable el efecto humorístico que consigue al poner en boca de ciertos personajes--tío Paloma, tía Quica--un castellano fantástico y pintoresco, que por otra parte ayuda a producir la impresión de realidad por ser exactamente ésa la forma de usar el castellano esos tipos, como habrá comprobado cualquiera que haya hablado es esta lengua a los huertanos o a los pescadores de la Albufera. En este sentido es admirable la propiedad con que hablan sus personajes. Cada uno habla según quien es y no se da el caso de que un analfabeto hable y discurra como persona ilustrada.

La tendencia de cierto sector de la clase media a no usar habitualmente el valenciano en casa se refleja en la familia protagonista de Arroz y tartana.<sup>17</sup>

Todos los personajes que hablan en valenciano son de las clases po-

pulares, y la mayoría sin cultura. Las excepciones son Claudio Borja y don Julián, el notario de La cencerrada. Pero Borja habla en valenciano al dirigirse a una campesina de la provincia de Castellón que él supone acertadamente que no entiende el castellano, y el notario al tratar con su clientela huertana. También lo hablan Rafael Brull y el alcalde de Alcira al preguntar a la muchedumbre "¿Qué voléu?," pero esta muchedumbre está formada de huertanos y es probable que el alcalde sea uno de ellos, como hace pensar el uso de la palabra quefe por jefe al referirse a Rafael.

Blasco trata el mallorquín como una lengua y el ibicenco como un dialecto. Como ha hecho antes con el valenciano, no transcribe diálogos de sus personajes, y se limita a dar algunas exclamaciones y a explicar o describir el resto del diálogo. Usa exclamaciones que son saludos, o denotan sorpresa o son permisos para entrar; también son órdenes para que cese algo molesto o salgan los jóvenes.

Se dan los nombres de grupos que forman las distintas castas o clases, como chuetas, butifarras, mossons y payeses. No es muy pródigo en el uso de nombres propios, aunque se encuentran algunos. Los escasos apodos que se leen responden a ocupaciones o aficiones de quienes los llevan.

Se usan palabras en las artes de pesca que son comunes al valenciano, así como se dan los nombres de bailes e instrumentos musicales, de prendas de vestir y de otros objetos.

Se saca la impresión de que el uso del ibicenco o del mallorquín es más general en las islas que el valenciano en Valencia. No hay ninguna referencia a imponer el castellano en detrimento de la lengua regional, como ocurre en Arroz y tartana, si bien se usa en ocasiones especiales,

como al rezar.

Blasco usa todavía muchas menos palabras y frases regionales en Los muertos mandan que en las novelas y cuentos valencianos. Aunque dice que hablan en mallorquín, no emplea ninguna palabra de esta lengua, excepto madó. Usa algunas del dialecto ibicenco que sirven para sugerir el ambiente lingüístico local, pero la impresión de realidad es mucho menor que al usar el valenciano. Muchas de las razones para el uso del valenciano pueden ser válidas aquí, como el realismo, color local y ayudar a la localización de la acción. No encontramos humor ni castellano pintoresco, como al tratar de la región hermana, y tampoco hay exclamaciones groseras, excepto futro, que también aparece allí.

Cuando Blasco lleva la acción de sus novelas a Andalucía se leen más formas dialectales y más diálogos de los personajes que cuando trata de otras regiones. La modalidad de andaluz que aparece en estas obras es casi exclusivamente el seseo. En una ocasión se refiere al "gracioso ceceo," pero el diálogo que transcribe lo es con ortografía castellana correcta. En otra ocasión un personaje cuenta "su historia con aquel pesado ceceo de andaluz sin gracia," sin que se exprese lo que dice. A veces se nota alguna inconsistencia en el uso de las varias formas dialectales andaluzas. Parece que a Blasco sólo le interese en este aspecto dar el ambiente lingüístico de la región y crea conseguirlo con las palabras que emplea, sin preocuparse mucho de la exactitud.

El uso del dialecto andaluz es mucho más común en Andalucía que el de las lenguas regionales en las regiones respectivas, y eso es lo que parece indicar la frecuencia con que aparece en las páginas de las obras de ambiente andaluz, en donde lo hablan personajes pertenecientes tanto a la alta sociedad como a las clases populares y hasta los gitanos.

Otra razón para la frecuencia del uso directo del andaluz es que, diferenciándose tan poco del castellano, la inserción de diálogos en este dialecto no interrumpe el hilo de la narración y no distrae la atención del lector, como ocurriría si se hiciera igual con otras lenguas, como el vascuence o el valenciano.

El andaluz es un elemento típico regional y su uso sirve para dar más carácter y sabor al relato, más color local, ayuda a localizar la acción y da mayor impresión de verosimilitud al ambiente.

Quando el protagonista de La horda se traslada a las Cambroneras, el barrio de los extramuros de Madrid ocupado en parte por gitanos, se usa y explica el caló de éstos. Se tiene la impresión, sin embargo, de que alguien ha dado esas explicaciones al autor, que éste reproduce valiéndose del protagonista. Siempre que aparece una palabra o frase en caló se da la traducción, y el autor restringe su empleo a las más típicas o curiosas, tal vez para evitar al lector la sensación desagradable que produciría el abuso de términos extraños.

En contraste con el valenciano, el vascuence se habla en todas las esferas sociales, y no aparece en lugar alguno prohibición de hablarlo. Parece que los vascos estén orgullosos de serlo y que sientan nostalgia por su tradición, especialmente los bizakaitarras, y desprecien a los maketos, gentes a quienes no tienes más remedio que tolerar. Esta distinción es paralela a la de valencianos y churros, según procedan de zonas donde se hable el valenciano o no, constituyendo esta última la churrería. Esta división, sin embargo, no tiene el sentido despectivo que en las Vascongadas.

Blasco usa menos el vascuence que el ibicenco, y es obvio que lo conoce menos. Da algunos nombres que explica, pero que no supone estar



muy familiarizado con el éuzcaro. El repetido "haup! ¡haup!" de los acompañantes de los barrenadores en la apuesta sugiere maravillosamente el movimiento rítmico de éstos al levantarse y agacharse, dando con la barrena contra la piedra. No hay ningún personaje que hable el vascuence directamente en El intruso, y sólo un personaje da explicaciones al protagonista sobre la evolución de los carlistas en bizkaitarras, y del significado de esta voz y de otras, lo que tiene poca lógica, pues siendo el protagonista vizcaíno e interesado en cuestiones políticas y sociales, debía estar tan enterado como él, aunque no compartiera sus ideas políticas y religiosas.

Las pocas palabras en vascuence que aparecen ayudan a localizar la acción y realzan el tipismo y color local de la fiesta y costumbres características a que van asociadas, y algunas, como el mencionado ¡haup! ¡haup!, forman parte de ellas. Otras sirven muy bien para perfilar ideológicamente a ciertos grupos político-religiosos y lo que representan. El número insignificante de palabras vascas que aparecen se debe no tanto a desconocimiento del idioma, que puede subsanarse fácilmente, como a no considerarlo necesario, pues se trata de una novela de tesis en la que el escenario, las costumbres y el habla regional tienen una importancia muy secundaria, y las que usa sirven suficientemente para los fines que al parecer se había propuesto.

Blasco, artista por intuición y por temperamento, no puede concebir un personaje sin rodearle del ambiente adecuado en todos sus aspectos, bien sean geográficos, raciales, sociales, ideológicos, económicos, costumbristas o lingüísticos, predominando unos sobre otros según la región y el problema que acometa en sus obras.

## NOTAS

Los números de las páginas de las obras de Blasco a que nos referimos en estas NOTAS corresponden a los 3 tomos de sus Obras completas, editadas por Aguilar, S.A. de Ediciones, 2a ed., Madrid, 1949, precedidos de la abreviatura de la novela o cuento de que se trate.

Usamos las siguientes abreviaturas de las obras de Vicente Blasco

Ibáñez:

Arroz y tartana . . . . .	AT
Flor de Mayo . . . . .	FM
La barraca . . . . .	B
Entre naranjos . . . . .	EN
Cañas y barro. . . . .	CB
La catedral . . . . .	Ct
El intruso . . . . .	I
La horda . . . . .	H
La bodega . . . . .	Bd
La maja desnuda . . . . .	MD
Sangre y arena . . . . .	SA
Los muertos mandan. . . . .	MM
Luna Benamor . . . . .	LB
Mare Nostrum . . . . .	MN
La reina Calafia . . . . .	RC
El papa del mar . . . . .	PM
A los pies de Venus . . . . .	PV
Cuentos valencianos . . . . .	CV
La condenada . . . . .	C
Dimoni . . . . .	CV 'd'
¡Cosas de hombres!. . . . .	CV 'c. de h.'
La cencerrada. . . . .	CV 'c'
La apuesta del "esparrelló" . . . . .	CV 'ap. del esp.'
La caperuza . . . . .	CV 'cap.'
Noche de bodas . . . . .	CV 'n. de b.'
La corrección. . . . .	CV 'cor.'
Guapeza valenciana. . . . .	CV 'gua. val.'
El "femater" . . . . .	CV 'f'
En la puerta del cielo . . . . .	CV 'p. del c.'
El establo de Eva . . . . .	CV 'e. Eva'
La tumba de Alí-Bellús . . . . .	CV 'tumb. A.B.'
El dragón del Patriarca. . . . .	CV 'dr. Pat.'
Primavera triste . . . . .	C 'pri. triste'
Golpe doble . . . . .	C 'g. d.'
En el mar . . . . .	C 'm'
La pared . . . . .	C 'p'
En la boca del horno . . . . .	C 'b. del h.'
Venganza moruna . . . . .	C 'veng. m.'
La barca abandonada . . . . .	C 'b. aband.'

La paella del "roder" . . . . .	C 'p. r.'
¡Hombre al agua! . . . . .	C 'h. al a.!!'
Lobos de mar . . . . .	C 'l. de m.'
Un hallazgo . . . . .	LB 'hall.'
El último león . . . . .	LB 'últ. l.'
La rabia . . . . .	LB 'r'
El sapo . . . . .	LB 's'

## I. INTRODUCCIÓN

(Páginas 1-9)

1. Émile Abry, Charles Audic et Paul Crouzet, Histoire Illustrée de la Littérature Française, 362.
2. Manuel G. Revilla, El novelista Blasco Ibáñez, 8-9.
3. L. de Hoyos Sáinz y N. de Hoyos Sancho, Manual de Folklore, 394.
4. Tomo VIII, 344.

## II. BOSQUEJO BIOGRÁFICO

(Página 10)

1. Juli Just Gimeno, Blasco Ibáñez i València, L'Estel, Vslencia, 1929.
2. Camille Pitolllet, V. Blasco Ibáñez: Ses romans et le roman de sa vie, Paris, 1921.
3. Juli Just, 35.
4. C. Pitolllet, reseñando el libro de J. Just Gimeno en Bulletin Hispanique, n. 31, año 1929, p. 377.
5. R. Martínez de la Riva, Blasco Ibáñez. Su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas, Mundo Latino, Madrid, 1929, y Emilio Gascó Contell, Vicente Blasco Ibáñez, Agencia Mundial de Librería, Paris, [1925]
6. C. Pitolllet, op. cit., 374.

### A. Niñez

(Páginas 12-16)

7. Según carta de don Mario Blasco Blasco, hijo mayor del novelista, confirmada por otras personas que conocen este dato.

8. R. Martínez de la Riva, 16-17.
9. "Me consta que mi abuelo no sabía hacer ni un huevo frito. Toda la vida se dedicó al comercio. . . El que aparezca de profesión cocinero se debe indudablemente a un error." De una carta de don Mario Blasco Blasco de fecha 8 de junio de 1956.
10. Vide supra, 11, partida de nacimiento de Blasco Ibáñez, líneas correspondientes a Ramona Ibáñez y a los abuelos maternos.
11. Según corrige D. Mario Blasco y aceptan J. Just (p. 5) y C. Pitollet (p. 375)
12. J. Just, 14. Hemos hecho gestiones en Valencia para ver la partida de bautismo de Blasco, en la iglesia de los Santos Juanes, pero desgraciadamente desapareció el libro que la contenía durante la última guerra civil española de 1936-39, y todas las probabilidades son que fuera destruida.
13. Ibid., 22.
14. Ibid., 35.
15. Ibid., 39.
16. E. Gascó, 20.
17. C. Pitollet, 375.
18. D. Mario Blasco nos escribe a este respecto: "Lo que dice Pitollet sobre las aficiones literarias de mi abuelo es exacto; jamás le he visto abrir un libro ni leer más que el periódico."  
Referente a la frase de Pitollet en la página 375: "Blasco affectait de se donner pour descendant de Cabrerizo, ce qui est la plus grossière des inventions" escribe don Mario Blasco: "Cabrerizo no era pariente de mi abuelo, sino de mi abuela, es decir, de los Ibáñez."
19. Vide supra, 14.
20. AT 279.
21. AT 280.
22. Vide 27.

#### B. Juventud

(Páginas 16-23)

23. J. Just, 47.
24. B 551.

25. J. Just, 44.
26. Dice J. Just, p. 56, que El Turia "té l'interès d'haver estat el primer periòdic en que Blasco publicà escrits seus." Don Mario Blasco nos escribe: "El primer trabajo publicado por Blasco Ibáñez fué un cuento en valenciano llamado 'La Torre de Boatella' episodio de la conquista de Valencia. Fué publicado en la revista de Lo Rat-Penat que dirigía Llobart. Éste al leerlo y contemplar la juventud del autor le dijo:--¿Esto es de usted? --Sí, señor. --¿No lo ha copiado? --No, señor. --Pues se publicará, porque está muy bien."
27. Vide supra, 13.
28. AT 331-333.
29. J. Just, 72.
30. Ibid., 75.
31. Ibid., 79.
32. C. Pitolllet, 200.
33. R. Martínez de la Riva, 23; E. Gascó, 34.
34. C. Pitolllet, 99-100.
35. AT 333; EN 648-649.
36. J. Just, 104.

C. Madurez

(Páginas 24-29)

37. J. Just, 111.
38. Ibid., 113.
39. AT 287.
40. De una carta de don Mario Blasco del 29 de diciembre de 1955.
41. Ibid.
42. Ibid.
43. Ibid.
44. Ibid.
45. De una carta del 8 de junio de 1956.

46. De la carta del 29 de diciembre de 1955.
47. FM 396. "Otras veces, antes de acostarme, vagaba por los caminos de la huerta o por la playa mediterránea para estudiar directamente los tipos y paisajes descritos luego en mis novelas."
48. En nuestra visita a puntos de la Huerta de Valencia que aparecen en las novelas regionales y cuentos de Blasco estuvimos en la taberna de Copa, que con ligeras modificaciones está lo mismo que cuando la describe Blasco. Una de estas modificaciones es que no es actualmente taberna, pero los ocupantes de ella, descendientes del auténtico tío Copa, nos explicaron donde estaba el mostrador, la bodega, etc. También nos permitieron sacar copias de unas fotografías del tío Copa, su mujer, su nieta y del criado carretero que le llevaba el vino. Los ocupantes actuales de la alquería que tiene a sus espaldas la Fuente de la Reina nos explicaron que hacía unos siete años había ocurrido un caso similar al de Batiste de La barraca, que también era forastero y ante la hostilidad de la huerta tuvo que marcharse a otras tierras. La diferencia entre Batiste y este forastero era que mientras los hijos de aquél eran muy modosos, el hijo de éste último era un verdadero diablillo, provocando constantemente riñas con los otros chiquillos de la huerta.
49. C. Pitollet, 201.
50. El verano de 1954 tuvimos oportunidad de visitar dicho cementerio y sacar unas fotografías del nicho, cerrado con una sencilla lápida de mármol negro con la inscripción VICENTE BLASCO IBÁÑEZ y las dos fechas 29 enero 1867 y 28 enero 1928, y un ramillete de claveles naturales que se renueva dos veces por semana. Vide supra, 30.

### III. DEMARCACIONES GEOGRÁFICAS DE LA REGIÓN VALENCIANA

(Página 31)

1. Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana [a la que nos referiremos en adelante como Espasa], Ed. Espasa Calpe, S.A., Barcelona, 1929, vol. LXVI, pp. 571, 582, 583 y 573.

#### 1. La ciudad de Valencia

(Páginas 32-48)

2. B "Al lector", 479.
3. Vide supra, 2.
4. Entre los edificios marcados para el derribo está la casa natalicia de Blasco Ibáñez. En el verano de 1954 los individuos que la ocupa-

ban habían sido notificados de que debían desalojarla porque iba a ser derribada en breve. Tuvimos ocasión de sacar varias fotografías en colores de dicho edificio.

5. Manuel Ferrer Navarro, "La leyenda cuenta . . .", en Valencia Atracción, n. 185, junio 1950, p. 9.
6. AT 259.
7. Hayward Keniston, en "Introducción" a la edición escolar de La barraca, p. Viii.
8. AT 260.
9. AT 275-276.
10. AT 260. Vide, además, 261, 262, 271-273, 276, 394.
11. AT 260.
12. AT 260.
13. AT 266-269.
14. AT 260. Vide, también, 266.
15. AT 266.
16. AT 269 y 270.
17. AT 260, 270 y 353.
18. AT 272.
19. Además de AT, que desde el principio al fin es una referencia casi continua al Mercado, se encuentra éste citado en: FM 399-404, 421, 428, 475, 478; B 482, 490, 544; CB 836, 838, 845, 849; CV 'c. de h.' 30; 'n. de b.' 55-56; 'cor.' 63; 'gua. val.' 70; 'f' 72, 77; 'dr. Pat.' 86; C 'pri. triste' 92, 94; C 'b. del h.' 132; LB 's' 475, 476.
20. AT 270.
21. AT 327.
22. AT 341.
23. AT 348.
24. AT 351.
25. AT 371.
26. AT 371.
27. Publicaciones del Archivo Municipal. Excmo. Ayuntamiento de Valencia. 1933. Vicente Blasco Ibañez., pp. 17, 13 y 16, respectivamente.

28. AT 349.
29. AT 280.
30. AT 303.
31. AT 309-310.
32. Vide supra, 15-16 y 26-28.
33. CV 'f' 72.
34. FM 448.
35. EN 665.
36. AT 266.
37. AT 308.
38. AT 301.
39. AT 325.
40. AT 319.
41. AT 356.
42. CV 35.
43. AT 315, 325, 279, 345; B 485, 512; CB 838, 910; CV 'f' 72, 75, 78; C 'b. del h.' 132, 133; LB 'hall.' 462-463; 'últ. l.' 467.
44. AT 325.
45. Vide supra, 34; AT 276.
46. AT 278.
47. FM 417, 419, 442, 464.
48. B 483-484.
49. CV 'gua. Val.' 65.
50. Vide supra, 38-39.
51. AT 361.
52. AT 269.
53. AT 361.
54. AT 280.
55. AT 281, 338, 340, 343, 353.
56. AT 304.
57. AT 384.
58. AT 384.
59. AT 385.
60. AT 341. Vide, también, AT 379.
61. CV 'n. de b.' 55-56.
62. B 528.
63. Vide supra, 42.
64. B 528.
65. AT 379.
66. AT 380.
67. AT 381.
68. CV 29-32.
69. AT 345. Vide, también, 381, 384.
70. AT 274.
71. B 528-529. Vide, además, 526-531.
72. EN 665.
73. CV 86-88.
74. CV 'ap. del esp.' 44.
75. CV 'gua. Val.' 69.
76. B 528.
77. AT 304, 363, 375, 384; CV 'n. de b.' 56.
78. FM 397, 399, 449.



79. Espasa, LXVI, 594; Antonio Beltrán, Valencia, 26.
80. EN 564.
81. B 483, 499, 512, 531; EN 665-666.
82. CV 'dr. Pat.' 86.
83. AT 352.
84. B 502.
85. B 502-503. Vide, también, pp 221-226.
86. AT 309; FM 478; B 502; CB 886; CV 'n. de b.' 55; C 'g. d.' 99;  
LB 'últ. l.' 466.
87. Vide supra, 34.
88. AT 318, 348.
89. CV 'n. de b.' 55-56, 59.
90. CV 'dr. Pat.' 86, 88.
91. EN 664.

## 2. La Huerta de Valencia

(Páginas 48-56)

92. CV 'd' 25.
93. Vide 220-223.
94. Francisco Almela y Vives, Alquerías de la huerta valenciana, 11-12.
95. B 481.
96. B 487.
97. B 542.
98. B 542.
99. B 543.
100. B 542.
101. B 481.
102. C 'g. d.' 98.

103. B 495.
104. B 553-556.
105. B 517-518. La alquería, que toma el nombre de la fuente, está en la partida de Calvet, término de Alboraya, y orientada cara al mar. Está habitada actualmente por un matrimonio joven, que con mucho orgullo nos mostró un ejemplar de La barraca. En opinión del ocupante de esta alquería, que refleja el pensar de la mayoría de la huerta, la figura representada en la losa que describe Blasco es San Onofre, el viejo anacoreta egipcio. Después de examinar la losa, no dudamos de que la imagen representada es una mujer, y bien pudiera ser Santa María Egipciaca o Santa Rosalía, pues ambas fueron penitentes, o Santa María Magdalena, por la gran devoción que siempre ha inspirado en la huerta.
106. B 482-483.
107. B 482.
108. B 483.
109. B 508.
110. FM 423. Vide, además, CB 873, 890, 902; CV 'n. de b.' 61; AT 332.
111. AT 332.
112. AT 333. Tratan de la Huerta, además de las cuatro novelas citadas en las NOTAS a esta sección: CV 'n. de b.', 'f', 'gua. val.', 'e. Eva', 'p. del c.', 'dr. Pat.'; C 'g. d.', 'pri. triste', 'b. aband.', 'p'; LB 'r', 's'.

### 3. Ribera del Júcar

(Páginas 56-64)

113. Espasa, XXVIII, 2a. parte, 3056.
114. Ibid., Apéndice I, 312.
115. EN 568.
116. AT 300, 322, 330, 338, 340, 347, 366.
117. EN 565.
118. EN 637-638.
119. EN 645.

120. EN 646.
121. EN 647.
122. EN 647.
123. EN 569, 571, 573-574, 594-595, 599.
124. EN 570. Vide, además, 574, 656.
125. EN 575.
126. EN 563.
127. EN 634.
128. EN 634.
129. EN 569.
130. EN 634.
131. EN 634, 633.
132. C. Pitolllet, 190; Julio Cejador y Frauca, Historia de la lengua y literatura española, Madrid, 1918, IX, 472.
133. EN 636-637.
134. EN 564.
135. Vide supra, 46-47; EN 564.
136. EN 565.
137. EN 593-609.
138. EN 593.
139. EN 652-654.
140. EN 565.
141. EN 580-581.
142. Joaquín Ortega, "Vicente Blasco Ibáñez", en University of Wisconsin Studies, Madison, 1924, n. 20, p. 215.
143. Vide supra, 59.
144. EN 581.

4. Albufera  
(Páginas 65-74)

145. Valencia Atracción, n. 189, octubre 1950, p. 15.
146. Ibid., 16.
147. Vide supra, 62-63.
148. AT 345.
149. AT 400.
150. CB 817.
151. CB 819.
152. CB 819.
153. Vide supra, 57.
154. CB 819.
155. Vide supra, 62-63.
156. CB 820.
157. CB 820-821; vide, además, 854.
158. CB 853.
159. C. Pitollet, 233.
160. CB 821.
161. CB 839.
162. CB 840.
163. CB 839-842.
164. CB 823.
165. CB 823-824.
166. CB 858-859.
167. CB 824.
168. CB 904; Vide, también, 905-907; 911 y ss.; supra, 66-67.
169. CV 'dr. Pat.' 86.

170. CB 858-859.
171. J. O. Swain, "The Albufera Thirty Years After", Hispania, XVII, (1935), 25-34.
172. Además de Cañas y barro, dedicada a la Albufera, y de las indicadas en las NOTAS a esta sección, mencionan este lago valenciano: FM 400; EN 581; MN 1017.

## 5. Costa y mar

(Páginas 74-84)

- |   |  |
|---|--|
| 173. <u>Vide supra</u> , 31.                                  | 190. FM 423.   |
| 174. <u>Espasa</u> , LXVI, 571.                               | 191. FM 451.   |
| 175. <u>Ibid.</u>   | 192. FM 407.   |
| 176. <u>Ibid.</u> , 633.                                      | 193. FM 440.   |
| 177. <u>Ibid.</u> , 632-633.                                  | 194. FM 476.   |
| 178. <u>Vide nota</u> 206.                                    | 195. CV 'ap. del esp.' 44; <u>vida supra</u> , 75; LB 's' 474. |
| 179. MN 1023-1024.  | 196. FM 397-399.   |
| 180. MN 1028.   | 197. FM 449-450; <u>vide</u> , además, 460-468.                |
| 181. FM 432.  | 198. FM 451-452.   |
| 182. FM 433.  | 199. <u>Espasa</u> , LXVI, 571.                                |
| 183. FM 438.  | 200. PM 1019.  |
| 184. FM 438-439; <u>vide</u> , también, CV 'ap. del esp.' 47. | 201. PM 1019-1021.   |
| 185. FM 427.  | 202. PM 1022.  |
| 186. FM 423.  | 203. PM 1023.  |
| 187. C 'l. de m.' 109.  | 204. LB 'últ. l.' 465.   |
| 188. FM 424.  | 205. MN 1229-1230.   |
| 189. MN 1023.   |  |

206. Pp. 104 y 417 respectivamente. Además de las obras mencionadas en esta sección, la costa y el mar valencianos se citan en: C 'm.' (todo); 'h. al a.' (todo); 'b. aband.' (todo); CB 817, 819, 822, 829, 840, 846, 857, 859, 860, 868, 873-874, 880; EN 581; C 'b. del h.' 131; CV 'n. de b.' 61; LB 'r' 472; 'hall.' 462.

## 6. Poblaciones

(Páginas 84-89)

207. M.D. (probablemente Martín Domínguez Barberá) "Mansiones señoriales del Maestrazgo" en Las Provincias, Valencia, domingo 5 de junio de 1955, p. 1: "San Mateo se constituyó desde la Reconquista, en el XIII, como capitalidad de una zona dominada por los Hospitalarios, que pasó luego a la Orden de Montesa, cuando ésta fué fundada, estableciéndose en dicha villa la residencia del Gran Maestre. Muchas poblaciones de la comarca . . . recuerdan todavía, con su nombre, esta fase intensamente religioso-militar de la historia de la comarca que también ha tomado el nombre de Maestrazgo. . . Tal importancia tuvo San Mateo y su comarca, que se reunieron allí las Cortes más de una vez, a lo largo de los siglos XIV y XV; prosiguieron en su templo las famosas controversias rabínicas de Tortosa, presididas por Benedicto XIII, e inspiradas y nutridas por Vicente Ferrer." Lo acabado de transcribir justifica el punto de vista de Blasco.

"La capital del Mestrat és Sant Mateu." F. Mateu i Llopis, El País Valencià, p. 94.

"Morella . . . se considera como capital de la comarca del Maestrazgo." Espasa, XXXVI, 991.

## Comentarios

(Páginas 90-94)

208. J.J. López Laguarda en su opúsculo Burjasot (Apuntes para su historia) da en la "Bibliografía" como obra de consulta Arroz y tartana, lo que prueba la exactitud de ésta.
209. "El Sr. Blasco Ibáñez, en su hermosa novela Sónica la cortesana, ha pintado admirablemente la compenetración del elemento celtibero y el helénico en Sagunto, la más importante de las colonias griegas establecidas en España." Alfonso Moreno Espinosa, Compendio de Historia de España, p. 29, nota 2.

## IV. OTRAS REGIONES

## 1. Baleares

(Páginas 95-103)

1. MM 341.
2. MM 290.
3. MM 297.
4. MM 297-298.
5. MM 288.
6. MM 340.
7. MM 290. Vide, además, 288, 294, 301 318, 331, 332.
8. MM 298.
9. MM 301, 311, 318-319.
10. MM 309.
11. MM 320-321.
12. MM 297 y 328.
13. MM 341.
14. MM 342.
15. MM 328.
16. MM 322 y 336.
17. MM 301.
18. MM 301.
19. MM 304.
20. MM 319.
21. MM 305-306.
22. MM "Al lector", p. 287.
23. MM 315.
24. MM 302.
25. MM 353.
26. MM 356-357.
27. MM 380-381.
28. MM 381. Vide, también, 354, 360.
29. MM 357.
30. MM 354.
31. MM 356, 360.
32. MM 363.
33. MM 352-353.
34. MM 402.
35. MM 346, 382.
36. MM 345.
37. MM 349.
38. MM 384.
39. MM 346.
40. MM 374-375.

## 2. Cataluña

(Páginas 104-105)

- |                   |              |
|-------------------|--------------|
| 41. PM 1017-1018. | 48. MN 1141. |
| 42. PM 1018.      | 49. MN 1055. |
| 43. PM 1019.      | 50. MN 1142. |
| 44. MN 1048.      | 51. MN 1179. |
| 45. MN 1034.      | 52. MN 1194. |
| 46. MN 1178.      | 53. MN 1034. |
| 47. MN 1179       |              |

## 3. Andalucía

a. Sevilla

(Páginas 106-109)

- |   |                            |
|---|----------------------------|
| 54. SA 172.   | 65. SA 235.                |
| 55. SA 172.   | 66. SA 142.                |
| 56. SA 239.   | 67. SA 145.                |
| 57. SA 239.   | 68. SA 166.                |
| 58. SA 239.   | 69. SA 237 y 167.          |
| 59. SA 238. Vide, también, 142,<br>143, 146, 149, 155, 166, 167,<br>169, 175, 180, 181, 193, 221,<br>232, 237-239, 245. | 70. SA 142.                |
| 60. SA 237, 238.  | 71. SA 142 y 145.          |
| 61. SA 234.   | 72. SA 141, 149-151, 170   |
| 62. SA 171.   | 73. SA 149, 150, 153, 157. |
| 63. SA 171  | 74. SA 172.                |
| 64. SA 237  | 75. SA 148, 149.           |
|   | 76. SA 182.                |



## b. Jerez de la Frontera

(Páginas 109-112)

- |                    |                           |
|--------------------|---------------------------|
| 77. Bd 1281.       | 85. Bd 1330.              |
| 78. Bd 1294.       | 86. Bd 1264, 1279 y 1347. |
| 79. Bd 1298.       | 87. Bd 1292-1293.         |
| 80. Bd 1348.       | 88. Bd 1257.              |
| 81. Bd 1230.       | 89. Bd 1257-1258.         |
| 82. Bd 1317.       | 90. Bd 1258.              |
| 83. Bd 1231.       | 91. Bd 1254.              |
| 84. Bd 1236, 1329. |                           |

## 4. Vascongadas

(Páginas 112-119)

- |                  |   |
|------------------|---|
| 92. I 1090.      | 104. I 1147.  |
| 93. I 1205.      | 105. I 1099.  |
| 94. I 1206-1211. | 106. I 1082-1083.                                     |
| 95. I 1090.      | 107. I 1076-1077.                                     |
| 96. I 1090.      | 108. I 1076.  |
| 97. I 1147.      | 109. I 1079.  |
| 98. I 1153.      | 110. I 1184.  |
| 99. I 1088.      | 111. I 1187 y 1185.                                   |
| 100. I 1088.     | 112. I 1097.  |
| 101. I 1089.     | 113. I 1097.  |
| 102. I 1089.     | 114. I 1099-1100. <u>Vide</u> , además,<br>1089-1090. |
| 103. I 1147.     |   |

## 5. Castilla la Nueva

(Páginas 119-120)

115. RC 195.

116. SA 265.

## a. Madrid

(Páginas 120-128)

117. Espasa, XXXI, 1382.

128. H 1437-1443.

118. H 1514.

129. MD 1584-1585.

119. H 1514.

130. MD 1517.

120. H 1514-1515.

131. MD 1517.

121. MD 1625.

132. MD 1517.

122. H 1366, Vide, también, 1373,  
1408 y 1412.

133. SA 262.

123. H 1402.

134. H 1375-1376.

124. H 1402.

135. H 1436.

125. H 1406.

136. H 1467.

126. H 1484.

137. H 1497-1498.

127. SA 130-131.

138. H 1498.

139. H 1516.

## b. Toledo

(Páginas 128-130)

140. Ct 1021.

144. Ct 1025.

141. Ct 1021.

145. Ct 976.

142. Ct 929.

146. RC 195.

143. Ct 929.

Comentarios  
(Páginas 128-130)

- |                                      |                   |
|--------------------------------------|-------------------|
| 147. <u>Vide supra</u> , 78-79 y 95. | 152. SA 148.      |
| 148. <u>Vide supra</u> , 103.        | 153. Bd 1257.     |
| 149. <u>Vide supra</u> , 76-77.      | 154. I 1099-1100. |
| 150. SA 144.                         | 155. I 1214.      |
| 151. SA 145.                         |                   |

V. COSTUMBRES VALENCIANAS

A. FIESTAS

(Páginas 139-175)

- |                                       |                                |
|---------------------------------------|--------------------------------|
| 1. <u>Vide supra</u> , 5-6.           | 16. CB 876                     |
| 2. EN 594.                            | 17. <u>Vide supra</u> , 41-42. |
| 3. EN 595.                            | 18. AT 385-386.                |
| 4. EN 595.                            | 19. B 529.                     |
| 5. EN 597.                            | 20. B 529.                     |
| 6. EN 598.                            | 21. B 530.                     |
| 7. EN 598.                            | 22. B 531.                     |
| 8. <u>Vide supra</u> , 57-58 y 61-62. | 23. B 529.                     |
| 9. EN 594.                            | 24. B 529.                     |
| 10. EN 597.                           | 25. B 528.                     |
| 11. CB 875.                           | 26. AT 259.                    |
| 12. AT 373.                           | 27. AT 269.                    |
| 13. AT 372-373.                       | 28. AT 264.                    |
| 14. AT 373.                           | 29. AT 264.                    |
| 15. AT 372                            | 30. AT 264.                    |

31. AT 298.  
32. AT 298.  
33. AT 262.  
34. AT 264.  
35. AT 299.  
36. AT 304.  
37. AT 305.  
38. AT 323.  
39. AT 325.  
40. AT 325.  
41. FM 428.  
42. FM. 428.  
43. FM 431. Vide, también, Valerio Serra Boldú, "Costumbres religiosas" en Folklore y costumbres de España, III, 525-526.  
44. FM 430.  
45. FM 428.  
46. FM 430.  
47. FM 432.  
48. Vide supra, 19 y 55.  
49. AT 331.  
50. AT 331-338.  
51. AT 338.  
52. AT 351.  
53. AT 352.  
54. AT 353.  
55. AT 356.  
56. AT 358.  
57. AT 353.  
58. AT 353.  
59. AT 353.  
60. AT 356.  
61. AT 356.  
62. AT 357.  
63. AT 358.  
64. AT 355.  
65. AT 356.  
66. AT 360.  
67. AT 358.  
68. AT 348.  
69. AT 348.  
70. AT 348.  
71. CB 844.  
72. CB 844.  
73. B 511.  
74. MN 1061-1062.  
75. AT 340-341.  
76. At 342. Sobre la existencia real de Morte, vide supra, 27.  
77. AT 331.  
78. MN 1059.  
79. MN 1060.  
80. MN 1060.  
81. CB 856.  
82. Vide supra, 143 y también CB 873.  
83. CB 875-876.

- |   |   |
|---|---|
| 84. CB 880.   | 98. AT 310. Esta falla existió realmente en 1890; <u>vide supra</u> , 27. |
| 85. CB 881.   |   |
| 86. CB 882.   | 99. AT 310-311.   |
| 87. CB 883.   | 100. AT 310. Además <u>vide supra</u> , 38, nota 31.                      |
| 88. CB 855.   |   |
| 89. CB 847.   | 101. AT 310.  |
| 90. CB 881.   | 102. AT 315.  |
| 91. CB 883-886.   | 103. AT 315-316.  |
| 92. CB 903-906, y <u>vide supra</u> , 72-73.            | 104. AT 316.  |
| 93. CB 904-905.   | 105. AT 301.  |
| 94. CB 905.   | 106. AT 303.  |
| 95. CB 905.   | 107. AT 304.  |
| 96. <u>Vide supra</u> , 74 y también 179-180 y 213-214. | 108. AT 302.  |
| 97. AT 310.   | 109. AT 301-302.  |
|   | 110. AT 302.  |
|   | 111. AT 302.  |

#### B. COSTUMBRES FAMILIARES

(Páginas 176-217)

- |                                    |               |
|------------------------------------|---------------|
| 112. FM 417.                       | 121. FM 409.  |
| 113. CB 833, y C 'pri. triste' 92. | 122. PM 1030. |
| 114. LB 'r' 470.                   | 123. AT 287.  |
| 115. CB 846.                       | 124. AT 265.  |
| 116. LB 'r' 470.                   | 125. B 484.   |
| 117. C 'pri. triste' 93.           | 126. AT 355.  |
| 118. B 509.                        | 127. CB 908.  |
| 119. CB 828.                       | 128. CB 898.  |
| 120. CB 887.                       | 129. CB 898.  |

130. CB 899.  
 131. CB 898.  
 132. CB 900.  
 133. CB 909.  
 134. LB 's' 475-477.  
 135. FM 444-448.  
 136. AT 318.  
 137. B 515.  
 138. B 515-516.  
 139. AT 321.  
 140. CV 'f' 72.  
 141. AT 319.  
 142. AT 307.  
 143. B 513-514.  
 144. B 514.  
 145. CV 'c. de h.' 31.  
 146. LB 'r' 471.  
 147. B 517.  
 148. AT 346.  
 149. B 516.  
 150. CV 'n. de b.' 59.  
 151. AT 391.  
 152. AT 301.  
 153. AT 302.  
 154. AT 312.  
 155. AT 394.  
 156. AT 389.  
 157. AT 389.  
 158. AT 389.  
 159. AT 391.  
 160. B 484.  
 161. B 484.  
 162. LB 's' 475.  
 163. FM 417.  
 164. FM 406.  
 165. MN 1035.  
 166. CB 855.  
 167. CB 855.  
 168. CB 886-887.  
 169. CB 903.  
 170. B 537.  
 171. CV 'c' 39.  
 172. CV 'c' 34.  
 173. CV 'c' 33.  
 174. CV 'c' 35-36.  
 175. Ibid.  
 176. CV 'c' 33.  
 177. Ibid.  
 178. CV 'c' 34.  
 179. CV 'c' 35.  
 180. CV 'c' 37.  
 181. Ibid.  
 182. CV 'c' 37-38.  
 183. CV 'c' 37.  
 184. CV 'c' 39.  
 185. Ibid.

186. Ibid.
187. CV, 'c' 42-43.
188. CV, 'c' 33.
189. Ibid. Vide también 281-282.
190. CB 896.
191. MN 1060-61.
192. MN 1211.
193. MN 1230.
194. Ibid.
195. MN 1233-34. La agonía de Juanillo, el protegido del tío Chispa, de "¡Hombre al agua!"; nada añade a la de Ulises. Vide C '¡h. al a.!' 105.
196. CB 918-919.
197. CB 919.
198. CV. 'd' 28.
199. B 495.
200. B 527.
201. B 537-538.
202. B 538.
203. CV. 'cap' 50-51.
204. CB 919.
205. AT 380.
206. AT 392.
207. CV. 'd' 28.
208. AT 392.
209. CV. 'gua. val.' 70.
210. CV. 'cap' 51.
211. B 540-541.
212. LB 'r' 471.
213. Ibid.
214. LB. 'r' 473.
215. LB. 'r' 474.
216. Ibid.
217. B 487-488.
218. B 491.
219. C. 'g.d.' 98-99.
220. B 510.
221. B 509.
222. B 533.
223. B 519-520.
224. B 496.
225. B 495.
226. B 497.
227. B 549. También vide supra, p. 27.
228. B 550.
229. B 550.
230. B 537.
231. C. 'p' 142.
232. C. 'p' 143.
233. Ibid.
234. FM 465-66. También vide supra, p. 207.
235. CV. 'c. de h.' 32.
236. CV. 'c' 43.

237. C 'b. del h.' 132-133.  
 238. CV 'gua. val.' 65-71.  
 239. C 'p. r.' 127.  
 240. CB 846.  
 241. CB 845.  
 242. C 'veng. m.' 141.  
 243. AT 381.  
 244. CB 923.  
 245. CB 925.  
 246. CB 925.  
 247. FM 462.  
 248. FM 476.  
 249. AT 380.  
 250. Vide supra, 212-213.  
 251. AT 389.  
 252. B 534-535.  
 253. AT 390; B 537 y 541; CB 855 y 919; C 'pri. triste' 94.  
 254. B 534.  
 255. CB 855.  
 256. B 535.  
 257. B 536.  
 258. CV 'n. de b.' 52.  
 259. CV 'f' 71.  
 260. Vide p. 217, nota 263.  
 261. FM 452.  
 262. C 'veng. m.' 139.  
 263. CV 'd' 29.  
 264. Vide p. 227.

### C. GOSTUMBRES SOCIALES

(Páginas 218-238)

265. Vide supra, 205 y ss.  
 266. Ibid.  
 267. B 488.  
 268. B 493.  
 269. B 488.  
 270. Tal es el caso del huerto que cultiva el tío Tòfol, de "Primavera triste": "Era una parcela de un vasto jardín, en otro tiempo de los frailes, que la desamortización revolucionaria había subdividido." P. 92.  
 271. B 489.  
 272. Vide supra, 208.  
 273. B 489.  
 274. B 488.  
 275. CV 'n. de b.' 57.  
 276. B 496.  
 277. B 518.  
 278. AT 298; B 542 y C 'pri. triste' 92.  
 279. B 549.  
 280. CB 859 y vide supra, 72.  
 281. B 549.



282. B 549 y vide supra, 208.
283. B 490.
284. Vide supra, 47 y 49.
285. R. Gayano Lluch, Els furs de Valencia, 206.
286. Op. cit., 202-203, y notas en las mismas.
287. B 505.
288. Gayano, 215.
289. B 504.
290. B 505.
291. Vide supra, 47, y B 502.
292. Vide supra, 224.
293. Vicente Giner Boira, El Tribunal de las Aguas, 15.
294. CV 'f' 74-75.
295. CB 924.
296. B 492.
297. CV 'gua. val.' 68.
298. Ibid., 69.
299. Ibid.
300. C 'p' 142.
301. Así puede considerarse la muerte de Marieta a manos de su cuñado Teulá, en "Venganza moruna", 138-141.
302. P. Gómez Martí, Psicología..., 150-151.
303. FM 411.
304. CB 830.
305. CB 830.
306. CB 849.
307. CV 'n. de b.' 55.
308. Ibid., 53.
309. Ibid., 56.
310. Ibid., 61.
311. AT 281.
312. CB 856.
313. B 545.
314. B 498-499.
315. B 488.
316. CB 899.
317. FM 424.
318. AT 328.
319. AT 328.
320. AT 328.
321. LB 'últ. l.' 464.
322. CB 820.
323. CB 870.
324. CB 871.
325. CB 871.
326. CV 'd' 27.
327. Ibid., 26.
328. B 488. Vide, también, 27.
329. B 497.
330. B 523-524.
331. B 500.
332. B 535.
333. C 'p. r.' 127.
334. Ibid.

335. Azorín, "Valencia", en El paisaje de España, 139-145.
336. Vide supra, 26-28.

## VI. COSTUMBRES DE OTRAS REGIONES

(Páginas 239-263)

- |   |   |
|---|---|
| 1. MM 365.                              | 23. MM 392. <u>Vide</u> , también, 391: "¡No debía persistir en aquel capricho! Iba a traerle desgracia." |
| 2. MM 368.                              |   |
| 3. MM 369.                              | 24. MM 354.   |
| 4. MM 370-371.                          | 25. MM 350.   |
| 5. MM 374.                              | 26. MM 354.   |
| 6. MM 374.                              | 27. MM 389.   |
| 7. MM 301.                              | 28. MM 355.   |
| 8. MM 301.                              | 29. MM 393.   |
| 9. MM 306.                              | 30. MM 417.   |
| 10. MM 309.                             | 31. MM 366-367.   |
| 11. MM 321.                             | 32. MM 365-366.   |
| 12. MM 321.                             | 33. MM 366.   |
| 13. MM 388.                             | 34. MM 424.   |
| 14. MM 299.                             | 35. MM 341-344 y 432-433.   |
| 15. MM 359. <u>Vide</u> , también, 299. | 36. MM 294.   |
| 16. MM 393.                             | 37. MM 294.   |
| 17. MM 354-355.                         | 38. MM 345-347.   |
| 18. MM 355.                             | 39. MM 299-300.   |
| 19. MM 372.                             | 40. Bd 1248.  |
| 20. MM 379.                             | 41. Bd 1289.  |
| 21. MM 418.                             | 42. Bd 1289-1292.   |
| 22. B 501.                              | 43. SA 145.   |

44. SA 241.
45. SA 331.
46. SA 232.
47. SA 232.
48. SA 232.
49. SA 239.
50. Bd 1245.
51. SA 190 y 241.
52. SA 153.
53. SA 144-147.
54. SA 160.
55. SA 154.
56. Bd 1277.
57. Bd 1245.
58. Bd 1248.
59. Bd 1248.
60. Bd 1248.
61. SA 168.
62. SA 155.
63. Bd 1256.
64. Bd 1306-1307.
65. Bd 1313.
66. Bd 1305.
67. SA 119.
68. Bd 1305. Vide, también, 1265.
69. Bd 1314-1316.
70. Vide supra, 248.
71. SA 195.
72. SA 119.
73. SA 125.
74. SA 131.
75. SA 133.
76. SA 192-193.
77. Bd 1255.
78. Bd 1258.
79. Vide supra, 111.
80. Miguel A. Rodenás, Intimidades taurinas y el arte de torear de Ricardo Torres, 81.
81. La España Moderna, octubre 1908, p. 172.  
 "Reciente está el caso de Perna-les. Para mostrar lo pintoresco de España, Blasco Ibáñez, en su novela Sangre y arena . . . traza el tipo del bandolero, limi-tándose a seguir paso a paso los relatos de los periódicos. Y el jaque no era el José María legen-dario, el del cantar y del roman-ce. El "Plumitas" de la ficción es el Pernaes de la vida, y la finca del torero "Juan Gallardo", La Coronela de Antonio Fuentes." Enrique de Mesa, Tragicomedia, 82-83.
82. I 1185.
83. I 1187.
84. I 1188.
85. I 1188.
86. Vide supra, 255.
87. I 1189.
88. Vide supra, 240.

- |                                  |                    |
|----------------------------------|--------------------|
| 89. I 1202-1214.                 | 97. H 1407.        |
| 90. I 1109.                      | 98. H 1415-1416.   |
| 91. H 1489-1490.                 | 99. H 1412.        |
| 92. H 1487.                      | 100. H 1407-1416.  |
| 93. <u>Vide supra</u> , 156-160. | 101. Ct 946.       |
| 94. Ct 1030.                     | 102. MD 1599-1604. |
| 95. Ct 1038.                     | 103. H 1492-1495.  |
| 96. Ct 945.                      | 104. H 1471.       |

## VII. LENGUAJE

## A. Valenciano

(Páginas 264-286)

1. Hay varios estudios sobre esta materia, entre otros Ramón Menéndez Pidal, "Sobre los límites del valenciano" en Primer Congreso de la lengua catalana, Barcelona, 1908, pp. 340-344. José Nebot y Pérez en Revista de Castellón, 1883, pp. 33-34, y sus estudios publicados en Almanaque de "Las Provincias" (varios años). Ramón María Huguet Segarra, En Geografía general del Reino de Valencia, tomo correspondiente a la provincia de Castellón, pp. 168-180, y Hadwiger, en "Sprachgrenzen und Grenz-, mundarten des Valencianischen" publicado en Zeitschrift für rom. philol., XXIX, 712-731, estos tres últimos citados por Eduardo Juliá Martínez, "Problemas lingüísticos en el reino de Valencia" en Boletín de la Real Academia Española, tomo XV, año XV, Madrid, 1928, pp. 39-46. F. Mateu i Llopis, El País Valencià, L'Estel, Valencia, 1933. J. Sarcóhandy, "Les limites du Valencien" en Bulletin Hispanique de Bordeaux, VIII, 292 y ss. (citado por Sanchis Guarner, p. 35). Manuel Sanchis Guarner, La Llengua dels Valencians, L'Estel, Valencia, 1933.
2. Ramón Menéndez Pidal, El idioma español en sus primeros tiempos, Espasa-Calpe Argentina, Colección Austral, Buenos Aires, 3a. ed., 1945.  
 ---- Orígenes del español, Madrid 1929, 2a., principalmente pp. 512-514.  
Discursos leídos ante la R. A. de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Francisco Codera, Madrid, 1910.
3. Ramón Menéndez Pidal, La España del Cid, Madrid, 1929, I, 349 y ss.
4. Tratado firmado en 1244 entre Jaime I de Aragón y Fernando III de Castilla, por el que se fijaron los límites de ambos reinos y en cuya vir-

tud Aragón había terminado en aquella fecha su misión reconquistadora. Agustín Blánquez Fraile, Historia de España, 3a. ed., Editorial Ramón Sopena, S.A., Barcelona, 1934, p. 168, y Alfonso Moreno Espinosa, Historia de España, 9a. ed., Cádiz, 1903, p. 193, nota 3.

5. Manuel Sanchis Guarner, La Llengua dels Valencians, 65.
6. Ibid.
7. Edición de Aguiló y Fuster, Barcelona, 1873-1905, p. 5.
8. Sanchis Guarner, loc. cit.
9. Prólogo al vol. II de Lo Gaiter del Llobragat, de Joaquín Rubió y Ors, Barcelona, 1889, p. 18, citado por Sanchis Guarner, 50-51.
10. Véase también Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del R.P. Luis Fullana Mira, O.F.M., el día 11 de noviembre de 1928, Imprenta de Emilio Camarasa, Valencia, 1928.
11. Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana, XIV, 219, y I, 37.
12. Hermenegildo Corbató, "Some outstanding and Recurring Themes in Valencian Literature," Hispania, XIV, 170-171.
13. Mn. Antoni Ma. Alcover, "Introduccio" a Diccionari Català-Valencià-Balear, Imprenta de Mn. Alcover, Palma de Mallorca, 1930, tomo I, pp. I-II.
14. PM 1019.
15. PM 1035.
16. PM 1036. Vide, también, 1037.
17. PM 1037.
18. PM 1038.
19. PM 1020.
20. PV 1114.
21. PV 1054.
22. PV 1054.
23. MN 1117.
24. MN 1057.
25. MN 1206.

26. PV 1065. Vide más referencias a catalán en este sentido en pp. 1071, 1073, 1075, 1076, 1094 y 1095.
27. MN 1036.
28. PV 1099. También vide supra, 56-57, nota 113.
29. MN 1037.
30. MN 1161-1162.
31. MN 1159.
32. MN 1020.
33. MN 1020.
34. AT 274.
35. CV 'c. de h.' 29.
36. Ibid., 32.
37. Eduardo Juliá Martínez, "Problemas lingüísticos en el reino de Valencia," en Boletín de la Real Academia Española, XV (1925), 45.
38. Tomás Navarro Tomás y Manuel Sanchis Guarner, "Análisis fonético del valenciano literario," en Revista de Filología Española, XXI, 113-114. Vide, también, P. Barnils, "El parlar 'apitxat'," Butlletí de Dialectologia Catalana, I (1913), 18-25.
39. CV 'c. de h.' 32.
40. CV 'cor.' 73.
41. FM 432.
42. B 532.
43. B 533.
44. FM 472.
45. FM 475 y 477.
46. FM 469.
47. FM 478.
48. LB 'r' 471.
49. B 540 y 541.
50. B 537.

51. C 'p' 143.
52. B 500 y 535.
53. B 553.
54. B 492.
55. B 533-534.
56. B 559.
57. B 502.
58. B 555.
59. B 519.
60. FM 427.
61. FM 432.
62. CB 907.
63. CB 913.
64. CB 921.
65. CB 877-878.
66. AT 345.
67. B 503.
68. B 505.
69. B 505.
70. B 505.
71. B 506.
72. FM 447.
73. CV 'c' 38.
74. CV 'c' 39.
75. AT 309.
76. B 487.
77. AT 384 y FM 418.
78. FM 418.
79. FM 444.
80. AT 300.
81. FM 473.
82. MM 378.
83. B 482.
84. B 513.
85. CB 826.
86. AT 287.
87. FM 414.
88. PM 1020.
89. B 530.
90. PV 1071.
91. C 'b. aband.' 120.
92. B 522.
93. CB 837.
94. AT 309.
95. C 'pri. triste' 92.
96. CB 833.
97. CV 'c' 33.
98. CV 'cor.' 63.
99. CV 'c. de h.' 30.
100. LB 's' 475.
101. FM 457.
102. FM 411.
103. FM 401.
104. B 488.

105. CB 846.  
 106. FM 426.  
 107. CV 'p. del c.' 79.  
 108. B 517.  
 109. B 483.  
 110. Vide supra, 18, nota 26.  
 111. Vide supra, 279.  
 112. AT 287.  
 113. Vide supra, 270.  
 114. CV 'c' 35.  
 115. EN 601 y 595.  
 116. Vide 280-283.

## B. Otros lenguajes

(Páginas 287-296)

117. MN 1146.  
 118. MN 1151.  
 119. MN 1177.  
 120. Vide supra, 104, 133 y 249.  
 121. MM 294.  
 122. MM 295.  
 123. MM 331.  
 124. MM 388.  
 125. MM 346.  
 126. MM 350.  
 127. MM 365.  
 128. MM 402 y 404.  
 129. MM 380.  
 130. MM 378.  
 131. MM 363.  
 132. MM 299.  
 133. MM 379.  
 134. MM 394.  
 135. MM 397.  
 136. MM 398.  
 137. MM 373.  
 138. MM 369.  
 139. En la guerra de sucesión española, los catalanes "designaron a los austriacos con el nombre de vigatans, esto es, vicenses o de Vich, porque esta población fué al principio su centro; y a los borbónicos con el de botiflers, esto es, fanfarrones: el vocablo botifler, transportado a Mallorca, se convirtió en botifarra, o butifarra, aplicándose a la clase noble . . ." A. Moreno Espinosa, Compendio de Historia de España, 357, n.1.  
 140. MM 354-355.  
 141. MM 355. Vide, también, 362.  
 142. MM 368.  
 143. MM 355 y 366.  
 144. MM 365.  
 145. MM 360.



146. MM 290. 166. I 1098.
147. MM 355. Vide, también, 365. 167. I 1188, 1189.
148. MM 408. 168. I 1189.
149. MM 299 y 347. 169. I 1193. Vide, también, 1109.
150. Vide supra, 285. 170. I 1109.
151. MM 388. 171. I 1112.
152. "A Mallorca madona es el tractament de les dones de la classe mitja, y madò el de les jornaleres y pobres." Alcover, "La llengua catalana, té sintaxis pròpia," en Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana, Barcelona, octubre de 1906, p. 350, nota 1. 172. I 1113.  
173. I 1153.  
174. I 1096.  
175. I 1186.  
176. I 1073 y 1075.
153. Bd 1320. 177. I 1071.
154. Bd 1231. 178. I 1093.
155. FM 414. 179. I 1096.
156. Bd 1264 y 1265, respectivamente. 180. I 1099-1100 y 1176.
157. Para un estudio más completo, vide T. Navarro Tomás, A.M. Espinosa (hijo) y L. Rodríguez-Castellano, "La frontera del andaluz" en Revista de Filología Española, XX (1933), 225-277. 181. I 1095, 1117 y 1149.  
182. I 1176.  
183. I 1092.
158. H 1485-1495. 184. I 1071.
159. I 1100. 185. B 521.
160. I 1098. 186. I 1190-1192.
161. I 1101. 187. I 1096-1100.
162. I 1074.
163. I 1072.
164. I 1133, 1143, 1148, etc.
165. I 1176.

## VIII. CONCLUSIONES

(Páginas 297-324)

1. Sobre la exactitud de lo que presenta en Cañas y barro, véase la referencia a James O. Swain en 73-74 y nota 171; sobre la Vega, véase 92 y nota 208; sobre el paisaje valenciano en general, véase la referencia a Azorín en 237 y nota 335; sobre el Tribunal de las Aguas, véase la referencia a Gayano Lluch en 223; sobre la Semana Santa en los poblados marítimos de Valencia, véase 154, nota 43; sobre la historia de la región, véase la referencia a Moreno Espinosa en 94, nota 209; sobre la vida taurina, véase la referencia al torero Bombita en 258; sobre el tipo de bandolero, véase la referencia a Plumitas en 258 y nota 81.
2. Supra, 125-126.
3. Supra, 169-172.
4. Supra, 158-159.
5. Supra, 143-146.
6. Supra, 145 y 171.
7. Supra, 177-178.
8. Supra, 185-188.
9. Supra, 223.
10. Supra, 227-237.
11. Supra, 240.
12. Supra, 243.
13. Supra, 246.
14. Supra, 257-258.
15. Supra, 261.
16. Supra, 270-271.
17. Supra, 285.

## BIBLIOGRAFÍA

### 1. OBRAS DE VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

#### A. Novelas

Arroz y tartana, F. Sempere y Cía., Valencia, 1894.

Flor de Mayo, F. Sempere y Cía., Valencia, 1895.

[Al final de la edición de Prometeo, Valencia, 1914, hay ¡Cosas de hombres!, La apuesta del 'esparrello', Noche de bodas y Guapeza valenciana, todos pertenecientes a Cuentos valencianos.]

La barraca, F. Sempere y Cía., Valencia, 1898.

Entre naranjos, F. Sempere y Cía., Valencia, 1900.

Sónnica la Cortesana, F. Sempere y Cía., Valencia, 1901.

Cañas y barro, F. Sempere y Cía., Valencia, 1902.

La catedral, F. Sempere y Cía., Valencia, 1903.

El intruso, F. Sempere y Cía., Valencia, 1904.

La voluntad de vivir, F. Sempere y Cía., Valencia, 1907.

[Reeditada por Planeta, Barcelona, 1953. Aunque esté fechada en 1907, parece que en realidad fue escrita en 1904.]

La bodega, [1904-1905] F. Sempere y Cía., Valencia, 1906.

La horda, F. Sempere y Cía., Valencia, 1905.

La maja desnuda, F. Sempere y Cía., Valencia, 1906.

Sangre y arena, F. Sempere y Cía., Valencia, 1908.

Los muertos mandan, [1908] F. Sempere y Cía., Valencia, 1909.

Los argonautas, Prometeo, Valencia, 1914.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Prometeo, Valencia, 1916.

Mare Nostrum, Prometeo, Valencia, 1917.

Los enemigos de la mujer, Prometeo, Valencia, 1919.

El paraíso de las mujeres, Prometeo, Valencia, 1922.

La tierra de todos, Prometeo, Valencia, 1922.

La reina Calafia, Prometeo, Valencia, 1923.

El Papa del Mar, Prometeo, Valencia, 1925.

A los pies de Venus, Prometeo, Valencia, 1926.

En busca del Gran Kan, Prometeo, Valencia, 1929.

[Publicada en inglés en 1928 con el título Unknown Lands, Hearsts International (Cosmopolitan), en cuatro números consecutivos.]

El caballero de la Virgen (Alonso de Ojeda), Prometeo, Valencia, 1929.

El fantasma de las alas de oro, Prometeo, Valencia, 1930.

#### B. Cuentos y novelas cortas

Cuentos valencianos, F. Sempere y Cía., Valencia, 1896.

[Contiene: Dimoni, ¡Cosas de hombres!, La cencerrada, La apuesta del 'esparrelló', La caperuza, Noche de bodas, La corrección, Guapeza valenciana, El 'femater', En la puerta del Cielo, El establo de Eva (versión simplificada de "Los cuatro hijos de Eva", publicado en la colección El préstamo de la difunta), La tumba de Ali-Bellús, El dragón del Patriarca.]

Cuentos grises, ed. Librería Aguilar, Valencia, [s.f., 1899?]

[Contiene: Golpe doble, La barca abandonada, La paella del 'Roder', ¡Hombre al agua!, El parásito del tren, En el mar, Un silbido, El ogro, En la boca del horno, La condenada, El milagro de San Antonio, El maniquí, todos pertenecientes a La condenada, más El despertar del Budha, perteneciente a Novelas de amor y de muerte.]

La condenada, Sempere y Cía., Valencia, 1900.

[Contiene: La condenada, Primavera triste, El parásito del tren, Golpe doble, En el mar, ¡Hombre al agua!, Un silbido, Lobos de mar, Un funcionario, El ogro, La barca abandonada, El maniquí, La paella del 'roder', En la boca del horno, El milagro de San Antonio, Venganza moruna, La pared.]

Luna Benamor, [1909] Sempere y Cía., 1910.

[Contiene, además: Un hallazgo, El último león, El lujo, La rabia, El sapo, Compasión, Bocetos y apuntes.]

El préstamo de la difunta, Prometeo, Valencia, 1921.

[Contiene: El préstamo de la difunta, El monstruo, El Rey de las Praderas, Noche servia, Las plumas del caburé, Las vírgenes locas, La vieja del 'cinema', El automóvil del general,

Un beso, La loca de la casa, La sublevación de Martínez, El empleado del coche-cama, Los cuatro hijos de Eva (versión modificada de "El establo de Eva", de Cuentos valencianos), La cigarra y la hormiga.]

Novelas de la Costa Azul, Prometeo, Valencia, 1924.

[Contiene: Puesta de sol, La familia del doctor Pedraza, El sol de los muertos, El comediante Fonseca, El viejo del paseo de los Ingleses y los siete artículos de "En la Costa Azul."]

Novelas de amor y de muerte, Prometeo, Valencia, 1927.

[Contiene: El secreto de la baronesa, Piedra de Luna, El rey Lear, impresor, La devoradora, El réprobo (publicado en La novela de hoy, n. 214, Madrid 18 de junio 1926), El despertar del Buda.]

### C. Viajes

París (Impresiones de un emigrado), [1890-1891], Valencia, 1893.

En el país del arte, Sempere y Cía., Valencia, 1896.

Oriente, Sempere y Cía., Valencia, 1907.

Argentina y sus grandezas, Prometeo, Valencia, 1910.

El militarismo mejicano, Prometeo, Valencia, 1920.

La vuelta al mundo de un novelista, [t. I y II, 1925; t. III, 1926], Prometeo, Valencia, 1926.

### D. Historia, política y crítica

Historia de la revolución española, [3 t.] 1893.

La revolución de Valencia [manifiesto], Valencia, 1903.

Historia de la guerra europea, [9 t.], Prometeo, Valencia, 1914.

Una nación secuestrada. Alfonso XIII, desenmascarado, 1924.

Lo que será la República Española, España con honra, París, 1925.

Por España y contra el Rey, Excelsior, París, 1925.

Estudios Literarios [1921], Prometeo, Valencia, 1933.

"Acerca de Teatro y Música" [conferencia], Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, II, 48-66, Quito, 1914.

"El arte social", La república de las Letras, [primer número].

"La gloire mondiale d'Émile Zola", Paris-Soir, 6 oct. 1924.

#### E. Obras no autorizadas por Blasco

"La torre de Boatella" [narración en valenciano], Lo Rat-Penat, Valencia, 1883.

"Fatimah" [narración en valenciano], Lo Rat-Penat, Valencia, 1883.  
[Reimpresa en El cuento del dumenche, Valencia, 31 oct. 1908]

Carmen [escrita en Burjasot sobre 1885. Vide supra, 19.]

Aventura veneciana [narración breve], 1886.

El conde Garcí-Fernández [1888], reed. Cosmópolis, Madrid, 1928.

¡Por la patria! Romeu el Guerrillero [1888], Cosmópolis, Madrid, 1928.

El adiós de Schubert [1888], Cosmópolis, Madrid, 1926.

[Contiene: El adiós de Schubert, Mademoiselle Norma, Un idilio nihilista, Marinoni y La muerte de Capeto, estos tres últimos publicados en La Ilustración Ibérica.]

La misa de medianoche [1888?], Cosmópolis, Madrid, 1928.

Fantasías, leyendas y tradiciones [1888], Cosmópolis, Madrid, 1928.

Caerse del cielo, [publicado en El Correo Valenciano], 1889.

La araña negra [colección, 1892], Cosmópolis, Madrid, 1928.

[Contiene: I. El conde de Baselga; II. El padre Claudio; III. El señor Avellaneda; IV y V. El capitán Álvarez; VI. La señora de Quirós; IX. Juventud a la sombra de la vejez; X. En París; XI. El casamiento de María.]

Los fanáticos [vide supra, 24.]

¡Viva la República! [colección], M. Senent, Valencia, 1893:

[Reed. Cosmópolis, Madrid, 1928.

Contiene: I. En el cráter del volcán; II. La hermosa liejessa; III. La explosión; IV. Guerra sin cuartel.]

#### F. Teatro

El juez. [Drama estrenado en el teatro Apolo de Valencia en 1894.]

## 2. OBRAS CONSULTADAS Y UTILIZADAS EN LA PREPARACIÓN DE ESTA TESIS

- Abry, Émile, Charles Audic et Paul Crouzet, Histoire Illustrée de la Littérature Française, Paris, 1946.
- Alcalá Galiano, Álvaro, "Un novelista mundial: Blasco Ibáñez," Figuras excepcionales, Madrid [s.f.]
- Alcover, Antoni Ma., "Circumstàncies especialíssimes de la formació de la llengua catalana," Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana, XIV, 219 y I, 37.
- "La llengua catalana té sintaxis pròpia," Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana, Barcelona, oct. 1906.
- "Introdució," Diccionari Català-Valencià-Balear, Palma de Mallorca, 1930.
- Almela y Vives, Francisco, Alquerías de la huerta valenciana, Valencia, 1932.
- The "Barracas" (Cottages) of Valencia, Madrid, [s.f. 1933?]
- Altamira, Rafael, "Blasco Ibáñez, novelista," Arte y realidad, Barcelona, 1921.
- Amade, Jean, "L'evolution d'un romancier valencien," Études de littérature méridionale, Toulouse, 1907.
- Andrenio (véase Gómez de Baquero).
- [Anónimo], "Vicente Blasco Ibáñez," Hispania, XI, 227-232. [Reproducción de un artículo sin firma de La Nación, Buenos Aires, 29 enero 1928.]
- Ateneo de Madrid, Cuestionario, 1901.
- Azorín (Véase Martínez Ruiz).
- Balseiro, José A., "Vicente Blasco Ibáñez, hombre de acción y de letras," Puerto Rico, San Juan, 1935.
- Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, Baroja, cuatro individualistas de España, Chapel Hill [1949].
- Barja, César, "Vicente Blasco Ibáñez," Libros y autores modernos, Los Ángeles, 1933.
- Barnils, P., "El parlar 'apitxat'," Butlletí de Dialectología Catalana, I (1913).
- Beltrán, Antonio, Guías artísticas de España: Valencia, Barcelona, 1945.

- Blánquez Fraile, Agustín, Historia de España, (3a. ed.), Barcelona, 1934.
- Blasco Ibáñez, Vicente, Obras completas, (2a. ed., 3 tomos), Aguilar S.A. de Ediciones, Madrid, 1949.
- Bono y Barber, B., "El lago de la Albufera...", Valencia Atracción, Valencia, oct. 1950.
- Buceta, Érasmo, "El origen de un cuento de Blasco Ibáñez" Compasión, Boletín de la Academia Española, XX (1933).
- Burgum, Edwin Berry, The Novel and the World's Dilema, New York, 1947.
- Carsí, Alberto, "Vicente Blasco Ibáñez," Temas, vol. 5, n. 27, Nueva York, enero 1953.
- Carreras y Candi, F., Folklore y Costumbres de España (3 tomos), Barcelona, 1933.
- Castelló, Juan, Ibiza y Formentera. Índice para el viajero, Palma de Mallorca, 1954.
- Cejador y Frauca, Julio, Historia de la lengua y literatura española, Madrid, 1915-1920.
- Cola, Julio, Vicente Blasco Ibáñez, fundador de pueblos, Madrid, [1931].
- Comfort, Alex, La novela y nuestro tiempo, Buenos Aires, 1948.
- Corbató, Hermenegildo, "Some Outstanding and Recurring Themes in Valencian Literature," Hispania, XIV (1931).
- Cowper, F. A. G. & J. T. Lister, "Introducción," Los muertos mandan, Harper & Bros., New York, 1934.
- Daiches, David, The Novel and the Modern World, Chicago, 1939.
- Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes, t. VIII, 344, Montaner y Simón, Barcelona.
- Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Francisco Codera, Madrid, 1910.
- Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del R. P. Luis Fullana Mira, O.F.M., el día 11 de noviembre de 1928, Valencia, 1928.
- M[artín] D[omínguez Barberá], "Mansiones señoriales del Maestrazgo," Las Provincias, Valencia, domingo 5 junio 1955.
- Elías, Alfredo, "Carta abierta a D. Vicente Blasco Ibáñez," Hispania, IX (1926).
- Ellis, Henry Havelock, The Soul of Spain, Boston, 1937.



- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Espasa-Calpe, Bilbao, Madrid, Barcelona:  
 Tomo VIII, "Blasco Ibáñez," 1119-1120.  
 Tomo XXI, "España física. Costas. Litoral Mediterráneo."  
 Tomo XXVIII, 2a. parte, "Júcar," 3056.  
 Tomo XXXVI, "Morella," 991.  
 Tomo LXVI, "Valencia," 571-650.  
 Apéndice I, "Alcira," 312.  
 Apéndice II, "Blasco Ibáñez (Vicente)," 292-295.
- Escalante, Miguel Ángel, "Notas sobre el estilo de Vicente Blasco Ibáñez," Cultura (La Plata), II (1950).
- Escritores españoles, Los, In Memoriam. Libro-homenaje al inmortal novelista V. Blasco Ibáñez, Valencia, 1929.
- Fernández Almagro, Melchor, "Esquema de la novela española contemporánea," Clavileño, n. 5 (Sept.-oct., 1950).
- Ferrer Navarro, Manuel, "La leyenda cuenta . . .," Valencia Atracción, Valencia, n. 185 (junio 1950), 9 y IX.
- Francés, José, "El gran español novelista del mundo," Nuevo Mundo, 3 febrero 1928.
- Fullana Mira, Lluís, "Introducció," Vocabulari Ortogràfic Valencià-Castellà, Valencia, 1921.
- Gascó Contell, Emilio, La obra literaria de Blasco Ibáñez, Valencia, 1921.
- "En el aniversario: algunas novelas póstumas de Blasco Ibáñez," La Gaceta Literaria, 15 febrero 1930.
- Vicente Blasco Ibáñez, Paris, [1925].
- Gayano Lluch, R., Els Furs de Valencia, Valencia, 1930.
- Giner Boira, Vicente, El Tribunal de las Aguas de la Vega de Valencia, Valencia, 1953.
- Goldberg, Isaac, "Vicente Blasco Ibáñez," Dial, LXV (Nov. 16, 1918), 415-417.
- "Blasco Ibáñez: The Man and His Work," The Stratford Journal, IV (1919), 235-244.
- Gómez de Baquero, Eduardo (Andrenio), "Las novelas de Blasco Ibáñez," Cultura Española, XII, 939.
- "El caso de Blasco Ibáñez," De Gallardo a Unamuno, Madrid, 1926.
- "La filosofía de Sangonera y 'La catedral'," Letras e ideas, Barcelona, 1905.

- "Cañas y barro," La España Moderna, feb. 1903, I, 172-178.
- "La catedral," La España Moderna, 1903, IV, 154-161.
- "La horda," La España Moderna, 1905, III, 163-164.
- "La maja desnuda," La España Moderna, julio 1906, III, 174-183.
- "Los muertos mandan," La España Moderna, abril 1909, II, 162-168.
- "Sangre y arena," La España Moderna, octubre 1908, IV, 166-173.
- Gómez Martí, Pedro, Psicología del pueblo valenciano según las novelas de Blasco Ibáñez, Valencia 1931 .
- Gómez-Tabanera, José Manuel, Tesoro del folklore español. I. Trajes populares y costumbres tradicionales, Madrid, 1950.
- González Blanco, A., "Blasco Ibáñez," Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días, Madrid, 1909.
- Griera, A., "Notes sobre 'l parlar d'Eivissa i Formentera," Butlletí de Dialectología Catalana, I, (1913), 26-36.
- Hernández Villaescusa, Modesto, Las provincias de España, Manuales Soler, XXXVI, Barcelona, [s.f.]
- Howells, W. D., "The Fiction of Blasco Ibáñez," Harpers, CXXXI (1915), 957-960.
- Hoyos Sáinz, Luis de, y Nieves de Hoyos Sancho, Manual de Folklore, Madrid, 1947.
- Insúa, Alberto, "Estimación de Blasco Ibáñez," La Prensa, Buenos Aires, 5 marzo 1939.
- James, Henry, "Preface," Roderick Hudson, [London], 1947.
- Juliá Martínez, Eduardo, "Problemas lingüísticos en el reino de Valencia," Boletín de la Real Academia Española, XV (1928).
- Just Gimeno, Juli, Blasco Ibáñez i València, Valencia, 1929.
- Kani, C. E., Fiestas y costumbres españolas, New York, 1929.
- Keniston, Hayward, "Blasco Ibáñez, An Apostle of New Spain," The Nation, 87 (1908), 622-623.
- "Introduction," La barraca, H. Holt & Co., New York, 1910.
- [Blasco Ibáñez] The New Republic, XX, n. 260 (1919), 12-14.
- Kercheville, F. M. & Raymond Hale, "Ibáñez and Spanish Republicanism," The Modern Language Journal, XVII (1933), 342-348.

- Leavitt, Sturgis E., "Introduction," Siete cuentos de Vicente Blasco Ibáñez, H. Holt & Co., New York, 1926.
- Levi Ezio, V. Blasco Ibáñez e il suo capolavoro, Cañas y barro, Firenze, 1922.
- López Laguarda, J. J., Burjasot. (Apuntes para su historia), Valencia, 1946.
- Lundeberg, Olaf K., "The Sand-Chopin Episode in Los muertos mandan," Hispania, XV (Marzo 1932).
- Llorente Falcó, Teodoro, Memorias de un setentón, (3a. ed., 3 t.), Valencia, 1948.
- Manchester, Paul T., "Introduction," La barraca, New York, 1933.
- Martín Echevarría, Leonardo, España. El país y los habitantes, México, D. F., 1940.
- Martínez de la Riva, Ramón, Blasco Ibáñez. Su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas, Madrid, 1929.
- "¿Escribe el espíritu de Blasco Ibáñez?," La Gaceta Literaria, 1929.
- Martínez Ruiz, José (Azorín), "Valencia," El paisaje de España, Madrid, 1917.
- Martorell, Joanot, Tirant lo Blanch, Edición de Aguiló y Fuster, Barcelona, 1873-1905.
- Más y Laglera, José, Blasco Ibáñez y la jauría, Madrid, 1928.
- Mateu i Llopis, F., El País Valencià, Valencia, 1933.
- Menéndez Pidal, Ramón, La España del Cid, Madrid, 1929 y 1947.
- El idioma español en sus primeros tiempos, (3a. ed.), Buenos Aires, 1945.
- Orígenes del español, (2a. ed.), Madrid, 1929.
- Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI, (3a. ed.), Madrid, 1950.
- "Sobre los límites del valenciano," Primer Congrès de la Llengua Catalana, Barcelona, 1908.
- Mérimée, E., "Blasco Ibáñez et le roman de moeurs provinciales," Bulletin Hispanique, V (1903).
- Mérimée, H., "Le romancier Blasco Ibáñez et la cité de Valence," Bulletin Hispanique, XXIV (1922).

- Mesa, Enrique de, Tragicomedia, Madrid, 1910.
- Moreno Espinosa, Alfonso, Compendio de Historia de España, (3a. ed.), Cádiz, 1903.
- Navarro Tomás, T., y M. Sanchis Guarner, "Análisis fonético del valenciano literario," Revista de Filología Española, XXI (1934).
- Navarro Tomás, T., A. M. Espinosa (hijo) y L. Rodríguez-Castellano, "La frontera del andaluz," Revista de Filología Española, XX (1933).
- Onís, Federico de, "Vicente Blasco Ibáñez," La batalla del Marne, D. C. Heath & Co., New York, 1920.
- Ortega, Joaquín, "Vicente Blasco Ibáñez," University of Wisconsin Studies in Language and Literature, n. 20 (1924).
- Ortiz Echagüe, José, España, (3 tomos), Bilbao, 1947.
- Padín, José, Vicente Blasco Ibáñez [conferencia], San Juan, 1934.
- Palencia, Isabel de, The Regional Costumes of Spain, Madrid, 1926.
- Peers, Edgar Allison, "The Real Blasco Ibáñez," St. John of the Cross and other Lectures and Addresses 1920-1945, London, 1946.
- Piles Ibárs, Andrés, Valencia árabe, Valencia, 1901.
- Pitollet, Camille, "A propos de Blasco Ibáñez," Bulletin Hispanique, XXX (1928).
- V. Blasco Ibáñez: Ses romans et le roman de sa vie, Paris, 1921.
- V. Blasco Ibáñez. Sus novelas y la novela de su vida, Valencia, 1921.
- Gloses, París, 1933.
- "J. J. Gimeno: Blasco Ibáñez i València," Bulletin Hispanique, XXXI, (1929).
- Publicaciones del Archivo Municipal de Valencia, Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, 1933.
- Puccini, Mario, Vincenzo Blasco-Ibáñez, Roma, 1926.
- Pueblo, El, [Número especial dedicado a] Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, Mayo 1921.
- Reding, Katherine, "Blasco Ibáñez and Zola," Hispania, VI (1923).
- Revilla, Manuel G. A., El novelista Blasco Ibáñez, México, 1920.

- Rodenás, Miguel A., Intimidades taurinas y el arte de torear de Ricardo Torres, Renacimiento, Madrid.
- Rodríguez-Castellano, Juan, Introducción a la Historia de España, New York, 1956.
- Sanchis Guarner, Manuel, La Llengua dels Valencians, Valencia, 1933.
- Starkie, Walter, "Some Novelists of Modern Spain," The Nineteenth Century, Sept. 1925.
- "Blasco Ibáñez, 1867-1928," The Nineteenth Century, CIII, 542-559.
- Swain, James O., "The Albufera Thirty Years After (Memories of Cañas y barro)," Hispania, XVIII (Feb. 1935).
- The Realism of Blasco Ibáñez [Master's thesis, inédita], Indiana University, 1923.
- Vicente Blasco Ibáñez - Exponent of Realism [Tesis doctoral, inédita], University of Illinois, 1932.
- Tailhade, Laurent, "Vicente Blasco Ibáñez," Hispania, Paris, I (1918).
- Underhill, John Garrett, "Introduction," The Cabin, New York, 1929.
- Vázquez Cey, A., "La barraca, novela mediterránea. El sesgo épico," Humanidades, Universidad Nacional de la Plata, República Argentina, XXIV (1934).
- Vézinet, F., Les maîtres du roman espagnol contemporain, Paris, 1907.
- Zamacois, Eduardo, Mis contemporáneos: Vicente Blasco Ibáñez, Madrid, 1910, 1928.